

Clásicos Americanos

CECILIO ACOSTA



OPUSCULOS
:: CRITICOS ::



PRIMERA EDICIÓN

20

DE MILANO FLORENCIA



CASA EDITORIAL, HISPANO AMERICANA
12 Rue de la Harpe - 12 - Paris - France
MADRID - BARCELONA - LISBONA - PORTO

OPÚSCULOS CRÍTICOS

EN LA MISMA COLECCIÓN

Autores americanos juzgados por españoles.

Andrés Bello. — *Literatura Castellana.*

Juan Vicente González. — *Roma.*

Manuel Fombona Palacio. — *Poesías y discursos.*

CLÁSICOS AMERICANOS

CECILIO ACOSTA



OPÚSCULOS — — CRÍTICOS

Prólogo de R. BLANCO-FOMBONA

e



CASA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA

222, boulev. Saint-Germain, 222
PARÍS

471, calle de Sarmiento, 471
BUENOS AIRES



CECILIO ACOSTA

PRÓLOGO

Cecilio Acosta nació en una aldehuela de la provincia de Caracas, llamada San Pedro, el año de 1819. Fueron sus padres el señor don Ignacio Acosta y la señora doña Margarita de Acosta.

Estudió en el antiguo Seminario tridentino de Caracas y se graduó de licenciado en la Universidad central de Venezuela, de doctor en Teología y de Abogado de la República.

Su vida fué sencilla. Hizo el bien; tuvo ideales; amó á su madre; fué patriota y murió, sin haberse casado, en la ciudad donde se crió, donde estudió y de la cual no salió nunca : su muerte acaeció el 8 de julio de 1881.

Todo el mundo nace, y luego puede crecer, estudiar, amar á su madre, graduarse de abogado, tener ideales y morir. ¿Por qué merece especial recordación Cecilio Acosta? Cecilio Acosta merece especial recordación porque fué uno de los mayores prosistas de la lengua castellana en todos los tiempos, porque fué pensador osado, gran jurisconsulto, espejo de rectitud y paradigma de virtudes ciudadanas.

De él se dijo con razón que « la autoridad lo respetó, vencida ». De él escribió don Miguel Antonio Caro, el maestro de Colombia, con lágrimas en la pluma, no bien supo la muerte de tan insigne varón, y José Martí, émulo de Cecilio Acosta, en galanura de letras, lo lloró así :

« Ya está hueca y sin lumbré aquella cabeza altiva, que fué cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto á la pared del ataúd, aquella mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. »

Por último, la Academia Española, por pluma de su Secretario perpetuo don Manuel Tamayo y Baus, lamentó la muerte de aquel hombre justo y de entereza que era también un sabio; lamentó que desapareciera « don Cecilio Acosta, poligloto, orador y escritor elocuente, jurisconsulto y literato de gran valía, á quien el continuo trabajar rindió más gloria que provecho; hombre integérrimo, que dobló la frente á la adversidad

antes que la rodilla al poderoso. »

La Academia Española sabía que en tiempos de Cecilio Acosta, imperaba en Venezuela Guzmán Blanco, personaje bombástico, hambriento de alabanzas, y que Cecilio Acosta jamás prostituyó su pluma á los pies de aquel aparatoso presidente, bastante culto en

el fondo para comprender el valor de Cecilio Acosta y bastante poderoso para haberlo colmado de honores oficiales á trueque de unas cuantas líneas de aquella pluma de oro y de unas cuantas zalemas de aquella conciencia austera. No lo obtuvo, sin embargo. Cecilio Acosta prefirió doblar la frente á la adversidad

antes que la rodilla al poderoso.

¿Se abstuvo por eso de servir á la patria? No. Él la sirvió con su talento. Él redactó sus códigos : el código Penal de Venezuela, y entiendo que algún otro, son obra suya.

La sirvió también escribiendo para ella un *Tratado de Derecho internacional*; la sirvió en la prensa con sus consejos, y en la vida con su ejemplo. Le enseñó de igual suerte las bellas letras, siendo él mismo, como era, modelo de graciosos decires y de ática elegancia.

Cecilio Acosta es, junto con Juan Vicente González, el escritor más leído de las nuevas generaciones en su país. Su prosa es de sabor inconfundible y delicioso. Picón Fébres, en obra sobre *La literatura venezolana en el siglo XIX*, lo juzga así : « Es difícil encontrar síntesis más densas, más jugosas, más opulentas de sabiduría y de videncia que las suyas, expresadas en giros verdaderamente originales, en refinamientos artísticos, en audacias de imaginación que deslumbran y en delicadezas de lenguaje que son todas sentimiento » (pág. 143).

Esto en cuanto á su estilo; en cuanto á su pensamiento y su cultura intelectual, veamos cómo lo considera un contemporáneo nuestro, auctoridad en la material: el doctor J. Gil Fortoul.

« De ellos (*los clásicos españoles*) se había nutrido en sus mocedades: Santa Teresa, los dos Luises, Cervantes, Hurtado de Mendoza y luego Jovellanos fueron hasta la muerte sus autores predilectos; y por otra parte sus creencias católicas eran tan firmes, las tenía tan hondamente arraigadas, que su corazón no quiso nunca dejar de apacentarse en la lectura de obras limpias de impiedad ó herejía. Pero al propio tiempo, el tumulto de las ideas revolucionarias derramadas por el mundo entero, el estudio atento de cuanto se publicaba en los pueblos más adelantados, su afición á examinar problemas sociales y económicos, la atracción que ejercían sobre su entendimiento curioso y perpicaz autores de otras lenguas, especialmente ingleses; en fin, su congénita propensión á entusiasmarse por toda novedad que anunciase un progreso cualquiera, lo mismo en la ciencia que en el arte, y así en pedagogía como en política, lo empujaban siempre adelante, hasta ponerle á la vanguardia de los pensadores de su tiempo. » (*Historia constitucional de Venezuela*, vol. II, págs. 525-526.)

Tal es el maestro de quien se publica este volumen de *Opúsculos críticos*.

R. BLANCO-FOMBONA.

París, 1913.

OPÚSCULOS CRÍTICOS

I

INFLUENCIA

del Elemento Histórico-político en la literatura dramática y en la novela.

LA COMEDIA

El primer germen de la poesía escénica en España se encuentra en las composiciones sagradas, que datan tal vez desde el siglo XI, con motivo del fervor religioso que el espíritu caballeresco empezó á difundir por todas partes entonces, y á que vinieron á dar pábulo después una devoción sencilla, y las costumbres coetáneas. A los principios, y tal vez por largo espacio, no hay que figurarse en ellas dotes de invención, ni prendas de artificio, con un territorio sujeto aún á extraños y una lengua que nacía. Conforme pasa el tiempo, la introducción del lenguaje lemosín en Cataluña, Valencia y Aragón, que vieron celebrar en él las galanterías de los príncipes, las proezas de renombre y las fiestas cortesanas; el cultivo en que entró ya la *gaya ciencia*, de que hubo consistorio en Barcelona, y á que dió autoridad un Don Enrique de Villena; el ensanche que iba adquiriendo el nombre cristiano, dando estímulo así al numen y á la gloria; el

uso popular del romance, herencia tal vez de los árabes, que tanto se amoldó al genio nacional para sus cantos, sus amores y sus triunfos; todo ésto, unido á otras causas que se callan, ha debido ir desbastando la lengua, poniéndola flexible para las formas y haciéndola poco á poco instrumento adecuado para las galas del ingenio.

Italia precedió á todas las demás naciones en este camino; y no puede negarse que allí despuntó más tarde, y siempre primero, el día de las artes y las letras. Su mayor cercanía y contacto con el Imperio de Oriente, del cual recibió una colonia de artistas y de sabios, después que Mahomet II tomó á Constantinopla, fué causa de ello; á que contribuyó también por su parte el haber sido Roma desde el principio asiento de los Papas, muchos de ellos varones eminentes, el haber sido la nación teatro siempre de guerras fecundas, y sobre todo el haberse recogido allí las más granadas espigas de la cosecha helénica. Desde el siglo de Augusto ya decía Horacio :

Græcia capta feram victorem cepit, et artes
Intulit agresti Latio

Ep. ad Aug.

Coligese de aquí que el estado embrionario de la lengua italiana duró tal vez menos que el de la lengua española, que se desarrolló entre varias y encontradas razas dominantes; bien que (para decir la verdad) el empeño de los que cultivaron la última en no contaminar su origen, ni admitir, hasta donde fuese posible, enlaces que pudiesen deslustrar el escudo de familia, contribuyó grandemente á conservar mucho de la nobleza del abuelo y aquella

gravedad, sonoridad, entonación y armonía que la hace tal vez el idioma más bello de la Europa.

Voy á emitir aquí, aunque sea de paso, una opinión que me es exclusiva, y en que creo no me engaña la idea que me han dejado estudios de conciencia. El griego y el latín son sin duda más perfectos que los idiomas vulgares, pero sólo (si bien esto es mucho) por la concisión, la traba armónica y el acento sonoro : semejan juegos chinoscos, en que las piezas ajustan todas, ó sus propios edificios clásicos en que todas las partes son geométricas y artísticas. Se comprende : en el un pueblo el arte fué un culto, en el otro la elocuencia una enseñanza privilegiada de las razas patricias. Cicerón nos pinta á los Gracos educados, *non tam in gremio, quam in sermone matris*; y Plinio el joven, con ser quien era, escribía sus oraciones, y no halla cómo ponderar su *casus* en atildarlas : *Nullum emendandi genus omitto, dice, ac primum quæ scripsi mecum pertracio; deinde duobus aut tribus lego, mox aliis trado adnotando, notasque eorum cum uno rursus aut altero pensito.*

La Grecia, aunque varia en la forma política de sus diferentes Estados, recibía de Atenas el tono en el buen gusto, y Roma era ella sola, por su influencia, el mundo latino; viniendo á ser esta concentración de vida ó esta absorción de intereses, causa de que fuesen sus lenguas menos un instrumento de comunicación para todos los casos, que una joya de gala para algunos, y una masa preparada sólo para formas estéticas. Tan cierto es esto, que tras la absorción macedónica el griego dejó de ser lo que era, y después que los pueblos del Norte quebrantaron la unidad del Imperio y hubo que entrar en relacio-

nes con otros pueblos, el idioma del Lacio empezó á corromperse, hasta el punto de ser muy otro, mucho ántes de que Justiniano sancionase sus códigos, pues comenzó á perder las desinencias, la voz pasiva y el hipérbaton, trabas de oro, y á dar lugar á la formación de las lenguas, *francas*, que fueron á poco el habla común del continente.

Los idiomas, pues, son más ó menos propios, según los objetos á que sirven; sin que los unos tengan sobre los otros, en razón de su organismo, mayores causas para dar mejores frutos de ingenio. El ingenio es obra sólo del acaso ó la fortuna, y en cualquier terreno nace y crece: Sófocles es más sencillo en la expresión, pero Shakespeare es más escénico en sustancia. Tito Livio más pulido en la forma, pero Bossuet es más profundo en pensamiento.

Todo esto es para concluir que si los idiomas de hipérbaton son para las artes, los que carecen de él son para las industrias, el trato social y el comercio; y que si el castellano conserva mucho de la estructura latina (lo que le da formas varias sin trabas duras) y ha tomado como dotes propias la flexibilidad y soltura que lo habilitan para ser intérprete fiel del progreso, sus condiciones son las más ricas; y así que los países donde se habla sean más florecientes que hoy, su mérito, como órgano de expresión, llegará á ser sin rival. Y aquí ato otra vez el cabo de hilo suelto.

Ningún monumento histórico existe, á lo menos que yo sepa, en el cual conste de un modo cierto, por qué en España, en todo el tiempo trascurrido desde el siglo XI hasta terminar la dominación árabe en 1492, en el de los Reyes Católicos, y más después en la dinastía austriaca hasta Felipe IV, en que llegaron á su mayor esplendor

las composiciones sagradas, el cultivo de este género, y la afición por él, llegó á ser algunas veces empleo favorito, y ótras objeto de solaz de los escritores y el público, resonando constante ó alternadamente con otras piezas en templos, corrales y teatros, el eco de las vidas de los santos y la voz de los misterios religiosos; pero es de conjeturarse, á vista de la rudeza é impresionable fantasía de las razas dominantes en aquel suelo, tan apegadas de suyo á alegorías, símbolos y formas, que tales costumbres entrarían como necesidades nacidas de los hábitos y tendencias de su gusto; que esta manera de piedad sirvió de pábulo al culto externo, y que la Iglesia, que siempre se fué con los tiempos en lo que deja intacto el dogma y da ayuda y auxilio al progreso, permitiendo unas veces, tolerando ótras, y condenando en casos en que era claro el abuso, alimentó así este motivo de devoción popular y abrió puerta á los ingenios.

No será mal visto, por ser el lugar propio, hacer aquí una observación que encuentra abono en la historia, siquiera para que se vea por qué se abusó tanto de ese género sagrado, y cómo tal abuso, autorizado, puede decirse, con las galas y el prestigio del talento, cundió como un contagio, y dañó á su vez los otros géneros dramáticos. En el tiempo corrido desde la prisión de San Luis en 1250, hasta la caída del Bajo Imperio en 1453, salvo algunos puntos luminosos producidos por tal cual chispa del ingenio, espesas tinieblas cubrían la Europa. Las lenguas vulgares acababan de formarse duras aún y resistentes á todo trato y cultivo; el feudalismo como sistema, la anarquía como amenaza, la conquista como título, la servidumbre como ley; sólo dos cosas había, eso

si grandes, que podían llamarse de consuelo : los hechos fuertes de armas, los sacrificios generosos, las maravillas de valor que por espacio de casi dos siglos trajeron las Cruzadas á la propia patria, como alimento de la fantasía y dulcificación de las costumbres; y el respeto que en ese estado social tan atrasado se tuvo siempre á la mujer, como herencia no perdida de los antiguos germanos, según testimonio de César y de Tácito. Importación ésta feliz, que propendió á la cultura del entendimiento, dando lugar señalado á influencia decidida á la galantería y á la gloria. Spencer pinta con los mismos colores el cuadro de esta época :

It hath been through all ages ever seen,
That with the praise of arms and chivalry
The prize of beauty still hath joined been.

Tal fué el origen á una del espíritu caballeresco que dió tinte á las costumbres, y del espíritu de caballería que dió ocupación á las letras; viniendo de esto y de los vuelos inseguros de una imaginación sin freno, no menos que de la mezcla informe, casi á todos grata, de galantería y dureza, de superstición y piedad, de tradiciones gentílicas y sentimientos cristianos, el que resultasen libros absurdos y poemas monstruosos, en que tanto mayor era el gusto cuanto más desfigurada la verdad. Inglaterra y Bretaña fueron la cuna de estos malos hijos, que ya para el siglo XII formaron familias, entroncando en las historias del Rey Artus, el Santo Grial y los caballeros de la Tabla Redonda, la dilatada progenie que inundó á España en los siglos posteriores hasta muy entrado el XVII. Da grima poner la vista en esas obras, hervideros de desatinos,

y que llegaron á ser en todo ese tiempo la lectura favorita y común, y á llenar las bibliotecas. La magia en todas partes, la naturalidad en ninguna; la invención febril; el estilo con frecuencia amanerado ó confuso. Unas veces son reinos que nunca han existido, como el de Sobradiza y Candalla; otras, mujeres matonas y hombrunas como Bradamante, Marfiza y Antea; otras, encantamientos que duran siglos, como el de Polixena y Aquiles, ó cuernos encantados como el de Roldán, ó viajes aéreos como el de Rugero y Astolfo, ó caballeros ó damas que derrotan ellos solos un ejército, ó serpientes que ponen espanto ó en fuga á sesenta mil hombres armados. Hay aventuras en que todo es disparatado é imposible, como las de la *Dama llorosa*, el *Arco Encantado*, la *Rita Selva*, la *Extraña Trompa*, y alguna, como la del *Tocado de Flores*, á que dió felice cima una mujer como Oriana; hay reyes por docenas, gigantes por cientos, elefantes por miles, peones combatientes por millones; y todo se reduce á torres nardantes, lagos hirvientes, palacios de cristal, dragones, grifos, genios, monstruos, jayanes, enanos, hadas, dueñas, doncellas, terceras, amores, celos, desafíos, combates, mandobles, tajos, reverses y cuanto más puede forjar una imaginación delirante. Benito Arias Montano, hablando de lo perjudicial de estos libros, dice: *et quae nihil melius trahent quam perdere mores*. Esa peste duró centurias enteras; y el último libro impreso en España sobre caballería fué el de Don Policisne de Boecia en 1603; y podrá calcularse hasta dónde raya el ingenio del inimitable Manco, autor del *Quijote*, cuando bastó el donaire de esta inmortal obra en 1605 y doce años más tarde, para curar el mal de una vez y para siempre.

Pero los estragos que él produjo, en especial desde que la imprenta vulgarizó estos abusos y llegaron á ser libros impresos los códices, fueron harto graves, y aun se deploran hoy como mancha del teatro; mayormente cayó ésta en las piezas sagradas, que tomaron de ese gusto enfermizo y bombástico los adornos y las falsas piedras á que sirvió no pocas veces de engaste un oro de alquimia. Las ficciones monstruosas en que abundaban, las danzas deshonestas, las expresiones obscenas (*turpia carmina*), y hasta los recuerdos gentilicos, provocaron la intervención de la autoridad eclesiástica, que contuvo el abuso y lo persiguió hasta lanzarlo por fin de las iglesias. Tomaron la mano Inocencio III y los Concilios de Santiago, Toledo y Valencia.

Ya para entonces era común la división de estas piezas en *comedias divinas* y *autos sacramentales*, en que los más floridos ingenios españoles deliraron tanto como lucieron. Respecto de las comedias del género referido, cuyos desarreglos tan donosamente tildaron Cervantes y Quevedo, basta como muestra el *Cardenal de Belén*, en que aparecen en repugnante confusión San Jerónimo y Juliano Apóstata, San Miguel y el Demonio, cuyo tiempo es casi de ochenta años, y cuya acción pasa en las cuatro partes del mundo. En autos sacramentales fueron más fecundos los escritores, como Lope de Vega, al cual atribuye Don Nicolás Antonio cuatrocientos, y otros le dan menor número, como Montalbán, Tirso, Guevara y Rojas.

Del que quedan más obras de éstas es de Calderón, que las escribió por espacio de treinta años, en los cuales no había quien no pendiese de sus labios, ó no fuese á buscar maravillas en su pluma; y como todas son abun-

dantísimas, bien que mezcladas de tierra y broza, no puede uno pasar de largo sin mirar siquiera un momento. Era mucho hombre ese ingenio, que casi jugando creaba. Los grandes talentos se conocen: él mismo, en el prólogo que escribió cuando imprimió el primer tomo de sus *Autos*, contestando á la tacha que se le imponía de introducir á cada paso las propias figuras alegóricas, como la Fe, la Gracia, el Pecado, el Judaismo, la Gentilidad, contesta: «que el mayor primor de la naturaleza es, que con unas mismas facciones, haga tantos rostros diferentes; con cuyo ejemplar, ya que no sea primor, sea disculpa el haber hecho tantos diferentes Autos con unos mismos personajes.»

Con esto tenemos, en lo tocante á estas piezas, la piedra de toque de su valor. Los personajes, inconexos; la trama, de hilos flojos; la fábula, absurda; la acción, sin interés; el desenlace, glacial, ó cuando más, inocente por pueril; pero en cambio, ¡qué de dotes! ¡qué matices! ¡qué riqueza! ¡qué versos! y la versificación cuán lozana! Varios metros hay, pero los romances octosílabos de que más usa para lo descriptivo, y en que no tiene el autor rival ninguno, son museo todos ellos de joyas finas, que la poesía saca algunas veces por gala en días de pompa. Va uno á ellos como va á la mañanita cuando es el cielo azul á ver derramar al alba gayos colores; y Calderón, irregular y todo como es, se me parece en su conjunto á una madreperla por fuera, pero que está por dentro cuajada de aljófares que duermen en bruido lecho de nácar.

El Excmo. señor don Eugenio de Ochoa, juez tan competente en la materia, considera los Autos como *el monumento más sublime* de ese ingenio. En cuanto á mi, debo

sólo agregar, que aquél á quien no le gusten puede hacer cuenta que Dios no la tuvo con él como sér racional, sino que lo dejó para bestia, aunque curse en Universidad latin y estudios serios.

Algunos no hallaron, pero yo sí hallo, por reminiscencias mudas de lo que he leído, y de que no sé dar testimonio (porque esto lo escribo sin mayor acopio de datos) que entre lo profano y lo sagrado hubo siempre un paralelismo contemporáneo de influencia reciproca, que contribuyó, en la confusión de los matices, á dar el color y á fijar el carácter que tuvo en los varios tiempos la dramática española. Esto, junto con la necesidad de ir á la fuente de otras causas generadoras y decisivas, justifica las digresiones que he hecho, para volver de nuevo al principio y seguir con paso largo la reseña.

Para hallar el origen, bien que informe, del teatro español, no se puede remontar más allá del tiempo de Don Alfonso X: el habla habia empezado á dar señales de deshielo, y corría, aunque en hilos, con algo de limpieza y de soltura; el poema del Cid, á mediados del siglo XII, el de Alejandro, y las poesías de Gonzalo de Berceo, un siglo después; los *decires árabes*; el gusto y saber de príncipes como Don Jaime el Conquistador y el Rey San Fernando, cuyas córtés resonaron más de una vez con el acento de las musas; y más que todo, el culto amartelado por ellas que tuvo siempre aquel monarca sabio, el primero de los reyes de España, según Mariana, que mandó que las cartas de ventas, contratos é instrumentos todos se celebrasen en lengua española; los descos de que esta lengua (que era grosera) se puliese y enriqueciese: todo era poco para encarecimiento en las conquistas del espíritu,

pero era mucho para ensayo en ellas ó como camino para alcanzarlas, con reinos en desasosiego, casa con enemigos, bandos y parcialidades siempre, desahogos ningunos; y bien claro se ve por estos y otros hechos históricos, que habia grandeza en una raza que pudo fundar entre luchas su idioma, llamado á ser un día órgano de ingenios distinguidos y monumento de gloria, puede decirse, sin rival.

No excederian, con todo, semejantes ensayos, de miserables embriones y remedos, á juzgar por lo único que nos queda de ellos, que son las noticias que nos vienen por las leyes de Partidas: eran pasos aún con andaderas. Juan de la Encina fué el primero que en algunas de sus églogas, representaciones y farsas, si bien sencillísimas, hizo al diálogo nacer de la acción, y encaminar el curso de ésta, si bien con timidez y precaución, al drama. Esto, y la *Celestina* es lo más notable que queda de ese tiempo; novela dialogada ésta última en que la lengua ya habla, el estilo es fácil y corre, el donaire oportuno y picante, si bien un tanto desenvuelto; y en que la cosecha de buen grano es tan pingüe, que produjo, por lo que sirvió de ejemplo y estudio á todos, siega abundante para un siglo de espigas no escasas.

El XVI se abre bajo mejores auspicios: la monarquía española asentada ya en su caja, la América como conquista, las riquezas de oro y plata como esperanza, el mundo abierto á la admiración y al trato de una nación que se engrandece; á vista de lo cual, de que la gloria es blanco y al propio tiempo prez del numen, y de que en todo ese transecurso de tiempo la poesía lírica y la buena prosa rayaron á su mayor altura, ósa uno creer que igual dichosa suerte habia de tocar á la dramática. No fué, sin

embargo, así, por causas harto conocidas. La *imitación clásica* que tras el bien que produjo, fué origen de males, porque esterilizó el talento; el celo suspicaz de la Inquisición, que cegó muchas veces manantiales de aguas puras; los recelos engendrados por la Reforma protestante; la opinión indecisa sobre la licitud de las representaciones escénicas; y hasta las circunstancias de no haber una escuela respetada de cánones fijos de buen gusto: todo esto contribuyó, en el género de que hablo, á hacer sus frutos pobres, desmedrados ó tardíos.

Bartolomé de Torres Naharro algo enseñó como preceptista; y sus comedias, las primeras del siglo, en medio de tantos desaciertos, no poco bueno tienen como ensayo, aunque no fuera más que la versificación, que es fluida, y el interés, que no es escaso. De Cristóbal de Castillejo, que le siguió en el mismo género, no se conserva pieza ninguna, pero es de conjeturarse que serían algunas buenas, ó tendrían dotes estimables por el donaire agudo, la sal cómica y la gracia picante, aunque algo descompuesta, que se ve en las poesías líricas de este autor, dado á motejar vicios y á corregir costumbres, y que afiló siempre sus armas en versos cortos. No está distante tampoco de la verdad que sus comedias se representarían, puesto que consta que por los días de 1573 se dió la prohibición impuesta á ellas y á las de Torres Naharro, para desdoro esto de las letras, y recelos de los que podían cultivarlas.

Y hé aquí, junto con la falta de teatros, que era un inconveniente, y la peregrinación de las compañías, que era al arte deshonra, una de las causas de atraso que se notan en él hasta mediados del siglo. Consta que en 1548,

con ocasión de las bodas de un hijo de Carlos V, se representó en Valladolid una comedia de Ariosto, lo cual prueba que algunas veces el vacío no es porque lo hay de suyo, sino porque se forma de propósito, y que no pocas, la razón de estado prepondera sobre la razón del gusto; leyes éstas de los tiempos, y enseñanzas de la historia.

Durante el espacio de treinta años más ó menos estuvo la escena entregada casi exclusivamente á representantes de profesión como actores y autores; y ocurre sin esfuerzo cuánto debió sobrevenirle de deslustre y mengua en manos mercenarias y con escritores de recluta. La única excepción es Lope de Rueda, que por espacio de más de quince años, á contar desde 1548, fué regocijo de varias ciudades populosas, fundó éra, creó la farsa dramática, y dió sazón, sabor y temple, hasta donde cabía en tiempos tan atrasados, al gusto cómico. Sus obras no son modelos, pero fueron en su época un principio de restitución: la fábula sencilla, el artificio natural, la dicción pura, con mezcla de algunos resabios, por supuesto; escritor candoroso, que es cualidad que le distingue. Muestra el aprecio de que fué objeto en vida, la circunstancia de haberle sepultado el Cabildo de Córdoba en la iglesia Catedral.

De aquí paso á Cervantes por considerarlo como dramático; y debo manifestar de una vez, que en este particular se le ha juzgado con harta dureza y, para decir todo lo que siento, con sobra de sinrazón. En el interesante prólogo que él antepuso á la edición, en 1615, de sus ocho entremeses y sus ocho últimas comedias, hoy existentes, asegura haber escrito antes 20 ó 30 piezas dramáticas, de

las cuales sólo quedan, por haberse rescatado del olvido en 1784, *Los Tratos de Argel* y la *Numancia*. De las primeras afirma él mismo, que no fueron estimadas, y que tuvo á dicha venderlas á un librero, quien le dijo : que « de su prosa podía sacarse mucho, pero de su verso nada »; lo cual revela que las primeras obras de este género que compuso, ó no fueron aceptadas en el público ó fueron mal recibidas en la escena.

No hay por qué callarlo : Cervantes, con muchas prendas excelentes, en lo cual no hacia más que dar de su tesoro, pero que eran sólo adornos accesorios, promisió tanta irregularidad y desorden, que en general el conjunto de sus piezas es un monstruo. La tragedia *Numancia* es lo mejor, y no es buena; sobra de magia, falta de verosimilitud, y hasta un muerto que habla; sólo que hay muchas situaciones bien traídas, y no pocas veces la entonación del coturno, como se ve aquí, hablándose del estrago de la ciudad :

Presto veréis que por el suelo, rasa
Está la más subida y alta almena,
Y las casas y templos más erguidos,
En polvo y en ceniza convertidos.

En los *Tratos de Argel* hay hechicerías, conjuros, entes alegóricos y hasta un león que sirve de escudero, todo sin traba, en revuelto caos y con una versificación sin aliño ni estro. En la del *Rufián Dichoso*, basta saber que él mismo dice por boca de la *Comedia* que no sigue los preceptos de Plauto y Terencio. La *Entretenida* es una mala trama en que no hay ni propiedad, ni interés, ni estilo, por más que el cradito Don Agustín García Arrieta se empeñe en encontrarle algunas dotes.

Cervantes sale siempre mal librado como trágico; peor aún como cómico, y como poeta malisimamente : la historia no ha levantado aún este fallo. Como quiera, considérasele como uno de los que contribuyeron, con Lope de Rueda, Pedro Naharro y otros, á levantar la suerte del teatro y á ponerlo en decente altura, humillado antes por el suelo, y entregado tanto tiempo hacia á farsas viles y á representantes de *pan gamar*.

Pero no he de pasar de aquí sin dejar asentada una opinión, en que yo no sé que me acompañe otro, bien que tenga por gran padrino al mismo Arrieta. Semejantesentencia contra el autor del *Quijote*, la tengo por injusta, no tanto porque califica sus obras dramáticas, sino porque le descalifica á él ; y es tal el respeto que merece varón tan extraordinario, que tiene uno que poner la mano con mucho tiento sobre una fama que ya es histórica y un nombre que casi es único.

El teatro francés no empezó á dar frutos en sazón hasta mediados del siglo XVII : de Italia, con quien más comunicación hubo desde las guerras del Gran Capitán y de Carlos V, apenas se tomaba lo caballeresco y fantástico, por el halago de ficciones tan extrañas como las de Bayardo y Ariosto; y el teatro inglés, plagado primero de lo que llamaron *Milagros*, *Misterios* y *Moralidades*, quedó lleno á fines del siglo décimosexto y principios del siguiente, por el inmortal Shakespeare, á cuyos pies, según la expresión de Schlegel, « el mundo de los espíritus y de la naturaleza derramó todos sus tesoros », pero en cuyas obras lo grande es el genio, y la escuela dañina. No es este lugar oportuno de explicar este fenómeno.

Lo que sí importa saber es que Cervantes nada pudo

aprovechar de esa escuela, y mucho menos de la propia casa, donde no obstante haber ya blasón histórico y escudo de nobleza, los ejemplos eran perniciosos y las costumbres relajadas. En ese tiempo justamente empezó la gran cosecha : el gran sembrador Lope; pero el gran culpable también. Daba el tono, imprimía el sello, era tirano, y *se alzó con la monarquía universal*, según la expresión de Cervantes.

Éste no necesitaba de aprender nada; todo lo sabía, y quien quiera convencerse, lea el famoso coloquio entre el Cura y el Canónigo de Toledo. Lo que hay de cierto es que tuvo hambre : que las comedias las hizo para comer; y que si no logró su fin, rindió parias al mal gusto. Lope ganaba á pesar de todo, y se comprende : como poeta, era una caja de música, á la cual apenas había que darle cuerda para encantar, y bajo la magia de acentos que no llegaban más que al olvido, pero que llegaban : lo imposible, lo real, lo deforme y lo bello, todo encontraba disculpa y aplauso en oídos poco educados, para los cuales la música es prestigio, y las formas métricas lo cura.

Bien conocía el estado de corrupción dominante, quien en el referido coloquio, trae como una especie de desahogo : « Pero como las comedias se han hecho mercancía vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez » (disparatadas); y quien más después, en el *Viaje al Parnaso* escribe :

Adiós, teatros públicos honrados
Por la ignorancia, que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados !
Por las rucias que peino, que me córro

De ver que las comedias endiabladas,
Por divinas se tengan en el corro.

Además, los grandes poetas filósofos, salvo Shakespeare, Goethe, y algunos más, los que han menester derramarse para encontrar generalización á sus ideas, los que son como las olas del océano, que van á dar á todas las playas, no es raro que no quepan en moldes de convención, y se encuentren como ahogados — cuando debieran campar por su cuenta — en formas ritmicas, siempre exigentes, ó en ideas reglamentarias que no sean las de la naturaleza, que enseña, ó del propio genio, que agita. Lo fantástico hasta el delirio, lo vulgar hasta la bajeza, lo conceptuoso hasta la hinchazón, la magia gentilica con las virtudes cristianas, anacronismos de siglos, ángeles en coloquios amistosos con los diablos, pollinos en las tablas, sierpes vomitando encantadores, y como dice el Cura, *ladyes retóricos, pajes consejeros, reyes ganapanes y princesas fregonas*; hé aquí, más ó menos, la tiranía de la escuela contemporánea. Lope, que la autorizó, y que, para cuando escribió su apología, nos dice que de 483 comedias, sólo seis no pecaban contra el arte, pudo vivir rico con ellas, así como con las demás que salieron de su fecunda fantasía, porque su palabra salía labrada en hojas de oro que servían para dorar los pensamientos, aun esos mismos falsos; pero no pudo hacer lo mismo Cervantes, ó porque versificaba menos, ó porque se independizaba más.

Fuera de ésto, él vivió siempre en la indigencia, que si es musa á veces para lo grande, es ocasionada también á lo humilde. En los ingenios en ese estado hay una gran voz para la inmortalidad : ese fué el *Quijote*; después

viene el desengaño, el abatimiento, la postración : ésas fueron las novelas, las comedias y sus demás obras.

Estudiándolas en conjunto, hallo que su autor es el padre de la musa filosófica, la que habla sin odio, amonada sin veneno y ejerce el alto desdén que torna en despreciable lo ridículo; que el donaire, el chiste agudo, las sales oportunas, eran fruto espontáneo de su talento, y oro precioso de su vena inagotable; que las ideas salían de su entendimiento á tomar las formas bellas que todos repetían por agrado y festejaban después como donosas; que la malicia urbana y la vivaz travesura eran dotes originales de su espíritu; que su pluma era un arma, su fantasía un astillero, y su frase un castillo fuerte de tiro seguro contra los resabios y los vicios. Ingenio superior, que corrigió riendo, que hizo la burla inmortal, y cuya boca, órgano de pensamientos festivos, fué siempre venero de gracias cómicas. Tengo, pues, para mí, que si Cervantes hubiera vivido con holgura y puesto sólo de su caudal, ó seguido sin trabas su genio, habría sido un Menandro ó un Terencio; y que si no lo fué, está la razón en la tiranía de las ideas coetáneas, ó en la falta de estímulo y favor, ó en la sobra de desgracias con que anubló siempre su vida la pobreza.

Neque cuiquam tam statim clarum ingenium est, ut possit emergere; nisi illi materia, occasio, fautor etiam commendatorque contingat.

PLIN. *Epist.*

Desahogo el pecho al poner aquí este ingenuo juicio mío : desagravio no es, porque mis fuerzsa son flacas; justicia sí, porque la siento. Pido venia por ello : en

sustancia no he hecho más que evocar la memoria de un grande hombre, y poner una siempreviva á la orilla de su tumba.

Aunque alcanzando algo de la anterior, la excelsa figura que aparece en la portada del siglo xvii es Lope de Vega, que ejerció por más de treinta años tanto poder en la dramática española, siendo en ella, y para los que la cultivaban, legislador, juez, tirano y guía. Con este motivo la historia de su vida literaria es la historia del arte, y como éste hubo de conquistar entonces aquel lustre que continuó después hasta el fin de la centuria, no será mal visto decir algo, siquiera de paso, sobre la índole, tendencias é influjo de aquel ingenio portentoso.

Demás está repetir lo que otros han escrito acerca de su fecundidad, su inventiva y el número casi increíble de sus producciones; que como versificador era inagotable, como poeta de gracia y colorido, único; que no hubo género que no ensayase, ni dificultad que no venciese, ni campo de lucha de donde no sacase ó trofeos ó aplausos : varón singular, cuya alma era una armonía, y cuyo pensamiento un canto divino. El número de sus dramas, de sus novelas y demás obras causa pasmo, y hoy no sabe uno cómo alcanzó para tanto su vida, por larga que fuese, y aunque ni de día ni de noche hubiera dado su fantasía paz á la pluma. Imaginación riquísima, hasta salirse de madre; dón de poner siempre en los versos la música que corresponde al ritmo del oído; dón de pintar con el color que conviene, y de moler y mezclar para éllo las tintas apropiadas; señorío absoluto sobre la historia, las ciencias y la fábula; maestría en los caracteres, caricaturas y retratos, y la facilidad de desempeñar, jugando, argu-

viene el desengaño, el abatimiento, la postración : ésas fueron las novelas, las comedias y sus demás obras.

Estudiándolas en conjunto, hallo que su autor es el padre de la musa filosófica, la que burla sin odio, anonada sin veneno y ejerce el alto desdén que torna en despreciable lo ridículo; que el donaire, el chiste agudo, las sales oportunas, eran fruto espontáneo de su talento, y oro precioso de su vena inagotable; que las ideas salían de su entendimiento á tomar las formas bellas que todos repetían por agrado y festejaban después como donosas; que la malicia urbana y la vivaz travesura eran dotes originales de su espíritu; que su pluma era un arma, su fantasía un astillero, y su frase un castillo fuerte de tiro seguro contra los resabios y los vicios. Ingenio superior, que corrigió riendo, que hizo la burla inmortal, y cuya boca, órgano de pensamientos festivos, fué siempre venero de gracias cómicas. Tengo, pues, para mí, que si Cervantes hubiera vivido con holgura y puesto sólo de su caudal, ó seguido sin trabas su genio, habría sido un Menandro ó un Terencio; y que si no lo fué, está la razón en la tiranía de las ideas coetáneas, ó en la falta de estímulo y favor, ó en la sobra de desgracias con que anubló siempre su vida la pobreza.

Neque cuiquam tam statim clarum ingenium est, ut possit emergere; nisi illi materia, occasio, fautor etiam commendatorque contingat.

PLIN. *Epist.*

Desalogo el pecho al poner aquí este ingenuo juicio mío : desagravio no es, porque mis fuerzas son flacas; justicia sí, porque la siento. Pido venia por ello : en

substancia no he hecho más que evocar la memoria de un grande hombre, y poner una siempreviva á la orilla de su tumba.

Aunque alcanzando algo de la anterior, la exceda figura que aparece en la portada del siglo XVII es Lope de Vega, que ejerció por más de treinta años tanto poder en la dramática española, siendo en ella, y para los que la cultivaban, legislador, juez, tirano y guía. Con este motivo la historia de su vida literaria es la historia del arte, y como éste hubo de conquistar entonces aquel lustre que continuó después hasta el fin de la centuria, no será mal visto decir algo, siquiera de paso, sobre la indole, tendencias ó influjo de aquel ingenio portentoso.

Demás está repetir lo que otros han escrito acerca de su fecundidad, su inventiva y el número casi increíble de sus producciones; que como versificador era inagotable, como poeta de gracia y colorido, único; que no hubo género que no ensayase, ni dificultad que no venciese, ni campo de lucha de donde no sacase ó trofeos ó aplausos: varón singular, cuya alma era una armonía, y cuyo pensamiento un canto divino. El número de sus dramas, de sus novelas y demás obras causa pasmo, y hoy no sabe uno cómo alcanzó para tanto su vida, por larga que fuese, y aunque ni de día ni de noche hubiera dado su fantasía paz á la pluma. Imaginación riquísima, hasta salirse de madre; dón de poner siempre en los versos la música que corresponde al ritmo del oído; dón de pintar con el color que conviene, y de moler y mezclar para éllo las tintas apropiadas; señorío absoluto sobre la historia, las ciencias y la fábula; maestría en los caracteres, caricaturas y retratos, y la facilidad de desempeñar, jugando, argu-

mentos y temas formidables : tal es el poeta, á que viene á dar realce la índole del escritor, correcto, fácil, flexible y trasparente.

Todo ésto es fácil hallarlo en los juicios contemporáneos. Lo que no hallo yo, pero si voy á explicar como pueda, es por qué tal varón trabajó más para su gloria que para el arte; por qué á pesar del inmenso ruido que hizo y de la fábrica que levantó, va á serle como al Coliseo de Roma : ruinas monumentales, pero ruinas; por qué no fundó un teatro más permanente, por qué en fin, no obstante la excelencia de sus dotes, las malbarató tan malamente. Y aquí ocurre, como traido de la mano, hablar de Shakespeare, para ver en el cotejo con Lope lo que tienen de común los dos ingenios, y el por qué de la influencia que ejercieron y del lugar que ocupan en la historia literaria.

En la guerra de treinta años da grima ver media Alemania acuchillada, á la ambición de Austria dando el cuchillo, á casi toda Europa, un tiempo en armas, para ser víctima de él; y sólo descansa el ánimo cuando contempla caracteres tan nobles como el de Gustavo Adolfo, que sabe ir á brillar por su bravura y morir en Lutzen por una idea; y después de la paz de Westphalia aparecen Suiza y las Provincias Unidas tomando pués en el registro de las potencias reconocidas, la libertad de conciencia garantida, el equilibrio con contrapesos, Alemania en su caja, y un nuevo derecho público que por largo espacio llegó á ser en el Continente patrón y norma; y aunque la que más agitó y más ganó en la partida fué Francia, por lo cual la inculpan algunos, supo redimir tal falta — si la hubo — con su preponderancia, que empezó á

ser desde luego inmensa, y con una gloria casi sin par en hazañas militares y letras, que tramontando el siglo, fué tanto como timbre propio, envidia ajena.

La Fronda no fué más que una intriga de corte, bien que larga y de sangre salpicada, y terminada con influencias de mujeres de alta guisa, epigramas ingeniosos, pensamientos agudos, humor alegre y chistes finos; lo cual prueba que lo que no es serio, no sirve de savia al progreso.

Luis XIV ó lo que se llama su edad, tiene doble faz; yo cojo cuanto cargo pueda hacérsele, lo echo á un lado, y lo cubro con su lápida : nunca el carro de una gran idea ó de un gran impulso se mueve sin levantar polvo ó quebrantar pedrezuelas á su paso; y baste esto como contestación, ya que es cierto ser la tolerancia algunas veces la justicia de la historia. Pero en lo demás ; qué cosecha para los estudios y qué esplendor para el renombre ! El teatro llega á su apogeo; se hace ostentación de una cosa muy buena : amar la gloria; y de otra mejor aún : laurear el mérito; se eleva el buen gusto á la categoría de escuela, y la galantería á escuela de salón; Pascal, él solo es un sistema filosófico; Bossuet, la musa de la historia; Fenelón, el eco de la sabiduría cristiana; Descartes, un vidente; la corte llega á ser centro de reyes huéspedes y de pretendientes dinásticos, que venían á ella á admirar su poder ó á implorarlo; y se imagina uno en el Parque de Versailles á Louvois ó á Vauban hablando sobre la guerra, á Colbert sobre la política y la economía social, al Gran Condé y á Turenna sobre sus hechos de pro, pasmo de Europa, que ellos estimaban como juegos de niños; y en seguidas oír recitando á Racine su *Andrómaca*, á Corneille su *Cid*, y al que después había de ser el célebre

Obispo de Meaux, su *Discurso sobre la Historia Universal*, especie de oráculo lanzado por el genio en medio de los siglos.

A la España de los últimos Pelipes de la rama de Anstria la menciono con el mayor gusto, porque, si bien el sol de la nación declinaba ya en política, y se iba de las manos de aquel Gobierno el poder, un tiempo lábaro de civilización de dos continentes y pasmo del mundo, todavía es cierto, como si la suerte se complaciese algunas veces en cubrir la grandeza caída con manto de estrellas, que el arte escénico — dicho esto en especial por la comedia — tuvo tal esplendor, que no reconoce rival ni en los días antiguos, ni en los modernos; y vuelve uno siempre la vista á ese espectáculo como una magnificencia histórica, y como á un triunfo espléndido del arte y del ingenio. Lope es un mar sin orillas, como sin fondo; Calderón, todas las cascadas juntas, cascadas de perlas, que caen en él para hermosearlo; y después de tanta opulencia, no hay para qué citar, aunque tan ricos ellos de suyo, á Moreto, Tirso, Alarcón, Rojas y mil más que no agotaría nunca la pluma.

Me vuelvo ahora á Inglaterra. La Gran Revolución de 1668 es un acontecimiento extraordinario, una piedra miliaria en el camino del progreso; y si tuvo menos ruido y más duraderos efectos que otros acontecimientos fué por lo económico de la lucha, lo doméstico de su carácter y la sensatez de sus doctrinas. Después de las guerras médicas, en que Grecia logró cantar en dítirambos altos triunfos contra Persia, para volver á la misma esclavitud interior, tener una guerra, puede decirse de familia, como la del Peloponeso, en que se deramó la mejor sangre, un

reinado vergonzoso como el de los treinta tiranos, que hubieran continuado la opresión, sin la gallarda acción de Trasibulo; — después de las contiendas de Roma republicana por la igualdad entre un patriciado soberbio y una plebe voluble, que ora expatrió á Coriolano, ora da mano amiga á Clodio, ó exalta á los Gracos, para mil episodios sangrientos, hasta terminar éstos con la usurpación de César y el puñal de Bruto; — después de algunos esfuerzos más en el mismo sentido y con la misma escasa cosecha, es preciso, para encontrarse con instituciones serias y edificio sólido para la libertad y el orden, llegar hasta Guillermo III, que logró, con el perfeccionamiento de la Constitución que se hizo, fundar sobre bases firmes el Parlamento, el Ministerio, las garantías y la prensa, y dar á la máquina política un movimiento que ni quita acción al gobierno, ni amengua el derecho social. Lástima grande que en ese mecanismo se hubiese dejado subsistir la intolerancia religiosa, peste del tiempo; pero en lo demás es preciso confesar que huye de los dos males que menciona Tulio: *libertate immoderata lile ac licentia concionum*.

Las más interesantes figuras de este cuadro, que quiero cerrar con ellas, son los hombres de letras y de ciencias: Milton y Locke, Torricelli y Bacon, Leibnitz, Galileo y Newton, que se adueñaron del espacio, de la fuerza universal, de la luz, del infinito y del cielo.

El siglo XVIII no es el más puro en costumbres, ni el más hermoso en artes, ni el más galante en maneras de corte y de salón; pero sí es el más fecundo en el derecho, el cual parece que hubo menester, para comenzar á ser poder social, del desaparecimiento de cien pueblos, de la

ruina de mil instituciones, del cambio de muchos códigos, de sucesivos ensayos en administración política y formas de gobierno, y hasta de torrentes de lágrimas y sangre, como si fuese cierto que el egoísmo sólo desiste combatiendo, y la ambición sólo cede quebrantada.

Era ésta una simiente que había de ponerse más tarde : pero lo que es al principio del tiempo que considero, todavía hay mucha violencia que ver y muchas guerras que llorar. La llamada de sucesión española fue un sacudimiento europeo de trece años, terminados con un vacío de hombres, un equilibrio facticio y un ejemplo fatal. Los tratados de Utrecht y Rastadt fueron un respeto para la decadencia de España y Francia, para la preponderancia de Inglaterra y para adquisiciones en favor de Austria, para ella de más ostentación que conveniencia. La paz de Aquisgrán, tras tantos desastres, y los tratados que pusieron término á la guerra de siete años, sólo sirvieron para ofrecer á la vista : en el primer caso, junto con la avidez de naciones que como buitres se lanzaron á devorar la herencia como una presa, el carácter varonil de María ; y en el segundo, el espectáculo interesante de una nación como la Francia, que toma por su genio sitial de autoridad entre las grandes naciones, lleva un peso considerable á la balanza política, y con el tiempo había de quitar, como lo ha hecho en efecto, la primacía al Austria y á la casa de Lorena, crear un nuevo espíritu público, cuyo vigor se nota en el cumplimiento de la ley y en la pureza de las costumbres, y constituir un centro de resistencia fuera y neutralidad por sus intereses, para lograr, lo que es en el continente, que la raza teutónica no acabara por descomposición y decadencia ; que la franco-gala no le-

vantase por largo tiempo un nuevo imperio de Carlo-Magno, y que la eslayo-rusa no lanzase sobre la Europa occidental, para devorarla, sus terribles cosacos del Don.

Se encuentran los verdaderos principios de la Economía política. El derecho internacional tiene intérpretes claros en Wolff y en Vattel. Se enriquece la agricultura con nuevos métodos de cultivo y nuevos frutos de barata producción, y la fabricación y las artes con diversas máquinas y procedimientos. Las matemáticas y la astronomía cuentan con genios como Monge, Lalande, D'Alembert y Laplace, á quien había de tocar, complementando la idea de Newton, rey como aquél del espacio, hallar, para poner en armonía, las fuerzas todas del orbe. La historia natural queda establecida con los nombres de Bufon y de Linneo ; y nada, ni la electricidad, ni la química, que empezó á dar los primeros pasos, deja de tener un invento, una adquisición, ó un progreso.

El efecto de las ciencias no es súbito : derraman acá y allá la luz, pero no extirpan por de pronto los intereses, que no cediendo nunca por voluntad sino por impotencia, han menester algunas veces, cuando son hondas las raíces, de sacudimientos profundos, en que la tempestad avienta las aristas sobre regiones ó continentes enteros, que tienen que ir á hundirse en el caos, para volver después al orden.

La armazón feudal era todavía, puede decirse, el organismo político predominante ; la índole de los gobiernos, la absorción ; el espíritu de la guerra, la conquista ; el carácter de la paz el sometimiento servil ; y da grima pensar en cortes esclavas del esplendor y el lujo ; en altas clases amidas en la molición ; en influencias sociales caprichosas

y tiránicas, sin más sanción que la costumbre ó la fuerza: en órdenes reales, que pasaban en una noche al inocente, de su lecho á la Bastilla; en industrias para el monopolio; en factorías para confabulaciones obscuras; y en la suerte de pueblos que podían ser reconvertidos ó cambiados como lienzo, en los congresos de paz, ó repartidos cual presa como Polonia, condenada á triple martirio.

Quisiera borrar este cuadro con la misma pluma con que lo escribo, sino es que voy á hablar de un movimiento, si desastroso por una parte, por otra, grande y fecundo.

La filosofía político-social, que como fuerza imprime impulso, y como recurso acude á necesidades del momento, es tanto como reintegración, creación continua, y así como luz que dora los montes y alegra los valles, fuego encerrado que revienta, ó rayo que se desata de las cercanas nubes. Hay veces que una catástrofe es un remedio, y una erupción, un desahogo de la naturaleza convulsa.

Sonó la hora del caos, y principió sublime, sobre todo en Francia, que dió entonces por el espacio de casi media centuria la lección más terrible y más grande de la historia. El ingenio se hace cortesano, no por la adulación sino por el imperio que impone; los sistemas sociales andan de moda, y lo que no sirve para echar abajo algo y para formar escombros, ni se busca ni se aplaude. Las ciencias tienen enciclopedia; Holbach y Helvecio crean una moral de carne; Condillac una filosofía de materia; Lamettrie una máquina con ruedas en que un movimiento ha de representar el vicio y otros las virtudes. Se defiende el sensualismo, el ateísmo, el materialismo, el deísmo, tal vez no por convencimiento, sino por espíritu de lucha, y como máquina de guerra; y esto al mismo tiempo que

Condorcet y Turgot sueñan en un optimismo indefinido. Montesquieu graba con su inmortal estilo los fundamentos de la organización de los gobiernos y las leyes, y Rousseau con una elocuencia encantadora saca del polvo con que lo habían cubierto sus amigos, para restituirlo á su cielo, al Dios de la revelación y del cristianismo, sin más extravíos y contradicciones que los de la época á que pagaba tributo, y con todas las extravagancias de un carácter en que la desconfianza de sí propio fué indole, y la negra misantropía, placer. Todo se renueva, se discute, se juzga y se condena; el antiguo edificio se desmorona, y la filosofía impera; la Sorbona y el Parlamento con las obras, eliminándolas la una, absolviéndolas el otro; *Las Bodas de Figaro* ponen en jaque á la corte, y en calor al pueblo; un filósofo, si es rechazado por un rey, es halagado por otro, que lo necesita como oráculo; en los salones no se habla sino de los *bellos espíritus*, que dan el tono en legislación, letras, artes y ciencias ahora, y han de darlo después, ni en la sociedad sino de la tempestad que ya se ve en la atmósfera; y Voltaire, el que todo lo supo, escribió y dijo, bueno ó malo, falso ó verdadero, sublime ó ridículo, el que destruyó por sistema y combatió de maligno; el patriarca ya reconocido de la nueva reforma, que á su vuelta de Berlin, y Luis XV en Versalles, se vió reinando en Paris, y todavía tuvo harto tiempo para gozar su gloria, observar las ruinas que habia hecho, y ver caer el muro levantado por él entre dos periodos, el del feudalismo que se iba, y el de la libertad que principiaba.

Los sucesos coetáneos influyen más de lo que uno se imaginó en el rumbo y el color de las ideas: éstas modifi-

can, pero son modificadas á su vez : acción y reacción que forman el organismo social. La guerra de las Dos Rosas habia ensangrentado el suelo inglés casi por un tercio de siglo : envenenamientos, traiciones, asesinatos, casas enteras como las de Neville, Pole, Clifford, diezmadas; el historiador Comines nos habla de ochenta príncipes de sangre real muertos, y hasta del duque de Exeter, hermano del rey, reducido á pedir limosna de puerta en puerta. Da grima lo que se ve desde Henrique IV hasta Ricardo III, que no obstante ser tan hábil monarca, hizo matar en la Torre de Londres á sus dos sobrinos en su propio lecho.

The most arch deed of piteous massacre
That ever yet this land was guilty of.

No hay cosa más engendradora de desastres, que la ambición desapoderada de mando y el estrago de las guerras intestinas : la virtud se va luego, y la sangre que sobreviene lo que deja es vacío detrás, y delante horror, miedo y luto. En cambio, cuando hay después algún ingenio poderoso, recoge todo esto y lo ofrece á la posteridad, como escarmiento y enseñanza : ejemplo Tácito, Dante y Maquiavelo, en cuyas obras ve uno aún á la humanidad viva, al crimen que asuela y al dolor que se queja.

Siguió la dinastía de los Tudores, en la cual, si es que cabe exceptuar á su fundador, el despotismo fué sombrío, la resistencia del parlamento, débil, si bien deliberada, y la libertad política en todo ese tempío sólo un ensayo de buenos frutos para más tarde, pero harto caros entonces, en medio de ideas tan candentes y de una intole-

rencia religiosa de tal modo ciega, que queria imponer las creencias con mandatos y el culto con patibulos. El brutal Enrique VIII fué cruel por avaricia y por sistema; monstruo que hasta leer su historia causa espanto, la corta edad de Eduardo VI tal vez no le permitió desplegar los instintos de su raza; Maria vivió — porque á ello la condujeron sus ideas fantásticas y la dureza de su alma — entre piras y cadalsos, é Isabel, no obstante el melindre regio y la coquetería desdenosa de su indole y el ser ademá otro su carácter, porque siquiera tenía talento y ricas dotes, halló en la Cámara Estrellada un instrumento ciego de opresión, en Escocia quien secundara sus planes de muerte, y en su reino quien la ayudara á segar preciosas vidas. Para que sea completo el cuadro, no hay que hablar de Juana Grey que sólo reinó nueve días borrascosos, pero que á haber reinado más, hubiera sido autora de otros sucesos; alma de Platón que á los diez y nueve años escribía como él el griego, que conversaba sobre alta filosofía, según es de verse en su carta desde la prisión al Doctor Agniers, con tanto acierto y gracia como el profundo Sócrates.

Tal es la Inglaterra que sirvió de modelo y de musa á Shakespeare: sombría, ensangrentada, ominosa : especie de inmenso osario donde los huesos tenían carne aún, bien que en jirones, y la carne movimiento. Me figuro yo que un ingenio tal, á vista de eso, es un gigante vestido de hierro para hacerse insensible en el exterior y poder así dar golpes de manopla sobre las partes doloridas, evocar sombras como quien exhorta á hermanos, ver derramar lágrimas como quien ve caer rocío y traer del reino del espanto los terrores que hielan, y el silencio

que hace mudo. En esto, y en el talento superior, está ya el trágico. El que escribe el delicadísimo coloquio de amor entre Romeo y Julieta de que sólo fueron testigos los rayos de la luna, y que parece el primer idilio cantado por los primeros pastores de la Arcadia, es el mismo que los lleva á un cementerio á celebrar sus nupcias con la muerte, y hace decir á la desposada antes de morir, y con el puñal en la mano, que acaba de quitar á Romeo, aquellas terribles palabras :

O happy dagger!

This is thy sheath; there rust, and let me die.

Si el autor filósofo ó rie por boca de Falstaff, la burla es hiel y la doctrina desengaño; si quiere usar de lo maravilloso como máquina, crea brujas, y le hace á uno creer en ellas; si le piden terror puebla el teatro de espectros; si le piden un tirano como Ricardo III, le arranca la conciencia, para llenar el vacío con maquinaciones de exterminio. Nada hay más patético que *Lear*, cuya suerte no podrían oír las piedras sin llorar; nada más trágico que aquellas palabras de Lady Macbeth, son ámbulade horror :

Here's the smell of the blood still: all the perfumes of Arabia will not sweeten these little hands. Oh! oh! oh!

Esto hace erizar los cabellos y nos justifica para aplicar al escritor lo que Faseli decia de Miguel Angel : « que era mucho hombre para imprimir el sello de lo sublime hasta en la jiba de un enano. »

Con esto se ve que Shakespeare tuvo en sí mismo mucho genio, tuvo detrás de sí mucha sangre, tuvo en torno suyo hartas luchas, y que si pudo ser trágico por sus dotes,

lo fué en realidad por las ideas que mamó con la leche y las circunstancias del tiempo en que vivió.

Vuelvo ahora la pluma, ya que he juzgado á Lope, á tratar sobre España, remontando un poco en la historia, á fin de hallar el carácter y el colorido que sirven á mi objeto. Fernando é Isabel, por enlace, conquistas y herencia, habían puesto bajo su cetro casi toda la Península : la conquista de Granada había traído sosiego; la incorporación de la América, lustre; la unidad de la fe, unidad de pensamiento; y cuando Carlos V, en 1516, por la muerte de Fernando el Católico, y tres años después por la de su abuelo paterno, hizo suya la sucesión de ambas líneas, se encontró ser la rama de Austria española la más poderosa de las reinantes, y los dominios de aquel monarca, cuyos hombros por otra parte eran robustos para sostenerlos, tan pesados y grandes como el orbe. En sus designios osado, en sus planes previsivo, en su ejecución rápido, pudo el nieto de Maximiliano I nacer con fortuna, luchar con gloria, ocupar en Europa el primer puesto, dar á la fama el tema más fecundo, y al fin en el monasterio de Yuste, fatigado ya de tanta grandeza, consagrar en paz su alma á Dios, y ver como de lejos, fundadas y florecientes, las dos dinastías de su casa. Sin exterioridades fascinadoras ó amables, sin el dón del verbo, que tanto cautiva, lo grandioso de sus empresas nació de lo fijo de sus cálculos, enderezados siempre á guerras con resultados, ó á alianzas que iban tras ellos. El guerrero en él estuvo constantemente sujeto al hombre político, la razón de justicia á la razón de Estado : no obstante su movilidad, todo paso era medido; no obstante sus impetus, sabía templarlos con la calma : príncipe raro, que

tuvo una patria que no fué su asiento, un domicilio donde jamás fué querido, una sucesión de patrimonios encontrados, y un alto papel que desempeñar, y que desempeñó con esplendor, á pesar de tener por rival á todo un Francisco I: por enemigos, ora al Papa, ora á Enrique VIII, y haber de combatir al turco, al argelino, y al espíritu fanático, múltiple y duro de una idea religiosa naciente, dejando al fin con honra su corona y sin menoscabo ni merma la extensión de su vasta monarquía.

Hubo de pasar ésta íntegra á Felipe II, salvo la dignidad imperial que tocó á Fernando su tío. El carácter de los principes decide con frecuencia de la suerte de sus reinados. Felipe II era taciturno, sombrío, devoto, perseverante: su prestigio el terror; su talento la tenacidad. Capaz para la conservación y no para la conquista, dormía sobre su tesoro; eso sí, lo custodiaba. El fanatismo era en él al mismo tiempo forma externa, fe y arma segura de gobierno: con un clero poderoso, un catolicismo fuerte, unas creencias arraigadas, una corte como la de Roma que tan útil era como aliada ó como amiga, y el espíritu de las reformas que tenía exaltadas las ideas, y que había empezado ya á invadir la propia casa; ó hace el monarca lo que hizo, ó de nó se expone á vivir entre guerras sangrientas como en Francia, agitaciones constantes como en Alemania, ó luchas sordas de partidos que se odian como en la Inglaterra de Isabel.

Para las acciones humanas que hacen ruido en el mundo hay dos clases de criterio: el que nace de la conciencia eterna, que no atiende á circunstancias, y el que procede de la conciencia relativa, que sí tiene cuenta con ellas. Desde que hay que subir un poco en la escala social,

y que hacer con intereses poderosos, no sabe siempre someterlos sino consultarlos; y en este sentido, la política, que es la ciencia de dirigirlos, no es la justicia absoluta sino la contemporánea. Si se exceptúa á San Luis, que fué bueno porque sus virtudes no se enflaquecieron en el trono; á Henrique IV, que ha sido uno de los que mejor han conocido las artes de la paz y de la guerra por el equilibrio perfecto que hubo entre su corazón y su alma; á Napoleón el Grande, talvez el único mortal que ha podido dar el *quién vive* á todas las ideas é instituciones reinantes para arrastrarlas cautivas detrás de su carro triunfador; y á algún otro de los que han figurado como jefes de naciones; con los demás que no tienen ni esas prendas inocuas que sirven para hacerse perdonar, ni ese poder irresistible que amasa y que transforma, es preciso ser muy indulgente, y hasta prestarles en muchos casos aquel género de vindicación, que si no los justifica como hombres los salva talvez como estadistas. La filosofía de la historia es aquel alto juicio que da á cada cosa su tiempo, y á cada tiempo sus costumbres y leyes dominantes.

Este es el patrón, á mi entender, de las apreciaciones imparciales; y una palabra más para concluir con estas generalidades que aquí tienen su aplicación y su provecho. Alabar es muy fácil, como también lo es el vituperio; lo difícil es quitar la losa, limpiar de escombros el terreno donde ha amontonado el tiempo sus ruinas, para hallar el relieve desnudo, la cifra pura de los sucesos humanos. He aquí por qué hay tantos cronistas para un solo historiador, y por qué pasan siglos de Tácito á Bossuet y de Bossuet á Macaulay. Vuelvo á Felipe II.

Su mano tuvo menos qué hacer en la propia casa que en la ajena, porque, á decir verdad, los otros reinos, mayormente los que más relación tenían con España, estaban, ó alborotados, ó convulsos, y con aquel linaje de fermento que trae luego calor de disputas y dislocación á poco de partes, y el creyó necesidad de su policía ahogar el germen para impedir el contagio, ó hacer fuéra ruido de armas y de triunfos para tener dentro motivos de loa por altos hechos consumados, ó camino seguro para la consolidación de su gobierno. Carlos V hasta había tenido cuidado, antes de abdicar, de asegurarle la paz por la tregua de Vaucelles, y si la violó apenas hecha Enrique II, las represalias no se hicieron esperar en la toma de San Quintín, y dos años más tarde en el tratado de Chateau-Cambressis, tan desgraciado y fatal para la Francia. Con esto los negocios de Italia, á donde se había asestado el golpe, volvieron á entrar en su lecho, y siguieron su curso antiguo.

Lo que más inquietud llegó á dar á Felipe fueron los Países Bajos; había cundido allí el espíritu de la Reforma: lo más granado de la nobleza, sobre todos Guillermo de Nassau, le daba calor y ayudaba: metía la mano Isabel desde Inglaterra; y se sabe lo que es una idea flamante que apellida libertad de algún linaje, y que nazca ó se trasplante á suelo donde se la deje echar raíces: á poco, y más si se riega con sangre, es institución. Para una libertad, ótra, bien que templada con los miramientos de lo que es justo; y entonces, tarde ó temprano, la armonía social se restablece, y lo que es mejor, sin sacrificios. Fué un error del Rey el sistema de compresión implacable que adoptó: ni Margarita de Parma, ni el duro

duque de Alba consiguieron nada, la unión de Utrecht se hizo en 1713, la lucha continuó después bajo seis diferentes gobernadores hasta fines de aquel reinado, y de hecho quedó consumada la separación de las Provincias Unidas.

Esta es la única pérdida de cuenta en la monarquía española de ese tiempo: hubo culpa, pero que quedó sobradamente compensada con la adquisición del Portugal.

En cuanto al exterior, el peso y preponderancia de España se hacía sentir con harto gravamen. En Inglaterra obtiene Felipe la mano de Maria, solicita la de Isabel, agita en Escocia; y si no es porque la infeliz reina de los Estuardos rinde la vida en el patíbulo, ó porque queda destruida la invencible armada, ó porque la habilidad de Isabel estaba siempre donde amenazaba el peligro, el monarca español, si no varia en aquél reino las piezas del ajedrez para sí, las varia para manos que él hubiera podido dirigir á voluntad.

En Francia da cuidados á Francisco II, da qué hacer á los Hugonotes, se pone de parte de los Guisas, hace volver, ya á un lado ya á otro, á Catalina de Médicis, precipita á Carlos IX, compromete al fanático Henrique III, que muere á manos del asesino Clement, promueve la Liga y después hace dudoso el derecho de sucesión; logra poner de su parte al Sumo Pontífice; se hace proponer como candidato; envía al Duque de Parma, que vence y casi oprime; y si no es por Henrique de Navarra, suscitado por Dios para ser la gloria de Francia, el cetro de esta nación pasa á manos de Felipe ó de un deudo suyo. La paz de Vervins en 1598 puso término á esa dudosa y larga

lucha, trajo para ambos países un equilibrio sólido que hizo respetables los intereses respectivos, franqueó para el monarca francés un espacio libre donde pudiesen campear sus altas dotes de mando, y abrió en el propio año para el español una tumba donde durmió con un nombre no querido, después de haber dejado en sucesión una herencia respetada.

Habría siempre misterio que cubra la memoria de este príncipe : causa para ello, su carácter profundamente concentrado, á que ayudaba la circunstancia de no haber entonces libertad de imprenta, ni anécdotas escritas, ni crónicas, ni libelos, que con frecuencia contienen para el ojo observador la vida á pedazos, pero la vida íntegra de los altos personajes. De aquí nace, respecto á él, lo vario aún de la crítica, teniéndole unos como severo por necesidad y otros como implacable por índole. Es de conjeturarse, que savia de benevolencia no tenía, ni sensibilidad tierna, ni lágrimas para el dolor, si por la naturaleza en parte, en parte también porque las creencias fanáticas y endurecidas dan dureza. Hombre de pocos amigos, de poco trato, de pocas dudas, eso sí de voluntad de hierro, ya con dominios inmensos y un cetro transmitido en herencia, no necesitó para conservarlo más que de una idea fija que fué la de sus súbditos todos, de un sentimiento común que fué el de toda la nación, y de una línea recta de conducta que marcó siempre los pasos de su vida. Su talento no fué nunca inferior á sus recursos, ni hubo recurso que hubiese dejado de estar en acción entre sus manos : su grandeza no fué de colmo, sino de igualdad, pero la medida de ella era todo el poder español. Fué intolerante, pero mayor intolerancia había en otras partes donde se

envenenaban más odios, se chocaban más partidos y se derramaba más sangre. Su pensamiento dominante fué la unidad de autoridad y la unidad de fe, que logró ver establecidas, porque eran, puede decirse, instituciones ; lo que no logró Inglaterra, por haber allí una corona disputada, y sectas religiosas contrapuestas, entre ellas los Puritanos, la más tenaz de todas ; lo que tampoco logró Francia, con monarcas débiles, señores turbulentos y parcialidades enconadas ; así es que al cerrar su carrera Felipe II, que hizo en su casa lo que hizo porque era una, y en las ajenas lo que se sabe, porque estaban divididas, pudo traspasar con gloria un poder que había recibido de la fortuna, y que supo conservar, aun no siendo los tiempos muy propicios, con el acierto y pulso de político consumado.

No se vea mal esta digresión : la hice porque era menester presentar el cuadro de la mayor grandeza de España, para llegar á Felipe III, quien recibía más bien que daba impulsos, y á Felipe IV, príncipe galante, amigo de fiestas palaciegas, aficionado á las musas y favorecedor, si es que no autor él mismo de las obras del ingenio ; otra vez á Lope de Vega, que ilustró ambos reinados, y cuyo carácter no debe desdecirse del molde de que salió, de las tradiciones que tuvo y de las ideas que veía dominantes en las costumbres, en los gustos y en las letras.

¿Qué fueron esos reinados ? Largos años de inacción doméstica : guerras estériles fuera ; paz sin frutos dentro. Se vivía sólo de recuerdos, del esplendor pasado, de las flotas poderosas, de los tercios de Flandes, de la monarquía alumbrada á todas horas por el sol del mediodía ; á que daba ayuda — para hacer más viva la molición y

más descuidada la conducta, en un tiempo en que ya las necesidades del trabajo y de las investigaciones científicas tocaban á la puerta — la mezcla difícil del espíritu bélico godo y de la imaginación ardiente de los árabes. Después que Colón había puesto á los pies de Isabel la Católica un mundo de prodigios, que Pizarro y Cortés habían conquistado comarcas y reinos de plata, oro y esmeralda, y que la lengua española se hablaba en todas las cortes y el galeón español cruzaba todos los mares, se creyó que todo estaba hecho, y los ingenios por lo común no hicieron más que dormir sobre laureles. Unas veces tras la imitación latina, esclavos ótras de un gusto transitorio: muchos de ellos, á pesar de sus talentos, malbarataron sus dotes dejando obras en que no es el arte al que se admira sino al artista. La pasaban como herederos ricos en soberbios lechos, sin hacer nada, ó haciendo poco, ó mucho menos de lo que les permitían sus hercúleas fuerzas. La grandeza histórica de la nación trajo la espléndida molición de las letras.

Y hé aquí explicado por qué Lope con genio para ello como para todo, no fué trágico como Shakespeare. No sintió casi nunca ó sintió raras veces espigas y dolores; fué ingenio de corte, vivió entre púrpura y brocados, los aplausos eran su aura, los elogios descompasados la menor lisonja á sus oídos, inventaba jugando, jugaba haciendo dramas y escribía versos como llover; sus favorecedores y amigos fueron los Duques de Alba y de Sesa y el Papa Urbano VIII que le escribió una carta de su puño, y los grandes del mundo sus admiradores todos: buscado, adulado, señalado con el dedo, aplaudido, rey de la escena, tirano del gusto, el hijo mimado de la fama, y entregado

el mismo á las fruiciones de este culto universal, bien se comprende que tal hombre estaba menos dispuesto que ótros á evocar sombras, derramar sangre y traer el silencio del terror sobre las tablas. Shakespeare y Lope son dos ingenios á igual altura, sólo que uno es el poder que sufre y obra, el otro el poder que goza y abusa.

Cuando Lope iba ya al ocaso, despuntaba del lado opuesto Calderón. Por lo que tengo dicho de sus autos podrá venirse en cuenta de lo que fué en sus otros dramas, ya que es cierto que nadie se desmiente en su género y estilo. De una imaginación florida, y esas flores de perfume, aunque con menos follaje que Lope, asiste uno como á un huerto á la lectura de sus obras, y ve en cada una de ellas, un naranjo vestido de azahares: hasta le sucede á uno, en medio de ese jardín, que se le olvida su irregularidad y sus confusos laberintos, si en cambio puede pasar sabrosas horas en kioscos de enredadera ó en pabellones de verdura, con fuentes cristalinas que pasan á sus pies y el viento que murmura en la enramada. Su inventiva es poderosa, con dos faltas sólo, á saber: que los caracteres llevan no pocas veces fisonomía idéntica, y la fábula, cuando es de su cuño, ficciones parecidas; teniendo cauces de sobra, y ésos amplios, echaba las aguas casi siempre por uno; con lo cual, ó pagó farías al mal gusto ó mostró capricho de ingenio. En lo que era único era en la trama y artificio, llegando á multiplicar los incidentes y á enredar los lances á tal punto, que el interés se ve crecer á la par que crece también la dificultad de darles corte: sin relaciones causadas, sin conferencias frías, cuyo objeto es, en los que no saben otra cosa, d r cuenta al que lo oye ó lo lee de la trabazón y dificultades del drama, la acción

de éste se ve desenvolverse sin afán ni sobrealiento, y tomar las hebras, como si se moviesen por sí solas, el puesto que les corresponde en el tejido. Su afán era crear : no hay que pedirle, es cierto, ni verdad histórica, ni verosimilitud estética, ni armonía clásica del conjunto, ni la observancia de las reclamadas *unidades* : pero á trueque de ello, está Calderón, su originalidad, los mundos que salieron de su verbo. Donde él ponía la mano, quedaba siempre, por humilde que fuese la materia, sello de inmortalidad, y salían de pie seres con vida y movimiento. El célebre escritor don Eugenio de Ochoa, con su habitual alto criterio literario, lo compara á Miguel Angel, trayendo á cotejo, entre otros casos que pudieran citarse, el *Moisés* de éste y el *Hércules* del otro en *Fieras agmina amor*. El diálogo toma de los incidentes motivo, de la trama enlace, de los afectos interés, y es al propio tiempo desarrollo de la acción y camino para conducir los pasos de la fábula; semeja por lo común una pieza orgánica y no superpuesta; bien que si se ha de decir todo, no es raro que aparezcan hablando caballeros presuntuosos, príncipes vanos, damas retóricas y otros personajes más que medianamente impropios ó ladinos. Pero para honra de Calderón, el diálogo es su fuerza : animado, oportuno, bullente; tiene éste tanta vida y se la da tanto al drama, que no ve uno más que movimiento y llega á olvidarse del autor. Un gran defecto suyo es la entonación constante : siempre está de orquesta numerosa, y rara vez se abaja á la humilde vihuela : gran rey que no sale jamás de palacio; á que contribuiría talvez la afición suya — que era también del tiempo — á lo caballeresco y á lo heroico, tinte que tomaron no pocas veces sus composiciones. Otro defecto era

el lirismo : le gustaba gallardear; y como era tan rico, tenía oro de sobra para sobrecargar sus hechuras de profusos atavíos. Dicción casi siempre pura, versificación siempre fresca y lozana, elocución espléndida hasta encontrarse en ella todos los veneros del habla, y el romance octosilabo suyo, uno de los que mejor han logrado reunirse, sin que se dañen unas á otras, las pausas de sentido con las pausas métricas. Estas formas son en su pluma nichos donde vienen los pensamientos al justo, y en lo que hace al ritmo musical, cantos divinos. Cuando se apodera el estro de él parece una sibila, y habla y fatiga y derrama sin cesar por su boca bellezas y oráculos; admirable sobre todo en las descripciones; y aunque las alarga á veces con adornos, esos adornos son perlas; la musa de Calderón es regia, viste púrpura, lleva cetro y manda. Su estilo es hermosísimo : es un velo sutil y trasparente con los colores del iris, que nunca se disipan, porque nunca faltan sol que dé rayos y aljófares que cuelguen.

El pensamiento que sigue equivale á un libro entero sobre el corazón de la mujer :

No sé que se tiene
El ser una amada,
Que aun penas que ofenden,
Ofenden si faltan.

Es difícil hallar pintura tan natural como ésta :

Pequeña boca, que unida,
Es un hermoso clavel,
Y partida, dos rubies,
Que le sirve de cancel
El tesoro de sus perlas

Oculto, tal vez negado,
O concedido tal vez.

Ni que esta otra :

¿Nunca has visto de una fuente
Bajar un arroyo manso,
Siendo apacible descanso
El valle de su corriente;
Y cuando le juzgan falto
De fuerza las flores bellas,
Pasa por encima de ellas,
Rompiendo por lo más alto?

Ni por último que ésta, donde se ve la gala, el lujo,
el dominio á lo señor del habla castellana :

El traje que se vestía
Era un bien mezclado traje;
Ni bien de corte, ni bien
De aldea, sino á mitades :
De señora en el aliño,
De aldeana en el donaire.
Seguía hasta que llegó
Á la cuadrilla, que errante
Coro tejido de ninfas,
Á los templados compases
De hojas, pájaros y fuentes,
Cada paso era un festín,
Cada descuido era un baile.

Hasta aquí he considerado á Calderón más como poeta
que como dramático, pero como ese estritor sublime es
tan grande bajo el último aspecto, he de exponer aquí
con brevedad mi propio juicio, bien que separándome,
en los motivos de la admiración que causa, de Schlegel,
cuya manera de ver en el particular me parece más inge-

niosa que verdadera. Cree él que las tradiciones, las creen-
cias, las formas religiosas paganas son fragmentos de la
vida de los pueblos, y hasta ahí va bien; pero no va lo
mismo cuando asegura que la grandeza de la poesía
antigua italiana, en que sin duda alude á Dante y Tasso,
consistió en incorporar esas alegorías y hechos á la realidad
del cristianismo, para ofrecer á la vista cuadros completos;
y la grandeza de Calderón en hallar un símbolo cristiano
que pudiese en armonía á Dios y al mundo, al espíritu
y á la materia. Tiene esto el defecto de ser nebulosamente
metafísico, sobre tenerlo además en la parte inteligible,
de ser falso : el comunismo histórico es cierto en cuanto
á la vida social, pero no hay comunismo de sentimientos
en cuanto á la religiosa. Jesucristo con un linde creó dos
mundos, y con su verbo otra doctrina.

Sin duda que Schlegel dirá esto por las figuras alegó-
ricas, paganas y judaicas que Calderón emplea, especial-
mente en sus autos; pero nótese que el objeto en todas
estas piezas es matar con la verdad el error, con el dogma
el símbolo; y para esto se valía de su inmensa erudición
bíblica, sin que le hubiese ocurrido nunca ni unir partes
inconexas, ni formar teogonías, ni echar las bases de una
escuela novadora. Tomaba sus materiales dondequiera,
en la historia, en las creencias, en los recuerdos, los prime-
ros que le venían á la mano, y con ellos formaba sus alca-
zares soberbios, sin dársele nada de la especie, con tal
que la labor fuese prima y el aspecto del conjunto gran-
dioso.

La tragedia es para las grandes pasiones, y la comedia
para las costumbres y los afectos comunes ó apacibles,
comprendiendo ambas el drama, cuya forma orgánica es

la acción como fuerza, y el diálogo como medio de llegar al desenlace. Su forma interna, su objeto, es más alto: es la representación del sentimiento íntimo de las grandes épocas en sus grandes hombres, ó como ley histórica que se cumple, ó como ley del progreso que marcha, ó como continuación de los hilos que forman la tela misteriosa de la humanidad. Imaginación, ciencia, inventiva, verdad, parsimonia, buen gusto; dón de crear, concentrar, persuadir; poder de llamar á los reyes á la puerta de los panteones y de detener los sucesos en la corriente de los siglos; sensibilidad exquisita, facilidad para las lágrimas cuando es menester: tal es el conjunto de dotes que debe tener un autor dramático. Nadie las ha tenido completas; ni puede decirse, por las razones expuestas para Lope, que Calderón sea trágico aunque haya tenido dotes para ello; pero nadie ha creado más ni ha legado á la posteridad cuadros más vivos donde se ven la carne y la sangre de ideas poderosas. No ha dejado personajes como Shakespeare, Corneille y Racine; pero ha dejado épocas enteras, instituciones enteras adonde van la historia y la religión á recoger su propio diseño y colorido. La mitología pagana figura en él, pero como relieves de sarcófago, formas clásicas en cuerpos fríos: prueba de que usaba de ella para enterrarla; lo que tienen de grande sus obras es la edad caballeresca con sus altos hechos de pro, la galantería castellana con su donaire comedido, aquellos duelos de amor para que lo supiesen las damas, aquellas damas disertadoras por cultas, y cultas porque se habían criado en el decoro; y más que esto la hermosura, las promesas y los esplendores del cristianismo, el dogma, la gracia, la fe, los ángeles y el Dios encarnado que rege-

nera la raza de Adán, transforma al mundo y da otra vida á la historia. Calderón no delineó con precisión caracteres particulares, pero pintó con maestría el carácter completo de sucesos portentosos que se han verificado en el espacio y en el tiempo.

Bájo ya de estas arduas cumbres alpinas á que fué necesario ascender, para tomar la perspectiva del antiguo teatro español, que abraza un siglo entero: Lope y Calderón vienen á ser como los maestros, dando la ley y siendo la pauta para cuantos siguieron después ilustrando la dramática de su nación. Tan cierto es esto, que fué de España, y cuando se trata de dar un fallo sobre ese tiempo, casi es únicamente á aquellos escritores á quienes se hace comparecer y se interroga, como si fuesen atribuibles á ellos no más así el vituperio como la gloria. Tan cierto es que un grande hombre resume toda una época, que los grandes ingenios son la luz de las edades, y que la galería del tiempo está alumbrada por ellos como por soles.

Merecen colocarse casi en una misma línea, como los mejores discípulos de esa escuela, Tirso de Molina, Moreto, Rojas y Alarcón, en quienes no bastardeó ni la sangre de raza ni el escudo de nobleza, sino que más bien contribuyeron, sin mala nota ni mancha, á conservar el esplendor del linaje. Sería tarea larga la apreciación de sus obras, y además de eso superflua, por haberla hecho con el mayor seso y tino críticos afamados. Pero no puede uno pasar tan de ligero, que no haga alguna detención, como es lo ordinario, en una galería donde hay cuadros célebres de arte.

Moreto ha sido talvez el primero que se ha propuesto

aprovechar el caudal de su vena; y aunque no exento de los resabios del tiempo, mayormente del lenguaje conceptuoso y sutil, que llegó á ser gusto del público y mancha del teatro, se conoce que pensó con seriedad en lo que hacia, y que pensó en esto muy bien. No es posible á nadie hablar en Eneida ó pintar por juego en frescos del Vaticano, ni cabe aspirar á ser como ciertos conquistadores que quieren á caballo mismo fundar repúblicas y organizar reinos, para que al volver la espalda no existan. Jordán derramaba obras como agua, y llegó á ser llamado *Fa presto*; pues en pocas de ellas hay aquel sello que perdura, porque se deja grabar lentamente, y que se nota en casi todas las obras de Rivera, Velázquez y Murillo. Moreto ya se ocupa en dejar variados caracteres, que es uno de los fines esenciales del drama, y de enriquecer con ellos museos, que son para las costumbres y pasiones, ó correcciones, ó historia ó enseñanza. La trama cierra, los incidentes se tocan, las situaciones nacen, y el interés crece conforme se desenvuelve la fábula. El diálogo oculta el arte y descubre la naturaleza, y el estilo es llano sin humildad y culto sin presunción. Estas prendas son observables en muchas composiciones suyas, sobre todo en *El desdén con el desdén*, inmortal obra, donde, como en algunas otras, el autor puso tanto de labor como de ingenio.

.....castigavit ad unguem.

A pocos autores llega uno con ánimo más alegre, y como que lo busca para amarlo, que á Don Francisco de Rojas, y todo el secreto de ello es *Del rey abajo, ninguno*, donde se ve de lleno al autor, y donde está toda su alma. En

otras piezas suyas, ó sólo hay extravagancias y delirios, ó hay confusa mezcla de esto y de talento — que en el autor era harto claro, — pero la pieza citada es una perla. Yo no sé si diga que es la que más me agrada de todo el teatro español. Es tragedia por el bien parecer; pero comedia, en verdad, por la contextura, la sazón y gusto: ni hay sangre que manche, ni terror que hiele, y ántes por el contrario, se ve en ella tono apacible de composición, relatos fieles de costumbres, y aquel estilo difícil, digno siempre, que si sube es para el decoro, si baja para el donaire, sobrado á maravilla: este drama es un palacio de arte, en que los compartimientos son científicos y las luces llenas. Le sucede á uno, leyéndolo, que le satisface el corazón y se sienta uno en él á aspirar la virtud, como aspira auras en un huerto. Don García era un caballero de palabra dada y buena fe cumplida, de esa raza que *lanzaba borjodos para fevir tablados*, provocaba lances para enriquecer escudos, y seguía la corte por el rey, al rey por la lealtad, y el ejercicio de las armas por la honra; galante por bizarro, y bizarro también por la mujer: doña Blanca, una esposa de las que llenan el corazón, así por su gracia y brío, como por aquel tesoro de prendas, que por su firmeza duran, y por su valor dan confianza. Hé aquí los protagonistas que vivían alegres en rústica y no envidiada medianía, tan bien pintada, que en aquella casa que se describe, casi asiste uno al campo, y luego á ver asar á la lumbre las piezas que aguarda la familia alrededor. De repente sobrevienen sospechas, habla el honor, se descubre la verdad, muere Mendo, y quedan limpios el decoro del rey, y la tersa fama de Doña Blanca y Don García.

A Tirso le gustaba, porque le era fácil, enredar y desenredar una trama, á ocultarse detrás de ella para dirigir puntas, cuando no enherboladas, que fuesen derechas al centro de los vicios : abundante, travieso, maligno, se complace en hacer caricaturas para el ridículo, ó se rie y hace reir á costa de los que son objeto de su burla. Rico en el habla, oportuno en el donaire, atildado en el estilo, á ser cuidadoso en la disposición de sus fábulas, nadie le hubiera excedido en la comedia de costumbres, sólo que en moral es más que libre, y en filosofía, alambicado.

Alarcón es correcto y de frase limpia, menos ingenioso que Tirso, pero más regular y más exento de resabios : oían más á aceite sus composiciones; y aunque no salpicadas del gracejo dañino del fraile, sí llenas de aquel alto decoro que toma del chiste lo urbano y de la sal lo que sazona. *La verdad sospechosa*, es una comedia histórica porque es muy buena, y es muy buena, porque allí el embuste es tan ingenioso que casi cree uno en él, como casi cree en los sucesos de la venta ó en la historia del yelmo de Mambrino. La crítica que he hecho de estos escritores consiste sólo en haber señalado en ellos pequeños lunares que hacen resaltar más su mérito incomparable. Así á Pablo Veronés se le censuran sus anacronismo y algunos de sus santos, pero es uno de los que más han enriquecido en Venecia el palacio ducal, y no obstante de que á los Carraccios se les tache de rígidos y secos, han sido la inspiración y ornato de la escuela de Bolonia. Esta grande era del llamado antiguo teatro español llega, por la claridad que le alcanza, hasta el fin de la centuria; pero propiamente fué Solís el último astro :

escritor de formas bellas, y que no se deslució en el cultivo del arte.

No es posible en un juicio tan rápido, citar á todos, ni hacer de los citados una completa apreciación. Llega uno aquí como á la orilla de un bosque secular, para decir apenas : es muy espeso; ó á la orilla del océano para exclamar : es muy ancho; hay una mina, y otra mina, y otra : por todas partes oro. El teatro español de ese tiempo es sin duda el más rico de la Europa, de tal suerte que la fama de los compositores casi obscurece la fama de los principes. Lo menciona uno como menciona al Vaticano, para hacer conocer á Rafael y Miguel Angel, que reinan más en ese palacio que los Papas; como menciona la galería Pitti de Florencia para hacer conocer á Rubens, Van Dyck, Velázquez, Caravaggio y Tintoretto, que reinan allí más que la sombra de los Médicis.

Y aquí he de hacer una observación que sugiere de suyo la historia comparada del arte. Cuando los sucesores de Lope empezaron á sobresalir, empezó el teatro francés aquella era de gloria que tanto lo distinguió, así por el ingenio como por la regularidad, habiendo continuado por algún tiempo las literaturas respectivas con la diferencia característica de que la una nó, y la otra sí observaba en general las reglas de Aristóteles. ¿ Por qué esto?

Antes que otra cosa debo decir que en este punto no soy severo : si hay interés que conmueva, y fin moral de la pieza, está conseguido el fin literario del drama. Después que Shakespeare y Calderón han escrito y encantado, pido *juicio en revista* para las reglas de las *tres unidades*, y entre tanto me atengo á lo que me haga

sentir y gozar. Quiero que haya cánones, pero no que éstos ahoguen : la verdad campea.

Lo que sigue es más delicado : siempre que hay que hacer algo con la historia, que es un canero de huesos sueltos, el arte no está en escogerlos, sino en articularlos. Toco con Enrique IV, porque la liga que terminó con su advenimiento al trono, es un tiempo en Francia de descomposición de ideas, y su reinado una tregua hecha á la sangre, y un régimen en que lo generoso no quitó nada á lo sabio. Muchas veces un hombre solo decide de la suerte de una nación. El tratado de Vervins fué la palabra de paz, el edicto de Nantes la palabra de un ón ; lo demás lo hicieron Sully y el Rey, y pudieron así habitar juntos *las palomas y las águilas*. Esa época se distingue por dos cosas : por la lucha de la libertad, mientras fué ahogada, y por la germinación tranquila en que esta entró, después que dejó de serlo, para dar pimpollos más tarde : el proceso del pensamiento es orgánico.

Salvo los ministerios oscuros de Concini y del duque de Ancre, el reinado de Luis XIII es el de Richelieu, cuya cabeza era toda intrigas, y cuyas intrigas redes de hierro ; hombre singular que desafiaba á sus enemigos para vencerlos, y provocaba borrascas para quedar sobre ellas de pie. Persigue á los protestantes dentro, los favorece fuera, inmoló á los grandes, destierra á Maria, se alia con monarcas, humilla á España, humilla al Austria, impone su voluntad, somete al rey ; y al terminar sus días, después de haber tenido á Gustavo Adolfo por soldado y á príncipes poderosos en silencio, deja para los anales de Francia el ejemplo de un duelo histórico, en que toda la gloria fué propia y todo el descrédito ajeno,

y en ciernes para el mundo un tratado como el de Westfalia, que fué una fórmula de paz y equilibrio continental, y una base, puede decirse, de derecho público europeo.

La Fronda no hay casi para qué mencionarla : episodio de ambición palaciega, odios mezquinos, libelos, galante-rías y liviandad, con su parte de quebranto por los odios, y de burla por la ligereza ridícula que presidió no pocas veces á la lucha. Al entrar Luis XIV á la mayor edad, se encontró con una nación grande, y grande él mismo. Su grandeza no está sólo en haber complementado la obra de Richelieu respecto al Austria, en haber resplandecido más que Leopoldo I, Guillermo III, Carlos XII y Juan Sobieski, y en haber formado marina, comunicado dos mares, é impuesto silencio á la Europa por más de dos tercios de siglo ; sino en su protección decidida á favor de las ciencias y las letras, que llegaron á florecer tanto como en los tiempos de Augusto y de Pericles. Basta citar nombres como el de Pascal, que sondeó el abismo del pensamiento, como el de Bossuet, que tocó el fondo del infinito, y como el del gran Corneille, que abrió la era con el *Cid* : no es posible agotar la lista de tanto y tanto ingenio. No hay prosa como la de las *Cartas persianas*, no hay versos como los de Racine, no hay sabiduría como la de Fontenelle. Versalles era tanto lugar de pompas regias como estadio para el talento ; y después de las fiestas cortesanas hechas para celebrar las batallas de Condé y del mariscal de Luxemburgo, y de aquellos espectáculos de salón en que la galantería venía al molde del buen gusto, habia tiempo para acordar premios, fundar institutos científicos, oír la pequeña cuaresma, crear pensiones para Pelissón y Boileau, y hasta para invitar

á éste que venga á palacio, de su retiro de Auteuil, á conversar todos los días con Luis. Con excepción de La Fontaine, puede decirse que no hubo un grande hombre que no recibiese del monarca estímulo ó mano ó favor.

Para resumir, y según mi criterio, el espíritu empezó á bullir en tiempo de la Liga, recibió calor de fermento en el decurso de paz de Henrique IV, nuevo calor de gloria en el glorioso ministerio de Richelieu, y aliento y vida en los triunfos nacionales del gran Rey; siendo de advertir que entonces todo se supo, que el mismo esplendor del saber fué luz de errores y crítica muda de extravíos, y que una corte espléndida, galante, artística y que era ejemplar y espejo en todo, debía conadyuvar á hacer dominante la estética en las letras, y usual y de ley la regularidad artística en las producciones del ingenio.

Además, los franceses no tenían que inventar nada en el teatro: España les había dado el oro, y su mérito apenas fué hacer joyas. Fueron arreglados en sus piezas, porque no perdieron menos; y sobre esto, porque regularidad es trabajo de segunda mano. Antes de esto está el abrir la mina y encontrar la vena. Según lo cual, el teatro antiguo español quedará siendo siempre el primero.

He entrado en esta reseña porque quería contestar cargos y llenar omisiones que noto en el señor Martínez de la Rosa, para lo cual pido venia por la justa celebridad del crítico.

El siglo XVIII fué acaso, no en obras, numerosas en verdad, sino en autores cómicos de dotes: la decadencia había principiado, la nación descendía, y no hay cosa más fatal para el espíritu que este hundimiento universal. El reinado de Felipe V fué estéril, salvo los frutos de Za-

mora y Cañizares y la doctrina de Luzán, más acertada respecto de él en la teórica que en la práctica. Fernando VI pasó como un paréntesis; y fuera de la parte política, en que la monarquía dió signo de mejor vida, el tiempo de Carlos III sólo es nombrado en la parte dramática, por el aliento que infundió en las letras, los esfuerzos laudables de Moratin el padre y don Tomás de Iriarte, y la fecundidad pobre de don Ramón de la Cruz, el ensayo cómico-lírico de Meléndez y *el Delincuente Honrado* de Jovellanos. Lo que hubo de notable relacionado con este grande hombre, que floreció en aquel reinado y en el siguiente, es que su casa fué tanto el templo de Temis como el de las Musas; que á su alrededor se agrupaban todos los amos del saber; que él era numen, Mecenas y oráculo, y que en esa escuela, y como el más aventajado alumno de ella, se formó don Leandro Fernández de Moratín, uno de los destinados á ser regeneradores del teatro.

Y lo fué en efecto. Amigo de Cabarrús, de Ilaguino y de Cean, creció en una atmósfera, si no de grandeza, si de esperanzas literarias, y tuvo siempre, junto con el afán, el mérito de sobresalir en cuantos géneros cultivó. Como poeta lírico, es uno de los que más han sabido dar á sus versos, en especial á los blancos, aquella combinación feliz de acentos que los hace gratos al oído; se nota el arte y con él también el ingenio; ni alucamiento por hinchazón, ni estitiquez por sequedad; era un artista que no se dejaba ver la obra mientras estuviese sin concluir; pero cuando decía que ya estaba, estaba bien: tenía la desconfianza junto con el orgullo de su habilidad. Como prosista es puro, correcto y fácil: ni novador que

pervierte, ni pelucón que no transige: le gustaba conservar el escudo antiguo, pero poniendo en él los nuevos blasones conquistados.

No menos que este conjunto hermoso de prendas llevó Moratin á la composición del drama, en el cual su afán fué que campease el ingenio, pero sólo en el espacio que le dejasen libre las reglas; y cierto que á estar á los ejemplos que nos dejó, si no del todo aceptable la escuela, por ser tan estrecha, si fué feliz la práctica en la mayor parte de sus piezas. Le ayudaba á ello la índole: su propia modestia le traía á andar siempre con los pasos medidos y las alas recortadas; ó quizá también el temor de extrañarse en regiones desconocidas é inseguras. Su exposición es natural, su trama bien tejida, su diálogo animado, su acción desenvuelta; todo esto con lenguaje castizo y estilo propio; sólo que el artificio es pobre y el interés mediano. La causa de esto último se sabe: él tenía grande ingenio, pero lo sacrificó á un programa: vivió de miedos, y trabajó con miedo: si tiene más aliento, hace mejor y deja más. Pudo haber labrado sus estatuas, porque tenía cincel y numen, pero se contentó con hacer moldes para vaciarlas; de donde resultan en ellas líneas geométricas, pero no toques de arte. Se la pasó poniendo compuertas al desborde del mal gusto; pero tantas puso, que llegó á esterilizar ricos terrenos.

Comoquiera, Moratin es una gran figura; y sin contar lo que hizo á principios del XIX, con lo que hizo á fines del XVIII desagravió en parte y cerró noblemente el siglo.

LA TRAGEDIA

En el primer tercio del siglo XVI vemos algunos autores de este género dramático, entre ellos Oliva, imitador y traductor del teatro griego.

Juan de Malara, autor de humanidades en Sevilla compuso algunas tragedias que se representaron: floreció á mediados del siglo.

Jerónimo Bermúdez compuso y publicó en 1577 las primeras comedias en verso castellano: *Nise lastimada* y *Nise laureada*, aquella con muy buenas, y ésta con muy malas prendas. En este tiempo estaba todavía el arte en mantillas.

De 1580 en adelante, nueva era para la tragedia.

Cristóbal de Virúes, valenciano, autor de la *Semiramis*, la *Cruel Casandra*, *Atila furioso*, la *Infeliz Marcela* y *Elisa Dido*: esta última la mejor. Confundió el género antiguo con la costumbre moderna y redujo la tragedia á tres jornadas, lo que hicieron también Cervantes, Juan de la Cueva, Andrés Rey de Artedia, y antes Francisco Avendaño. Siguió la escuela del desarreglo dramático.

Juan de la Cueva, sevillano, por los años de 1570 empezó á dar al público sus tragedias. Afluente vena, buena versificación; ensayó varios géneros. De sus tragedias: la *Muerte de Virginia*, *Apio Claudio* y la *Muerte de Ajax Telamón*: la mejor es la primera. Escribió su *Ejemplar poético*, y defendió en él el desarreglo dramático. Confundió la tragedia con la comedia.

No consta que en Madrid se hayan representado tragedias antes de 1580. Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*, confirma esto.

Lupercio Leonardo de Argensola : *La Isabela* y la *Alejandra*, representadas en Zaragoza y en Madrid en 1585.

La *Isabela* es más un cuento en verso que drama : la acción, ahogada entre accidentes importunos y situaciones sin motivo : un rey extranjero que olvidándose de la causa que le trajo á Zaragoza, se enamora sin correspondencia, se compromete sin verosimilitud á salvar á su rival, y se suicida estúpidamente : el viejo Andalla, cuya pasión no da más fruto, fué del propio ridículo, que su misma muerte y la de los padres y hermanos de Isabela; la hermana de Alboacén, que le mata, sólo por la pérdida del afecto de Muley que no la quiere : ningún contraste ni lucha de pasiones; tal es la pieza en que se ven cabezas en el teatro, un rey más cruel que anante, sacrificios estériles y asesinatos fríos.

Disculpa tiene esto en la corta edad del autor, en que talvez no tuvo modelos; en que muchas veces toma el asunto la entonación correspondiente; en que ótras hay afectos bien sentidos y expresados; en que la versificación es fácil y el estilo puro, y en que no es rara aquella parsimonia de adornos y aquel temple de filosofía moral que tanto distinguió el género especial de uno y otro hermano.

La *Alejandra* está juzgada con harto acierto por Don Francisco Martínez de la Rosa : mala pieza con algunas buenas situaciones. Lo mejor que hay es la aparición de la sombra de Tolomeo, bien personificada y de buen efecto.

La Numancia, tragedia de Cervantes.

Yo no hallo, como otros, en esta pieza un embarazo para el poeta el ser el argumento la destrucción de la ciudad, como si esto viniese á darle argumentos varios ó cuadros sueltos; más bien ve á éstos unidos y el interés marchando. Sin duda que es mejor un punto céntrico; pero es lozanía, de muchos formar uno, y despertar no obstante la atención. La escuela unitaria es harto severa, y de prevalecer sus dogmas, tendría que borrarse casi lo mejor del teatro inglés. Yo no sé si es que me ciega el culto que tengo por Cervantes; pero en cuanto á la *Numancia* debo decir : que la exposición me parece propia; la versificación, salvo uno que otro verso flojo, robusta; el estilo en general entonado, y que me complace — después de tanta acción heroica, tanto desprendimiento noble, y tras la peste, el hambre y el fuego considerados como estorbo — ver correr por entre ellos la acción, precipitarse, arrasarlo todo, y no dejar nada al fin más que á un muchacho sobre una torre, proclamando que la ciudad no existe, y arrojarse de ella, después de haber pronunciado la última palabra.

Cuando Cervantes escribió este drama (probablemente por los años de 1585) la tragedia no había adquirido aún aquella fuerza que la hizo después tan lozana en varias partes de Europa; pues Shakespeare mismo, que fué el primero que abrió esta nueva senda, no dió á luz su *Tito Andónico*, antes de 1587 (1). En España se habían hecho

(1) Si hubiere de prevalecer la opinión de Dryden, y fuesen *Portes* de Shakespeare, esa sería la primera obra publicada : *Shakespeare's own Muse his Pericles first born*.

por entonces en el género muy buenos ensayos, para ser esos los de la primera edad del arte: la nación había conquistado gloria; la lengua gracia, soltura y majestad, y no faltaba sino uno de esos genios que abren camino y señalan rumbos. Todos creyeron que había llegado esa época, cuando apareció Lope, enriquecido con tantos honores, rey de la escena, y capaz de llevar sobre sus hombros y de hacer llevar á sus alumnos el esplendor del teatro por espacio de un siglo: mucho más cuando al tramontar el XVI, se vió que había escrito tanto, y se había dilatado su nombre de tal suerte, que él era el oráculo consultado, el Jove de esa edad mítica y el único numen de las letras.

Dios le dió toda clase de poderes; y hasta puede decirse que, como él, creaba obras en un día. ¿De dónde nace, pues, que espíritu tan fecundo no haya dejado una buena tragedia á su país? El mismo no se atrevió á dar este nombre sino á seis de sus composiciones. ¿Por qué el *Castigo sin venganza*, la *Inocente sangre* el *Duque de Visco*, y otras, tienen tantos vicios de conjunto, si bien mezclados, como sucede siempre en Lope, con tantas bellezas por menor? La misma falta se nota en sus coetáneos, la misma en casi todos los que le siguieron; de manera que el teatro más rico en comedias y en dramas mixtos, hasta el punto de verse aún sin rival, es también el más pobre en piezas trágicas. En otro género de frutos, allí están las trojes llenas; robadas sí, pero inagotables: en la tragedia el grano es poco y malo. ¿Cuál será la causa de ello?

No se habrá de ver aquí mal mi propio juicio, si humilde por lo arduo del asunto, inocente por el candor con que lo expongo. El renacimiento de las letras, entre tantos

bienes como produjo, no dejó de traer algunos males, entre ellos el de la imitación, que lo primero que hace es cortar las alas al ingenio y hacerlo esclavo: se creó un culto falso porque era ciego, se formaron ídolos, y ya se ve, con tal superstición, que no habían de ser los dogmas la verdad. Este contagio, como yo lo entiendo, tocó en especial á Italia, y también á Francia y á España, en donde el estudio de los modelos griegos y latinos sirvió, con todo, de gimnástica para dar vigor á su lengua; y alcanzó mucho menos á Inglaterra, á la cual vino á dar esta exención la índole peculiar de su vida social y política y la tendencia de sus gustos. Por una parte, en lo tocante á la última nación, su literatura apareció desde el principio más despejada que otras de artificios mitológicos, en bien esto de la verdad, y más cerca de la naturaleza material, que por lo ruda, inclemente y sombría, debía despertar de suyo reflexiones melancólicas: por otra, en ese pueblo las luchas fueron siempre obstinadas, y las parcialidades reñidas y sangrientas, en el fondo de las cuales se ve predominar la libertad religiosa como agente, la libertad política como blanco, en bien todo ello del pensamiento filosófico; y á la vista está con esto, y en consideración de que la fantasía se empapa y nutre de las ideas y sentimientos reinantes, que en cuanto hubiese ingenios que la engendraran, la verdadera tragedia debía nacer allí como en su casa: la creación trágica tiene todo, cuando tiene á la naturaleza pura por espejo, á la verdad severa por imagen, y al sufrimiento íntimo por numen.

De esta filosofía del dolor, de este dolor varonil, de este juego de pasiones desnudas, nació el drama de Shakespeare, en cuya palabra hay luz, ó fuego, ó lágrimas, y

acción siempre : al leerlo uno, en muchas partes le parece hallar en las letras nervios y en las cláusulas tejidos. Macbeth se mueve por sí solo, como un animal terrible, sin verse por ninguna parte la mano del autor que lo dirige ; lo mismo Hamlet : son seres orgánicos de vida propia. No es cierto, pues, lo que asegura el doctor Johnson : *In tragedy he often writes with great appearance of toil and study*. En el manejo de sombras, hadas, brujas, magos, demonios, genios, y de cuanto Dryden llama *the fairy wag of writing*, es único : Banco, Claudio, Oberon, Titania, Ariel, casi nos hacen creer que en Shakespeare la magia era su patrimonio, y el mundo de los espíritus su casa. Así sucede con los grandes ingenios : siempre la propia les viene estrecha. Pero la causa de esto es además, porque el pensamiento profundo no se conforma con menos que llegar á la orilla de los sepuleros y tocar á las puertas del infinito : es tan grande ese poder, que en la región visible, como en la invisible, todo lo que halla lo recluta, para imágenes, actores y cuanto más entra á animar el drama de la vida. Sus caracteres son inimitables : una vez vaciado uno en el molde, siempre es el mismo ; y es de verse la frialdad calculadora de Henrique IV, el noble decoro de Volumnia, el orgullo patricio de Coriolano, y la gracia disoluta y el chiste sangriento de Falstaff que, siendo ridículo de suyo, él fué quien se rió de los demás y que al reírse cumplió con la regla difícil de Marcial : *ride si sapiis*. Este último personaje y el loco (*fool*) de Lear son notables por su filosofía : el uno filósofo en la taberna, filósofo el otro bajo el harapo. Defectos tiene Shakespeare, pero ¿quién, sino Dios, deja de tenerlos? Lo que sí importa que se sepa es : que detrás de él hubo una grande era,

en que la sangre fué fecunda, y las ideas por que se derramaba, poderosas : que la libertad luchó, no para abrir tumbas, sino para levantar instituciones ; que hubo por millares dolores santos y martirios históricos ; y que al cerrarse ese tiempo, de que Shakespeare fué continuación y organismo, él no fué otra cosa que el gran pintor del lienzo y el gran poeta del drama.

Al hablar del carácter de la literatura de Francia, me da miedo no pensar en un todo como Madame de Staël, que es tan sagaz : siempre cree uno que el talento es el que tiene razón ; así es que daré mi modo de pensar con reservas. Ella habla : « que la consolidación de la monarquía fué un pacto tácito entre el rey y los nobles, que obligaba á consideraciones reciprocas, y, como formas naturales de expresión, á cierto tono y lenguaje que no hiciese aparecer, ni el mando del uno despotismo, ni la obediencia de los otros sumisión : que estas relaciones delicadas engendraron delicados miramientos : que la necesidad en el monarca de ocultar la debilidad de su poder, y en los grandes de no hacer sentir el suyo, creó modos vagos de trato y frases finas de corte, en que el fondo fué el buen humor, y el recamado el buen gusto ; haciéndose al fin uno y otro, generales. » *La grâce et l'élégance des manières passaient des habitudes de la cour dans les écrits des hommes de lettres.* »

Hay muy poco de cierto en esto, si es que hay algo : el pacto tácito, sí ; lo demás, nó. Sin duda que la célebre escritora comprende desde Luis XI, que lejos de ser mirado con nadie, hizo sentir á todos su tiranía. No hay que buscar mejor razón en lo adelante. Carlos VIII y Luis XII arrastraron á la nobleza, talvez á su pesar, á las guerras

de Italia, en donde hubo más fatiga que laureles y más ambición dinástica que interés de los señores. Los tres hijos coronados de Henrique II, en medio del revuelto caos de sus cosas, nada alcanzaron con concesiones, nada sometieron con despotismo, ni hicieron nada con sus tropas, no obstante haber en la corte mucho del espíritu italiano, y ser de ordinario Catalina de Médicis tan astuta como tenaz, quien dirigía; á su vez, opresores u oprimidos, pasaron sin dejar huella digna, arrastrados en el torrente de los odios, porque de Luis XII mismo cabe afirmar que no tuvo de bueno más que lo que tuvo de débil. Esa cadena de desastres no terminó con esos reinados, sino que es menester llegar, para que cese, á la hermosa paz de Vervins.

¿Cómo suponer esas consideraciones y ese pacto, cuando el trono estaba dividido de parte de la nobleza — una parte de ésta, de la otra parte; los príncipes de la sangre, de los favoritos; y todo era asechanzas, combates y exterminio? La conjuración de Amboise fué una injuria de lo hecho á la corte, cuya aceptación y castigo tomaron la forma de catálago y degüello; el catolismo de Poissy, la paz de Beaulieu, y como nueve tratados que hubo para terminar la lucha de 1552 á 1568, no fueron más que formas engañosas, ó frentes falsos de la lucha misma; la de Poissy, una matanza estéril, las de Jarnac y Moncontour batallas sin truce, y la de San Bartolomé, todo un río de sangre echado á la cara de un partido, y en que el rey fué parte de la nobleza actora, y así vio el cadáver del gran Coligny hollado horriblemente por los pies de un duque. El cobarde de Montmorency, no obstante sus años, no es olvido el partido de los políticos, con ser tan sensato, no influye

hay el furor de destruirse; y si porque piensa, ó porque trama, Luis Condé es condenado primero al último suplicio, y asesinado después por protestante. Henrique de Guisa, valido del rey y al propio tiempo su rival, por él oprime y destroza, contra él conspira, á él le mata sus favoritos y le lanza ignominiosamente de París en la célebre jornada de las Barricadas, y, por mandato de él, es asesinado, al fin, junto con su tío el Cardenal, cuando los Estados generales de Blois, en el recinto mismo del palacio señores contra señores y contra el trono; el trono ya con años, ya con odios; no hay amigo para amigo, ni reservas por tratos, traiciones por moneda; se adula por odiar, y se da la mano para herir; el celo religioso es un disfraz; la santa Unión, pretexto; Henrique de Guisa la jura porque la teme, y la sigue para salvarse, sin que nada de esto le valga, ni sus débiles concesiones, ni la amistad de Henrique de Navarra, para no caer al caer en una tina triste de la mano de un asesino.

En el fundador de la casa de Borbón lo que hubo fué una mano segura que puso concierto, y una justicia sabia que trajo armonía. Cada interés entró en su caja, y el gobierno fué una acción; Richelieu acalló, apremió, concentró, é impuso silencio á su alrededor, para que no se oyese más que la voz de su poder. Por último Luis XIV es el Vó consentido, y hasta loado, de una brillante monarquía.

¿Dónde está, pues, el pacto hecho y el comercio de concusiones de que habla Madama de La Fayette? Lo que yo hallo es, que el buen gusto es modelo psicológica de la nación francesa, la cual ama con las mujeres la galantería; en el trato, los modales cultos; en la expresión, las formas be-

llas; y en todo, el buen parecer y las gracias exquisitas. Esto le es orgánico, de tal suerte que hasta en las mismas matanzas y divisiones interiores, se notan ciertos rasgos en que no se sabe si es la ligereza la que predomina, ó la afectación y los aceites del ingenio. Nace esto, á mi ver también, de su género de amor á la gloria: al francés le gusta alcanzarla, no sólo para la posteridad, sino para los salones: si cierra á muerte con uno, conserva actitud teatral: si conquista la Europa es para que lo sepa la Francia, y si quiere que lo sepa la Francia, es por ostentar placas, bandas, charreteras y cintas, y por contar un día en palacio, en traje de la época y cerca de las damas, los altos hechos de armas, en frases pulidas que luzcan, y en una lengua que tiene las palabras más lisas y ligeras para la alabanza y los moldes más finos para la apoteosis. Después de esto sabe el francés que la fama viene y recoge: de Versalles ó las Tullerías al libro ó al diario, y del diario á la historia.

Ahora comprendo yo por qué, por esto, por el culto de las artes que se agregó, por el estudio de los antiguos que se hizo, y por la imitación de los buenos modelos que se tuvieron á la vista, el siglo del gran Rey pudo tener grandeza y teatro trágico, y cuál es la naturaleza propia y la índole de éste. Ciertamente que no hay en él la poderosa vida del inglés: la fisonomía no se acentúa, los cabellos no se levantan, las arterias no se hinchan, ni se le mira luchar como al gladiador romano, con músculos que se enerespan, brazos que son de acero y dedos que se marcan y se hunden. Son las francesas obras clásicas: pero se nota en ellas la mano, la regularidad, la galvanización, el arte: puede uno seguir la trama del autor, en

lugar de encontrarse por todas partes tan sólo con la acción: se ve al hombre con frecuencia; en vez que en Shakespeare se ve siempre un pedazo de mundo, ó una entraña natural. El pulimento extremado da tersura á la superficie, pero le quita aquella rudeza original donde reside lo sublime, porque residen los misterios: las pasiones son gritos, y el terror no se prepara. El buen gusto es un poder plástico, pero no es más: no se olvide que es una segunda naturaleza.

Este juicio de cotejo entre ambas naciones no tiene más objeto que establecer para cada cual una superioridad relativa, ya que la superioridad absoluta sólo es de Dios. Son géneros distintos, y el francés ya queda explicado: pueblo esencialmente de instintos estéticos, la grandiosidad de sus obras llevaba el molde de su gusto, y las obras mismas se cortaban como trajes. Sensible, espiritual, comunicativo y simpático, sus pensamientos tienen más elocuencia que filosofía, más gracia que profundidad: el terror espanta, pero no hiela; la conmiseración trae lágrimas á los ojos, pero no destroza el pecho; se conoce que hasta en los sentimientos graves es fino el francés, y en las pasiones disciplinado. Pedro Corneille y Racine caracterizan perfectamente el teatro de su nación, y ¡qué hombres éstos! El primero es notable por el nervio, la entonación y la fuerza; y las seis ó siete composiciones que le han dado inmortalidad, si no superan, no envidian el mérito de Sóocles, del cual tienen el interés de las situaciones y la oportunidad del momento en que la palabra trágica va derecho al corazón. El verbo es una clispa, y la tragedia, como composición, un aparato eléctrico, en que sólo un momento da la combinación de gases, la

llas; y en todo, el buen parecer y las gracias exquisitas. Esto le es orgánico, de tal suerte que hasta en las mismas matanzas y divisiones interiores, se notan ciertos rasgos en que no se sabe si es la ligereza la que predomina, ó la afectación y los afeites del ingenio. Nace esto, á mi ver también, de su género de amor á la gloria: al francés le gusta alcanzarla, no sólo para la posteridad, sino para los salones: si cierra á muerte con úno, conserva actitud teatral: si conquista la Europa es para que lo sepa la Francia, y si quiere que lo sepa la Francia, es por ostentar placas, bandas, charreteras y cintas, y por contar un día en palacio, en traje de la época y cerca de las damas, los altos hechos de armas, en frases pulidas que luzcan, y en una lengua que tiene las palabras más lisas y suaves para la alabanza y los moldes más finos para la apoteosis. Después de esto sabe el francés que la fama viene y recoge: de Versalles ó las Tullerías al libro ó al diario, y del diario á la historia.

Ahora comprendo yo por qué, por esto, por el culto de las artes que se agregó, por el estudio de los antiguos que se hizo, y por la imitación de los buenos modelos que se tuvieron á la vista, el siglo del gran Rey pudo tener grandeza y teatro trágico, y cuál es la naturaleza propia y la indole de éste. Ciertamente que no hay en él la poderosa vida del inglés: la fisonomía no se acentúa, los cabellos no se levantan, las arterias no se hinchan, ni se le mira luchar como al gladiador romano, con músculos que se encrespan, brazos que son de acero y dedos que se marcan y se hunden. Son las francesas obras clásicas: pero se nota en ellas la mano, la regularidad, la galvanización, el arte; puede uno seguir la trama del autor, en

lugar de encontrarse por todas partes tan sólo con la acción: se ve al hombre con frecuencia; en vez que en Shakespeare se ve siempre un pedazo de mundo, ó una entraña natural. El pulimento extremado da tersura á la superficie, pero le quita aquella rudeza original donde reside lo sublime, porque residen los misterios: las pasiones son gritos, y el terror no se prepara. El buen gusto es un poder plástico, pero no es más: no se olvide que es una segunda naturaleza.

Este juicio de cotejo entre ambas naciones no tiene más objeto que establecer para cada cual una superioridad relativa, ya que la superioridad absoluta sólo es de Dios. Son géneros distintos, y el francés ya queda explicado: pueblo esencialmente de instintos estéticos, la grandiosidad de sus obras llevaba el molde de su gusto, y las obras mismas se cortaban como trajes. Sensible, espiritual, comunicativo y simpático, sus pensamientos tienen más elocuencia que filosofía, más gracia que profundidad: el terror espanta, pero no hiela; la conmiseración trae lágrimas á los ojos, pero no destroza el pecho; se conoce que hasta en los sentimientos graves es fino el francés, y en las pasiones disciplinado. Pedro Corneille y Racine caracterizan perfectamente el teatro de su nación, y ¡qué hombres éstos! El primero es notable por el nervio, la entonación y la fuerza; y las seis ó siete composiciones que le han dado inmortalidad, si no superan, no envidian el mérito de Sófocles, del cual tienen el interés de las situaciones y la oportunidad del momento en que la palabra trágica va derecho al corazón. El verbo es una chispa, y la tragedia, como composición, un aparato eléctrico, en que sólo un momento da la combinación de gases, la

abundancia de fluidos, el penacho de luz y la explosión. En esto es inimitable el gran poeta francés. Su regularidad no daña en nada á su magnificencia; su parsimonia á su fecundia; y él es el que ha sabido con más ventajas poner su ingenio al servicio del arte, sin que el uno obedezca como esclavo, ni el otro mande como señor.

Racine es otra cosa. ¿Qué naturaleza y qué varón! Parece como si Dios mismo le hubiera formado, tomando de su urna más secreta el rayo más fino de luz, la masa más inocente de pasiones, el alma más pura y candorosa; y esto porque estaba alegre ese día, y quería tener un hombre ángel. Puede decirse que se le siente marchar en sus obras con pies de espíritu: lo adivina uno sin palparlo. En su drama el tejido es integro y redondo, como el de un vestido inconsútil, y la acción se desenvuelve callando, como una fuente del valle que se deliza mansa entre guijas. Las impresiones que produce están como purificadas: el llanto corre, pero no quema; el terror conmueve, pero no postra. Cada sentimiento está en su tono, cada parte en su lugar; las fuerzas iguales, el equilibrio perfecto; así es que se vé en la cristalización la transparencia, y al través una luz benigna y suave. No deja ajeno el dolor, no dejan sangre las heridas; y parece que la desgracia se moja antes en tintas cristianas para que salga después empapada en consuelos. Racine es singular: su belleza es casta, su arte immaculado: casi cree uno que nació en el momento del alba, jugó de niño con ángeles, creció entre flores y fiestas de cielo, y se nutrió con cantos divinos.

Me da lástima terminar este cuadro, sin decir siquiera dos palabras sobre *Andrómaca*, la obra maestra de ese

escritor, á mi entender, contrario en esto al de Voltaire, Schlegel y Martínez de la Rosa, que juzgan ser la *Atalia*; y me fundo en que los sentimientos más nobles del corazón humano, la fe jurada sobre la tumba de un esposo, y ese esposo Héctor, y el amor de hijo, van en empeñada lucha despertando cada vez más el interés, hasta un desenlace que no sacrifica el uno por el otro; en que las pasiones vienen como nacidas, y las situaciones como piezas de encaje, y en que el todo está formado, como para dar al drama hermosura y vida, de los cuadros más grandiosos de Homero, los anales más épicos de Troya, los recuerdos más gratos de la antigua casa de Priamo, y de ese estilo en que se nota, no obstante ser la lengua francesa tan dura para el ritmo, el noble decoro, la corrección graciosa y el encanto de Virgilio. Tiene hasta el mérito la fábula, de que toma del mito lo que no ofende, y de la verdad lo que anima, para dejar de esta manera una impresión viva, sin ser destrozadora: es una verdad dramática y una ilusión histórica: aquello no ha pasado ó ha podido no pasar; y leyéndolo, ú oyéndolo, se conmueve, pero no se ofende el ánimo, y después de un momento de intenso placer, puede uno volver la cara á otra cosa tranquilo. La *Andrómaca* es una vista real, un objeto fantástico y una creación maravillosa, porque amedrenta como nube de tempestad y toca ligera como rocío.

Citaré como muestra varias frases interesantes: Andrómaca es llevada al Epiro como prisionera de Pirro, que la solicita en vano para esposa, y cree ganar su amor interponiendo su poder entre Astianax y los griegos, que habían pedido su muerte con calor. Insiste el amartelado príncipe, resiste la altiva princesa, la cual al propio tiempo

que habla de su lealtad, hace mérito con orgullo de raza de la inocencia del hijo, como para defenderse y defenderle.

Un enfant malheureux qui ne sait pas encore
Que Pyrrus est son maître et qu'il est fils d'Hector.

No cede ella, no logra nada su señor, no desisten los griegos: mil veces se ha humillado el hijo de Aquiles y otras tantas ha sido rechazado: ya es el último trance, está echada la suerte, está levantada la pira y él viene para saber la última determinación: ó la mano ó el sacrificio: y Andrómaca lo sabe. Cefisa, su dama de honor, le anuncia que llega: Andrómaca recibe un golpe de rayo; aquel hijo es su hijo, y además es el último vástago de una familia dinástica inmortal: revive entonces la memoria de Héctor que, antes de irse al combate, tomó en sus brazos al hijo para recomendarlo á su madre, que ve en él el continente marcial y heroico de su padre, y prorrumpe casi en las mismas palabras que se habían dicho de Ascanio.

Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat.

Parere que no le quedan fuerzas; que se rinde, y Cefisa así lo cree, instándole á que salga al encuentro al amante furioso, que entra ya, por el sí ó el no definitivo. Se resuelve con esto á salir; pero reviven el orgullo y la empeñada fe, y le ruega á Cefisa que salga por ella. Cefisa entonces: — ¿Y qué queréis que le diga? — Decidle, contesta, *« que el amor de mi hijo es muy grande »*.

— Dites-lui que l'amour de mon fils est assez fort.

Una madre, así es como habla. Se encuentra reducida

ó á ser desleal ó á ver inmolarse á su hijo, y no pudiendo hacer ninguna de las dos cosas, deja insoluta la cuestión y lo que le ocurre es cubrirse, como con un manto, con la ternura de madre. Registra en un instante la naturaleza entera, y no encontrando nada más eficaz para ablandar la ira, que el amor filial, coge y lo usa como escudo entre ella y Pirro.

No se queda esto aquí. El trance apura: es menester decidirse. La altiva princesa al fin dice: *Vamos*: Cefisa contesta: ¿á dónde? y ella, sin vacilar un momento:

Allons sur son tombeau consulter mon époux...

Esto es al mismo tiempo épico y trágico. Así es como debe hablar Andrómaca, la viuda de Héctor, la que vió á Troya grande y en cenizas, y á Pérgamo famoso y en el suelo.

Al cerrar este punto me ocurre una cosa respecto de Racine: su sensibilidad es tan exquisita que el buen gusto es su tacto, y las palabras pedazos de sus entrañas. Nótese una cosa: que hay músculos y vasos en sus obras, que llegan á ser con esto seres vivos, y por eso se agotó en tan poco número. Nótese otra cosa: que la luz que las baña, viene menos de su espíritu que de su alma, y hace que sea ésta miel toda, suaves los pensamientos y dulcísimo el estilo, que no es una forma superpuesta, sino una forma orgánica.

Con esto es fácil ver por qué hubo tragedia inglesa y francesa, y cuál es la índole de la una y de la otra. Por lo antes expuesto; y por contraposición, está claro por qué no la han tenido los españoles en todo el siglo de oro de su teatro, ó sólo han tenido ensayos imperfectos, ó cuando

más laudables. Y no porque faltasen ingenios en España : ninguna nación más rica en ellos. Lo que sucede es que los hombres que imprimen sello, lo reciben también del tiempo en que viven, y el que representó la gloria de su teatro, no fué el más adecuado para ese género.

La gente gótica se distinguió por la tenacidad de sus ideas, que la dió también á su carácter : algo de libertad popular en su política ; mucho de rudeza varonil en sus costumbres, si bien, por tiempos, muelles y estragadas ; lucha por lanzar á los otros bárbaros de la Península ; afán por hallar para sus propias cosas asiento : ese pueblo, si bien bastante hizo en legislación, especialmente en la época primitiva, nada pudo hacer por las letras. Con la dominación de los árabes sobrevinieron al par de alianzas y tratados de los príncipes cristianos, tantos disgustos y discordia entre ellos, y de parte y por causa de los príncipes moros, tantos bandos, parcialidades, alborotos rebatos, incursiones y guerras continuas y sangrientas, que no se daban paz ni tregua la una á la otra : y bien pudiera decirse de ese tiempo lo que dijo Tácito del periodo romano que pintó :

Atrax praeliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace sacrum.

Los códices contemporáneos se llenaron de estos sucesos, más propios, por lo singulares y frecuentes, para el colorido de las crónicas que para la grandeza épica histórica ; y sin duda á esto, que sirvió á poner en contacto y á mezclar al fin las dos razas, tan ganosas de riñones como émulas de gloria, entre otras causas fué debido el que la árabe, en el espacio de ocho siglos, que equivalen á una larga vida popular, inoculase su espíritu, soñador,

imaginativo, impresionable, tan fácil al trato como galante en las maneras y heroico en juegos y en luchas ; el que la goda ablandase un poco su entereza con el influjo que le alcanzó del regalo, la liviandad y las fiestas de la otra ; y el que los príncipes cristianos, conforme iban limpiando de enemigos la propia casa, y extendiendo á términos más amplios los límites de su imperio, contribuyesen á mejorar hábitos, introducir las artes de la paz y estimular los ingenios, hasta que al fin, y mayormente desde que San Fernando reunió en su cabeza las dos coronas de León y Castilla, y él y Don Jaime el Conquistador vieron engrandecidos sus reinos respectivos con las conquistas de Mayoreca y Menorca, de Córdoba y Valencia, empezó la lengua á tomar fuerzas y formas, si es que no gala ; á hacerse ensayos en la gaya ciencia de que hubo consistorio para contiendas literarias ; á hacerse conocer el romance heroico y amoroso, como una joya favorita del tesoro nacional ; á enriquecerse éste con otras producciones de más aliento y de más tono, como poemas y códigos de leyes, y á celebrarse en los palacios remedos tímidos por informes, de obras en diálogo, en que se encontraban la representación, la mímica y el canto.

En todo ese tiempo no hay fisonomía para las letras : la lengua principiaba, y el pensamiento tuvo hasta muy tarde los grillos de las copias. La consolidación de la monarquía, que principió con los Reyes Católicos, llegó á tal grado de consistencia cuando la rama de Austria, que el soberano era todo, y nada el pueblo, bien hallado con la obediencia pasiva, y contento con la preponderancia de un cetro que daba en aquel tiempo la señal de la paz ó de la guerra. La gloria de España rayó tan alto,

que cuando sus naves cruzaban el océano, llenas de capitanes ó tesoros, se decía que iban á conquistas, ó que venían de ellas; y en las islas más remotas su nombre era el temido. Tuvo virreyes por súbditos, reinos por provincias, paralelos por cenidor, meridianos por unidades de medida, y dos mundos para apoyar sus pies.

Con esto, con paz y poderío fué, y con el carácter español, más fantástico que pensador, más sufrido que impresionable, tan amigo de la pompa y fausto donde debiera haber parsimonia, y fácil para olvidar en la paz el sufrimiento, para sólo acordarse del regalo, la tragedia no podía ser planta indígena.

Entre los talentos que ilustran una época y el tiempo en que éstos viven, hay serie, organismo, y el punto de articulación son las costumbres y el total de hechos que forman los anales coetáneos. España fué una nación batalladora sin tregua, conquistadora con fortuna, poder un tiempo en Europa sin contrapeso ni rival; su nobleza tenía lo rudo junto con lo grande de los héroes de Homero, armas pesadas, alto orgullo y altos hechos, más cortés que galante, más dura que lisonjera; sus *ricos homes* reyes de armas, pajes y donceles subían y bajaban, en los días clásicos, las escaleras del alcázar, no para festines palaciegos, sino para el servicio de la guerra, ó para los mensajes de la gloria; tuvo adalides como Bernardo del Carpio, que no cupo en menos que en romance; como el Cid, que pudo decir á Fernando VI, después de la toma de Valencia, que *le irán ganados otro reino y mil fronteras*; como Suero de Quiñones que tuvo *paso honroso* por la honra: como Hernán Pérez del Pulgar el de las Hazañas, llamado así por las que hizo; como el Gran Capitán, que pudo con-

quistar dos reinos y dejar afianzado su nombre en Cerignola; y cuando más tarde se alzó el cetro español y calló muda delante de él toda la tierra, los escritores nacionales se encontraron con una historia espléndida detrás, que tuvieron como cosecha, y que se sentaron á aprovechar como patrimonio sin esfuerzo y sin lucha, sacando de ella costumbres y caracteres para sus comedias de capa y espada, personajes distinguidos y sucesos brillantes para sus comedias históricas, y otros elementos para otro linaje de piezas que fueron órgano, porque no tuvieron par, al raudal de sus ingenios, á las invenciones de su fantasía y á los primores de sus gracias.

Según esto, España se alimentó más, que de otra cosa, de tradiciones; y hé aquí otra de las causas por qué ella no ha podido tener tragedia, y si Francia, que fué por el mismo tiempo un laboratorio de ideas; lo mismo Inglaterra, que lo fué de principios. Las tradiciones hasta cierto punto son fósiles históricos, la imaginación quien las anima, y las ideas tienen que viajar para convertirse en principios; y los principios, porque están ya cerca de ser instituciones, son la vida misma, y pueden ser las pasiones de los pueblos. La imaginación es la madre de la comedia, así como la pasión lo es del teatro trágico.

Estas disquisiciones históricas corren bajo mi responsabilidad. Así es como yo comprendo las cosas. Entro á lo pasado como á una selva: descuajo, escojo, clasifico y diseco; y llamo á esto mío; y aunque no alcance propia, no quito honra ajena. Otros tendrán más acierto; nadie, ni más candor ni más llaneza; con lo cual ya que no desarme, no irrito la censura.

Un nuevo motivo hay para lo hecho, y para que se rea-

en ello, y aun en la osadía de intentarlo, un capítulo de excusa. No se puede en ningún género, ni para ningún fin, hacer el estudio de las letras, ni el de las bellas artes, sin seguir en el tiempo contemporáneo las huellas del espíritu, de que ellas no tienen que ser más que la forma, ó la expresión, ó el monumento perdurable. Es tan orgánica la propensión del hombre á trasmitirse, y tan irrefragable la ley de la humanidad, que cuando no el mármol, la tradición oral, ó el granito, ha sido el libro ó la hoja volante órgano seguro para que pase el tiempo presente al museo de la historia. Allí se halla todo: miembros sueltos, como los del gigante del Ariosto, que sólo han menester juntarse para volver á la vida. La historia será siempre un campo erial para los que la atraviesan sin descuartarlo, ó un campo improductivo para los que no conocen sus terrenos; pero las leyes sociales, en ella es que están, y su estudio será en todo caso el más difícil, así como el más útil para el entendimiento humano. Desde el último siglo especialmente en Alemania, han principiado á hacerse en esta materia exploraciones provechosas, de que ya hay fruto, y algún día la filosofía hará de ella ciencia exacta. Lo que importa por ahora saber es, que la historia es el teatro de las investigaciones serias para los estudios sociales, y que nada se sabrá, fuérea de los hechos aislados si no se busca el origen y no se sigue en ella la cadena. Otra cosa importa decir, siquiera en desagravio á las inculpaciones de una escuela, si tal es, que peca más de maligna que de cándida: las letras no son frivolidades, ni versitos, ni cuentecitos, sino el gran depósito de la civilización, el gran reflejo de la luz de un pueblo culto, el alma en letras, y la vida social hablando en el papel.

Los pueblos que no han dado cosecha de espíritu, sólo han rendido culto á la materia, y son también materia en la historia, en donde representan ó número, ó epicureísmo, ó fuerza, ó escombros, que ve uno de paso, pero que no estudia. Tiro produjo colonias, para ser destruidas por Nabuco; Cartago un nombre, para ser borrado por Scipión; y la Tartaria conquistadores, alimentados con leche de fieras, para llevar la destrucción á todas partes; y hoy no queda de ellas más que el nombre; mientras que viven siempre, y serán fatales en los siglos, la Grecia de Sófoeles, la Italia de León X, la España de los Felipes y la Francia de Luis XIV.

Con esto me parece que e tá dada la explicación del fenómeno de por qué en la nación española, y refiriéndome al tiempo de que hablo, no pudo haber verdadera tragedia, no obstante tanto escritor eminente, sobre todos Lope y Calderón, capaces de llevar ellos solos en sus hombros toda la gloria de una edad; á que contribuirían también la naturaleza propia y la grandeza misma de sus ingenios. De imaginación ambiciosa y audaz el uno, de fantasía florida y galana el otro, ni se sabían concentrar en un afecto, ni cernirse en su vuelo por los aires, sino llevarlo cada vez más por regiones inexploradas y remotas. Con un poder de versificar que no conocía lindes ni respetos con el dón de inventar, pintar y retratar todo, la naturaleza, la sociedad, los seres espirituales, las pasiones, venían á sus oficinas á su llamado, para ser convertidos en versos lindos, en diálogos animados, en imágenes bellas; y ellos como dioses niños, se complacían en estos juegos divinos, y en ver elevarse como obra suya creaciones colosales y mundos de prodigios. Hombres de esas dotes no podían

sentarse á llorar, ni levantar tumbas, ni andar entre sombras.

La puerta abierta por estos ingenios de primer orden, el prurito de la imitación, la fuerza de la moda, que nace luego de la fuerza del ejemplo autorizado, la tendencia de los gustos, que ejercen cierto linaje de sanción, y la preponderancia del público, mal hallado con cuanto no sea sus caprichios, todo esto, sin contar con lo expuesto anteriormente, ha sido causa bastante para que la escena española de ese tiempo tomase rumbo diferente del señalado por los que han hecho de la tragedia especie aparte. Argumentos mestizos unas veces, y otras puros; fábulas ingeniosas por la urdimbre; entredos que parecen laberintos; situaciones que sorprenden; damas enamoradas con decoro, con el cual discurren y por el cual se amartelan terceras que se prestan á las trazas, si queda en salvo la honra; caballeros en quienes el cortejo no quita nada al blasón, ni lo gentil á lo galante, y que dan prendas finas como paga, y títulos de nobleza por caricias; las costumbres en su traje, los vicios en el suyo, la virtud alta, el crimen bajo, la sociedad que bulle, la vida que se ve, los sentimientos que palpitan; á ocasiones, como por lucimiento y gala lo plebeyo con lo heroico y lo espiritual con lo terreno, cada cosa en su puesto, en su tono y en su punto; y todo esto sembrado de gracias que son joyas, lleno de talento que es alma, salpicado de sales que son chispas de espíritu, y en versos lindos que parecen nacidos, en diálogos animados que parecen vivientes, con versificación jugosa, galana y espléndida, que semeja obra de filigrana con recamos de oro, y en una lengua, única por el donaire, que casi se va yendo, y que fué entonces órgano

de poderío, sello de raza y ejecutoria de grandeza; hé aquí el carácter dominante en esa época histórica del drama español.

No se exigirá de mí, ni es menester, que yo éntre en la apreciación de ciertos matices, que por lo mismo que lo son, confirman más y más la unidad del fondo. Los pequeños pormenores, la crítica demasiado severa y menuda (*strictiores*) lo que hace es ahogarse y ahogar con los recortes y polvillo que levanta. Los caminos de la luz nunca se midieron por estrechos compases, sino por diámetros de sistemas, ó por carreras de soles; y la condición de la verdad es tal, mayormente la que se encuentra oculta entre complicados accidentes, que requiere, ó el conjunto para comprenderla, ó las partes aisladas para calumniarla.

Después de esto, no hay que citar *El Castigo sin venganza*, *El Marido más firme*, *La Bella Aurora*, ni ninguna otra de las llamadas tragedias de Lope. En ellas se ven sólo raudales de talento perdidos, que ni siquiera se mezclan para formar cauce común, y al autor como á un monarca en su carruaje de oro y pedrería, recorriendo campos que no son suyos, y atravesando caminos que no son siquiera reales. Declamación hueca, follaje inútil, pasiones mentidas, adornos de oropel, metafísica oratoria, conceptos falsos: él se complacía por juego en salpicar esto mismo de gracias como de perlas, y en depositarlo en estilo cándido y terso, como dentro de urnas de nácar. Si se levantaba al sufrimiento heroico, no se sostenía; si se abajaba á la desgracia sin consuelo, ni derramaba, ni hacía derramar lágrimas á nadie; y esto, no porque no tenía fuerzas para ello, sino porque era tan fecundo, que

la naturaleza entera, que estaba toda en su cabeza, vivía transformándose en su mente, y él derramando imágenes como quien derrama luz sobre sus obras, que resultaban monstruosas con frecuencia; no porque no fuesen bellas, aisladas, sino porque eran impropiedades relativas las partes componentes.

Otra cosa era cuando campeaba por su cuenta, con su gusto y en su imperio, es decir, cuando el asunto era cómico, ó bien mixto, y él podía desplegar al aire libre sus alas poderosas; entonces nadie podía reinar á su lado. Los defectos abundan siempre, pero él no podía escribir sin abusar; y en la lucha se dejaba caer de propósito, para aparecer después de pie y gallardo; hacia burla de errores, para hacer gala de aciertos y bellezas; y nunca hizo uso de una piedra falsa que fuese, que no la engastase ántes con oro. Siempre causa pasmo hablar de este hombre: á cualquiera le ocurre, al verlo ensayarse en tantos asuntos, que se va á agotar ya, y no sabe explicarse, á la orilla de un arroyo, por qué mana sin cesar, y no se seca. Desarrregladas y todo, como son sus obras, no sabe uno dejarlas de la mano.

He observado que la belleza absoluta es la de la naturaleza, de la cual toma ella los contornos acabados que tienen la belleza de las formas, y hasta las irregularidades que tienen la sublimidad y lo indefinido del misterio. — En este punto no hay más que abrir ojos para ver; pero baste citar la *Moza de Cantaro*, *Los Milagros del desprecio*, *El Molino*, *El mayor imposible*, *la Esclava de su galán*, *Por la puente Juana*, para convencerse de lo dicho.

Antes de cerrar esta materia conviene una observación

respecto de Lope, para hacer notar hasta dónde llegaba su poder. De todos los nacidos, acaso es él quien ha manejado el habla en verso con más agilidad, soltura y gracia: las palabras le ocurrían de tropel para vestir sus pensamientos, que salían ya con un traje al justo por natural, y trasparente por ser de luz, no teniendo él más que abrir la boca para derramar ideas, como la aurora sus puertas para derramar colores.

Así desdeña Jacinta á Benito en *Al pasar del arroyo*:

« Más precio en el soto ó selva
Seguir de Atalanta el paso,
Sin que al oro el rostro vuelva,
Hasta que el sol al ocaso
• En oro ó sangre se envuelva;
Y en aqueste manantial
Ver retozar las arenas
Con los golpes del cristal.
Más precio coger las flores
De quien la naturaleza
Y el cielo fueron pintores,
Y que ciñan mi cabeza
Las cintas de sus colores.
Más precio ver susurrando
Las abejas codiciosas
Su arquitectura formando,
Y en estas selvas quejosas
Los ruiseñores cantando,
Que sus penas y cuidados,
Amores ciegos y locos,
Buenos sólo imaginados,
Donde hay dichosos tan pocos
Y tantos son desgraciados. »

Así en la propia comedia se pinta á la mujer buena.

« La mujer que ha de ser propia
Ha de estar en una caja,
Como el grano de seda,
Hasta ser paloma blanca. »

He hecho estas citas para tener en ellas una muestra más de la fisiognomía particular del teatro de España : comarropía que derrama sólo flores; primavera eterna, campos sin tumbas y mundos sin volcanes. Está visto, pues : tragedia no podía haber, sin que pruebe nada en contra ni las piezas llamadas con aquel nombre, ni la existencia de algunas de las que Martínez de la Rosa, — empujado nobilmente en engrandecer á su nación, hasta con esto que nadie más le da. — llama elementos trágicos : *Doña Inés de Castro*, de Mexía de la Cerda, & *Las Mocedades del Cid*, de Guillén de Castro, no pasan de ensayos pobres, aunque laudables; y *Los Amantes de Teruel*, de Montalban, de una mezcla en que todavía es peor que la confusión el amaneramiento de estilo y los resabios de mal gusto.

No es grande abono para los españoles decir que los franceses han aprendido y tomado de ellos, en especial Pedro y Tomás Corneille, con tanto empeño y candor el primero, que no vaciló en hacerse la apropiación y confesarla; y esto como para que se vea que quienes tienen para dar en préstamo, deben ó han podido ser más ricos que quienes lo reciben. Tampoco vale alegar que hubo en España doctrina sobrada, como barrera á la confusión de los géneros cómico y trágico, y que así, en sus trágicos el pecado fué el de consecuencia, y la falta por abuso. Es verdad que desde entrado apenas el siglo XVI, se empezó á escribir en este sentido y se continuó en ello hasta

el fin de la centuria, que se imprimió la *Propaladia*, se tradujeron la *Poética de Aristóteles* y la *Epístola de Horacio á los Pisones*, trauó enseñando la *Filosofía Antigua poética* de Alonso López Pinciano, contribuyendo en algo á lo mismo, en medio de lo mucho en contra, el *Ejemplar Poético* de Juan de la Cueva, y que aun entrado ya el siglo XVII, Rey de Artieda propagó con calor los mismos buenos dogmas; pero ¿de qué podía valer la voz de advertimiento ó de censura, de parte de escritores, sólo preceptista fino, y todos ellos inferiores, con la distancia de un abismo, á un Lope, á un Calderón y á un Rojas? ¿Quién ignora que hombres á esa altura no atienden siempre á reglas, que si nacen, nacen de ellos; ni á que se les muestre camino cuando abren á la sazón otros nuevos y más amplios? ¿Quién dijo que la naturaleza tiene un solo molde, y la verdad un solo traje? Y para no omitir una reflexión más ¿no se sabe que aunque hay determinados principios fundamentales, no tienen número los que los modifican? Justamente los placeres del buen gusto se parecen al espectáculo de la naturaleza : una, es cierto, en sus leyes, pero infinitamente varia en sus transformaciones y combinaciones. Al encontrar Newton las que da su célebre *Binomio*, reveló sin duda un misterio.

Concluyo de aquí que no es porque pecaron ó no pecaron los ingenios españoles de ese tiempo, ni porque hubo reglas ó dejó de haberlas, que no hubo entonces tragedia verdadera; sino porque ellos se inclinaron de preferencia, ó las circunstancias los condujeron, al cultivo del género cómico. Aun en la comedia no se manifiestan muy observantes : muchas veces van los cánones por un lado, y su rumbo por otro, y sin embargo no sabe uno dejarlos

de la mano. Horacio dice que los pecados aquí son tanto menos veniales, cuanto más rígidos los preceptos. Pero ello es que ese teatro es el más rico, y por lo mismo el más célebre del mundo; y que si para explicar el encanto que produce, no valen las causas expuestas, es porque hay algunas inexplicables, ó porque hay muchas ocultas.

Causa latet, vis est notissima.

Ovid. Met. IX 207.

Desde aquí por un largo espacio de tiempo, y en lo que toca á la crítica de ciertas obras y de ciertos periodos, he de atenerme, porque no cabe decir más, á Don Francisco Martínez de la Rosa, escritor cultísimo, cuyo saber y buen juicio es fianza de acierto, y cuya serenidad de estilo fuente de gusto; y esto hasta casi comprender el tiempo en que escribió Don Agustín Montiano y Luyando, la apreciación de cuyos dramas, hecha con tanta cordura y candor, muestra hasta qué punto era grande el vacío que había dejado la gloria de la escena, y fatigado el sobre-
aliento con que esta especie de generoso restaurador quiso echar sobre sus hombros doctrinas y ejemplo. Le había precedido en el noble empeño, y como preceptista, Luzán con su Poética, que fué un grito de alerta, una protesta honrada, y no otra cosa; libro que, á semejanza de todos los de enseñanza de artes, son como estos postes de los caminos que dan la dirección, pero no el curso. El sistema periódico de Vico no es, ni del todo cierto, ni del todo falso: así como detrás de los filósofos aparecen los sofistas; detrás de los ingenios se ve siempre á los maestros.

Por lo atrás expuesto, se ve que si el reinado de Felipe V

fué pobre, no obstante ser largo, no fué más rico el de Fernando VI, que sobre esto fué corto; y que es menester subir hasta Carlos III, monarca glorioso por más de un título, y que es lástima hubiese florecido en un tiempo de descomposición de ideas y de furor filosófico, para encontrar al lado del fomento de útiles instituciones, una protección tan decidida y un cariño tan solícito por las letras, que quizá sólo á ello se debió el que en medio de esa pstración se levantase un tanto voz de aliento y se limpiase la ejecutoria antigua, aumentando con nuevos vástagos ilustres el árbol nobiliario. Don Nicolás Fernández de Moratín, Cadalso, López de Ayala, Huerta y Jovellanos pertenecen al número de los que cultivaron entonces la tragedia. Bastaría para immortalizar la de ese tiempo, el nombre del último, no por lo que hizo, sino por haberlo sólo intentado: el *Muniza* no pasa de ser una prueba, bien que notable; pero su autor lo fué en demasía: jurisconsulto profundo, escritor eminente, hombre de Estado, erudito, poeta, anticuario, orador, analista, literato, historiador, patriota que resiste á Sebastiani, mártir que hace memoria en las prisiones de un castillo, oráculo para todos, mnen de las letras, no es frecuente ver, con un talento tan vario, una indole tan bella. Confieso que le amo, y por eso hice esta posa, que tendrá de inoportuna, pero no de exagerada.

Las composiciones de estos autores se prestan á una crítica en que ya no hay disentiimiento, por ser aquéllas harto conocidas y haber sido tantas veces juzgadas; sino que entre todas yo prefiero la *Raquel* de Huerta, por lo noble del estilo, la propiedad de algunos caracteres, y porque tiene en verdad una magnificencia trágica que no

desdice de su título. Moratin y Cadalso harto hicieron en aquel género, siendo el lírico el favorito de su talento y de sus dotes; y López de Ayala no sale deslucido en el cotejo, ni es para desconsiderarse en esta especie de concurso, en que se ve algo de renacimiento del teatro.

Voy á cerrar esta reseña con Cienfuegos, regalado por Dios con tanto ingenio, y nacido en verdad para el coturno. Poseía mucho de lo que se necesita para él: fantasía creadora, alma impresionable y una sensibilidad delicada y compasiva; lo que tiene es que las circunstancias no le fueron propicias, con un reino en fermento, tratados infeecundos, guerras para otros; ideas de importación que más se rechazan que se comprenden; una nube de malos presagios sobre el Pirineo; una borrasca deshecha en el resto de la Europa, que después inundó la propia casa; dentro de ella un gobierno débil y una corte de intrigas de palacio, y lo peor para las letras, un favorito que no las estima, por más que él asegure lo contrario; y la necesidad, ó de hacerse perdonar su superioridad, ó de pedirlo con lisonjas. Un contrapeso á todo esto fué el dos de mayo, día clásico del derecho, y lo menciono porque fué ocasión de peligros nül para Cienfuegos, y de que fuese arrastrado de su patria para morir en patria ajena, en edad temprana para su gloria.

Es tan noble este carácter, al cual oó hasta lauro de martirio y la dicha de haber sido, en la escuela de Meléndez Valdés, de sus más claros alumnos, que no obstante ser las simpatías las que han arrancado muchos de los aplausos que se le han tributado, todavía es tan rico el tesoro de sus prendas como trágico, que bien merece que á sus obras, como lo han hecho algunos críticos, se les hará lugar

aparte y juicio serio. De todas ellas, y para dar el mío brevisimo, elegiré la *Zoraida*, por ser la más nombrada, y porque en la opinión común es la mejor.

Boabdil, rey moro, quiere á todo trance poseer la mano de Zoraida, cuyo amor sólo corresponde al que le tiene Abenamet, jefe abencerraje y guerrero, que tiene mano y puésto en los negocios de la corte. El desdeñado príncipe, devorado por su pasión, se resuelve á perder al favorecido amante, haciendo que éste pierda, por connivencia y traición de los Zegries, en una batalla contra los cristianos, el estandarte sagrado; lo cual por ley del reino, se castigaba con la muerte. Se le condena á ella; y la sentencia se toma como instrumento de negociación abominable: ó la mano de Zoraida junto con el destierro del reo, ó el sacrificio, al instante, de éste. La afligida dama no tiene ánimo para ver inmolarse á Abenamet, y otorga en los altares una palabra que no es suya, á un tirano que aborrece. Pero vive todavía Abenamet á quien dentro ó fuera del reino teme Boabdil. El monarca, con la mira siempre de quitar del medio á este rival, le da cita falsa en nombre de Zoraida; y ya en el jardín los dos amantes, Abenamet, temeroso por su vida, se hiere con su puñal, lo da á Zoraida, que también se hiere, y ambos espiran en el teatro.

Además figuran en la escena: Almanzor, carácter bien delineado, por lo noble, leal, resuelto, valeroso y firme bien que un tanto precipitado, porque no sabía ver más que á su honra y á su alfanje; el padre de Boabdil, Hacén, palabra de advertimiento y protección, pero que en el tono era débil, siendo en la súplica ardiente, ó por los años que ya flaqueaban, ó por el hijo que no oía; Zulima, dama

de confidencias, de que fué digna, y de consejos, en que fué extremada; por último, Aliatar, menos confidente que criado de órdenes, que él oye impasible y ejecuta ciego.

Tal es el argumento y tales los personajes. El plan está bien ordenado; sólo que, como es harto sencillo, no hay sorpresas, y le sucede á uno ver desde la entrada, como en ciertos edificios, todas las partes interiores. Los hilos no están mal tramados; sólo que hay algúnos que faltan, y otros flojos. No está justificada la súbita violencia de Boabdil, que, sin más ni más, determina que sea Jaén el pretexto para empezar á perder á Abenamet: ha debido preceder una cena de obsequios á Zoraida, hechos por el rey, en que apareciese la lucha de afectos contrapuestos, el alto desdén de la una, que al fin ceda, con el amor no correspondido del otro, que al fin triunfe; y no que lo que sabe es por confidencias, desmayadas siempre, y por relaciones ajenas, siempre frías. Tampoco está bien que Zoraida se decida á sacrificar su palabra sin una reserva mental suya y un pensamiento resueltamente trágico: si no sucede lo del jardín, queda casada para siempre, de manera que si pudo salvar su fe empeñada, no sucedió por obra suya, sino porque fué péfido y cobarde Boabdil. La acción va bien en todos los actos, salvo que en el tercero se precipita de repente la catástrofe: es un canonazo cuando quisiera uno amortiguarla, sino ver que durase, para que durase también el interés.

Las dichas son las manchas principales de la pieza, referentes más á la disposición, que es muchas veces de capricho, que á la ejecución, que es la obra sólo del arte. En esta, aunque no se puede presentar á Cienfuegos

como maestro, talvez no le falta para ello sino, ó mayor conocimiento de la lengua, que tanto sirve como de coraza real al pensamiento, ó mayor estudio de los buenos modelos, que tanto encienden el buen gusto. La traba está bien hecha; los incidentes traídos á tiempo por la acción, la acción en todas partes como fuerza, las situaciones como afectos naturales, las transiciones sin costuras ni empates de artificio. Pero en lo que más sobresale el ingenio que voy analizando, es en la sensibilidad, que para mí es la piedra de toque de la tragedia: sólo ella puede pasar del placer de la imitación, que es pasajero, para producir una conmoción que dura y enseña, y que consiste en lágrimas, puede decirse dulces, y en un terror saludable. De la vida obscura de Shakespeare le tra luce que era ángel con pasiones; se concibe sin trabajo que un hombre así, debía enfermarse escribiendo, gastarse pensando, y saltar obras como quien suelta pedazos de su alma: cada palabra suya tiene carne. Voltaire está dotado quizá de igual talento que Racine, que es cuanto se puede decir; pero repárese cuán distinta es la impresión que se experimenta leyendo á ambos: el uno tiene una grandeza estéril; el otro una grandeza con savia: Voltaire admira; Racine encanta: el primero es un vergel de artificio, cultivado en campos calcinados, que desea uno abandonar después de visto: el otro un jardín natural en campos abundosos, en que quisiera uno hacer morada. No hay duda, el ingenio se inflama, no con claridades de la cabeza sino con chispas del corazón, y el talento no es sólo la facultad de comprender, sino además de eso, de sentir.

Me he detenido más de lo que parece regular en este último escritor, así porque él lo merece, vistas ya las

prendas que le adornan, como para hacer notar que al declinar el siglo XVIII, con el cual voy á cerrar este bosquejo, se hicieron en España excelentes ensayos y los más generosos esfuerzos, para restablecer en la dramática de ambas especies, la gloria antigua del teatro; y esto con tal tesón y tan buen fruto, que no es dable pasar de aquí sin hacer cuenta y asentar abono de ello en los anales del arte. Los tiempos, con todo, eran muy otros: Carlos II había enterrado el lustre de su familia, príncipe para poco; Felipe V no fué más que una chispa apagada de la suya; el carro de la nación se descolgaba al abismo, y aunque liarto hizo Carlos III en detenerlo y levantarlo, no era mucho lo que podía esperarse de un estado de cosas que no era el progreso, y de una descomposición de ellas, que era, á no ser nada, una parálisis. Lo que más daña á un país, no son las convulsiones, sino la decadencia; no existen así ó existen mal las letras, que son ó calor, ó juventud, ó entusiasmo, ó algún linaje de vida, que entonces falta del todo, ó va faltando.

No he querido adrede entrar en observaciones de detalle, como es de observar así mismo cuando traté de la comedia, no sólo porque hasta lo expuesto á mi propósito, sino porque meterse en más, sería en mí harta osadía, y contraer nuevos empeños, para los cuales no habría de hallar ya manera alguna de rescate. Siquiera el campo que he recorrido está lleno de sendas, y aunque yo he abierto una, á riesgo mío, del todo diferente, me halaga la idea de que la censura que me alcance, estará con unos filos amellados ya en los que hayan tenido la misma falta de acierto; fué de que, por la distancia á que están las cosas de que hablo, tienen sobre sí la niebla de los tiempos, con lo cual

los errores de apreciación encontrarán disculpa, ya que no benevolencia.

No cabe hacer lo mismo respecto de lo hecho en el largo espacio corrido de la presente centuria: ha sido menos manoseado; se resiste más á la crítica; no ha habido, por una parte, una de esas revoluciones literarias innovadoras que abren rumbo; por otra, los diversos y magníficos ensayos que se han hecho, no han llegado aún á una redondez que marque fisonomía y dé por fin carácter; con lo cual, y aun contando con fuerzas, que bien veo que me faltan, no habría holgura en la estrechez de este escrito, para entrar de hoz en mano á hacer poco y sacar menos en una tarea tan larga y afanosa. Con esto, dicho queda haber sido la cosecha en todo ese tiempo, constante y rica; ocasionado, entre otras causas, del ejemplo que dieron varones que, como Meléndez, Moratín y Jovellanos, tocaron ambas centurias. Se llevó por muchos el lirismo de la oda hasta un punto casi pindárico, y hasta poder dar á alguno de ellos el laurel: reaparece en toda su pompa y donosura el romance de Pérez de Hita, de Góngora y de Lope, así en el ligero octosílabo como en el grave verso heroico, en el cual vuelven otra vez á la memoria los alardes vistosos, hechos en las plazas de Burgos la real, y las danzas amorosas en los salones de la Alhambra; Ruy Díaz, que ennobleció con su sangre á tantos reyes, y el rey Bucar que huye sólo de una sombra; así como la alta bazarra en los antiguos caballeros castellanos, criados de buenos respetos, y que amaban la guerra por la honra y la honra por las damas, al par que los juegos moriscos en la Vega de Granada para ostentar en sus cuadrillas entrelazadas y airoas, delante de ojos á quienes no pesaba

de ello, destreza y arte, divisas y letras, capellares, alquicetes y marlotas.

El drama se despoja de viejos resabios, deja la concha para quedarse con la almendra, y sin ser profuso en galas tiene las que bastan para el gusto, y no desdén las que son necesarias para el arte : mayormente en la comedia de costumbres, y sobre todo en algún ingenio que vive aún para su gloria, es tanta la naturalidad, que los retratos salen limpios como de espejos, y tal el candor, la gracia y la soltura, que el autor burla sin mofa; el que lee, ríe sin saña, y hay velo para el decoro, chistes para el donaire y diálogos finos y urbanos, que son dardos con puntas de seda, sin motivo de encono para el vicio. En ellas se nota el desenfado y la filosofía de Plutarco, con más lima, eso sí, y más al tiempo; en la historia, la manera gentil de Melo, que trabajaba siempre al torno, y la frase heráldica y cuidadosamente sencilla de Mariana, que no envejece nunca; y crónicas hay, algunas de ellas de tinte caballeresco y de épocas remotas, donde se ven los trajes, los usos, la lengua, el escudo de armas, el relieve y hasta el polvo nobiliario del siglo. Casi no hay condición que falte, ni género de obras á que no se le haya puesto mano ó cincel : si es por la lengua, se pule; si por el gusto, se acendra; y objetos hay en que han quedado los mejores modelos; el Castillo de Belver halla en sus Memorias modo de hacer revivir en los salones del alcázar la antigua nobleza de Aragón; la Junta Central, quien la defiende con la misma elocuencia gallarda de Tulio; y Hernán Pérez del Pulgar, quien lo presente de nuevo vestido de punta en blanco y con su misma *fabla, sesuda, marcada é polida*.

Hace su aparición, aunque sin el logro de asentar domicilio, un género de literatura hinchado y llorón, malamente llamado romántico, é hijo bastardo de la escuela de Víctor Hugo, especie éste de arcángel caído, tan grande por el espíritu, como peligroso por sus errores brillantes y sus formas seductoras. Lástima de hombre-genio : acaso es, después de Madame de Staël, el escritor de Francia de este siglo, que hubiera podido acercarse más á Bossuet : capaz como un dios olímpico de recorrer en pocos pasos el orbe, y de interrogar con voz de mando los siglos, lejos de aprovechar tan buenas dotes, se ha propuesto más bien hacer del Hércules para ostentar trabajos históricos, echar abajo toda institución vieja é invocar el caos como su sistema predilecto, prefiriendo el sofisma á la verdad, y el ruido del aplauso á la conciencia de la gloria. Este espíritu de innovación pasó : la índole nacional no le dió acogida y hasta le puso ceño.

LA NOVELA

Respecto á la novela, lo que se ha hecho es dar los pasos primeros, entre otras causas, por no haber esa sobreabundancia de vida que sirve á dar á esta expresión del pensamiento. Como este género abraza la pintura de las costumbres, usos, creencias, virtudes y vicios, y de cuanto constituye la fisonomía de un pueblo, de que viene á trato sea fiel, sino que haya en él algo de romanesco ó de extraño, y siempre de original y artificioso, á fin de que ser aquél espejo ó trasunto, no sólo es preciso que venga á despertar el interés, que será tanto más vivo, cuanto mayor el movimiento y más animado el drama social. Fuera de la jurisdicción á que alcanzan la comedia y la tragedia, aficionadas de suyo á lo que es elevado por el carácter, ó fuerte por el colorido, hay una multitud de medias tintas, que son como medias verdades; ó de matices, que son como transiciones; ó de sombras, que ayudan á ocultar el tejido; todo lo cual sirve á la sociedad para hacer completo el cuadro. Esta clase de composición está llamada á tener de la historia el fondo, del cuento la sencillez, de la imaginación las galas, sin que por eso desdeñe la filosofía, si no es obscura, ni las gracias del estilo, si son naturales; á entrar á la casa de los reyes para ver su orgullo; á los salones de la nobleza para admirar su

fausto; á los concios populares, para oír el derecho bravo; y á las sociedades clandestinas, para sorprender la rebelión; á seguir los pasos del espíritu, que ora encarna en el tipo de imprenta, ora viaja en la hoja periódica, ora derrama desde la tribuna ó el liceo la luz que va siempre delante para dejar detrás la cifra de la verdad limpia y la causa del progreso asegurada; y por último, á penetrar en un confuso laberinto donde las pasiones hierven, las ideas se agitan, los principios se acendran, las instituciones se levantan; y todo ello á fin de producir un libro moral, que sirva de pasatiempo á los ancianos, de enseñanza á los jóvenes, de divertimiento á los niños, y que esté tan bien colocado en el estante como en el bufete, el velador y el sofá.

Es cierto que los tiempos antiguos han sido, con harta frecuencia, asunto privilegiado de la novela, como si se buscara llenar de este modo el vacío de la historia con ciertos pormenores interesantes, y suplir lo que le falta de vida, con el calor de la anécdota, el chiste, la especie autorizada y el libelo; y hasta con la relación de los trajes y gustos de la gente de alta guisa, y de las malas artes, resabios, confabulaciones y habillitas que prevalecen en el vulgo y en las compañías de la Hampa. Madama de Stael retrata á Roma antigua; Walter Scott las costumbres caballerescas y heroicas, y muchos novelistas modernos no han hecho otra cosa que galerías nuevas con cuadros retocados, lo cual revela, puesto que todo está bien hecho, que se echaba menos este colorido en la integridad de la verdad. Pero aparte de que es común que haya alusiones á la época presente, para cuya enseñanza siempre se escribe, y cuyo carácter y tendencias casi nunca

progresado tanto en la presente centuria en los estudios de las letras, no ha logrado lo mismo en los de la especie que vengo mencionando, rezagada como se ha visto en el movimiento general del progreso : la educación popular no crece, la industria no florece, ni pueblan sus balías las naves portadoras del comercio; y bien se ve que los frutos en este sentido han tenido que afectarse, así de lo erial como de lo estéril donde se ha puesto la semilla.

Pero lo que es en los otros géneros, ya queda dicho cuánto ha progresado aquella nación. Además, la alta enseñanza se ha promovido, los estudios sociales cultivado, y los cuerpos científicos ó literarios, establecidos de antiguo, no han decaído de su primitivo esplendor. Hombres notables en muchos ramos, ingenios, escritores, oradores nunca han faltado, y hoy son ornamento de esos mismos institutos, así como de la prensa, de la tribuna y del foro. Ocupa lugar de preferencia la Real Academia de la Lengua, no sólo por el celo con que ha sabido conservar el depósito de ella, enriqueciéndola cada vez que ha encontrado joyas que no desdigan de las suyas, sino porque en todas ocasiones ha contado en su seno, y hoy como siempre, varones eminentes, de que da buen testimonio la fama.

La reseña que he hecho hasta aquí, venía reclamada por la necesidad de probar que el cultivo de las letras, en lo vencido de la presente centuria, ha sido esmerado; que la cosecha ha correspondido; que un estado así es el mejor campo y el mayor estímulo para los ingenios; y que en efecto han florecido grandemente así la comedia como la tragedia : la primera, limpia de resabios, y la segunda de declamación y pompa vana.

Esta es la oportunidad de hacer una reflexión que para

mi tiene importancia. Hay todo eso en España, y es mucho. ¿Por qué no suena en el mundo, y se queda dentro de cuatro paredes, y, como si dijéramos, para la familia no más?

Obran en esto, á mi ver, dos causas, engendradora la una de la otra, y tan solidarias entre sí, que la responsabilidad les es común, á saber : el estado social y la lengua. Bien merece la importancia del asunto la pena de decir algo sobre él, aunque sea no más que de paso.

Después que los intereses se han proclamado patri-monio, y puesto al alcance de los diversos gremios del cuerpo social, el movimiento del progreso consiste en que ellos circulen por las varias venas de él, y para esto, que haya un estado de justicia que los afiance, y condiciones de fomento que les den calor y vida. De esta manera el pensamiento toma todas sus manifestaciones, la industria todas las suyas, los recursos acuden á las necesidades, el capital al trabajo, y florece éste á la sombra de la libertad que lo protege al mismo tiempo que fecunda. Pasó el tiempo en que el poderío nacional se cifraba en la fuerza bruta y la conquista : hoy *ser* para los pueblos es *crear*; y aquél de entre ellos es grande, que tiene mercados repletos, costas visitadas, talleres en acción, bolsas que ajustan, diplomacia que arregla y periodismo que difunda una atmósfera de luz. En naciones así constituidas, donde el vapor vuela y el telégrafo eléctrico devora espacios inmensos, es donde el reloj del tiempo suena para la historia, y que ésta recoge y graba cuanto pasa en sus varios monumentos, el primero de los cuales es la lengua hablada ó escrita. Una lengua con tales dotes, y enriquecida además, con el desenvolvimiento de cuanto se produce, que ella

bautiza, con el caudal de cuanto se aprende, que ella atesora, y con el influjo del espíritu, de que ella se impregna, tiene el recurso de la riqueza en las voces, la transparencia de la verdad en las ideas y es una verdadera credencial, porquedacentrada, y un verdadero órgano, porque transmite.

Repárese, en prueba de esto, lo que va de nación á nación, aun en la parte más culta del antiguo continente. La Rusia es una masa de granito, temible sólo por su peso; el Austria, una formación feudal, que la ahoga á ella y á las partes; la Turquía una ataraxia del Asia, que tiene el sueño de su origen; la Italia un conjunto de escombros de grandeza, unidos, diversificados apenas por la débil yedra y el *amarillo jaramago*; no habiendo en ninguna de esas regiones más que quietismo perfecto, ó movimientos convulsivos, ó fuerza en desequilibrio, ó formas vânas : la corte como regla, la servidumbre como estado, ó la guerra algunas veces como la única voz autorizada del derecho. Dan lástima esas sociedades, cuando no dan grima : porque no hay en ellas, ó hay escaso, lo que son signos de progreso en las naciones que lo tienen : la escuela, el taller, el banco y la hoja suelta.

No sucede lo mismo con pueblos como Inglaterra, Francia, los Estados Unidos de Norte América y el Imperio Alemán, donde no hay plétora social, sino fuerzas igualmente repartidas. En ellos se hace todo lo que se quiere, y se sabe cuanto se hace : son como arterias del gran mundo, como teatros donde se representa el drama universal; y la materia prima, el artefacto, el invento, la obra de arte, la obra de pensamiento ó imaginación, y las demás conquistas del espíritu, no se producen, no nacen allí sino para dar la vuelta al mundo. Hé aquí por qué

lo que se escribe en francés, inglés ó alemán, es como si se dijera al oído, á la conciencia del orbe, ó como si se estampara en las crestas de las más altas montañas.

Igual cosa no pasa con lo que se escribe en castellano : por profundo que sea en filosofía, ó ejemplar por el ingenio, ha menester, puede decirse, dar de gritos á la puerta de la civilización, para que se traduzca la obra, y logre al fin entrada; de manera, según esto, que España tiene hoy mucha riqueza propia acumulada, pero que no circula porque no tiene el sello corriente. Pasó el tiempo en que el castellano se estudiaba por necesidad ó conveniencia en casa ajena; y aun en la propia, después de su grande época, no es el órgano de todas las manifestaciones del espíritu : con lo cual, no por bueno se busca, ni buscado mismo aprovecha; y las obras escritas en él — con raras excepciones — no pasan de ser joyas guardadas. Resulta de aquí que desfallece todo anhelo; que se entibia el amor de la gloria; que se trabaja sólo en familia, y que se va cubriendo de polvo el oro acendrado de la lengua. Las lenguas son siempre efecto y nunca causa del progreso. Como está al presente el mundo, ellas nada son, si no representan de la industria sus conquistas, de las artes sus bellezas, de las ciencias sus tesoros y del estado social sus varios modos, reuniendo hasta donde se pueda el tecnicismo que señala, con la gracia que cautiva. Pasó el tiempo de los idiomas de hipérbaton : hoy se va al vapor; y lo que queda de aquéllos se admira como la talla antigua de algunos artesones, ó como los adornos mudos de algún soberbio mausoleo. El francés se distingue por su manera melindrosa y blanda, eso sí artística y bella; el inglés por su enérgica concisión; el alemán por su exac-

titud filosófica, su variedad y el caudal casi inagotable de sus palabras compuestas; pero nótese que todos éstos son instrumentos que tienen los tonos que dan todas las variaciones del progreso.

No hace diferencia lo fácil ó difícil de una lengua, para ser ó dejar de ser órgano principal del pensamiento, con tal que lo sea de la civilización contemporánea. Grecia fué un pueblo eminente y casi puede decirse único por las artes de la imaginación y del buen gusto : creó cielos con la fantasía é idealizó la materia hasta el punto de encontrar, puede decirse, las huellas de Dios en sus formas puras y castas; y aunque se comprende lo delicado que tenía que ser un idioma que tal expresase, lo cierto es que llegó á ser tan popular en el mundo la teogonía de Hesíodo, como los dioses de Homero, la historia de Tucídides como los versos de Anacreonte. El latín no puede ser más hermoso y vario, tan correcto en Horacio, abundante en Ovidio, profundo en Tácito; no obstante lo cual, pudo hablarse de la Hibernia al mar Bernejo, del Ponto Euxino al monte Atlas; pero es porque Roma llegó á extender su asiento á donde llegaron sus águilas, á tener un Foro que era el oráculo del mundo, y á escribir en granito cifras de gloria, que aún no ha podido borrar el orin del tiempo.

No he de pasar de este lugar, ya que la ocasión es propicia, sin decir dos palabras siquiera sobre la suerte actual del castellano, así como el género de cultivo que debiera dársele en el uso. Cualquiera comprende fácilmente que una lengua en que ha podido escribirse el *Quijote*, bajo cuyo estilo, no el más perfecto, pero sí el más vario conocido, se oculta el pensamiento más ingenioso

del entendimiento humano; la *Guía de Pecadores*, en cuya frase, entretrejida de encantos místicos toda, casi *re-uno á Dios* (según la frase de Linneo), *de paso y por la espalda*, y que sirvió de cauce á Lope y Calderón, debe ser una lengua ennoblecida con muchas dotes; y cierto, que á ser la España de hoy la que ilustraron los Felipes de la rama de Austria, el español, sobre ser una lengua sabia por su organismo, fuera un instrumento expedito de la vida social contemporánea. Está visto que no puede ser así; pero en tanto que llegan las circunstancias que producen siempre de suyo el milagro de la transformación en el estilo y de la abundancia en la expresión, es laudable todo celo que se muestre en el sentido de conservar y aumentar depósito tan rico. Á la Real Academia Española se deben en esta materia servicios importantísimos : por una parte pone diques á la irrupción del estilo *gacetero* que tanto cunde y pervierte; y por otra, fija los buenos usos y trasmite las buenas tradiciones, manteniéndose en medio, como un tribunal que juzga, y como un cuerpo de sabios que da ejemplo. Es tanto más difícil este encargo, cuanto que en los países adelantados hay muchos centros de sanción para las lenguas, por lo cual se observa ser el periodismo más ó menos correcto, y las traducciones más ó menos regulares; mientras que en una nación que va detrás, el cultivo de aquélla está reducido á un corto número de prosélitos. Fuera de que, en este último caso, tal culto (y sea dicho para ignominia de los profanos) ó es vergonzante, porque se afea; ó es tibio, porque se ignora; á tiempo que en el primero, esos estudios están en boga, y casi no se conoce hombre de Estado que no sea hombre

de letras, como lo prueban Bacon, Colbert, Thiers, Guizot, Lord Derby, autor de la mejor traducción inglesa de la Iliada, y Disraeli, uno de los más célebres novelistas de su nación.

Quisiera dos cosas respecto al castellano : que se conservase la indole de la lengua, y que fuese ésta atemperándose al espíritu, á las necesidades y á las tendencias reinantes : las lenguas también tienen despojos que dejar. Hay un tejido íntimo que hace parte de la complexión, y que no cabe que se pierda. Cervantes, los dos Luises, Santa Teresa, Malón de Chaide, Nieremberg, Breilla y mil otros de los grandes siglos, quedarían siendo modelos, y, ó se ocurre á ellos por oro ó no hay moneda; pero junto con esto, es de observarse que hay cierta escoria, es decir, ciertas formas que entraron en uso de antiguo, que, ó quedan para arcaísmos, ó quedan mal empleadas siempre. Las frases no son piezas de encaje, para que sean los idiomas juegos chinoscos. Por casta que sea la manera de San Juan de la Cruz, estaría mal para una arenga popular, y todo el afeite de Solís no excusaría su empleo en una obra didáctica. Hay cierto movimiento, cierto calor de situación, que exige, no otro carácter, sino otras formas : las formas de que hablo, no son el lenguaje, que es el organismo; ni el estilo, que son las líneas del contorno, sino por decirlo así, los trajes de moda que exigen las necesidades de la época. De otra suerte, se escribiría con elegancia, pero con amaneramiento; con pureza, pero con trabas; y una obra así, sería curiosa como antigualla, pero no una obra de uso.

II

CAUSA DE LA DESGRACIA DE OVIDIO

Cuestiones como ésta, sobre que la historia no presenta datos evidentes, exigen para su resolución requisitos especiales. En primer lugar es preciso recoger muchos materiales de crónicas contemporáneas, someterlos á una crítica severa, cotejarlos, apreciarlos y hacer saltar por fin de ellos, muchas veces no la luz de la verdad misma, sino la vislumbre vacilante y tenue de conjeturas cubiertas siempre de sombras. Tras esto es menester al mismo tiempo que existen bibliotecas ricas para consulta, que la investigación abarque un grande espacio y que dé para todo tiempo holgado, á fin de que quepan dentro de él un examen en calma y un juicio de conciencia. Digo esto, si se quiere acertar, y que la obra que se haga no sea un conjunto de ideas puestas como ocurran, sino un edificio levantado con regla y compás. Muchas veces los errores históricos no nacen sino de negligencia, mayormente cuando la verdad está desparramada, como perdida en un millón de hechos de los cuales cada uno oculta un rayo y se hace indispensable llevarlos todos ó los que se pueda á un mismo foco. La Alemania (y sea dicho porque es el lugar) es la que ha prestado en los últimos tiempos más servicios en esta materia : nación pensadora y profunda, que va despacio pero que va bien, que pesa hasta el polvo de los siglos y que vela de pié, muchas veces y por muchos

años, en un sólo punto hasta sorprender un fenómeno ó una ley.

Diferente cosa es cuando el caso es de generalización y hay capacidad para ella. Entonces interviene sólo el talento. La pluma corre y resulta el cuadro hecho. Aquí el pensamiento se mueve con libertad, mientras que en el otro caso lleva ataduras porque sufre la tiranía de los hechos y las vacilaciones de la duda.

Lo expuesto es para hacer notar que éstos no serán sino unos apuntes que no merecen figurar en los anales del instituto. Como toda obra nueva, deben resentirse de la prisa é imperfección con que se hacen siempre los primeros ensayos en un cuerpo que ha menester organizar sus trabajos para que den buena cosecha.

Es importante antes que todo exponer brevemente la vida de Ovidio. Nació en Sulmona, ciudad de los Abruzzos, el año 43 A. C., y fué enviado por su padre para aprender la elocuencia y la ciencia del foro á Roma, para la literatura griega á Atenas. Tales estudios eran indispensables en un mancebo noble como él y en una ciudad como aquella, donde la tribuna era un poder político y la jurisprudencia una fuente casi de autoridad oficial. Pero el genio natural es una inclinación irresistible: Ovidio era poeta; y en una edad como ésa, de tanta liviandad en las costumbres y de tanto sensualismo en las ideas, y en una indole como la suya, excitable naturalmente y no peleada con la disolución, si la veía asociada á los triunfos del ingenio, la elección de carrera de preferencia no fué dudosa, y los versos fueron su ocupación favorita. Después de algunos viajes por Asia y Sicilia, se fijó en Roma, donde Augusto, amigo de sus talentos y ávido de la inmortalidad

que juzgaba podía venirle de la protección, le prestó la suya, llenándole de agasajos.

La historia carece de la galería de muchos grandes hombres de la antigüedad: desearia uno saber su carácter, sus hábitos, sus gustos, sus rasgos fisonómicos, el todo fisiológico y moral de que sus escritos no son más que un reflejo; y cuando se nota esa falta se nota un vacío. De las dotes personales de Ovidio se sabe muy poco: pero es de conjeturarse por los rastros que ha dejado en sus obras, que era de impresionabilidad pronta, tan fácil para el vicio como para el arrepentimiento, eco de toda novedad, aliado de todo placer, melancólico por afectuoso, y afectuoso por amante; de niño, cándido; de mozo, loco; como hombre, débil; á todo lo cual servia de manto un ingenio fecundo y una imaginación de colorido.

Hay una cosa cierta: un hombre de talento hechiza siempre á una mujer que lo posee ó que tiene siquiera sensibilidad. Los ojos dan luz bella, la boca habla maravillas; y tal es el encanto. La hermosura es la gracia y la gracia es el espíritu.

Se comprenderá ahora la serie de triunfos que se le preparaban al poeta en la voluptuosa y corrompida corte de Augusto. Casó tres veces; pero ya en vida de la segunda mujer empezaron los escandalosos amores que tuvo con Julia, la hija del Emperador. Este es un hecho de que dan testimonio casi todos los historiadores; Julia era una mujer versátil, disoluta, artera, y llegó á amar, á lo menos ostensiblemente, con ese amor cortesano que es coquetería ú orgullo ó corrupción, y que en carácter tan elevado como el suyo, era además para el que lo poseía una conquista. Por ella escribió la serie de poesías que llevaron el

título de *Amores*. llamadas más después *Amorum Libri III*; siendo esto, unido á su amistad con Atico y otros hombres eminentes, al favor de la familia imperial y al aumento de reputación que adquirió con sus *Epistolae Heroidum*, su libro *De Arte Amandi*, sus *Remedia Amoris* y su *Medea*, la cual ha desaparecido casi del todo, lo que contribuyó á hacer su vida agradable, su nombre célebre y su estancia en la corte un triunfo de su mérito.

Roma entonces era el universo; desde el mar Atlántico al Eufrates, de la muralla de Antonio al Atlas, no se oía sino á una sola voluntad. La toma de Cartago, las seliciones de los Gracos, las guerras contra Mitridates, la rebelión de Catilina, los horrores de ambos triunviratos, todo había contribuido á corromper el país, desolarlo, dejarle sólo molición soñolienta y servilismo estúpido, en vez de aquellas virtudes que fueron propiedad de la República; y después que la ambición de César durmió en la tumba, si bien con lágrimas de la historia por su genio, fué fácil á Augusto, disimulado, frío, con el talento de la oportunidad, el único que tenía, y sólo en la escena, porque el destino retiró de ella á Lépido y Antonio, subir las gradas del poder, cerrar el templo de Jano, dar la señal de la obediencia y proclamarse señor de ciento veinte millones de esclavos. El pueblo llegó á ser rebaño de ovejas y, según la expresiva frase de un escritor, no aspiraba más que á pan y juegos:

.....duas tantum res optat,
panem et Circenses.....

Comprenderáse ahora el espíritu de la corte y los sentimientos y condiciones que la caracterizaban: orgullo, li-

encia en las costumbres, desenfreno, el Emperador satisfecho con una gloria fácil, la familia entregada á fruiciones espléndidas, el sentido moral pervertido, el honor convencional, el vicio en versos. Cuadro éste que pinto y traigo ante los ojos para hacer ver cuánta figura haría en él un poeta seductor como Ovidio, que podía y quería retratar las pasiones, que era un poder de fascinación, y al cual llamaba Quintiliano *minium amator sui ingenii*.

Esta vida holgada tuvo su término. Por los años de 7 ú 8 de Jesucristo desterró Augusto á Ovidio: el pretexto, *El Arte de Amar*; la causa, sujeta aún á inquisiciones históricas. Propiamente no fué destierro sino relegación, para hablar en términos jurídicos; la misma víctima lo dice:

Adde quod edictum, quamvis inimite minaxque,
attamen in poenae nomine lene fuit,
quippe relegatus, non exul dicor ego.

El lugar escogido fué Tomes (hoy Tomis ó Temisvár), sobre el Ponto-Euxino, en el país de los Getas en los confines del imperio, donde pasó siete ú ocho años de tristezas y de angustias, escribiendo, llorando y rindiendo la vida en manos de cruel, y como el mismo dice, innmerecida suerte.

Entran en el número de sus demás obras los *Fastos*, los *Tristium libri V*, la sátira que lleva el título de *Ibis*, y sus *Metamorfosis*, escritas poco ántes de su relegación, quemadas por él mismo y salvadas no obstante por algunas copias que había á la sazón.

Tal fué Ovidio, escritor que durará lo que la lengua latina. Careció de grandeza y sencillez, pero tenía una inventiva sorprendente y fué el poeta más abundante de su siglo. Sus versos son voluptuosísimos cuando son de

de amor, lágrimas cuando son de tristeza; y el caudal de su vena corre sin saber adónde, pero siempre ó por lechos con márgenes de mirto y arrayán, ó por bosques de sauces y adelfas. Podría establecerse un cotejo entre él, Virgilio y Horacio : en el uno sobresale el lenguaje, en el otro la composición, en el tercero el estilo; Ovidio es más fecundo, Virgilio más bello, Horacio más correcto, filosófico y conciso.

Este es el momento de entrar en conjeturas sobre la desgracia de Ovidio.

Algunos historiadores creen que el motivo fueron los amores de él con Julia, la hija del Emperador, á que da fuerza la condición de esta princesa, casada sucesivamente, y siempre por capricho y liviandad, con Marcelo, Marco Vipsanio Agripa y Tiberio, la cual mereció ser desterrada por sus desórdenes — por decreto del Senado y petición de su mismo padre — á la isla de Pandataria. Se opone á tal creencia el haber sido este destierro diez años antes del de Ovidio, por lo cual se juzgan algunos más fundados para sospechar que la causa pudo estar en las relaciones del poeta con otra Julia, hermana de Germánico, hija de Druso, sobrina de Tiberio y nieta de Livia, y cuyo destierro coincidió con el de su supuesto amante. Pero ésta es una inducción y no una prueba sólida. De esta última Julia no dice ó dice poco mal la historia; si bien pudiera ser que los desórdenes á que dió pretexto la otra Julia y los amores con Ovidio que fueron su causa ó su efecto, conservasen en el poder un resentimiento oculto que sólo buscaba ocasión para estallar.

La casa imperial era por ese tiempo un teatro de liviandades y de horrores; hacia tiempo que venía así y así

continuó. Marcelo es envenenado por Livia, Livia casa con Augusto en vida de su marido, Tiberio con Julia en vida de su esposo Marco Agripa : espantosa promiscuidad de lazos y más espantoso cuadro de moral autorizada. ¿Quién del fondo de ese caos, donde está todo confundido, podrá dar con la causa verdadera? Además ésta es del género de esas faltas que siempre tienen manto, que siempre andan entre sombras y que no se pueden penetrar.

He consultado varias obras en el artículo y particular respectivos : la Enciclopedia católica francesa, una norteamericana de 1863 y una alemana cuyo editor es Brockhaus, y ninguna trae más, con corta diferencia, que el esqueleto histórico que todos sabemos : pueden verse. De la apreciación que hago de mis reminiscencias históricas y de la crítica que merecen las costumbres de ese tiempo, es que he podido sacar el retrato que se ve.

A esto agrego algunos pasajes del libro de *Los Tristes* que he releído para consulta (el ilustrado con notas del jesuita Juan Antonio Palomares, edición de Madrid, año de 1829, imprenta de Julián de Viana Razola) por ser la obra más alusiva á la desgracia del poeta.

En el libro segundo, elegia única, hemistiquio del verso 103 y verso 104 se lee :

Cur aliquid vidi?.....

Cur imprudenti culpa mihi est?

En este pasaje está claro que el crimen de Ovidio consistió en haber presenciado crimen ajeno.

En el propio libro y la misma elegia versos 109 y 110 :

Illa namque die, qua me malus abstulit error,
parva quidem periit, sed sine labe domus.

¿Qué error sería éste?

Ibidem, versos 207 y 208 :

Perdiderunt cum me duo crimina, carmen et error;
Alterius facti culpa silenda mihi est.

Carmen es el *Arte de Amar*, y vuelve el poeta al *error*. De aquí se deduce también como de otros lugares que Ovidio fué testigo de algún hecho malo. ¿No tendría Tiberio parte en él? Da lugar á creerlo así el que, con ser éste un monstruo de disolución y relajadísimo en costumbres, jamás quiso restituir al poeta su libertad, por más que éste se lo rogó.

En el libro tercero, elegía quinta, versos 50, 51 y 52 :

Pecatumque oculos est habuisse meum.
Non equidem totam possum defendere culpam.
sed partem nostri criminis error habet.

Se ve aquí culpa propia y culpa ajena; talvez por mirar y por hacer.

En el libro quinto elegía quinta, versos 63 y 64.

Non mihi, que poenam fateor meruisse, sed illi
parcite, quae nullo digna dolore dolet!

Se reconoce delincuente.

Y lo mismo en la elegía décima del propio libro, versos 50, 51 y 52 :

Non merui tali forsitan esse loco.
Quid loquor, ah demens! ipsam quoque perdere vitam
Caesaris offenso numine, dignus eram.

La falta que consistió en ver está obscura; pero me inclino á creer que fuese alguna que afectase á Tiberio, al monstruo del hijo de Livia. La razón la dicha atrás. Hasta los monstruos se resienten de lo que hiere de algún modo el pudor de sus familias.

III

LA VUELTA DEL PASTOR

Una cortesanía de la autora me proporcionó, como á otras personas que estaban en su casa ahora pocos días, oír la composición que encabeza estas líneas: y desde entonces formé la resolución de hacer su juicio, animado á ello, á pesar de mi incompetencia, por el mérito de la obra, y por estar dedicada al muy digno señor Arzobispo Guevara, mi amigo, á quien mi excelente madre, cuya memoria tanto venero, profesó siempre singular estima y respeto.

Endurecido mi espíritu á causa de los estudios rudos y ásperos, sin más recuerdos de los amenos que los de la primera edad, que se complace en cultivarlos, y abatida mi alma con un dolor que nunca acaba, ni tengo alas para remontar el vuelo, ni otra cosa que manos encallecidas para manejar asunto tan delicado; y no habré de aprovecharme, como medio ni como excusa, el afán que ponga en ello, si no me voy con tiento en senda tan quebrada, ó no viene la indulgencia á perdonar mi osadía.

Empezaré por algunas observaciones que caen bien

como portada del edificio, ó como hilo que conduce y sirve de enlace á la materia principal.

Siempre habrá de estimarse como tarea atrevida al par que ardua el hacer un ensayo, siquiera ligero, sobre la poesía ó cualquiera de sus géneros. Sea que se la considere como la urna ideal, que contiene los tipos eternos y abstractos de lo sublime y de lo bello, ó como la oficina en que se labran los moldes acabados de las formas; míresela como el iris que dibuja la luz del pensamiento, ó como el seno que engendra cuanto ayuda — por los sentimientos varios que infunde y los instintos generosos que despierta — á la cultura del alma; es lo cierto, al medir la jurisdicción y dificultades de ella, que su imperio es muy dilatado y sus arcanos muy profundos. En la inmensa esfera de observación y creación que es dado recorrer á la actividad humana teniendo al entendimiento por maestro y guía, la industria descubre, las artes mecánicas preparan, el comercio lleva, las ciencias atesoran; y esto con tantos triunfos y ventajitas, que, ora cabe pasar de los átomos que se unen á las estrellas que se cuentan, ora hacer de las fuerzas cósmicas auxiliares obedientes del progreso, hasta tener por último para morada del hombre ciudades tan populosas como Londres y París, mercados tan ricos cuales nunca forjó el deseo, al vapor de transporte, al diario de escuela, al fuego de cautivo, al telégrafo eléctrico de mensajero, y á media naturaleza, puede decirse, sirviendo de mesa á la otra media, que la cubre con sus panes. Esto es mucho, pero no es todo: es, si se me permite la expresión, la pompa de la materia. Más allá se ven otros y otros horizontes, casi indefinidos, en que hay necesidades,

tendencias, aspiraciones, estímulos, gloria, y adonde va el corazón á buscar el conjunto de sus goces, y el espíritu el complemento de sus leyes.

Si se pudiera atravesar de un vuelo, á la manera de angosto valle, el espacio que se concedió al alma para su completo desarrollo, lo hallaríamos dividido en tres grandes regiones: la que preside el entendimiento, cuyo fin es el mundo material; la que preside la razón, cuyo objeto es el mundo social, moral y religioso, y la que preside la imaginación, que lleva por blanco el mundo de la estética: triple modo de desenvolvimiento, explicativo del ser que piensa, sabe, acumula, ama, se arroja y siente padeciendo ó gozando. La ley física como lámpara que alumbraba y camino que enseña los tesoros de la materia, hasta encontrar en ello holgura á la existencia; la ley social, moral y religiosa como medio de establecer el deber, que es para el individuo conciencia, para la sociedad vínculo, y para Dios homenaje; y la belleza como forma propia de expresión y de arte, y condición necesaria de cuanto está llamado á cooperar á la cultura y á las gracias del espíritu: tal es, considerada como estudio, la larga jornada que hay que rendir, y la descomposición que produce el inmenso organismo cósmico y espiritual, descomposición que puede practicar el hombre, y que hace las ciencias útiles, la piedad santa, y las buenas letras y las bellas artes civilizadas y amenas.

De estas tres causas generadoras del progreso, ya que las otras sean más importantes por a responsabilidad más seria que les toca y los más inmediatos fines á que aspiran, la imaginación es la que labra telas de más exquisito primor: ora en gasas cambiantes de luz para reflejar en ella

los colores : ora en delgadísimos y transparentes velos con la consistencia del espíritu para cubrir con donaire las formas bellas y guardar el decoro á las formas púdicas, á la manera de la túnica sutil que se imaginase puesta al grupo de las Gracias, para dejar ver en ella y al través de ella, con un candor que parece malicia y no lo es, así lo que vela como lo velado.

La imaginación es el poder verdaderamente creador : en lo demás, salvo la religión, que se prende en el hogar ó en los templos, basta soplar el polvo de la materia ó el polvo de los siglos, para que aparezca la letra de la ley natural ó social del universo. La imaginación nunca está quieta : va, viene, viaja, atraviesa, lustra y recorre; llega al centro de la esfera para dirigir los radios; llega al extremo de los radios para tocar á las puertas de lo infinito; puebla el vacío, puebla las estrellas ó las vuelve añicos para tener por la distancia diamantes engastados en el azul del firmamento; desencadena el huracán; se goza en las tempestades; encuentra los veneros de la luz, y oye esas voces, mudas para los demás, que en el silencio de la noche ó en la soledad de los desiertos profiere la naturaleza sombría y espléndida como el enigma insoluble de sus destinos ó la última palabra de sus arcanos.

En virtud del mismo poder, Homero hace descender sobre el campo de Troya los dioses del Olimpo, que son dioses en su pluma; Miguel Angel trae el *Juicio Final* antes de tiempo, y Rafael halla para sus vírgenes castidad y dulzura en los colores; Shakespeare encuentra las pasiones del teatro, y Tácito las pasiones de la historia; Newton atrae el sol á la palma de su mano, y Bacon las ciencias á su árbol genealógico; Mozart casi es en su *Requiem* el

profeta de las lágrimas, y Beethoven en sus sinfonías y sonatas el poder o dios de la armonía; Milton crea un Satanás más grande que su infierno, y Dante un infierno capaz de contener todos los pecados del mundo; San Agustín necesita del cristianismo para hallar base á su genio, y Bossuet de la posteridad para hallar eco á sus oráculos. Por último, Cervantes hizo lo que ningún mortal : insuflar sobre la nada, para producir maravillas que sorprenden y universos enteros que dan pasmo.

Es incansable la imaginación. En la guerra recoge en anales brillantes ó sombríos cuanto sucede de hechos de pro ó de hechos de sangre, para presentarlo como escarmiento ó enseñanza; y en la paz la alegría con que se llevan los cestos de la vendimia, y la tranquilidad con que corren entre coloquios sabrosos los días serenos de la Arcadia. Ella es quien halla en el heroísmo grandeza, en la virtud sacrificios, en la limosna caridad, y en el pudor de una doncella la flor de la inocencia. Ella quien atesora todas las tintas del alba, todos los arbores de la aurora y del ocaso, todos los cambios de las nubes, todos los encantos que ofrece el azul de un cielo vespertino. Ella quien explica los secretos del hogar tan íntimos, las palabras de la senectud tan sabias, la historia de los niños tan candorosa, las penas del que sufre pérdida irreparable, tan intensas. No hay lágrima histórica que se le haya escapado, desde las de Raquel, que las derramó inconsolables por sus hijos, hasta las de la Virgen sin mancha, que fué corredentora llorando, y dejó en esas perlas, que guardan los ángeles en urnas, prendas de valor infinito para obtener favores del Cielo. No hay desgracia que no registre : el libro de Job es el poema del dolor religioso,

y el drama de Icar el poema del dolor profano. Ella se sienta del mismo modo sobre las ruinas de Jerusalén, para mostrar que Tito pudo destruir todo menos el Gólgota, como sobre las ruinas de Babilonia, para hacer ver que no queda ni polvo de mármol donde antes hubo puertas de bronce, algarazas de muchedumbre, poder de Nemrod y soberbia de Baltazar. Ella borra con igual brocha el nombre de Grecia que vence á Jerjes, y el de Roma que intimida y arrasa á Cartago. Ella quien compone el manto de César para que muera altivo delante de Bruto, y da á Napoleón el Grande aquella figura fria y oracular con que o pinta David atravesando los Alpes para caer cual águila caudal sobre Marengo, ó con que él mismo se exhibía delante de los emperadores y reyes de Europa, á quienes mandaba llamar para preguntarles si ya estaban cumplidas sus órdenes soberbias.

¿Quién dirá, quién agotará toda la acción é influjo de que es capaz la facultad eminentemente creadora? Ella no es cronista; no cuenta sólo; no lleva á tablas mudas cuanto acaece ó cuanto descubre acá y allá; no deposita los hechos y las creaciones del espíritu en osarios profundos, donde únicamente se ven sin voz ni acción frios esqueletos y huesos desprendidos, áridos y secos. Al contrario: á todo infunde alma y á todo da vida, á las profesiones liberales en su numen, á las letras en su inventiva, á las ciencias en sus puntos de entronque, á la historia en su musa filosófica, cuando se quiere que enseñe narrando; y hasta el polvo de los siglos anima de algún modo, para encontrar en él ideas que pasaron, y que están allí aún como doctrina escrita en caracteres de muerte. En las costumbres encuentra la moral, en los códigos los

principios, en la opinión las tendencias, en la virtud el mérito, y en la fama el lampo divino. No hay nada que no comprenda é invada la imaginación: el tiempo que fué y el que es, la verdad y la fábula, lo finito y lo infinito, el cielo y la tierra; y pasando del fenómeno á la ley, de los efectos á las causas, de las combinaciones químicas á la gravitación universal, del estudio de las formas á la belleza, de la contemplación del heroísmo á la palma que merece, del dolor al consuelo, y de la miseria á la misericordia, se constituye al mismo tiempo en santuario que guarda... en cátedra que enseña las cuatro grandes ideas del mundo espiritual: el arte, la gloria, las lágrimas y Dios.

No es preciso descender de esta altura á que me ha traído la elevación propia de la materia, para tocar con la oda de la señora Tió, que yo quiero examinar del modo que sé. Los partos de la imaginación los considera uno como obra de un mismo museo; y la sencillez tiene cimas como las tiene la sublimidad, si éstas grandiosas y algunas veces volcánicas, para vomitar llamas y humo, erujecer ó emegrecer el cielo, hacer retemblar la montaña y cubrir de lava y ceniza los contornos, aquéllas apacibles y cubiertas de olorosas hierbas ó de verde césped, con laderas felpudas que van á dar á tendidos, frescos valles, ó á mansos arroyos que se duermen muellemente entre juncos y espadañas á su margen, menudísima arena y blancas guijas en su fondo.

La naturaleza, varia en sus varias formas, presenta siempre infinita diversidad de tipos de belleza, todos ellos igualmente preciados, si son suyos. La vista del mar; extendido como un espejo que no acaba, es magnífica;

pero no agrada menos una bandada de palomas blancas atravesando un cielo azul después de haber picado el grano en la era, ó un conjunto de ánales, cerca de alquer a tranquila y abundosa, cortando lentamente limpia laguna. El patético *Mondschein* de Beethoven no es inferior á cualquiera de sus grandiosas ó terribles armonías, ni el grupo de Laocoonte puede alegar ventajas sobre la *Asunción* del Ticiano ó la *Virgen de la Silla* de Rafael, valiendo para la desesperación de aquél la beatitud célica y el amor divino de éstas.

Voy á decirlo con lisura, si bien con encogimiento y embarazo, por mi falta de idoneidad. *La Vuelta del Pastor* es una de las composiciones que he leído más acabadas en su género. Lenguaje, estilo poético, dición, imágenes, ritmo, pausas métricas, pausas de sentido, pensamientos, epítetos, todo está en su regla, en su oportunidad y en su puesto; es un trasunto de la verdad estética, porque es un producto feliz del númen; y asiste uno á su lectura como á ver una pieza de galería artística.

Distínguela, entre otras prendas, la sobriedad, desesperación ésta de los que quieren cautivar escribiendo. Fray Luis de León la hubiera adoptado por suya, y sin embargo no es imitación. De las imitaciones puede decirse muchas veces lo que (si recuerdo bien) decía madama de Sevigné de las traducciones: que son figuras de tapiz miradas por detrás; y en la obra que me ocupa se ve lo fácil en lo espontáneo, y lo nuevo en lo original: la originalidad es la naturaleza misma ó una creación de primera mano. Lo que sucede es, que la belleza se descompone en tipos inmutables, y el que los tiene en la fantasía los lanza sin esfuerzo, como el fuego sus chispas ó como el

sol sus rayos sin que los unos se confundan con los otros. Dolce y Guido sobresalen por la unción y la dulzura, pero no son los mismos; Garcilaso y Meléndez por la delicadeza y la ternura, pero lo que en el primero abandono siempre, es algunas veces arte en el segundo; y aunque Vanucci fué el maestro del genio de Urbino, éste fué el llamado á ser el pintor del Vaticano y del Cielo.

La sobriedad de que acabo de hablar da á la mencionada oda las palabras precisas, ni menos para no caer en obscuridad, ni más para no incurrir en follaje: viniendo á comprobarse de este modo que el pensamiento verdadero es el que nace de suyo vestido, y que el vestido no es postizo sino el propio y sienta bien, cuando puede llevarse á lo cortesano y no á lo rústico, sin que le falten, si ello es menester, ni ondas para el movimiento, ni pliegues para la majestad. El lenguaje como forma, y el estilo como gracia de expresión en la pieza de la poetisa, son una gasa de espíritu que deja ver las líneas, el contorno y el donaire del cuerpo de la idea.

Los versos son numerosos; las cadencias oportunas y variadas; la música rítmica, apacible; las transiciones, líricas sin ser arrebatadas; las alusiones, propias; los sentimientos, tiernos; las quejas, dignas; la religión, pura; y las estrofas conchas de nácar, donde caben al justo las perlas del ingenio.

Hacer citas está demás, y quien quiera encantarse, lea.

IV

APEZECHEA Y JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Hallazgo puedo llamar el que me ha proporcionado la lectura de *La Época* de Madrid, fecha 17 de noviembre último, en la cual aparece el juicio que mi distinguido compatriota señor José Antonio Calcaño, hace sobre la traducción en octavas reales de los libros I y VI de la Eneida, que acaba de publicar el célebre Académico español Ilustrísimo señor Don Fermín de la Puente y Apezechea.

Ya el solo nombre de estos escritores, ambos americanos y amigos, es anuncio de novedad, y circunstancia que previene en su favor, porque se acuerda uno de sus lauros literarios, y sabe que no pueden salir sino bellezas de su pluma.

Traducir á Virgilio es empresa que pocos, entre tantos, han llevado á cabo con fruto, así por la contextura del latín, de cuyas formas severas, labradas, puede decirse, á martillo y redondeadas por el arte, es difícil extraer, sin maltratar el pensamiento, como por la índole que constituye el talento del autor, todo él delicadeza, la cual puede encarnar una vez en el idioma propio, para infundirle colores inefables y contornos bellos, que casi no se pueden después reproducir, y que son como el polvillo

de la mariposa, que no está bien sino en sus alas, ó como los arreboles que produce el sol, que no están bien sino en las nubes; á lo que se agrega, para hacer más desesperante el empeño, que esa misma temura ha debido dar cierto tono de corrección fina, cierta majestad de buen gusto, si regia, á la trompa épica con que el Mantuano canta las ruinas de Troya, la peregrinación de Eneas, las tempestades del mar, los amores de Dido y las sangrientas guerras de Turno.

Para prueba de lo que digo, me bastaría citar de la Eneida el libro II, obra de talla, puede decirse gigantesca, en que los huecos parecen abiertos por las pisadas de los héroes, y el alto relieve ser el lugar desde donde los dioses paganos, con rabia olímpica, animaban al choque y destrozo de dos imperios y al aniquilamiento de dos civilizaciones, para dejar ver después en Italia, como una ley del Hado, el germen del valor latino y el alto origen de la triunfadora Roma. No hay modelo de estilo más acabado que éste; la majestad en él se nota asociada con la gracia, la sublimidad con la belleza, el tinte sobrio con los colores arrebatados del estro; y á él es que acude la plástica para sus formas, el arte para sus reglas, y el genio para ostentar las galas de sus triunfos.

Todo es aquí magnificencia. El fondeadero y el campamento de los Griegos, es decir, el teatro de mil prodigios épicos, el espacio donde ha podido haber y obrar todo el ejército de Agamenón y la movilidad y la cólera del hijo de Peloo, lo describe Virgilio con dos pinceladas no más:

*Hic Dolopum manus, hic saevus tendebat Achilles;
Classibus hic locus; hic acies certare solebant.*

En dos versos, toda la Iliada.

Héctor, aconsejando la fuga á Eneas, que le ve en sueños, no pierde la oportunidad para definirse á sí propio, con un orgullo que es nobleza, con una nobleza que es lealtad á su raza, y con la conciencia de un valor que sólo ha podido ceder al destino.

.....*Si Pergama dextra
Defendi possent, etiam hæc defensa fuissent.*

Las tinieblas cubren á la ciudad condenada á perecer, con una espesura que espanta, y, casi se las mira extenderse y cerrar:

.....*Nox atra circumvolat umbra.*

Ajax, hijo de Oileo, á quien no hartaba la sangre, es *acerrimus*, y el que había de ser el matador de Priamo, se presenta á la entrada del palacio así:

*« Vestibulum ante ipsam primoque in limine Pyrrhus
Exultat, telis et luce coruscis aliena. »*

Para expresarse que la muerte está en todas partes, y la salvación en ninguna, se dice meramente:

« plurima mortis imago. »

Y el derribar de las puertas, el desencajar de los quicios y la ocupación instantánea de la residencia real por las tropas de los Dánaos, en otros casos materia de un libro, aquí lo es de pocas palabras:

.....*labat ariete crebro
Janua, et emoti procumbunt cardine postes.
Fit via vi: rumpunt aditus, primosque trucidant
Immisci Danaï, et late loca milite complent. »*

Paréciese á uno ver una inundación que rompe y entra.

No hay para qué multiplicar los ejemplos de un libro en que todo es admirable; y si niego los que copio, es para hacer resaltar el afán que es, y cuánto laurel da, poner á Virgilio sin afearlo, y mucho más cuando es con las dotes que él tiene, en lengua extraña.

Queda por decir, para agravar, si cabe, la dificultad, la que hay en verter las obras monumentales del ingenio, que no sabe descansar el pie sino en las cumbres, y al cual es menester seguir — como que sus producciones son su carácter — en su impetuoso vuelo.

Con esto es fácil concluir, si la traducción no ha de quedar en mero ejercicio de gimnástica, que el traductor ha de poseer un gran caudal de imaginación y de ciencia, ha de manejar bien uno y otro idioma, y hasta ha de tener una perspicacia especial, para ver por entre la corteza de las formas, para ótros opaca, y aun para ver en la corteza misma, que es epidermis, el arranque, el movimiento, los afectos, las pasiones, y la naturaleza íntima del libro que traduce.

Oso por último agregar, como opinión puramente personal, y con el temor que abrigo de que no parezca bien á los demás, que la filosofía gentilica de los romanos, aficionada de suyo á un destino ciego, hubo de dar á las obras de ingenio y arte, cierta especie de rigidez granítica, cierto linaje de belleza sabia, pero muda é inmóvil, que cabía bien en una lengua como el latín, de formas geométricas y puras, él mismo expresión y reflejo de su tiempo; pero que es arduo representar, si no es con fatiga y sobrealiento, en los idiomas cultos vivos, que se nutren con sentimientos cristianos, y que tienen el colo-

pero ¿para qué necesita él de mi caudal, cuando tiene por suyo el de la gloria?

Aunque sea al terminar, he de pedir perdón por haber osado á tanto. Escritos como éste requieren cierta preparación, y yo he carecido de humor y tiempo. Si pudiera hablar al oído á José Antonio, le diría con Cicerón:

Hæc scripsi not otii abundantia, sed amoris erga te.

Con lo que él quedaría menos descontento, y yo más excusado.

Y en lo tocante al señor Apezchea, que sepa él, que yo he procurado llegar con la voluntad adonde no alcanzo con el hecho, y que le felicito por esta su nueva corona literaria.

1875

V

LA OBRA DEL DOCTOR D. NICOLÁS GONZÁLEZ

Ya el público conoce que el distinguido colombiano cuyo nombre encabeza estas líneas, se halla entre nosotros, y que ha venido á ver si logra de nuestro Gobierno algún género de ayuda, como la ha obtenido en su país, para imprimir aquí su obra intitulada *Resumen de la Historia militar Colombiana*, la cual es muy probable que alcance á cuatro ó cinco volúmenes, algunos de ellos de 300 á 400 páginas. Después de la explicación que acerca de su contenido, su división, su claridad, su criterio histórico y su excelente método han hecho en Bogotá los señores Ruiz, Madieto, Pardo, Marroquín, Quijano Otero, Gutiérrez V., Caicedo Rojas, nuestros compatriotas Larrazábal y Perera, y en Caracas el Doctor Samper y el Redactor de la *Tribuna Liberal*, parece inútil decir más nada para recomendarla á la Administración como un trabajo de mérito indisputable, y á todos, una vez impreso, como una fuente de enseñanza.

En cuanto á mí, debo manifestar que quedé prendado del sistema seguido, al favor del cual puede fijarse con tenacidad en la memoria, por medio de los cuadros sinóp-

rído, no sólo de una Providencia que vela, sino de una economía en que la oración mueve y el mérito logra, poniendo hasta cierto punto de su parte cosas y sucesos.

Juzgado por este patrón, el señor Apezchea ha dotado con rica joya á las letras castellanas, y hecho ver que nuestra lengua, en sus manos, tiene púrpura y oro para las vestes de la Libertad como para el manto de los reyes; órgano singular de comunicación, expresión y gala, que no me canso de admirar nunca, con ser el mío y de mi casa, y cuya flexibilidad, gracia, grandilocuencia y decoro, no hay palabras, sino las suyas, que alcancen á apreciar como se debe.

Y volviendo al traductor, ¿qué versificación tan numerosa y sonante! ¿Qué construcción métrica tan varonil y robusta! ¿Qué dicción tan poética y tan bella! ¿Y cómo se ve que los acentos, por el modo con que están colocados, ora se dilatan para la majestad, ora se precipitan para la pasión, ora son piezas de escape para movimientos súbitos y rápidos! Si hay un pensamiento solenne que ha menester todo un palacio para alojarse, el señor Apezchea encuentra manera de fabricárselo en una octava entera, soberbio y noble, como lo hace en la descripción del barquero Caronte (versos 299 y siguientes, libro VI de la Eneida). Si hay otro, en que es airoso tanto como difícil, imitar la concisión del original, él lo logra (versos 81 y siguientes, libro I) cuando pinta á Eolo derribando un monte, para echar sobre el mar los vientos bramadores, y cuando vierte, por bazaría, *en escuadrón cerrado el velut agmine facto* de Virgilio. Si hay que rasgar la nube que debía hacer aparecer á Eneas, el traductor la rasga tan onomatópicamente como el poeta latino, y el *cúm*

circumfusa repente scindit se nubes, queda fotografiado á maravilla. Si hay que vencer otras dificultades, cuales quiera que ellas sean, quedan vencidas.

De las muestras que tengo á la vista, es cuanto me es permitido decir: pero ello basta para convencerse de que ésa es una obra llamada á ser inmortal.

.....quod neque Jovis ira, nec ignis,
nec poterit ferrum, nec edax abolere velustas.

No puedo mostrar como quisiera el regocijo que siento con estos triunfos del señor Apezchea, por ser él colega mío, y porque de alguna manera vienen á reflejarse sobre la Academia Española, ilustre Cuerpo al cual estoy ligado por amor, por respeto y gratitud. Este es de aquel género de riquezas, que siendo de uno solo, las aprovecha la familia.

Contento mío también es, que mi amigo José Antonio Calcaño sea el que haya hecho el juicio: él sí es juez competente; mano segura para encontrar las bellezas alto entendimiento para la alta crítica, y un millón de prendas más. José Antonio Calcaño se parece á Virgilio en la sensibilidad, y como él labra en encajes sus ideas; como él no vive sino en rosadas auroras y en blancas albas, y como él no viste más colores que del iris; espíritu delicado, en que lo común es lo bello, y la belleza la indole; y que siente más que sabe, con saber tanto. Su talento es el de Rafael, para vírgenes y ángeles, pero como hechos de su mano, divinos; y aunque por juego tome el pincel, es para labores de luz.

Tengo más que agregar á las dotes de mi amigo;

pero ¿para qué necesita él de mi caudal, cuando tiene por suyo el de la gloria?

Aunque sea al terminar, he de pedir perdón por haber osado á tanto. Escritos como éste requieren cierta preparación, y yo he carecido de humor y tiempo. Si pudiera hablar al oído á José Antonio, le diría con Cicerón:

Haec scripsi non otii abundantia, sed amoris erga te.

Con lo que él quedaría menos descontento, y yo más excusado.

Y en lo tocante al señor Apezueca, que sepa él, que yo he procurado llegar con la voluntad adonde no alcanzo con el hecho, y que le felicito por esta su nueva corona literaria.

1875

V

LA OBRA DEL DOCTOR D. NICOLÁS GONZÁLEZ

Ya el público conoce que el distinguido colombiano cuyo nombre encabeza estas líneas, se halla entre nosotros, y que ha venido á ver si logra de nuestro Gobierno algún género de ayuda, como la ha obtenido en su país, para imprimir aquí su obra intitulada *Resumen de la Historia militar Colombiana*, la cual es muy probable que alcance á cuatro ó cinco volúmenes, algunos de ellos de 300 á 400 páginas. Después de la explicación que acerca de su contenido, su división, su claridad, su criterio histórico y su excelente método han hecho en Bogotá los señores Ruiz, Madrido, Pardo, Marroquin, Quijano Otero, Gutiérrez V., Caicedo Rojas, nuestros compatriotas Larrazábal y Perera, y en Caracas el Doctor Samper y el Redactor de la *Tribuna Liberal*, parece inútil decir más nada para recomendarla á la Administración como un trabajo de mérito indisputable, y á todos, una vez impreso, como una fuente de enseñanza.

En cuanto á mí, debo manifestar que quedé prendado del sistema seguido, al favor del cual puede fijarse con tenacidad en la memoria, por medio de los cuadros sinóp-

ticos, todos los hechos importantes de nuestra guerra de independencia hasta 1826; recurso éste que hace verdaderamente provechosa la lectura de lo pasado, porque lo conserva de un modo gráfico, y porque cuando se confunden ó se van las especies, es fácil rectificarlas y revivirlas empleando muy poco tiempo.

Desde que el Conde de las Casas bajo el pseudónimo de *Lesage* dió á luz en 1803 su conocido *Atlas histórico, cronológico y geográfico* y se han formado otros después, calcados sobre la propia base, el método de asociar la cronología contemporánea á la cronología sucesiva, para abarcar á un solo golpe de vista lo ancho (puede decirse) y lo largo de la historia, se ha hecho indispensable como único medio de traer sus periodos, cortos ó largos, á un lienzo reducido; y es preciso confesar en honor del Doctor González que su plan, sin separarse del que le habrá servido de pauta, lo ha mejorado mucho; porque si bien para el que tiene que aprender los anales colombianos en su obra son precisos el texto y los cuadros, para el que ya la sabe y quiere sólo refrescar ideas, basta la consulta de los últimos, reducidos como están á los hechos y circunstancias principales.

No cabe ponderar la diligencia y cuidado exquisito puesto en todo. Cada año supone una vendimia para no dejar ni una espiga suelta, ni accidentes que deben notarse, perdidos ó extraviados; cada casilla, un estudio serio de los diversos autores, para poder aseverar la verdad, y cuando ésta no consta ó está dudosa, se explica la divergencia y se citan las autoridades; á todo lo cual hay que agregar, que el autor no pone de su caudal sino su juicio histórico, es decir, no inventa, y reviste su narración con

documentos, para que cada lector pueda formar su opinión. Con esto se ve que hay claridad, consistente en el método; que hay candor, porque no se omite gloria propia; ni se niega justicia ajena cuando la hay; que campea la buena fe en todo, porque los hechos, glorifiquen ó acusen, se escriben como han pasado. El lenguaje es correcto; y el estilo, sencillo por la índole del objeto, corre mansamente, con olas sólo cuando la nobleza de las ideas ó la moral contemporánea justifican el movimiento de la pasión ó la advertencia.

Fuera de las consideraciones generales que hacen ver el mérito que tiene la obra del Doctor González, hay otras que recomiendan como conveniente y necesaria su publicación y circulación en Hispano-América. Hemos menester dar en miel por el agrado, ó en condiciones apetecibles por el método, el conocimiento de nuestra historia primitiva, de la cual estamos como destetados y divorciados, sin tener por ello en medio de nuestras contiendas políticas — que muchas veces no son más que miserias doradas con nombres bellos — ni esos altos ejemplos como dechados, ni esa ejecutoria como título de nobleza, ni esas sublimes virtudes con que nuestros antepasados supieron sacrificarse por la patria para fundarla é ilustrarla. Entregados á cuestiones del momento, que son con frecuencia como los adornos de bailes, buenos para lucir una noche y para olvidados al día siguiente; ávidos de luchas estériles por la prensa ó en el campo de batalla, que fuera de la sangre, el escándalo ó el ruido, no dejan otras huellas; contentos con nombres porque son apodos y desunen, en vez de vínculos que atan; embebidos en una literatura novelesca, frívola tanto como dañina, que co-

rompe el gusto del arte, duda de la virtud, disordia la familia y calumnia los afectos del hogar, ó talvez enamorado de las tradiciones de parcialidades y bandos, que afilia en los odios en lugar de afiliar en el progreso, no apreciamos, ó si apreciamos no hacemos el estudio de esos grandes anales, donde se halla la fortaleza para el deber, el sentimiento del deber para el decoro, el de la justicia para la tolerancia, exultos heroicos para conquistar la libertad, y martirios costosos para una gloria sin mancha. Da lástima que teniendo esto en la propia casa, lo desdeñemos; y que pudiendo ser ricos de abolengo, queramos ser pobres por capricho.

Varias causas y varias necesidades, todas ellas naturales en el desenvolvimiento de pueblos nuevos que se ensayan en los usos democráticos, han tenido parte en esta negligencia, de que, con todo, tenemos que acorarnos; porque, aunque la filosofía busca siempre los motivos generadores para explicar los efectos, y hasta halla á estos bien nacidos, queda en todo caso una justicia contemporánea que distribuye alabanza ó vituperio según le toca á cada cual.

Entre semejantes causas está la necesidad que se reconoció, una vez terminada la Independencia, de establecer lo que se llamó *libertad doméstica*. El prestigio del heroísmo, el influjo militar, los restos de la colonia no del todo avenidos con el flamante orden de cosas, las riquezas que todavía eran las que se habían adquirido en aquel tiempo; todo esto debió formar un núcleo de fuerzas, que cuando no es el poder mismo, está cerca de conquistarlo; de donde habían de ocasionarse como consecuencia el anhelo de novedades, el pretexto de la

ambición, y de todos modos el deseo de mejoras del patriotismo, y los justos celos de la libertad. — Esto trajo las polémicas ardientes, el encarnizamiento de los partidos y por último, el motivo para desatarse el rayo de la guerra que ha desolado por varios años las varias regiones de Colombia, hasta lograrse el triunfo definitivo de las ideas liberales; en medio de lo cual no se estudiaba, sino se disputaba y combatía.

Como no hay una sola etapa en el camino de la humanidad, sobrevino á poco la lucha de todos y de cada cual por el poder, que en una república es de aquel cuyo nombre sale de las urnas, salga él de donde saliere. Tales esfuerzos, tendencias y luchas, han debido absorber la atención común, para llamarla á objetos más cercanos, á intereses más vivos, á la manera de establecer y hacer duradera la existencia política y social. Con lo que, claro está, en la rapidéz con que corrian los sucesos, en el afán que había de precipitarlos para llegar á un fin, y en la ansiedad por alcanzarlo — que entre otros estudios serios, debía continuar olvidado el de la historia de Colombia.

Pero hemos entrado ya en el tiempo de que se sepa y de que se la siga en sus ejemplos de virtud, desaprendimiento y grandeza, y de que ella se aprenda en todas las escuelas, se repita en todas las casas y se lleve como las filacterias de nuestras lecturas favoritas. La historia de antiguas edades se lee ciertamente para instrucción de todos y como materia de observación y deducciones del filósofo; pero la historia de los pueblos democráticos debe leerse además como un dechado que imitar. Los príncipes del Bajo Imperio no sacaron nada de provecho de

la Roma de los primeros emperadores, ni éstos de las proscripciones de Mario y Sila, ni Mario y Sila de las olas sangrientas de la república romana cuando se agitaba entre una plebe indisciplinada y voluble y un patriciado insolente. Pero si hay mucho que aprender en los Estados Unidos, pasando y repasando la vida de Washington, de John Adams, de Jefferson, de Madison, de Franklin, de Webster, de Clay; y en las diferentes secciones de la antigua Colombia, en el Perú y en Bolivia se debe sabiduría, y magnanimidad, y vi tud, y valor, y todas las virtudes heroicas y civiles, leyendo las vidas de Bolívar, de Sucre, de Salom, de Martí Tovar, de Naríño, de Silva, de los Monagas, de Páez, de Soublotte, de Mendoza, de Urdaneta, de los Ayala y Muñozes, de Bermúdez, de Mariño, de Vargas, etc.

Vamos á ver si volvemos á aquella antigua buena fe, á aquel amor desinteresado por la libertad, á aquel afán por fundar y hacer prácticas las instituciones liberales, á aquel respeto por la ley, á aquellos días hermosos, no repetidos después, en que todos eran pares por el mérito, hermanos por la causa y sólo competidores por la gloria. Se pensaba sólo en dar la batalla de San Félix para sitiar después á Angostura, en la de Boyacá para libertar á la Nueva Granada, en Ayacucho para fijar la suerte de toda la América del Sur, en Colombia para el Congreso de Panamá, en el Congreso de Panamá para situar allí el Congreso universal del nuevo mundo, en la administración pública para el bien común, y en el bien común como en la mejor prenda que puede dar una magistratura que emple. Este epicureismo político que hemos contraído, atento al mando por los gozes; este deseo de obtenerlo,

no porque se da sino porque se toma; esta falta de criterio público; esta indiferencia por lo bueno y por lo malo; este menosprecio de la virtud por desvalida; esta propensión á ensalzar ó á deprimir, según está el objeto de ello exaltado ó caído; esta servidumbre voluntaria que ya va haciéndose crónica; todo eso tiene que mejorarse ó desaparecer á vista de lo que fueron nuestros padres, llevado á la memoria, y de lo que hicieron, presentado como modelo.

Se dice vulgarmente que más cunde el mal que el bien. Creo lo contrario: los intereses tienden á la armonía, que es la naturaleza, y la naturaleza es la verdad, la belleza y la justicia. Con la buena palabra sucede como con el alimento, que se digiere hasta por el ignorante, sin conciencia de él mismo. Hay misterio en esta asimilación y transubstanciación, pero es un hecho; el orador así es que obra sobre las multitudes, y así es como el niño aprende de boca de su madre las relaciones de las cosas, la metafísica de las ideas abstractas y las varias combinaciones del lenguaje. Dios ha querido que si se llega con su ley ó su verdad al fondo de nuestra alma, ésta se prepare para el bien y esté dispuesta á practicarlo. Por eso, porque van y no se quedan, porque saben y no son engañados, los pueblos que se salvan son los que tienen escuelas, tribuna y prensa libre.

Lo dicho me parece que basta, en lo tocante al público, para que sepa que se va á imprimir entre nosotros una obra histórica, cual ya se ha dado á conocer, de fácil estudio y abundoso aprovechamiento. En lo que hace al Gobierno, abrigo la más fundada esperanza (óso decir convicción) de que prestará mano amiga á un trabajo que

puede llamarse de casa. En la Gran Lucha los mayores sacrificios fueron los nuestros, nuestro el mayor número de héroes: por todas partes nuestro nombre, en todos los campos nuestra sangre; y sin quitar nada al esplendor de las otras repúblicas hermanas, bien puede decirse que Venezuela fué la primogénita de la gloria de Colombia.

Vamos, pues, á hacer por que se imprima, también con auxilios nuestros, esa nueva historia aquí; vamos á domiciliarla de este modo en nuestra patria; y vamos á probarle á nuestra hermana la nueva Colombia, que si le ganamos esta ventaja, es porque no queremos cederle en los afectos de familia.

1878.

VI

MONSEÑOR MOSQUERA

¿Qué puedo yo temer?... ¿Será el destierro? —
Mi patria está donde se adore á Dios.

(SAN BASILTO).

Los hombres que han nacido para la gloria verdadera llevan en su destino como en su carácter cierto sello de originalidad y de grandeza que da á su vida aquella luz que va luego á reflejar sobre la historia. Estudiándola en sus varias épocas, halla uno, como dirigida por mano oculta y sabia, la estrella que les va trazando su camino. Esa estrella es el genio que los agita. Arrastrados y sublimados por él, vense brillar, cual astros, en medio de sus coetáneos; y ora conmoviendo desde sus cimientos las sociedades para transformarlas, ora á la cabeza de los pueblos para dirigirlos, ora al frente de las ideas para inocularlas, ora dando ejemplos de indomable fortaleza para franquear los estorbos que se oponen á su paso, dejan, al morir, huellas profundas de admiración y pasmo. Si hablan, enseñan; si obran, alcanzan; si reforman, crean; y cuando mueren, aunque sea en la desgracia, mueren tan magíficamente como el sol, entre celajes de carmin y plata, y cortinas de riquísima púrpura.

Cuál más, cuál menos, todos ellos son instrumentos

escogidos, de trascendentales y altas miras, y no es fácil comprenderlas bien, limitándose uno á estrechísimo recinto. Un horizonte no se estudió jamás en una faja, ni la extensión de los mares en el movimiento de una ola. La Providencia está mas en la síntesis que en la análisis, más en la unidad que en las partes, más en el conjunto que en los pormenores. Viéndola así, es como pueden alcanzarse sus excelsos fines, que son siempre remotos, dilatados profundos. Para leerlos, es menester abarcar un grande espacio : sus caracteres son los acontecimientos, sus páginas las naciones, su tiempo los siglos, su libro la humanidad. De los grandes hechos, las crónicas recientes fueron de ordinario incompetentes, parciales ó mezquinos juicios. Esos himnos que la posteridad entona, esos altares que levanta, esa trompa que da á la fama voladora, no vienen á ser otra cosa que el galardón con que ella acude á desagraviar de la injusticia de sus contemporáneos la memoria de los varones eminentes.

La Religión Católica, más que ninguna otra institución, ha sabido dar á los suyos un temple tan superior de alma, que se busca, y no se encuentra en las fuerzas naturales. Homero tuvo que fugir á sus héroes invulnerables ó dioses, para hacerlos sufridos, valientes y serenos. Morir haciendo ruido, morir soñando en la fama, morir en Farsalia, se comprende : el hombre es capaz alguna vez de dar su sangre por la gloria; pero morir por doctrinas abstractas, morir olvidado de la sociedad, morir sin más testigo que el Cielo, sólo el Cielo puede inspirarlo. Cambiar el dolor por el renombre, es posible; cambiar el dolor por Dios, sólo es de Dios. El martirio alegre y reflexivo, y la confesión que lo prepara,

son palmas que no tocan más que al Cristianismo.

El ejemplo más instructivo y más flamante es el del señor Doctor MANUEL JOSÉ MOSQUERA, Dignísimo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, que falleció el año pasado de 1853 en Marsella, desterrado de su patria la Nueva Granada. Hay nombres que llevan consigo ya el elogio. En los días clásicos de la gran República, cuando acababa de salir Colombia de las manos de Bolívar, cuando se cantaba el canto de victoria, cuando estaban recien escritos con sangre de heroísmo los anales brillantes que dieron tantos celos á la Europa, cuando se formaba el padrón de los Libertadores, la familia Mosquera fué inserta como una de las más distinguidas. Gozó de los triunfos, pero participó de los peligros, y el día de la ovación hubo coronas señaladas para ella. En el gabinete tuvo nombres de seso y de consejo, en las armas varones de acero y pudonor caballeresco, en las letras doctores eminentes, y en las asambleas populares y en los Congresos de la Nación, oradores diserteros que hicieron salir alguna vez de la tribuna los resplandores de Atenas.

El joven Manuel José estaba llamado á alcanzar gloriosísimos destinos, ayudado de las alas que le daban su claro entendimiento y su genial vocación. Dedicado á los estudios, hizo en ellos progresos asombrosos. Filosofía, literatura, crítica, erudición, antigüedades, conocimientos profanos y eclesiásticos, todo le fué dentro de poco constancial; y recorría ese campo dilatado, como una águila atraviesa angosto valle. Hablaba, escribía, disertaba en estas materias como en asuntos familiares; más de una vez se vieron los destellos de su talento en obras de disciplina y de ciencia canónica que no hubieran des-

deñado los famosos apologistas de la edad pasada. La Patria debía estar vana con el hijo; y cuando más luego le vió elevado por sus méritos á la alta dignidad de Pastor suyo, regocijarse de tenerle por su prez, su honra y su blasón.

Tales son los títulos que el Arzobispo granadino tenía á la estimación de su país. Estaba radica-la en su historia primitiva, que es siempre el orgullo de los pueblos. A esto unia su carácter y sus prendas, su Pontificado de beneficencia, su caridad para todos y su profundo saber. Leyendo sus escritos nos acordamos muchas veces del siglo de oro de la Iglesia: era Tertuliano con su dialéctica, el Crisóstomo con su abundancia, San Agustín con su doctrina. Un Obispo así, con una cuna histórica, con ejecutorias de la Libertad, con palmas conquistadas en los combates del ingenio, y cercado de ovejas á quienes alimentaba diariamente con el pan de su limosna, la miel de su palabra, y el vino de su amor, muy distante estaba de creer acabar sus dias en extranjeras playas.

Los juicios de Dios son inexcrutables. El desierto fué para San Jerónimo su pena y su estadio: allí ensayó sus fuerzas ese gigante de las letras. San Atanasio tuvo que ser expulsado cinco veces de su silla, combatir todo el poder de Constancio, y devorar siete años las soledades de la Tebaida, para que su nombre pudiese dar olor de clara fama y materia de sabrosísima alabanza en las populosas plazas de Alejandria. La desgracia ha sido siempre la mejor corona de las virtudes.

La Nueva Granada, sin saberlo, preparaba el mismo camino á su Prelado: servia de instrumento á su destino, á su nombre, á su apoteosis. La Providencia la arrastraba:

queria darle un hijo ilustre, un orgullo más para sus fastos. El linde entre las dos Potestades ha sido siempre un problema para la filosofia. En torno suyo hay sombras santas, sombras de misterio. El misterio es la esencia de Dios, el carácter de la Religión, el prestigio del alma, y la ley de la humanidad. Cuando las leyes no lo acatan, se divorcian de las costumbres, que jamás van sino por donde fuere el corazón.

El Patronato dió la señal de la lucha. La Nación lo queria para sí, el Poder espiritual lo reclamaba como un derecho. Fué una centella arrojada en el campo de las conciencias, y ya se sabe cuán terrible es el combate entre las ideas y la Fe. El Estado tenia á las unas por defensa, el Pontífice á la otra por escudo. El corazón humano siempre se va tras las creencias, y los códigos son sabios cuando saben respetarlas. Los códigos son relativos, sólo la moral es absoluta. De un lado estaba el espíritu de las reformas, inflexible: del otro, diez y nueve siglos, los Concilios, la Iglesia. La lealtad á los deberes es el sentimiento de los caracteres elevados; é intimidado el señor Mosquera, el destierro para él era la gloria. El hombre muere bien donde la honra, al morir, recoge y guarda su nombre.

Ya están cerradas las puertas tras de él: ya el mar le oculta la techumbre de su casa, las copas de sus árboles, los lugares de sus mayores, sus costas queridas. Los Estados Unidos, la Inglaterra, la Francia, le tienden al pasar alfombras de flores, pero aquellas flores no son las de sus campos; le oprimen á agasajos, pero él no mira en el tropel los semblantes de los suyos; llenan el aire con su nombre, pero él no escucha entre los vivas la voz de sus

amigos. Las maravillas del Norte, la magnificencia de París, las pompas de Amiens, nada hablan á sus ojos : el israelita en los ríos de Babilonia no hace más que suspirar por Jerusalén. La patria es todo, porque es el amor : fuera de ella no hay intérprete para el corazón. No nos entienden, talvez ni nos atienden. Todo muda : el hermano se llama hombre; el hombre, extraño; la tierra, ajena, la hospitalidad, favor; el pan, limosna..... Es lo único que arranca lágrimas al valor. Se puede luchar con la muerte, con los afectos jamás.

El ilustre proscrito no llegará á Roma : el sol no llegará á la Patria de los soles : cada suspiro es un manojito de luz que pierde, y él debe apagarse en Marsella..... ; Va no ve á su Hija, ya no se embriaga con sus miradas, ya no se enloquiere de oír sus diserciones, ya no le cuenta á su seno las historias del Cielo, ya no la alimenta con la leche de su doctrina, ya no le da el pan de los ángeles..... ; Va murió..... El que todo lo tuvo en sus país, el alumno de la Libertad, el Pastor de ovejas, acabó sus días menesteroso, sin hogar, sin majada, sin el llanto de los suyos, que es la despedida de amor del moribundo..... ; No bebió el agua de sus ríos, no comió el pan de sus trojes, no respiró el aura de sus huertos, no vió la luz de sus horizontes al morir.....

Iglesia de la Nueva Granada ! Hija suya ! Vistete del dolor como de un manto, destrenza tus cabellos, enluta tus muros, y siéntate en el silencio del Santuario á llorar á tu Padre. Tú no estuviste allí, tú no le cerraste los ojos con tus manos, tú no blandaste la muerte con tus lágrimas..... Una súplica á tiempo lo hubiera hecho todo. Señalaras tu pelo cubierto de ceniza, tus vestidos rasga-

dos, tu corazón hecho sangre, tus solemnidades desiertas, tus pompas mudas, tu templo en orfandad, tus atrios solitarios, y el Pastor se salva. Los muros del Tabernáculo del Señor se quebrantan con los ruegos : la oración que sale de los ayes del martirio es la única lionja para Dios. Combates y triunfos, pides y alcanzas..... ; Una hija llorando y pidiendo por su padre, es el cielo de rodillas !..

Aquellas manos que tantas veces abrieron los tesoros de la Providencia para ti, tú no las apretaste en ese trance : aquella cabeza que contenia toda la ciencia de los Padres, tú no la sostuviste : aquella boca que nunca se abrió sino para decir la sabiduría y la verdad, tú no la besaste : aquellos pies que nunca anduvieron más caminos que los caminos del Evangelio, tú no los bañaste con tus lágrimas. Ya él no alegrará más tus fiestas, ni hará resonar su voz en tu recinto, ni será el ornamento de tu Templo, ni será señalado al pasar como el Caudillo de tu pueblo, ni te llevará de la mano á ver los sarmientos de su viña, ni se sentará á la sombra contigo para mostrarte las espigas, ni te contará los secretos de lo alto, ni te explicará los misterios de la vida, ni te pondrá sobre las niñas de sus ojos, ni te embriagará más con su amor..... Ah ! Tú no lo sabes todo, tú no conoces toda su caridad. Dicen que nunca te olvidó en medio de los sufrimientos de su alma : que asociaba siempre al nombre de Jesús el nombre de su Hija ; y que al espirar, sus últimas preces, derramadas por ti, fueron recogidas y llevadas por un ángel hasta Dios.

Así terminó sus días uno de los varones más claros de la América por su piedad, por sus talentos, por su ciencia.

y por la fortaleza de su espíritu. El dolor más se siente que se ve: de la desgracia apenas puede hablar el desgraciado; pero todavía, si es grande, cabe medirse, aunque de lejos. Un gigante luchando con la adversidad, mayormente si sucumbe, es una figura histórica sublime. El señor Mosquera debía inspirar simpatías, hacer eco, imprimir admiración por todas partes. Su vida había sido un modelo, su familia un timbre, su casa el granero del pobre, su mano el instrumento de la caridad, sus lágrimas el consuelo de la viuda, su palabra el catecismo del amor, sus escritos el orgullo de la Patria, su nomenclatura la gala de las letras, su Pontificado el trasunto del Evangelio, su combate el ensayo del martirio. Las planas de lustre Confesor dejaban impresa por dondequiera que pasaban una historia de heroísmo.

Un hombre de ese temple, sublimado sobre el mundo, lleno de resignación, indiferente á las comodidades y atravesando el mar de las tempestades en un barquichuelo que él mismo armó en las dulcísimas costas de la patria, es algo, es mucho, es un pasmo hasta á los ojos del valor. Un hombre así no está en las proporciones naturales. Un hombre así no tiene más explicación que las altas miras de la Providencia. Es el rayo de Job que se desata, para atravesar el caos, barrer las sombras, fecundar el espacio, y volver luego á las manos del Señor para decirle: «Aquí estoy.»

La Europa católica fijó luego sus miradas en el valeroso desterrado; y siguiendo sus pasos, y contándolos uno á uno, los trasladaba á sus anales como un ejemplo para la posteridad y un triunfo de la Iglesia. Fueron numerosos y brillantes los testimonios de respeto á su persona y á su

causa: lo mismo en la capital del Imperio francés, que en la capital del Soma: fué una efusión, un entusiasmo, un delirio. En la Silla Romana, tuvieron eco también los grandes hechos, y el Sumo Pontífice, en una carta, tierna como el amor de las madres, y franca como la piedad, le ofreció su corte por asilo.

Caracas no podía permanecer indiferente al ruido de tales sucesos. Ella tenía sentimientos que satisfacer por religión, y deberes que llenar por gratitud. El Ilustrísimo y Dignísimo señor Doctor Ramón Ignacio Méndez, Arzobispo suyo, patricio, soldado, legislador, erudito, anticuario y escritor, fué al fin desgraciado y expulso; y después de una peregrinación honrosa, fué á morir á Villeta en los brazos del señor Mosquera, que le hizo exequias pomposísimas.

¡Rara coincidencia del destino! Los dos Prelados tuvieron la misma suerte, los mismos tormentos que sufrir, el mismo fin glorioso preparado. El neo-granadino debía llegar más tarde al suyo, lanzándose por caminos de peligros; pero la Providencia tenía dispuesto que el Prelado compatriota hiciese, en presencia suya, el testamento de la lealtad á sus deberes, le legase su firmeza y su denuedo, y le diese á la orilla de la tumba, que es donde más aprovecha, una lección de sacrificio.

Supo hacerlos el Pontífice venezolano, y dar, con esto, días de gloria á la República. En él el carácter era el hombre, la acción y el pensamiento dos gemelos, la vida deber duro, el honor necesidad. Quien tal tiene, es poderoso para todo. Esto explica su valor genial. Comprendía lo grande, y por eso fué libre; alcanzaba la verdad, y por eso fué sabio; sentía lo sublime, y por eso fué católico.

Nunca se juzgan mejor los hechos, que pasado el tiempo de su existencia: se disipa entonces la niebla que los cubría, y se ven claros y en su verdadero tamaño los objetos. Se dice que la distancia los magnifica: es ilusión: lo que sucede es, que han desaparecido ya las pasiones, quedan desembarazados los intermedios, y se ve como desnudo el cuerpo del relieve, que es la historia. El señor Méndez era un hombre singular. Cualquiera que sea el juicio que forme de él la crítica jurídica, la Religión, más alta, la piedad, más generosa, tomarán á cargo suyo la defensa. Entretanto que las escuelas altercan, quien sabe morir por su demanda, ése es grande y ése triunfa. La admiración no tiene reglas, sino sentimiento; ni cálculo, sino arranques. En los anales de nuestros varones eminentes, las letras de la historia del señor Méndez siempre estarán iluminadas.

Tal era la joya para la cual la Nueva Granada había destinado su más precioso relicario. Eso se hizo en el tiempo de la desgracia, cuando el corazón atesora, para guardar intacta, la memoria de los servicios generosos, Venezuela los palpaba; y si no podía pagar, era capaz de agradecer. En materia de gratitud, no satisface quien llena la medida, sino quien llena el corazón.

Los lazos de fraternidad que nos unen con la República vecina, y el nombre de su Hijo, estaban pidiendo un tributo demostrativo á su memoria por parte de nosotros. Concibió luego el pensamiento para llevarlo á ejecución el Illmo. y Dignísimo señor Arzobispo de Caracas Doctor Silvestre Guevara y Lira, joven prelado nacido para hacer cosas grandes en medio de su grey. Donde hay un bien hecho ó por hacer, donde hay una acción magnánima,

allí está su mano, su cooperación ó su celo. Es un regalo de la Providencia hecho en un día de regocijo y de triunfo celestial. Si pudiéramos leer en su corazón, no hallaríamos más que dos palabras: « Dios y amor. » Si la Piedad hubiera tenido que formar un apóstol en los moldes secretos del Señor, él hubiera sido ese apóstol. Su físico participa de su índole: ni una tensión de músculos que indique la viveza de pasiones exaltadas, ni una demostración jamás de enojo: su risa simpática, y la suave luz de sus ojos, dan con frecuencia á su semblante un baño de grave jovialidad que lo hace franco, dulce y fácil. La virtud en él no es lucha, sino instinto. Su caridad es de siempre: no tiene mañana, medio día, noche ni descanso. Sería menester ir hasta San Ambrosio, para encontrar su mismo dón de gentes, su mismo espíritu evangélico. Le conocimos y tratamos ántes de ser exaltado al episcopado: llevaba ya en su compostura el sello del ministerio y la conciencia de su misión. Dios escoge.

Los Ilustrísimos y Dignísimos señores Obispos de Guayana y Tricala, que estaban á la sazón en la ciudad, coadyuvaron entusiasmados á la idea de los funerales del señor Mosquera, los cuales se dispuso hacer, como una especial prueba de honor, en la Santa Iglesia Metropolitana. He aquí el oficio que el señor Arzobispo pasó al muy Reverendo señor Deán y Cabildo.

« Caracas, marzo 15 de 1854. — Muy Venerable señor Deán y Cabildo. — La muerte del Illmo. señor Doctor Manuel José Mosquera, Dignísimo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, ocurrida en Marsella, es un acontecimiento que afecta dolorosamente á toda la Iglesia Católica, que en él ha perdido uno de sus más ilustres defensores.

Nuestra Iglesia debe participar con tanta más razón de este duelo general, cuanto que no podemos ménos que recordar en esta ocasión, los espléndidos honores fúnebres que aquel generoso Arzobispo hizo en Bogotá á nuestro Dignísimo Predecesor el Illmo. señor Doctor Ramón Inacio Méndez, de grata memoria. Por este doble motivo, y de acuerdo con los Ilustrísimos señores Obispos de Guayana y Tricala que se hallan en esta capital, hemos resuelto que el día 23 de los corrientes se celebren honras en la Santa Iglesia Metropolitana en justo homenaje de gratitud á la respetable memoria de tan digno Prelado, honor del episcopado americano.

« Desde luego hemos contado con que US. muy Venerable, animado sin duda de los mismos sentimientos, acogerá gustoso este pensamiento, y tomará las medidas necesarias á fin de que tenga lugar dicho solemne acto en el indicado día, á cuyo fin tenemos el honor de participarlo á US. Muy Venerable.

« Dios Nuestro Señor guarde á US. Muy Venerable muchos años. — SILVESTRE, Arzobispo de Caracas. »

El Cabildo, compuesto de eclesiásticos distinguidos por su ciencia, por sus lauros académicos, y por sus servicios á la Religión, se prestó gustoso á cooperar, y contestó en una nota que honra tanto su carácter como sus sentimientos.

« Caracas, marzo 17 de 1854. — Reverendísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela. — En el Cabildo ordinario del 15 del mes que cursa; y después de tomada en consideración una nota oficial de S. S. Illma. con fecha del propio día, por la cual se sirve excitar á este Cuerpo á celebrar honras al Illmo. señor Doctor Manuel José

Mosquera, Dignísimo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, que ha fallecido en Marsella, se acordó por unanimidad contestar á S. S. Illma. en los términos siguientes :

» El Cabildo se ha impuesto con suma satisfacción de la nota con que S. S. Illma. le ha honrado, relativamente á las exequias que se ha servido disponer se celebren en esta S. I. M., en honor del Illmo. Prelado difunto; y que abundando este Cuerpo en los mismos sentimientos de piedad y gratitud que S. S. Illma. interesa, se presta gustoso á que aquéllas se verifiquen el día señalado, ofreciendo el Cabildo por su parte toda su cooperación.

» Los miembros del Cabildo, que, con la mayor complacencia suscribimos esta comunicación, tenemos la honra de orientar á S. S. Illma. del acuerdo que precede, transcribiéndoselo para su inteligencia y satisfacción, y en contestación á su nota memorada.

» Con la más alta consideración y respeto somos de S. S. Illma. obsecuentes servidores. — Illmo. Señor. — M. ROMERO. — DOMINGO QUINTERO. — DIEGO CORDOVA. — J. M. RIVERO. — JOSÉ EUSTAQUIO VAAMONDE. — ARROYO. »

El 23 del pasado marzo fué el día señalado para las honras, y en el cual se celebraron. El anterior, á las 5 de la tarde, se había dado en todas las iglesias de la ciudad el doble de seña, que continuó desde las oraciones hasta las ocho de la noche. Los tres Prelados habían encabezado las esquelas de invitación. La Catedral estaba preparada para el duelo.

Debe decirse que la población lo tenía ya en su alma antes de manifestarlo en sus semblantes y vestidos, y ansiaba por el momento de dar un testimonio público de él.

Contábanse los días, las horas, los instantes : se pensaba ennoblecér á la América honrando la memoria de un claro americano. El valor con que se muere, eso tiene : deja ver sobre la tumba, de la inmortalidad que comienza, parte de su luz y de su fuego, y la Vestal de ese fuego es la Alabanza. Es un premio más de la virtud. La calumnia no hace tanto mal como la envidia, y ya no la hay para las sombras : no puede clavar su diente, y las deja. Después de la muerte es que comienza la justicia para los hombres.

La iglesia no tenía ningún recargo de esos adornos con que la riqueza de las artes acude algunas veces á contentar el gusto profano de los ojos, y á suplir, con símbolos y formas, demostraciones de dolor que no pueden estar sino en el dolor mismo. El dolor no tiene más símbolo que el llanto. Las columnas y muros desnudos como en señal de amargo desconsuelo, delante del catafalco seis grandes blandones plateados con seis cirios blanquíssimos ardiendo, debajo de la cúpula el catafalco levantado como un voto de esperanza, recogimiento religioso, silencio santo, tristeza sublime, sombras de eternidad en el recinto, sombras de misterio en el santuario..... no había más. Eso y Dios, es lo que constituye la majestad de los templos.

El monumento, todo de madera, figurando mármoles varios hábilmente pintados, para hacer completa la ilusión, estaba colocado en lo que se llama Calle Peregrina, solada de uno á otro extremo de grandes mármoles blancos y azules. Componíase de tres partes principales : un basamento de 4 varas en cuadro y casi 3 de alto, formando dos grandes gradas de mármol rojo de Levante

y otro morado llamado Porta-Sancta; un pedestal corintio de 3 varas de altura, de mármol morado más claro, y de alabastro; y sobre una pieza arquitectónica que seguía, la copa cineraria que usaban los griegos para depositar la cenizas de sus grandes hombres, toda dorada, y contrahaciendo, con verde esmalte, esmeraldas embutidas.

En los cuatro ángulos de la primera grada se veían arder, como la luz de la purificación, cuatro lámparas de gas blanco, de figura semiesférica inversa con su pie, caprichosamente colocadas sobre vástagos, cada uno de ellos con una especie de hoja que se adelantaba á recibir el platillo de descanso. La luz que arde á orillas de la tumba abre un resquicio para mirar la eternidad. Al pié del pedestal, en la segunda grada, sobre un cojin de terciopelo encarnado, estaban colocadas las insignias episcopales : al lado izquierdo el báculo, al derecho la cruz arzobispal, en el medio la mitra preciosa : todo enlutado con un velo negro de crespón claro, las puntas guarnecidas con flecos de hilo de oro, algunas, estrellas doradas al rededor de una orla dorada también, y en el centro una M como inicial del apellido *Mosquera*.

Había, hechas con letras de oro, cuatro inscripciones en las cuatro faces del pedestal. En la anterior se leía :

RMO. D. D. EMMANUELI JOSEPHO MOSQUERA,
DIGNISSIMO ARCHIEPISCOPO SANCTAE FIDEI DE BOGOTÁ,
QUI OB ECCLESIAE LIBERTATIS DEFENSIONEM
EXUL, EFFECTUS, MASSILIA OBDORMIVIT IN DOMINO,
ARCHIEP. CARACENSIS, EPISCOPI GUALANAE ET TRICALAE, CAPIT.
METROPOLIT. HUIUSQUE CIVITATIS CLERUS, IN MOERORIS
ET GRATITUDINIS TESTIMONIUM,
MONUMENTUM
P. D. C.
ANNO R. S. MDCCCLIV.

En la posterior estaba :

CONTRA OMNES ADVERSARIOS SCUTUM TIMORIS DEI
TANDIUM INFATIGABILITER TENUIT, DONEC AD
VICTORIAM PERVENIRET

Al lado izquierdo :

VIDERO PATREM ANTEQUAM MORIARI : HANC SPES MEA,
EL ORATIO ANIMAE MEAE.

Al lado derecho :

INLEXI JUSTITIAM, ET OVIDI INIQUITATEM, PROPTEREA
MORIOR IN EXILIO

El concurso correspondió á la grandeza del objeto. El Clero, el Seminario Tridentino, las Cámaras Legislativas, el Cuerpo Diplomático, los empleados del Gobierno, y multitud de personas más de diferentes condiciones, todos vestidos de riguroso luto, y sentados en asientos preparados de antemano, hicieron cortejo fúnebre al acto religioso. La enfermedad del señor Arzobispo, que le tenía en cama hacia dos días, le impidió asistir; pero hizo de Preste el señor Doctoral Doctor Domingo Quintero. Por lo demás, nada faltaba : los altares estaban colgados de nuevo, la contemplación era profunda, la música solemne. Principiaron los oficios.

El alma en esos momentos, sueltas las ataduras de la tierra, se lanza en pos de lo infinito. Siéntese sin grillos, fácil, presta, alada, y vuela. Los espacios de Milton, las profundidades bíblicas, las extendidísimas parábolas de los cometas, los caminos de la luz, crúzalos, devóralos, y apenas principia el mar de los espacios. Horizonte tras

horizonte, bóveda tras bóveda, hasta que se cansa la imaginación, hasta que se doblan las alas de rendidas, no ve en ellos otra cosa que soles por fanales. El tabernáculo del Señor, donde el pan es caridad y las cosechas Providencia, está más lejos; no se ve, no se alcanza sino por los que estuvieren preparáolos. Cércaulo en torno sombras terribles de misterio, silencio de majestad imperturbable, espesísimas nubes que le sirven de ancho asiento, y cielos de zafir de pabellón.

¡Qué pequeño aparece luego el hombre ! Gloria, grandeza, honores, fama, poder, todo es humo, sombras de aves pasajeras, errantes como los sueños que no dejan por donde pasan seña ni rastro. El que un instante viene después, nada sabe, ó sabe poco. Esas pirámides soberbias, esas inscripciones mentirosas, esos arcos de triunfo, son suplementos con que la humana gloria oculta de ordinario su propia insuficiencia. El contraste siempre como sello de las cosas : para el Treb'a hay Zama, para Tilsit Fontainebleau. Roma mandó un tiempo sus águilas á viajar por el mundo, y viajaban por su casa : Gensis-Kan soñó un día en Tonkat la dominación universal, viendo el Asia de rodillas : Napoleón en Erfurt creyó que la gloria era su esclava... Nada queda de esas colosales creaciones... la historia apenas para recordar la inestabilidad. Esos hombres extraordinarios que como fuego bajado del Cielo, por donde quiera que pasan, destrazan, talan, quemán, amedrentan, son como relámpagos de tempestad : venise brillar, serpear, pasar, y un momento después ya las tinieblas han ocupado y borrado sus caminos. Nos creemos autores, y somos instrumentos; criadores, y somos criaturas. Los imperios se levantan y caen, el re-

nombre radia y se apaga : vienen otros imperios y otro renombre á sustituir á los primeros. Hace tiempo que Babilonia y Mentis no están sino en el mapa. Acontecimientos, revoluciones, leyes, usos, costumbres, todo es de un día, ó de dias que se acaban : como las olas del mar, dejan ahora lucir al sol sus espumas, y más después están en el abismo. Hay una fuerza oculta que mueve, divide, amasa y transforma. Los pueblos Dios mismo los exalta, y luego los rae de la sobrehaz de la tierra. Todo es así, todo, en la historia de la humanidad; y si colocados en la corriente de los siglos, nos estamos á ver pasar el fúnebre convoy de las naciones sepultadas en sus escombros, en sus trozos de obeliscos, en sus mármoles y broncees quebrantados y en el silencio de las tumbas, que no mienten, no hallaremos más que lágrimas, miseria, polvo, nada.

No hay más, al fin, que Dios. Solo él perdura, manda y triunfa. Lo ve uno claro, casi lo toca entre las meditaciones y sombras del sepulcro. Las pompas del mundo ya no existen, la fiebre agitada de las pasiones está apagada. Allí reina la verdad como en su palacio, y el libro de la vida puede leerse sin comentarios. En él está todo; está que las virtudes son la única escala para el Cielo, la caridad la única fuerza para subirla, y sus obras el único viático suculento que acompaña hasta el fin de la jornada. Esa es la sabiduría. La muerte es triunfo entonces y el Catolicismo es grande, porque su doctrina no es más que la preparación para la muerte.

Contribuía á hacer más instructiva la lección el patético lamento de la música. La música del cristianismo resonando en las bóvedas de un templo cristiano, en pre-

sencia del Santuario, delante de un monumento, y sirviendo de eco á la memoria de un hombre extraordinario que no existe, es admirable. Es una lluvia de lágrimas que cae toda sobre el corazón, y lo obliga á sentir profundamente, enternecerse y llorar.

Dominados estábamos de estas impresiones, cuando subió á la cátedra sagrada, para hacerlas más vivas, el orador escogido. El Ilustrísimo Señor Doctor Mariano Fernández Fortique merece bien el nombre. Orador es el que sabe pintar la verdad y las pasiones, y él lo sabe. Capaz de arrebatarse hasta el estro, y amante de la belleza, su frase es fuego ó luz. Adorador de las formas, es un artista consumado que se complace en tallarlas y pulirlas. Tiene moldes, pero esos moldes son los de la naturaleza. Con inclinación á la pintura, no hubiera sido Jordán sino Coello. Su sensibilidad no es un accidente, sino un raudal del corazón. Ese raudal baña, tiñe todas sus ideas, ora se exalten para sublimar el heroísmo, ora se humillen hasta el dolor para llorar el infortunio. Su palabra no se forma en los labios, sino en la oficina del pensamiento; y de aquí nace que no tenga letras sino espíritu. En lo privado como lo público, orando ó platicando en medio de sus círculos, siempre es el mismo. De un gusto ático, de una instrucción amena, de unas maneras cultas; y galante, pulcro y fácil, asiste uno á su conversación como á un museo. Lo que tiene de firme su carácter evangélico, tiene de dulce y blanda su índole. Para hacer un amigo no tiene más que hablar, para hacer comprender un afecto que expresarlo. Las circunstancias contribuyen más de lo que se cree al desarrollo de los talentos. En el siglo IV el señor Fortique se hubiera parecido mucho á San Basilio por su gra-

ciosa sencillez, en el siglo de Luis XIV á Fenelón por su ternura. Estas dotes, unidas al caudal de su doctrina, le daban superioridad en la tribuna.

El discurso fué magnífico, y á la altura del personaje. El orador acompañó al Prelado granadino en el curso de su vida hasta su muerte, y con pinceladas rápidas y maestras (de manera que podía uno seguirlo con la vista), le condujo alternativamente á los honores académicos, á las Dignidades de la Iglesia, al Pontificado, al destierro, y á la gloria. El ojo lo veía todo como en un cuadro, y lo veía bien, por bien trazado. Goces, penas, vicisitudes, causas, lucha, todo estaba en su lugar, en su ocasión y en su forma. El estilo elevado, el lenguaje culto, las imágenes vivas, las descripciones pomposas, las situaciones patéticas.

Él pinta de esta manera lo veleidoso de las cosas mundanas : « Una lección más, amados hermanos míos, una lección más sobre la vanidad de las grandezas humanas, lo transitorio de las terrenales glorias, y la rapidez con que pasan las figuras de este mundo. Ayer no más admirábamos la felicidad del varón ilustre cuya memoria nos ocupa tristemente en este día : ayer no más le veíamos rodeado de todo el brillo que dan el nacimiento, la fortuna, las ciencias, las altas dignidades, sorprendido él mismo de su propia dicha. Y hoy ya le vemos perseguido, desterrado y enfermo, rendirse al peso de tantos infortunios, y espirar por último en una tierra extraña, lejos de su amada grey, sin el consuelo de dirigirle las últimas palabras de su amor y darle su postrera bendición. »

Al hablarse de la expatriación, déjanse oír estos sentidos conceptos : « Dice (el señor Mosquera) á su patria

su último adiós, y entregado á la divina Providencia, da principio á esa larga peregrinación llena de tormentos y de glorias, en que, como discípulo de Jesús, alternativamente recibe los resplandores del Tabor y participa de los dolores del Gólgota. »

El ilustre desterrado no puede en Amiens concurrir á la solemne procesión de Santa Teodosia, y la ve pasar así : « En el umbral de un hospicio de caridad situado en el tránsito, revestido de pontifical, sentado en un trono, solitario, inmóvil, silencioso, profundamente afectado de aquella pomposa ceremonia y de sus tristes recuerdos, el Arzobispo de Bogotá se deja ver como la imagen de un Santo Pontífice, expuesta allí á la veneración pública. »

Por último, el orador sorprende por el modo con que expresa — así como fué sorprendente por sí misma — la muerte del Pontífice americano : « A elogio tan espléndido » trae el del Abate Combalot « que como un gran golpe de luz ha venido á iluminar el pálido cuadro que había podido yo trazar ; yo no debo, Cristianos, añadir ni una sola palabra más. Seguiré en silencio al Prelado moribundo, en sus lentas y tristes jornadas, hasta llegar á Marsella... y... aquí, ah ! aquí yo no abriré mis labios sino para deciros : ¡ ha muerto ! »

El auditorio quedó satisfecho : el orador había conmovido. Después de los combates de la vida, le gusta á uno hallar el premio, después de las virtudes corona, después del desconsuelo la Religión, después del error la verdad, después del mundo á Dios. El corazón descansa, goza, triunfa ; y si llora, el llanto es como la lluvia que cae sobre los ávidos sembrados : lluvia de vida y de provecho.

En especial el señor Obispo de Tricala doctor Mariano Talavera, que presidía el Clero, estuvo constantemente anegado en lágrimas. ¡Alma superior que no sabe estar sino volando! ¡Anciano venerable cuyas canas son el título y la señal de mil merecimientos! Revolvía tal vez en su mente á la sazón la humanidad, el hombre, sus destinos; y perdido en ellos, apelaba al llanto, que es el mejor idioma para Dios. Las águilas son las que pueden elevarse para ver, cuan hondos son, los precipicios y el abismo. Había respirado la atmósfera de nuestra gloria primitiva, había visto salir las portentosas creaciones de la boca de Bolívar, había seguido el pendón de la Independencia, había predicado la acción de Boyacá y los triunfos del Perú, había estudiado todo y lo sabía, había sido un pasmio de elocuencia en la tribuna; y estaba allí como un monumento venerable de la Libertad y de la Iglesia, Docto, prudente, desprendido, firme, generoso, el señor Talavera hubiera sido ornamento de cualquier siglo. Tal era el Prelado que lloraba al pie del monumento del Proscrito.

Terminada la oración, los dos Obispos presentes y dos Canónigos, cantaron los cuatro responsos extraordinarios, y el quinto el celebrante. Esa entonación lúgubre que parece el llanto de la agonía, lleva un baño tan dulce de esperanza, que casi halla úno el otorgamiento al lado mismo de la súplica. Aquellas oraciones, aquellas quejas ahogadas entre las columnas de incienso que suben en lentas espirales á lo alto como en señal de humildad, son un espectáculo sublime, patético, conmovedor. Allí la petición casi impone la fuerza. El mundo ha acompañado al difunto hasta las melodías de la música: toda-

vía allí se embriaga el alma; hasta el discurso fúnebre: todavía allí se escucha la voz de la alabanza. Á poco se interpone el silencio: es profundo... Ya todos como que se han ido... Como que queda la criatura á solas con su Criador, el alma á solas con Dios... Como que va á principiar el tremendo juicio... La Religión, entonces como siempre es tan ingéniosa, que no abandona á su protegido. Va luego, y busca, y trae, y pone de interesora, y obliga á rogar en ese trance, colocada de rodillas en la puerta de la eternidad, á la Iglesia, á la que se fundó en el Gólgota, á la que triunfó en el Capitolio, á la regada con la sangre de los mártires, á la que ha atravesado los siglos, á la que ha ilustrado la humanidad, á la Madre del amor, á la Hija del Cielo, á la Castísima esposa de Jesús... Entre la vida y la muerte hay horribles sombras de espanto. Sólo el Catolicismo posee la luz que las disipa.

Hondos sentimientos, provechosas lecciones quedan grabadas en el alma para no borrarse nunca. La filosofía práctica trascendental es el conocimiento del bien y el mal; y allí, en esos momentos, es cuando pueden alcanzarse esas ideas. Todo se ve como es, sin decoraciones, sin trajes, sin disfraz. El orgullo ya no se hincha, ni el amor propio ciega, ni la ambición se precipita, ni la lisonja embriaga, ni la gloria sueña. La farsa se ha acabado: el rey no es rey, ni el conquistador conquistador, ni el príncipe príncipe: ya todos son hermanos, compañeros, iguales: fué un supuesto, una ficción, un drama: se habló un momento de él, y más después nada se habló. La vanidad, el renombre, los humos del triunfo, el poderío; las riquezas, son fantasmas que fueron y no son; son sueños que se tuvieron y apenas pueden recordarse: son como

las nubes, cándidos y espesos copos de vellón vistos de lejos, y de cerca, tenuísimo vapor que no tiene cuerpo ni figura.

Tales eran los pensamientos en que estaba sumergido el concurso al despedirse de la iglesia. Se retiró profundamente afectado y sin duda también profundamente satisfecho. Se acababa de dar el último adiós á un contemporáneo célebre, se acababa de sellar una brillante historia; pero ese adiós era de vida, y ese sello de virtud. La estrella había declinado, pero era para atravesar otros espacios, tachonar otras bóvedas, derramar su luz en otros cielos.

Á los cinco días de celebradas las honras entró en Caracas, á llenar su puesto de Senador por la provincia de Mérida, el Ilustrísimo y Dignísimo Obispo de la Diócesis del mismo nombre, señor doctor Juan Hilario Roset. No le tocó estar en ellas, pero puede decirse que le alcanzó el incienso del sacrificio. Casi se acababa de quemar sobre los altares. Hubiera hecho digna figura al lado de sus Hermanos, hubiera sido una gala más de la función. De carácter angelical, no conoce el mal sino de nombre. Esa dote del corazón es el título que da más derecho al sacerdocio. La elocuencia es la persuasión, y el bien lo predicará mejor quién más lo crea. De las cosas, de los actos humanos, no sabe sino lo justo: si lo pusieran á escribir la historia del mundo, escribiría la del Cielo. En los tiempos primitivos de la Iglesia hubiera sido siempre Obispo, y elegido en especial por su piedad. La tiene en el corazón, y como su corazón está en los labios, su palabra es siempre amor. Versado en las ciencias morales y en la liturgia, dotado de prudencia consumada,

de costumbres evangélicas, y enriquecido con una erudición bíblica profunda, nada le falta para ser un Pontífice digno de la Iglesia. Nos sentimos conmovidos al escribir este rasgo, porque fué nuestro maestro.

De esta manera quiso la Providencia, en honor del señor Mosquera, que se reuniesen, con poco tiempo no más de diferencia, los cuatro Prelados de Venezuela en el lugar donde la Religión recogía todas sus pompas para hacer solemnes las exequias.

Venezuela creyó que debía hacerlas, y las hizo. Estaba de por medio una notabilidad de la América, un hombre de la Fama, un Confesor valeroso, el primer Pontífice de la Nueva Granada. Ella es nuestra hermana, y no es menester decir más. Religión, usos, costumbres, lengua, destino, hasta el origen, todo nos es común; y los pueblos no tienen otros lazos. Nacimos del mismo aliento del Cielo, comimos el mismo pan de la desgracia, bebimos el mismo vino de la prosperidad: vicisitudes, reveses, trances, hazañas, lo mismo en proporciones iguales para todos; y ora en medio de páramos y nieves, ora entre desiertos horribles, desesperando ó gozando, en los lugares de la muerte, ó en el alcázar de la Victoria, nos sirvió siempre de guía la misma enseña gloriosa. Nuestra sangre se mezcló en los campos de batalla; y los votos de los bravos que caían, se vieron muchas veces confundidos en un mismo aliento de entusiasmo, como la última profesión de fe política, como el testamento del honor. Juntos peleamos, juntos hicimos una cruzada de heroísmo. Después de un abrazo de unión, marchamos en brillante peregrinación, en peregrinación de triunfos, desde el pie de las cordilleras colombianas

hasta las argentadas cimas del Perú. El día grande de Colombia, el día que se dió el banquete de la Libertad, eran unos mismos nuestros héroes, nuestros trofeos, nuestras palmas. Mientras los Andes subsistan, mientras la historia no se borre, mientras el nombre de Bolívar esté escrito en sus colosales creaciones, el vínculo de nuestro amor será imperecedero. No: no debe relajarse nunca. De otra suerte, las sombras de Boyacá se levantarían para decirnos: «Rompéis con la discordia lo que nosotros sellamos con la sangre».

Vea pues, la Nueva Granada los sentimientos de fraternidad que abriga nuestra República hacia ella, por el aprecio que se hace acá de su nombre, de su gloria y de su Hijo.

VII

UN LIBRO DE VERSOS

La poesía pertenece á las flores del ahua que más la ennoblecen, dándole, cuando son propiedades suyas, aquella riqueza de dones y aquella espontaneidad de sentimientos generosos que la hacen depositaria de todo lo grande y dispensadora de todo lo bueno; y hasta contribuye á calificarla de una manera excepcional y á diferenciarla de lo que no está así dotado, porque el alma que no es un jardín, no pasa algunas veces de ser una encrucijada ó un desierto, ó bien una oficina donde forjan sus planes el receloso egoísmo ó el frío cálculo.

Dejando á un lado lo pequeño, que en las manifestaciones del espíritu es la mímica ó la falsa representación de sus creaciones ó sus obras, y alzando el vuelo hasta la región del arte, es fácil hallar en él la musa que inflama esas almas privilegiadas, capaces con esto de descubrir y aprovechar los tesoros de la sensibilidad, de la piedad, de la gloria, de la plástica, del ritmo, de la armonía y los colores.

Hay tres mundos unidos por un vínculo misterioso. El primero es el de la materia, reducido á movimientos, apa-

riencias, influencias, descomposición y recomposición de seres, en el cual las matemáticas y la física, apoderadas como están de los secretos de la extensión, del número y las fuerzas, han asentado sus reales para hacer cada día mayores conquistas, si bien, considerando el campo que aun queda por explorar, siempre escasas porque, la casi infinita variedad de formas hace casi insondable el piélago de sus leyes. El segundo es el mundo social, cuyo campo son los intereses, sentimientos y pasiones, llamados á ser armonizados por la justicia, la religión, la moral, la libertad y las costumbres. Y el tercero, el mundo de la imaginación; éste es, en cierto sentido, el más vasto, vario y bello de todos: porque no sólo abarca el infinito, que es el mar del tiempo sin orillas, lo indefinido, en que el colorido es fantástico, y los misterios verdades; el cielo, que es pabellón que baja de alturas inaccesibles y se pierde en abismos sin fondo; que no sólo presenta en la ficción del romance y fábula medios de entretenimientos y enseñanza; en el drama ejemplos para desengaño y enseñanza; en el poema épico las hazañas de los héroes famosos, en la musea de la historia el numen que la hace filosófica y fecunda; en las bellas artes los encantos de la imitación y de las formas; sino que, remontándose á otras esferas, y no teniendo en cuenta el cálculo por pobre y el telescopio por tardío, cruza en un vuelo el espacio como si fuese un salón, cuenta en minutos los sistemas solares en que el número es indeterminado y la unidad de millones, y sigue el camino de la luz hasta dar con su hervidero, y se ve tras las recientes huellas de Dios á ver salir de ellas inmensas agrupaciones de mundos para llenar el vacío.

Pero si la imaginación es importante por la jurisdicción extensa que abraza, no lo es menos por las hermosas prendas con que enriquece al individuo que la posee. Sólo con ella es el sér perfecto, porque le proporciona alas para atravesar regiones que únicamente volando se atraviesan, y también corazón que es donde se hallan los sufrimientos, fruiciones y correspondencias de la vida comunicativa y sensitiva; así, el hombre siente, ama, se compadece, y es capaz de dar y recibir afectos; así alarga con la mano buena fe, y con lo que promete verdad; y así está cerca del llanto para acudir á la angustia, y de la limosna para socorrer la miseria. En el hogar en que reina la virtud, ve un idilio de la felicidad, y lo funda ó lo respeta; en la religión, una necesidad ó un consuelo y la tiene siempre en la memoria para las preces; en Dios, el hacedor de todo, y le rinde culto sincero.

Lo más notable y trascendental en la imaginación son sus obras, por la influencia que tiene en el mejoramiento y perfección del hombre.

Si la religión, la escuela y la industria están llamadas al progreso moral, intelectual y material, por lo que enseñan, y porque enriquecen é independizan, las buenas letras y las bellas artes lo están al progreso que pudiera llamarse de cultura y pulimento por lo que enaltecen el alma y por el bien que hacen á la sociedad, dulcificando los sentimientos y encaminando al bien las inclinaciones y tendencias. El canto, el ritmo, las formas plásticas, el juego de los colores y la luz para dar al lienzo vida, la imitación de la naturaleza, ejercen tal magia sobre los sentidos y el espíritu, que al propio tiempo que los conmueve los domina: es el triunfo de lo ideal sobre lo real,

de lo casi divino sobre lo humano. El teatro seguirá siendo enseñanza, y el arte, en general, reformador y civilizador. Quien lea la *Jerusalén* del Tasso ó el *Telémaco* de Fenelón u oiga un oratorio de Mendelssohn, una sinfonía de Beethoven ó el *Stabat Mater* de Rossini ó contemple la *Virgen de la Silla* de Rafael ó la *Asunción* del Ticiano; ó no persiste en el pensamiento de un crimen, ó no lo forma siquiera; y nadie puede decir hasta dónde las obras de los grandes ingenios, reproducidas por el grabado ó popularizadas por las variaciones de temas ó de otro modo, pueden ser motivo para ennoblecir los sentimientos ó suavizar las costumbres públicas.

Así como la imaginación es la facultad, la poesía es la forma suya que opera tales prodigios, y tal es la extensión de su poder, su jurisdicción y su imperio.

Bien conozco que he debido excusar las precedentes reflexiones, no sólo por ajenas de mi incompetencia propia, sino por mal halladas — amenas como tienen que ser — con la situación de mi espíritu, endurecido ya á fuerza de mis estudios habituales áridos y secos; pero por una parte, la pluma confiesa de ordinario el pecado después de cometido, y por otra, no es fácil siempre detenerse por obstáculos á vista de un objeto que llama poderosamente la atención.

Este objeto es el libro de poesías del señor Domingo Garbán, hasta ahora coleccionadas y publicadas en Caracas, que han sido y son leídas con crédito y aplauso, bien que sin haber logrado hasta ahora un juicio serio. La crítica que no consiste en censuras, sino en un dictamen imparcial, tendrá que presentarlas, no como un modelo, pero sí como un hermoso ensayo que augura ya

distinguido puésto en el procenio de las letras á su afortunado autor, si sabe aprovechar sus buenas dotes; todo lo cual será fácil ver en lo que se diga de él, y en los trozos y piezas que se citan.

El señor Garbán, joven todavía y canario de origen, tiempo hace que está en esta ciudad dedicado al comercio y ocupa en él una posición respetable, en que sus relaciones, su crédito y sus negocios casi no le dejan espacio nso para atender á su administración. Sin embargo, en medio del disgusto de atenciones monótonas y de afanes diarios, ha sabido hallar siempre vagar y ratos vacíos para exhalar quejas, entonar himnos, cantar amores y castigar con mano suave, que es su manera, el resabio de costumbres estragadas, en versos, por lo común fáciles, sonoros y graciosos, que caían primero sobre papeles sueltos para ir á encerrarse á su escritorio, de donde salían, rogados, al poder de los amigos, y de allí, por voluntad de ellos, á la imprenta para ser regocijo de todos, viendo así el que los había hecho, reconocido del público el primer fruto de su ingenio y la primera corona de las musas.

Semejante generoso estímulo sería para alentarle á escribir nuevas composiciones que son en mayor número que las coleccionadas, y que él mantiene todavía inéditas, guardadas en el secreto cofre de su modestia. La fantasía del señor Garbán se produce y se desata de un modo tan natural como la fuente se desliza, como la lluvia cae, como el aura sopla, como el naciente día dora con su grana valles y montes; lo que es notable, porque no habiendo recibido él más educación que la que las familias de escasa fortuna dan á sus hijos para los menes-

terres ordinarios de la vida, sin estudios clásicos de ningún género, ni haber leído nunca los modelos del arte, se ve con todo en su instintiva inclinación que, de ordinario, no quebranta sus reglas ó las adivina.

La índole de sus composiciones es como la propia, delicada, blanda y apacible; ajena de toda pasión exaltada de toda tinte fuerte, de todo colorido de contraste; toma siempre de la naturaleza ó de la sociedad lo más bello, la mañana, la luna, el amor inocente, el voto santo, la piedad, la oración, el culto de los templos; y enamorado de estos sentimientos, escenas y objetos y de otros semejantes, que son los que más prendarian á un ángel, deja impresiones que son esperanzas, y forma cuadros que parecen la felicidad.

Así de las gotas de rocío :

« ¡ Qué grato es ver la plácida verdura
Salpicada de aljófar diamantino,
Lágrimas que vertió de emoción pura
El ángel de la noche peregrino ! »

De la luna se expresa de este modo :

« Y si cuando yo en la tumba
La paz que anhelo consiga,
No hubiere una mano amiga
Que en ella ponga una cruz,

Ni quien alce una plegaria,
Ni una lámpara me encienda,
Sobre mis restos descienda
Tu consoladora luz. »

Aquí hay un desengaño y una queja.

En seguida veráse una imagen de la vida humana en dición rica y versos numerosos.

« Y así nuestra existencia va pasando
Entre esperanzas bellas y dolores;
Como arroyo que va serpenteando
Por entre verdes márgenes y flores :
Ora turbido pasa rebramando,
Ora apacible, murmurando amores,
Y, al fin espumas y de abrojos lleno,
Del mar se abisma en el profundo seno. »

Hablando del juicio final y de lo que constituirá su anuncio, su comprobación y sus efectos, trac ;

Será el (juicio) « cuando...

« Y cuando un manto fúnebre
Al universo envuelva
Porque apagada se halle
La clara luz solar,
Y en el espacio vaguen
Medrosas, vacilantes,
La luna y las estrellas,
De sombras en un mar.

Cuando Satán destroee
Sus férreas ataduras,
Y venga con los suyos
El mundo á combatir;
Y al toque pavoroso
De la trompeta, empiecen
Del polvo en que dormitan
Los muertos á surgir.

Trémula, agonizante,
En polvo convertida,

La creación entera
Al fin se encontrará :
Entonces ; ay ! la mano
Del Dios que la sostiene,
Desquiciará sus ejes,
Y al caos volverá. »

Aquí el tono es más elevado y el estilo robusto, hasta
parecer de la mano de un maestro.

Desde un cementerio que describe, apostrofa á los reyes.

« Venid, vosotros, monarcas
De la tierra poderosos,
Que tiranos y orgullosos
Dictáis al mundo la ley ;
Aquí veréis entre el polvo
Vuestro poder extinguido,
Que es tan polvo el desvalido
Como polvo será el rey. »

Y á María la pinta :

« Del esplendente sol estás vestida,
De la cándida luna estás calzada,
Por coros de querubines bendecida,
De fulgidas estrellas coronada. »

Mas, nada iguala á la soltura y la gracia de la poesía
« A Celia », que inserto íntegra por ser breve.

QUÉDATE ASÍ !

A CELIA

Quédate así, mi bien, dulce amor mío,
Al borde de ese límpido arroyuelo,
Oyendo de sus aguas el murmullo,
Viendo en su fondo retratarse el cielo.

Quédate así, sentada, vida mía,
Sobre esa alfombra de verdor lozano.
Así.... posada tu mejilla hermosa
Sobre tu blanca y delicada mano.

Quédate así oyendo de las aves
Los himnos de celeste melodía,
Que entonan al hundirse en Occidente
El lumínar espléndido del día.

Quédate así, gustando hermosa Celia,
El aroma embriagante de las flores :
Quédate así, oyendo de la brisa
Que juega entre el follaje, los rumores.

Déjame engalanar tu nivea frente
Con guirnaldas de rosas y jazmines,
Que así te quiero ver, y así adorarte,
Como adoran á Dios los querubines.

Bajo el agreste pabellón que forman
Las ramas de estos árboles frondosos,
Parecerás la reina de las flores,
Ciudadana de ambientes deliciosos.

Quédate así, mi bien, blanca paloma,
Y entusiasmado pulsaré mi lira,
Y á la armonía de sus cuerdas de oro
Cantaré el himno que tu amor me inspira.

Más ya la noche desplegó su manto
Y nos veló del cielo los colores,
Y entre tocas de tel la luna asoma
Irradiando sus pálidos fulgores.

Partamos, pues, de este paisaje bello
Mi hermosa Celia, mi adorada huri,
Y cuando al lado de este arroyo vuelvas
Quédate así, mi bien, quédate así.

Por estas muestras se ve á qué género del arte se inclinó

de preferencia el talento del señor Garbán, y cuáles son las prendas que sobresalen en él como escritor. Es de esperarse, conforme corra el tiempo, mayormente si trae ante los ojos y estudia los buenos dechados que cada vez adquirirá más realce, y aun que llegue á la perfección, á pocos concedida.

No vaya á creerse, con todo, que las composiciones de este género, por serlo, son de fácil desempeño, como si se pretendiese que el espectro solar que da el prisma, por simple, es menos difícil pintar que el rayo de la luz, por ser compuesto.

Precisamente por faltar en ellas la viveza de pasiones continuas, engendrada de impresiones fuertes, y como resulta del drama, en ardua empresa dar á sus asuntos animación y relieve, sino es el que nace de la sensibilidad exquisita y del donaire en la expresión, ó bien del fino tacto con que se descubren los pasos invisibles de Dios en ciertas escenas de la naturaleza, la virtud, y la inocencia en ciertas instituciones sociales, y en las ideas y religiosas dogmas la verdad pura, la promesa cierta y la piedra sencilla: hasta es conveniente traer como ejemplo cuánto más hacadero es retratar una armadura de caballero con todas sus piezas, que la túnica transparente de las Grietas, si el fin es dejar traslucir á medias lo que debe estar en parte oculto, y no ocultar totalmente lo que debe mirarse con los ojos del pudor.

El señor Garbán ha sabido hacer la elección de la especie de entretenimientos que han de llenar sus actos, para llenarlos bien, como en efecto puede hacerlo, porque cuenta para ello con solidez, que ya es una excelente dote, y con buen gusto, distinto éste y aspiración del arte,

Nunca se hará lo bastante para condenar la impropiedad, hija de la falta de tacto, y el farrago que conduce á la confusión. De ambos resabios, el último es el más fatal porque es hasta ridículo: el vano follaje, el estilo campanoso y hueco, hacen el efecto de figuras de biombo, con colores que chillan, barrigonas y moluetudas, ó de río en creciente, que no deja ver ni oír sino aguas sucias y piedras rodadoras: el pensamiento debe tener siempre ademán y traje á lo señor, y no vestidura de botarga.

Aunque el autor de la colección tiene fuerzas sobradas, si sabe ponerlas á logro, para continuar cada vez con mayor éxito en la senda que ha emprendido, nunca están demás advertencias que previenen extravíos. La poesía es tan delicada que no consiente adornos postizos ni otras prendas que las de extremado valor: el lenguaje y el estilo deben ser los apropiados al asunto, la dicción siempre digna y con aquel realce llamado á diferenciarla del lenguaje común, así como el traje de los pensamientos por decirlo así, de corte, y algunas veces regio. Las reglas en este particular han ido siendo cada vez más severas, de modo que toda mancha de este género en el lenguaje poético, si no lo desfigura lo afea.

Ya había alcanzado el idioma todo su esplendor, ingenios de primer orden habían creado con sus obras el siglo de oro en la literatura española, enriqueciéndola con todas las galas de la elocución, y sin embargo, con harta frecuencia se quedaron deficientes en el ritmo, que ha venido á alcanzar toda su perfección en el presente siglo, después que Moratin, el hijo, dejó en herencia, entre otras joyas, sus numerosos y rotundos versos.

En fuerza de esta legislación ya obligatoria, es preciso

tachar al señor Garbán en trozos no citados, versos flojos, pensamientos triviales y frases descuidadas y prosaicas, como si su fantasía hubiese corrido sin freno ó su pluma dormitado; pero rescata el tan ventajosamente tales descuidos con bellezas, que la censura se desarma, y casi hay que perdonarle lo uno por lo otro.

Otro consejo. Hace muy bien el señor Garbán en emplear así sus ocios, con tal que no sea otra parte de su tiempo. Los que no son como Homero, Dante ó Shakespeare, nacidos para maestros del género humano, pueden hacer obras poéticas y aún publicarlas por esparcimiento y solaz, pero no deben descuidar sus principales ocupaciones; porque estos goces se tienen como se baila, ó como se dicen chistes, sin que por eso se farracional estar siempre bromeando ó saltando. El hombre ha nacido para producir ó crear, y no hay cosa más inexplicable y reprehensible que ver en ciertos espíritus soñolientos, ó amigos de pasar indolentes las horas, la propensión á menear siempre los dedos para vivir de la cadencia y la rima, que pueden dar blandos ocios, pero no pan. Por lo demás, nada más laudable que estos ejercicios, que son hasta un buen agüero: el que es incapaz de un sentimiento poético, ya está juzgado, en razón de que la poesía es la flor temprana del alma, y de que faltando la una falta la fecundidad, y hasta la nobleza de la otra. Ni el hacer estas composiciones desdice de los puestos públicos y atenciones graves: Federico el Grande, que luchó con tantas naciones coligadas y engrandeció á la Prusia, hacía versos franceses; los hacía latinos Grocio, que puede llamarse el fundador del Derecho de Gentes; los hizo así mismo Madama Stael, de cuya cabeza salieron obras inmortales,

en cuyo salón, especie de gabinete sin otro título que el prestigio de su genio, se trataron las altas cuestiones que un tiempo agitaron la Europa toda.

El señor Garbán es de estatura entre pequeña y mediana, con más inclinación á la última, cuerpo compacto, hablar pausado, cara redonda y ancha detrás, que se adelgaza hacia adelante, tez andaluza, aspecto serio, pelo lacio, boca bien formada, nariz correcta y ojos rasgados, apacibles y llenos de abundante luz. Esto en cuanto á lo físico. En cuanto á lo moral es religioso y católico por sentimientos y convicción. No busca ni rechaza amigos, y los tiene numerosos por su palabra medida, su pecho reservado y sus promesas ciertas. No cabe en sus escritos el libelo, ni en sus labios la censura, ni en su pensamiento el odio, porque le gusta vivir de paz, de que da él mismo ejempl'o con su conducta. Nunca llega á la jovialidad, aunque si al esparcimiento en trato muy íntimo, y siempre dentro de los límites del decoro, que constituye el fondo de su carácter. Ama el orden en sociedad, y es tierno en el amor de la familia. Lleva su modestia hasta ocultar su propia benevolencia, que se ve más en obras que en discursos. Con lo cual, con firmeza de ideas, con costumbres sanas y sencillas con trato noble y con un ingenio fácil, se tiene en el objeto de este retrato una hermosísima figura.

1831.

EL DR. DON JOSÉ MARÍA SAMPER

Venezuela ha sido afortunada en estos últimos meses : no sólo hemos tenido el gusto de recibir entre nosotros al célebre don José María Samper, al respetable é ilustrado doctor Pradilla, al circumspecto general don A. Posada, al simpático y culto don José Borda, que desempeña aquí el Consulado General de su país, y á otros caballeros colombianos más, sino el de agasajarlos cordialmente; y lo manifiesto — amigo como soy de Colombia — para que se sepa que conservamos sin romper y nos son caros siempre los lazos de familia.

Estos lazos se formaron por la naturaleza, que los hizo eternos en el origen de raza, la religión, la lengua y las costumbres, y vinieron á estrecharse más en los combates por la libertad y en los esfuerzos generosos por un destino común. Los pueblos que no quieren perecer, han de conservar ileso su escudo é intacto el tesoro de sus tradiciones y su gloria; y es imposible registrar la nuestra, escrita toda ella en páginas de oro que dan ya materia al romance y á leyendas mitológicas, sin reconocer que en los grandes días de prueba venezolanos y granadinos derramaron juntos su sangre, juntos lleva-

ron al altar de la Patria holocaustos é incienso y á los campos del honor gentil bravura, juntos grabaron su nombre en el granito de los Andes, ó lo dieron al viento de la fama en las costas de la mar y en el curso de los ríos, y después de una cruzada brillante en que cada paso fué un sacrificio y cada hecho un asombro, y sonada la hora del triunfo definitivo, hallaron haber sido unos mismos sus trances, sus vicisitudes, sus capitanes y trofeos, y por que sobre sus cabezas flameaba el pabellón de cien victorias, como un signo clásico de independencia y un título histórico de inmortalidad.

Hoy, pasado no más un tiempo puede decirse corto, con no tener éste aún lo indefinido de la distancia, ni la niebla de los siglos, vuelve uno sin cesar la vista á tanto suceso heroico y á tanto al o ejemplo, para llenarse de admiración y pavor; para ver á Zea en el Congreso de Guayana, echando con su palabra, los fundamentos de la Gran República, ó trocando como tronaba Demóstenes con estro patriótico contra Filipo; á Santander en los consejos y la Administración de la antigua Santa Fé, prestando servicios — bien que afeados después — que nunca olvidará la Libertad; á Sucre, atravesando páramos y desfiladeros y realizando prodigios; á Ricaurte pareciendo volado por el fuego; á Mariño que todo lo dió á la idea revolucionaria; á Páez que poseía el valor sin par y no la cólera de Aquiles; á Silva y Urdaneta, el Diomedes el uno, y el otro el Berthier venezolanos; á los Ayalas y Muñozes derramando su preciosa sangre, unidos como los es labones de una misma cadena de glorias San Félix y Pantano de Vargas, Carabobo y Boyacá; y á Bolívar, dirigiendo como Júpiter desde el Olimpo

batallas de semidioses y héroes, ó cargando sobre sus hombros como Eneas, el escudo en que resaltaban ya en relieve los claros hechos de la futura triunfadora Roma; para aprovechar en fin, todo ese conjunto de lecciones, y ver si al favor suyo, fortificamos, mejoramos y enaltecemos estas virtudes nuestras tan flacas, esta propensión á los goces epicúreos que equivale á la molice, este ánimo movible á todo viento de poder — que es una forma de servidumbre — y este espíritu de partido, contento sólo con nombres por cosas y con personas por principios.

Lástima sólo que nuestros anales primitivos, permanezcan todavía dentro de casa, y no los conozca bien para admirarlos más el mundo, porque el castellano, en que están escritos, no es hoy e mo lo fué un tiempo, órgano de comunicación universal, con serlo — y en ésto no superado por ningún otro — de arte, expresión, elocuencia y gala; pero el día ha de llegar, y entonces nuestra grandeza épica entrará á la alta historia cual entra el Amazonas al océano, abriéndose paso triunfal por en medio de sus enemigas, resistentes y poderosas olas.

Tales recuerdos y sentimientos, que han caído naturalmente de la pluma, son los que tuve y experimenté cuando di la mano para dar con ella la bienvenida á los mencionados amigos; y me gusta verlos renovados ahora que voy á hablar, para hacer mi despedida, del doctor Samper, en el cual me fijó de un modo especial, porque es el que ha prolongado más largo tiempo su permanencia transitoria entre nosotros, y alcanzado, por sus precedentes de escritor distinguido y las prendas preciosas de su carácter, mayor número de simpatías y afectos.

Va de tiempo atrás, sus escritos, llenos de nativo donaire, y prendidos con todas las galas del arte que dan atracción y belleza, ó bien levantados en alas poderosas para las altas disquisiciones de la filosofía y la política, han venido siendo el estudio y encanto de los hombres serios, amigos de lo sobrio y profundo, y de la juventud culta y fantástica, prendada de la brillantez del estilo, la novedad en la locución y las gracias del ingenio. Semejantes producciones se leían y releían, y no sólo eso, sino que llegaron á formar escuela de buen gusto, como asimismo objetos de emulación y estímulo; de manera que cuando el autor puso los piés en Venezuela, traía por delante un carácter conocido y un nombre afamado. Esta es la verdad, que me complazco en decir, como un triunfo de la civilización, y por ser un consuelo saber que el espíritu es cosmopolita, y que el que lo posee en grado eminente, tiene en sus manos un medio de ilustración, elemento de reforma y un impulso de progreso. Haya apóstoles así, y el evangelio de la idea será cuanto ántes dogma común.

No es para ponderar, con estos antecedentes, la recepción que se ha hecho al doctor Samper visitado de toda clase de personas, que se apresuraban por conocerle y ser sus amigos, invitado á obsequios continuados, festejado en salones distinguidos, mencionado con alabanza por la prensa de toda la República, honrado con distinciones por el alto Gobierno, considerado por los demás funcionarios públicos, y cercado por la juventud, que le llevaba serenatas para oír su palabra, ha sido objeto constante de atenciones delicadas y demostraciones exquisitas. Lo cual (sea dicho con orgullo patrio) es muy signifi-

cativo en un pueblo como Venezuela, de tanta altivez, ingenuo y gentiliza; el espectáculo ha sido el de Atenas recibiendo á Esparta, y el honor el que ha alcanzado toda la Grecia.

El doctor Samper ha sabido corresponder como caballero y amigo, entusiasmar como orador disertador, engalanar los periódicos con escritos que pueden ya formar un volumen como escritor de fecundidad, profundidad, aliento y munez; y puedo decir que ha llenado la expectación pública, y que va á salir del país dejando el mismo entusiasmo con que entró. Privilegio éste del talento, que no se impone, y de la modestia, que lo oculta.

Su trato es una red: queda uno cogido por todas partes; su fisonomía abierta: entra uno por ella á su corazón por cualquiera de las cien puertas que tiene, como por las de la antigua Tebas de Egipto; y después de un rato de conversación, ve uno que ha alcanzado en él un vínculo y un afecto. Le he oído orar improvisando, y confieso que me ha cautivado por una palabra fácil en que venían ya los pensamientos encadenados y las frases hechas para redondear el pensamiento; y hay que advertir que podía haber hablado lo que hubiera querido, y que todos querían que hablase más para deleite.

Carácter firme, sentimientos de decoro, alma cristiana, corazón generoso; todo esto forma una propiedad de su ser y el complemento de sus partes.

¿Por qué caracteres tan perfectos, ó permanecen alejados de la política, ó no entran á ella como ejecutores sino á mucho lograr como doctrinarios, y á veces están olvidados, retirados y hasta perseguidos? ¿Por qué

desgracia, en gran parte de los países de la América latina, la inteligencia lo más que ha alcanzado es aconsejar, por sí la oye, difundir en los periódicos enseñanza por sí la sigue, ó hacer los códigos por sí los observan; y casi nunca, ó si alguna vez por accidente — y si por accidente, de un modo transitorio, vergonzante ó condicional — entra á funcionar en la acción administrativa? ¿Cuándo se querrá creer y profesar que la administración pública es una ciencia altísima; que no deben entrar á desempeñar aquélla los que aspiran sino los que saben, y que se comete un grave error en entregar la máquina gubernativa en manos inexpertas que la traban para el quietismo ó la precipitan para la destrucción? ¿Cuál será el día, que al fin ha de llegar, en que se comprenda que la palabra es el órgano de la luz, la doctrina el principio de la práctica, la práctica ilustrada el elemento de la organización, la organización la fuerza que da la vida social, y la sociedad así la bendición de los asociados? ¿Por qué no se llaman al poder los hombres de decoro como garantía de dignidad, los hombres de honradez como garantía de justicia, los hombres de luces como garantía de acierto? ¿Cuándo no ha sido verdad en la historia del género humano que la salud del régimen político es la obra única de talentos especiales ó de los que han salido de los liceos, los colegios, las universidades, la prensa ó las tradiciones de la gloria, y que cuando se eligen otros operarios, ó se obra para el desgobernio, ó se preparan resultados para la anarquía, el desorden ó la mengua?

Desengañémonos: la cábala como medio tenebroso, la confabulación como recurso de interés, el espíritu de

partido como máquina de combate y exclusión, las denominaciones políticas como mote de aislamiento, y el engaño hecho al pueblo sencillo con promesas que no se cumplen, programas que quedan en el papel, principios que no pasan del ruido de las palabras, y tribunos malamente ambiciosos que lisonjean hoy para oprimir al día siguiente, ni fundan orden estable, ni dan libertad efectiva, ni hacen otra cosa que crear escándalos en lo presente para sonreír en la historia. La grande escuela, la liberal, la mia, es la que respeta la conciencia como un santuario, la ley como una institución, la libertad como un derecho, la inteligencia como una guía, y la virtud como un título de merecimientos para ser considerada, y un diploma que habilita para desempeñar con rectitud los pueblos del Estado.

Tenia esta queja dentro del pecho y debía manifestarla, siquiera por el amor que profeso á esta América en donde he nacido, cuyo progreso deseo ver floreciente, y cuya gloria sin mancha. Aquí no se ve más que una pintura general, y no alusiones concretas. No quiero tener memoria para las faltas de Venezuela y Colombia ni quiero saber si las hay en ellas; y si las hubiera, sé echar sobre ambas para cubrirías — que para eso lo tienen espléndido — el manto de su gloria.

Vaya, pues, el doctor Samper á su país, y tenga por cierto que no ha estado entre extranjeros sino entre hermanos, ni en casa ajena sino en la propia.

1877.

IX

INFORME SOBRE TEXTO LATINO

UNIVERSIDAD

Señores de la Facultad de Humanidades.

La Comisión que nombrasteis procede á manifestar, según vuestro acuerdo de 11 de Abril último, las razones que encontró la Facultad para elegir por texto exclusivo para el estudio de la lengua latina con preferencia á los demás, el Arte de Nebrija acompañado de las ampliaciones del Arte Explicado de don Marcos Márquez de Medina, como asimismo para recomendar las ventajas del método antiguo de enseñanza del propio idioma.

Ante todas cosas, no puede menos que observar la Comisión, y presentar á vuestra vista, la rica cosecha de enseñanza y buena doctrina que ha producido el Arte de Nebrija en todos tiempos; y le causa profundo pesar que después de tantos grandes hombres como ha dado su método y tantos lauros como ha recogido su autor, se le quiera hoy condenar al olvido y al desprecio. Compárense los estudios antiguos con los modernos, y los latinistas de entonces con los de ahora, y se hallará al pronto la diferencia, y en la diferencia la causa. Ahora cincuenta

años no se oía en las aulas de la Universidad más texto que el de Nebrija, ni más voz que la del maestro: no había, por otra parte, que sirviesen de auxiliares para la comprobación de las reglas, y para ejercicios prácticos, sino conitados autores clásicos, y éstos, con lecciones erradas en muchos pasajes, con variantes no autorizadas en otros, y en el todo de infieles ediciones; y sin embargo, la mayor parte de los discípulos sabían entendidos en el idioma, y vertían con desembarazo y propiedad los historiadores, poetas y moralistas más acreditados que hallaban á la mano, y muchos de ellos lo hablaban y escribían con la corrección, gracia y pureza del tiempo de Augusto. Uno de los miembros informantes, que perteneció á aquella época de pingües frutos, puede asegurar (aunque no le tocó la dicha de pertenecer al buen trigo) que jamás hubo una cosecha de paja.

La fuerza de la lógica nos lleva naturalmente á concluir, que tantas ventajas no se deben á otra cosa que al estudio de Nebrija, hecho con tesón, y á la práctica de sus reglas. En los estudios especulativos y abstractos, la fuente es la voz del maestro; ella es todo: el principio, la regla, y la comprobación de uno y otra. En los de observación, llamados demostrativos, la voz del maestro deja de absorber toda la atención, la cual es menester contraer traerla poderosamente — si el fin es lograr provecho — á los objetos materiales. Un anatómico poco ganaría con la enseñanza especulativa, sino la mirase comprobada con los tejidos animales; ni un aprendiz de pintor, si no tuviese á la vista los cuadros de Rafael, de Mengs ó de Murillo. Lo mismo es justo decir de los idiomas, los cuales, como estudios de imitación, se aprenden, más

que con la voz del maestro, en las gramáticas y en los autores clásicos; y si en lo antiguo, y contrayéndonos al latín, no había de éstos sino muy pocos y malos por sus textos, y había con todo buenos entendedores del idioma, es menester concluir que tales resultados no se deben á otra cosa que al Arte de Nebrija.

No se puede decir otro tanto del tiempo presente, en que da lástima ver á la noble y riquísima lengua latina tenida en menos, olvidada como un trasto inútil, y casi escarnecida como un símbolo de ignorancia y de rancia erudición. Mientras en las naciones más cultas de Europa, mayormente en Alemania, se elevan altares á los grandes hombres de la gran Nación, se cotejan manuscritos, se desenvuelven rollos de viejos pergaminos, se desentrañan monumentos, y se establecen sociedades de estudios para mejorar las lecciones, concordar los textos, asegurar la fidelidad de las ediciones, y perfeccionar la enseñanza del latín; nosotros aquí, ó más negligentes, ó más vanos, lo echamos en olvido, y hasta hacemos de ignorarlo necia gala.

Cree la Comisión que mucha parte de este mal se debe á la anarquía en que se encuentra, por lo que mira á sus textos, la enseñanza del latín, y á no haberse adoptado como único el Arte de Nebrija. La prueba está en que, ni faltan hábiles y celosos maestros, ni buenos y expurgados clásicos con fieles traducciones y notas y comentarios ilustrados, y sin embargo se observa muy poco provecho en aquel idioma: si no es que digamos que la novedad por otros estudios, talvez más amenos por el pronto, pero al mismo tiempo más livianos, ha distraído la atención de los alumnos, de los estudios de sólida y

provechosa instrucción; censura que, por más suave que sea, no se atreve la Comisión á hacer á una juventud que por su aplicación, su celo, sus talentos y su pundonor académico, está llamada á ser con el tiempo sostén de esta Universidad, y honra y ornamento de la patria.

Naturalmente y sin mucho esfuerzo de análisis se concibe, que los buenos resultados que ha producido el Arte, no se deben á otra cosa, que á la eficacia de su método, á la precisión de su doctrina, á la exactitud de sus reglas, y á la felicidad de sus aplicaciones prácticas. En el andar de nuestro camino hemos llegado ya al punto de combatir á los que le hacen tan agrio como injustos cargos.

En primer lugar, no es verdad que Nebrija enseñe el latín en el mismo latín, y la prueba está á la mano: no hay más que ver el libro. Lo que hay de real es, que las reglas, que están en romance, y que se explican en romance, están también en latín, con el objeto de que las aprenda el alumno y las retenga tenazmente en la memoria. Estas reglas no tienen nada de más, nada de menos, nada de comentarios ni perifrasis; sino estrictamente la declinación del nombre, ó la conjugación del verbo, ó la colocación de las palabras, ó la manera del régimen. Con esto se consigue un doble objeto: retener, de modo que no se olvide, la regla que da la ley, y empezar desde temprano á verter frases que no es difícil verter, porque están en cortas dimensiones, y son la explicación de pensamientos é ideas conocidas. Por eso es cierto que aprende más pronto un idioma quien aprende más pasajes escritos en él; y por eso es cierto también lo que dijo Locke: que el estudio de las lenguas es más práctico que especulativo, y que el modo más eficaz de apren-

derlas es el método comparativo, ó el cotejo de frase con frase entre la lengua que no se conoce y la que se conoce.

En segundo lugar, no se puede sostener absolutamente hablando, como se ha pretendido hacer respecto del Arte, que la falta de ideología y de gramática general sea tacha para una gramática que ha de enseñar prácticamente un idioma: al contrario, la acumulación de los principios del uno, puede perjudicar notablemente al otro estudio. La moda por las innovaciones, tan caprichosa y liviana en el reino de las letras, como en las otras instituciones humanas, ha dado en estos últimos tiempos la preferencia sobre los otros estudios, á los estudios metafísicos; ha llamado descoloridos á los que no tienen su color; ha llamado pobres á los que no tienen sus ideas; ha llamado plebeyos y humildes á los que no tienen sus abstracciones e evadas, y tirana como siempre, y dando y quitando reputaciones, y destronando é inaugurando nombres ilustres, ha quitado la púrpura á los que la tenían ántes, para dársela á Platón y Aristóteles, y que manden como reyes absolutos. Por eso se ve hoy que la política, la estadística, la historia, el derecho, la economía social, y hasta los secos estudios demostrativos, están vestidos, como por gala, de las ideas metafísicas: por todas partes abstracciones, por todas partes prurito de generalizar, por todas partes síntesis y deducciones, y principios generales, y leyes que no quiebran..... No parece otra cosa, sino que el hombre se cansó de analizar, y de buscar y amontonar hechos, y que subiendo por ellos á la contemplación de algunas causas, creyó que ya podía comprender y explicar la naturaleza, y hacer de las ciencias un código.

No puede la Comisión dejar de dar su tributo de alabanza á los adelantos que ha proporcionado á las ciencias este sistema de abstracciones, que á nada menos va que á buscar las causas ocultas, y en pos de ellas los principios, y en pos de los principios la explicación de los hechos y de sus innumerables relaciones; pero no puede dejar de censurarlo, con toda la moderación que es propia de su carácter, cuando se le quiere aplicar á estudios en que traería más perjuicios que bienes su introducción; tales son los estudios gramaticales para aprender prácticamente un idioma. Da pena que después de la perfección á que han llegado los conocimientos humanos, sea menester defenderse hoy en la explicación de axiomas tan llanos como tan antiguos; pero ésa es la condición de la verdad, que para vencer siempre, aunque sea á en migos flacos, tiene que combatir siempre, y estar de punta en blanco.

En el orden natural de las cosas primero está el saber un idioma que los principios que lo rigen: y la prueba palmaria de esto es, que no hubo gramática general sino después que hubo gramáticas particulares, es decir, después que existieron las lenguas; porque de los hechos es que se sube como por escala á las comparaciones, de las comparaciones á los principios, de los principios á las deducciones, de las deducciones á los teoremas, y de los teoremas á las ciencias; sin que sea posible invertir este orden regular. Como consecuencia de esto, primero es saber un idioma, que la ideología que analiza el pensamiento, y que la gramática general que le da cuerpo y lo atavía y engalana con palabras: y como consecuencia también, será mejor una gramática particular á proporción que

tenga más idiotismos y más reglas prácticas, y sabrá más castellano quien haya leído más á Cervantes y á Granada, y más latín quien haya estudiado más á los autores del siglo de oro, sin que al uno le hagan notable falta las meditaciones abstrusas de Balmes y de Luna, ni al otro los principios y reglas de Plotio. Todavía no se había conocido de un modo cabal en Grecia la generación del verbo, y la necesidad de dividir el pensamiento en varios miembros para diferenciar á cada cual con su librea, y ya Homero había perfeccionado su lengua, y la había hecho la lengua de los dioses y los héroes, para representar, ora el fuego de la indignación y de la rabia en boca del iracundo Aquiles, ora el espíritu de la paz y reconciliación en boca del suavilocuo Néstor; ya Safo y Anacreón habían cantado el vino y el amor: en tiernos, fugitivos y delicados versos; y ya Píndaro y Corina, sacando de la poesía tonos robustos, y dándole alas á la musa, y elevándola á altas regiones, la habían hecho celebrar las pasiones fuertes y grandes, el valor, la ambición y el heroísmo.

Está tan persuadida la Comisión de estos principios, y los halla tan comprobados por la experiencia, que haría mal en no añadir á las anteriores, otra observación que acaba de justificarlos. Las lenguas son más propias para la persuasión conforme están más cerca de su origen: el lenguaje es entonces todo figurado, las representaciones son más vivas, los objetos inanimados hablan y obran, es más galana la dicción, y las pasiones se revisten de las propiedades de los objetos materiales para herir más fuertemente la imaginación. Cuando viene la lógica, vienen también, por causa de ella, á perder las lenguas esa dote: se hacen más regulares, pero

más frías; más exactas, pero menos sensibles; más disertadoras, pero menos sublimes: entonces la tempestad no tiene carro, ni el torrente voz, ni la ira flechas ni aljaba, ni la cólera de Dios fuego que derribe los montes; y perdiendo la poesía y la oratoria estas personificaciones é imágenes, que son sus alas, caen de su altura y vienen á dar llorosas á los pies del seco silogismo.

Allí están el Antiguo y el Nuevo Testamento, que se encuentran separados entre sí por el espacio de muchísimos años: el último será más preciso, más claro, más exacto; pero el primero es más poético. ¿Qué sublimidad en todas sus concepciones! ¿Qué grandilocuencia en su estilo! Si es en Job, *Dios recoge y ata las aguas en las nubes para que no caigan sobre la tierra, ó cubre su trono real, como con un manto, con la gasa de la niebla*; si es en David, *vuela sobre las alas de los vientos*; si es en Isaías, *extiende los cielos como una cortina, y hace de ellos un tabernáculo para su morada*, ó indignado contra Babilonia, *la destruye y barre gastándola como la escoba*. En otros lugares, *Dios mide las aguas con el puño, y jesa los cielos con el palmo de su mano, ó lleno de ira por los pecados, toma la tierra por sus extremidades estremeciéndola, y sacude de ella á los impíos*. No hay en San Pablo, no hay en los Evangelistas, no hay en ningún libro del Nuevo Testamento, ni estilo tan elevado, ni imágenes tan vivas, ni igual osadía de pensamientos. El motivo de esta diferencia está á la mano; ya para este tiempo la lógica había quitado á la lengua sagrada (1) su bella originalidad, y por

(1) Se llama así colectivamente en este lugar, la variedad de idiomas que sirvieron para escribir los Libros Santos.

quitarle también su rudeza, y hacerla más precisa, la depojó de un golpe de sus galas y de su pompa. Hizo como el viento abrasador de los campos, que sopla recio por un lado, y echa abajo las mieses, y seca y quema espigas, cañas y todo.

Si'n poner otra cosa de su parte que andar una senda llana y fácil que se le presentaba ante los ojos, ha llegado la Comisión á un punto muy importante de su informe. Puede ser que se engañe, pero le parecen demostradas las siguientes verdades. Primera: que en los estudios lingüísticos, hay dos especies de conocimientos, los prácticos y los especulativos; siendo los unos los que se enseñan en las gramáticas particulares, y los otros los que forman el objeto de la gramática general. Segunda: que como el conocimiento práctico de las lenguas es la obra de la imitación, ningún método es más conveniente para adquirirlo, que el método comparativo, ó aquel método que estriba más en ejercicios y reglas que en principios. Tercera: que como las especulaciones abstractas son el resultado de una razón muy elevada, no es posible acomodarlas, aunque se quiera, al corto y reducido entendimiento de los niños. Cuarta: que como consecuencia de esto, en el orden natural de las cosas la gramática general viene después de las gramáticas particulares. Quinta: que una gramática particular para aprender prácticamente un idioma se acercará más á la perfección conforme sea más llana en sus explicaciones, y contenga más reglas y ejercicios; así como se pondrá más lejos de ella conforme tenga más principios especulativos y más conocimientos metafísicos. Y sexta por último: que á lo menos por lo que mira á niños y jóvenes de corta

edad, pierden más éstos que ganan en el estudio de una lengua cuando encuentran en la gramática que la explica, en vez de ejemplos y de reglas sencillas, la obscuridad de la ideología y de las meditaciones abstractas.

Con harta pena se resuelve la Comisión á aplicar estas observaciones al Método de estudiar la lengua latina por J. L. Burnouf: su obra que por otra parte encuentra enriquecida con las divisiones lógicas más exactas, con las doctrinas más puras de la lengua, y con explicaciones luminosísimas sobre las formas de las palabras, y singularmente sobre su composición en cuya última parte casi no halla defecto que tildarle. Pero al propio tiempo le parece el libro sembrado por todas partes de conocimientos metafísicos, que ahogan en sus abstracciones las reglas, y que por lo mismo se las ocultan á la limitada inteligencia de los niños: en cuyo sentido se atreve la Comisión á decir del Método (por más que parezca paradoja) que es un defecto en él su misma elevación filosófica. En las lenguas hay dos cosas que aprender: lo que ellas son, y lo que deben ser y pierde el tiempo (testigo la experiencia) quien trate de enseñar á los niños lo segundo ántes ó en vez de lo primero: sería lo mismo que pretender hacer perfecta la razón en la edad más tierna, y trastornar el orden regular de los conocimientos humanos.

Está muy distante la Comisión de censurar en las obras elementales las divisiones lógicas, que dan claridad á su método, ni los principios que sirven á explicarlo; porque ella sabe muy bien que el entendimiento es educable, y que es preciso enseñarlo desde temprano á adquirir ideas exactas de las cosas. Pero sabe también que esas divisiones y principios deben usarse con mucha parsimonia, ser

menos el objeto que el medio y base de la enseñanza, andar como vergonzantes ocultándose tras las reglas y que nunca es conveniente ponerlos de relieve, de manera que sirvan de embarazo y caída para los niños.

Aun por lo tocante á los estudios exactos y demostrativos, con tener en su abono la fuerza de verdades demostradas, es menester despojarlos, para que parezcan amables, de su aparato y ceño científico, y hacerlos bajar de sus alturas encumbradas, para ponerlos al nivel y que se hallen mano á mano con los alumnos: así es que quien contemplare los adelantos que en este particular ha alcanzado el método de enseñanza en otras partes, encontrará que se han multiplicado extraordinariamente las cartillas, los catecismos y los compendios, en donde por un plan sencillo y práctico se explican la agricultura, la física experimental, y los demás ramos de las industrias y de las ciencias materiales.

Por lo dicho hasta aquí se verá, que la Comisión, lejos de negarle, le hace al Método la justicia que merece. Pero desca al propio tiempo manifestar que no es el más adecuado para enseñar á niños y jóvenes de corta edad, los cuales aprenderán por el poco ó ningún latín, mayormente si se atiende al tiempo de los cursos actuales, tan estrecho, y al número de catedráticos, tan reducido. La experiencia ha justificado esto completamente, no obstante el celo y conocida inteligencia de los maestros. Le parece á la Comisión que la Gramática de Burnouf, con tanta razón celebrada, es más propia para perfeccionar que para adquirir el conocimiento del idioma; y si le fuera lícito usar de un simil, y llamar á los niños iniciados, ella diría que aquella obra debiera reser-

varse exclusivamente como el libro del sumo sacerdote.

Por esto fué sin duda que la Dirección general de instrucción pública, tan meditada y acertada en todos sus pasos, por lo mismo que cuenta en su seno hombres de gran seso y salubridad, se redujo mercedemente á aprobar á Burnouf como uno de los *textos* *profundamente* entre los conocidos hasta ahora, según es de verse por las propias palabras de su acuerdo, fecha 25 de febrero del año próximo pasado. No parece sino que aquel ilustrado cuerpo, sin desconocer el mérito de la obra, antevió desde entonces los inconvenientes que podía presentar su adopción exclusiva, y que al formar el juicio sobre ella, se propuso, más que otra cosa, someterla á prueba por la experiencia, que es la guía mejor y más segura en esta, como en otras materias de enseñanza.

Ha llegado la sazón oportuna de decir que el informe de 30 de octubre de 1848 que aparece dado á la estampa é inserto en el Método, no fué aprobado por la Facultad de Humanidades; y por lo mismo ella ha podido formar hoy, sin merecer por eso la nota de liviana, una opinión del todo contraria á dicho informe. Pero lo más digno de notarse es (y con esto se verá el desacuerdo que hay en las dos cosas) que en la sesión del 25 del propio mes y año, se indicó á Burnouf como *texto que debe adoptarse* (es lo literal de la proposición aprobada) *en las clases de Gramática latina de esta Universidad, y como una obra cuya adopción debe recomendarse como conveniente á los colegios nacionales*; y que sin embargo, aquel informe, que debía contraerse meramente á esto, y á las razones que lo apoyaron, propone á Burnouf como

texto exclusivo. Como quiera, la Facultad ha podido, con vista y mejor aconsejada de la experiencia, revocar hoy acuerdos anteriores: y tanto basta para su justificación.

Con esto le parece á la Comisión demostrado que el Método, por más mérito que tenga, no sirve para la enseñanza de los niños. El mismo juicio se puede aplicar, aunque por motivos diferentes, á la Gramática de don Juan Iriarte y á la de don Luis de Mata y Araujo. La primera de ellas, si bien es verdad que es rica en su etimología, es tan deficiente en la sintaxis y en la prosodia, que en este respecto deja hártito que desear al buen maestro, y sin muchas reglas importantes al discípulo. De Araujo baste decir, que se ha quedado tan corto en su obra, que más parece que se propuso formar apuntes que Gramática.

Después del juicio precedente, que tiene por fianza la razón y la experiencia, no halla la Comisión, así como no halló la Facultad de Humanidades, entre los textos conocidos entre nosotros, ninguno más adecuado para la enseñanza del latín que la obra del Padre Juan Luis de la Cerda, que corre con el nombre de *Arte de Nebrija*, y de la cual es parte, como su mejor comentario, el *Arte Explicado* de don Marcos Márquez de Medina; y esto, no sólo por la caridad de su doctrina y la llaneza de sus reglas, que no tienen nada de abstracciones metafísicas, sino también y principalmente por los buenos frutos que ha dado en todos tiempos. Bien conoce la Comisión que es posible perfeccionar su método, y que es una lástima que sobre ese sencillo plan, ú otro parecido, no se haya formado hasta hoy una gramática más cabal; pero entre-

tanto que echamos esto de buenos, es menester dar la preferencia a la obra del Padre La Cerdá.

Los mismos puntos que se han ido dando en la crítica del Método, han debido conducir naturalmente al conocimiento de algunas de las ventajas del Arte. Pero fuera de esas, hay muchas más. Las conjugaciones de los verbos, tan importantes en las lenguas sabias, como que en ellas y en la declinación en general es que se halla su más rico tesoro, y su excelencia sobre las lenguas vulgares, se aprenden por el Arte sin fatiga, y lo que es más digno de considerarse, se aprenden para no olvidarse nunca, porque hay terminaciones fijadas, que sirven como de puntos de partida, y que dan reglas seguras para los perfectos y supinos. Nada de esto hay en Bur-nouf, sino una lista informe, que hace, á lo más, veces de diccionario, y no sirve de auxilio á la memoria. La sintaxis de Nebrija es completa, y nadie podrá tildarla, ni de falsa, ni reducida, ni de embrollada en sus reglas, las cuales buscan siempre, como para justificarse, el arrimo de los autores de nota. Por lo que hace al tratado de Prosodia y Métrica, el del Arte está, así por la abundancia, como por la fijeza de su doctrina, sobre el de los demás textos conocidos. En suma, en estrecho volumen se encuentra en Nebrija todas las reglas prácticas para saber y escribir el latín, y para estudiar con fruto las obras compuestas en ese idioma.

Demás está que se detenga la Comisión á poner la obra á cubierto de la tacha que se le ha puesto de que principia por las declinaciones de los nombres sin haber explicado antes qué cosa es nombre; pues bien sabido es que preceden al estudio del latín los conocimientos de

primeras letras. Demás está también entrar á combatir otros cargos, como los de que el autor comete solecismo; y barbarismos, que no se dice dónde, y que tiene á veces lenguaje confuso, que no se dice en qué parte. Podieran decirnos los censores quién sino el Arte formó los mejores latinistas de nuestro país, y á qué se debieron sino á su adopción los adelantos, y á qué se sino á su menosprecio el descrédito y caída del latín. La Comisión no desconoce los defectos, pero entretanto que tenga grandes méritos la obra, contestará á sus antagonistas con estos versos de Horacio:

Verum ubi plura nitent... non ego paucis
Offendar maculis, quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura.....

(*Ars. poet. vs. 351, 352, 353.*)

Por lo que respecta al método de enseñanza del latín sería muy conveniente adoptar el antiguo respecto á la distribución de las materias; y para hacerlo más eficaz, debieran establecerse cursos de tres años, en lugar de dos como los de ahora.

Aquí, Honorables miembros, cierra la Comisión su informe, y le parece haber cumplido con el encargo que le hicisteis.

1850.

X

ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL, GOBIERNO, CONSTITUCIÓN, NACIÓN Y RADICALISMO

ANÁLISIS DE LAS DOCTRINAS DE OMEGA. — ORGANIZA-
CIÓN POLÍTICA Y SOCIAL. — GOBIERNO. — CONSTITUCIÓN
— NACIÓN. — RADICALISMO.

Amicus Plato, sed magis amica veritas

Hemos visto circular, y leído con sumo placer, en el Semanario de las Provincias de 15 del corriente, la galante y culta contestación de *Omega*, que con cabalerosos modos y en estilo cortesano nos llama de nuevo á nueva lid. Se le caen á uno las armas de las manos delante de tan noble adversario, que más obliga á amarle que á combatirlo; y tal se viene sobre nosotros, y tanto nos seduce con su gracia, que nos vemos casi tentados á convenir en la querrela por no disgustar al querellante. Sin embargo, á fuer de buenos y leales, hemos de cerrar el uno contra el otro aunque sea un momento; pero pertenecemos á la misma banda cruzada, como militamos bajo una misma enseña, sólo haremos un simulacro de guerra, una justa de ostentación, á fin de que no haya prez de vencimiento para nadie, ni regalo de colgado joyel sino para la causa común.

Era menester un motivo como éste, tan poderoso, para que nos hubiésemos apartado del propósito de sólo tratar, y eso durante el Congreso y cuando lo permitiera así la oportunidad y la proporción con nuestras flacas fuerzas, algunas cuestiones prácticas de hacienda y de organización civil; y para que hubiésemos vuelto á la ingrata tarea de dilucidar cuestiones abstractas, llenas siempre de peligros por la diferente apreciación que puede hacerse de unos mismos acontecimientos, y porque cuando se ha llegado á un cabo cierto, es hacedero echar tinieblas en el tránsito y borrar para los ojos el camino. Así es que al entrar de nuevo en el terreno de las abstracciones, iremos con el compás en la mano y los demás instrumentos de auxiliares, para que el cálculo sea en lo posible matemático, y las consecuencias legítimas. Ignoramos si sea timidez propia, ó temor de perderse en lo intrincado, ó respecto á la verdad; pero tenemos entendido en lo tocante á ella, que es preciso llamarla blanda para que se venga fácilmente, no forzarla para que se preste, no atudirla para que escuche; y cuando hay que observarla en la historia, cernerse sobre ella y no pisarla, para que los hechos aislados den su luz verdadera, y el estudio colectivo de ellos sus relaciones naturales.

Omega en una serie de temas que propone, y que desenvuelve en ingeniosa discusión, manifiesta el deseo de oírnos y nos provoca á hablar: honra tan grande, que nos deja cortos y casi nos inhabilita para corresponder dignamente. Las cuestiones son muy graves; los hombros los tocamos y sentimos débiles; pero en fin, cuando nos eansemos en la lucha, cuando falte espacio y firmeza á nuestros pies, como lo que importa es la causa, correremos al

altar de la Patria, y desde él gritaremos á Omega : « esto es lo que os decíamos, esto lo que defendíamos : — *la libertad como medio, el orden como fin, la paz como fruto, el principio de autoridad como principio religioso, y la constitución como el evangelio que lo enseña y fortifica* ».

Si el tiempo que empleamos en los menesteres de una vida difícil y afanosa, estuviera más libre y más holgado de presente, vendría bien y sería hacedero, por materiales disponibles que hay en las ideas corrientes y en los hechos autorizados, tratar aparte varios puntos que nacen, como hijos, de los tratados por Omega, y que serían como otros tantos focos para hacer más viva y más completa la luz. Ensayaríamos á probar, por ejemplo, con los principios eternos de la justicia, con las leyes inmutables de organización y de progreso, y con la historia de los gobiernos más celebres, que ellos se han salvado ó perecido, como la próspera ó adversa fortuna de sus respectivas naciones, continuado ó cortado la cadena providencial de la civilización, según han visto respetada u hollada por el suelo la constitución, que (digámoslo una vez más) es más que un nombre. Procuraríamos después rodear con atentados pasos, para reconocer, el *radicalismo*, — montaña oscura preñada de volcanes, escuela entre nosotros que duerme pero que amenaza, fantasma agorero, sibila fatal, bicho indefinido y deforme, que es despreciable, pero que pica.

Por ahora, y como lo que importa es salir al frente á Omega, que nos aguarda, basta para nuestro propósito, analizar sus teorías, combatir lo falso, admitir lo cierto, defendernos de algunas imputaciones que nos hace poniéndose en contradicción con nuestros escritos, y buscar el arrimo de aquellos principios que dan apoyo porque

tienen pie : todo esto, sin duro enfado, sin ciego enojo, como quien trata razón, como quien las ha con amigo. Tocaremos de paso el radicalismo, que tal nos impresiona, (y ojalá sea así siempre), que estamos ciertos habremos de quedar muy mal con él, y él peor con nosotros. Aquí la pluma correrá altiva, y hasta con ceño, porque es una cuestión de moral.

Omega, después de llamarse « radical como individuo », sostiene :

1.º « Que no lo es como ciudadano, y que el radicalismo es malo ». Y lo combate á su modo, y casi nos llama á cuenta por él.

2.º « Que para que el radicalismo pudiese gobernar, sería menester dejar á la razón como *espíritu puro* », para que así el individuo ejerciese sus derechos sin daño ajeno. « Que al principio los hombres vivían libres é independientes en absoluto », no obstante asegurarse á renglón seguido « que el derecho que imperaba era el del más fuerte ». Que como el objeto de la sociedad es la seguridad cada hombre tuvo que *ceder* una parte, la menor posible, de su independencia y libertad, á reserva de *sacrificar* cuanto sea indispensable en todas circunstancias ». « Que la necesidad de la seguridad trajo la autoridad, y que ésta no puede tener otras restricciones que aquellas que exigen los grandes intereses sociales ». « Que si las limitaciones de la autoridad consignadas en el pacto fundamental la cohiben en la plenitud que requieran circunstancias excepcionales, ¿deberá ella ó el gobierno declararse impotente? » Sin embargo de lo cual trae Omega, « que cuando, como en Venezuela y otras naciones, esas mismas restricciones de la autoridad la han cohibido

y limitado en su ejercicio, todo ha sido un *lira-y-encoge* un *juego* entre gobernantes y gobernados, subordinado á la buena ó mala fe de unos y otros ». « Que en vano se pretende asegurar la conservación de la sociedad por combinaciones ó constituciones prematuras ». « Que todo será inútil, porque ni la ley fundamental ni la civil pueden sobreponerse á la fuerza de aquellas consideraciones (la necesidad de sacudir toda regla). Y como en comprobación de esto, y después de invocar la historia — testigo que se llama, pero que no se deja hablar — se agrega « que donde quiera que el gobierno está investido de poder *no cohibido* por restricciones, se ve consolidada la paz y el país floreciente á la sombra de *tan benéfica influencia* ».

3.º « Que lo que es malo moralmente puede ser bueno políticamente, según las circunstancias », ó conforme dicen los escolásticos *secundum quid*; y como ejemplo se añade, « que obran mal moralmente las naciones que no reconocen como dominante la religión de la generalidad de sus miembros sin embargo de ser un bien en política, como se ve por el establecimiento de algunos Estados ».

4.º Que bien sabe él (*Omega*) « que la constitución de un país es *santa* y que debe venerarse con *respeto inviolable*; pero que cuando no contiene en sí misma su salvación, ó se ha desnaturalizado en su formación apartándola de sus fines, *hacer lo que ella no prohíbe*, para asegurar éstos, *no es violación* ». « Que él (el mismo *Omega*) quisiera una regla que gobernara la sociedad; pero que éste es un vano deseo cuando esa regla es imperfecta, deficiente ó impotente ». « Y qué imbuido en todas estas ideas, en presencia de las desgracias de nuestro país, y

como conoce que entre las causas que las proporcionan es una la impotencia de la autoridad, ora porque la extensión de su poder natural se haya limitado por la ley ó por tolerancia del que la ejerce, ó por otros motivos que silencio, no puede menos que reclamar medidas enérgicas de conformidad con *los principios y los hechos* ».

Hemos puesto en diferentes grupos con escrupulosa exactitud, casi siempre literalmente, la doctrina de *Omega*, para que pueda verse la réplica al lado de la aseveración, y para que nuestras armas den, no sobre un enemigo fantástico, sino sobre un enemigo de carne y hueso que no hemos inventado. Ni cabía otra cosa en nuestra buena fe, que sólo busca la verdad, ni en el criterio del público, que tiene á la mano y puede verificar los escritos de *Omega*.

Es preciso reconocer, antes de pasar adelante, que en esta ocasión él ha blandado un poco, por lo menos en la forma. En su primer artículo había hablado de la necesidad por parte del gobierno de aprovecharse alguna vez del desorden para llegar al orden, y de ocurrir, con el propio fin, á *hechos deplorables*: hoy, en el artículo que contestamos, ya vemos que quita la dureza á la expresión, y aunque sin apearse de la querella, cree llegar al mismo resultado por el camino de los principios, que de ordinario agrada, porque es florido, llano y sin sospecha. Por la cuenta, queda sólo en *Omega* el puntillo de honra, familiar siempre importuno, falta la rigidez externa de convicciones previas y tenaces; y ya es una ventaja tener un contrario que escuche.

Manifiesta *Omega* que es radical, y después, que no lo es: aunque por el empeño que toma luego, y el rumbo que

da á la discusión, más parece que quiere quedarse anti-radical. Le aprobamos el gusto, con la pena de ver que si bien lo tiene interiormente, no logra persuadirlo á los demás. Sus palabras lo condenan: *ánimus alienus a manu*.

Si alguna vez tratáremos de propósito esta materia, le deslindaremos su linaje, y procuraremos reconocerlo como se reconoce á una persona por sus señales, indole y carácter. Por ahora, para lo que intentamos, baste decir que el radicalismo, una de las explicaciones que tiene por sus partidarios, es que, según él, la acción gubernativa debe ir cada vez á menos y la acción individual cada vez á más, que llegará un día en que nadie sea gobernado por nadie sino por sí mismo: en una palabra, que el *individuo* ha de ser todo y el *gobierno* nada. Después de escritas estas líneas; qué horrible nos parece su contenido! qué monstruoso, qué perjudicial el absurdo que envuelven!

Pues bien, *Omega*, incurre en ese absurdo. Reparad, *Omega*, que individuo está contrapuesto á gobierno: que el principio del uno es el *yo*, y el principio del otro la *sociedad*; que el uno obra por *voluntad*, y el otro por *justicia*: que el impulso en el primero es el *egoísmo* y la regla en el segundo la *ley*. Así, y como según lo expuesto el individuo viene á quedar reducido al sér fisiológico y el gobierno es el sér moral, de la misma manera que para el individuo hay su impulso de acción, llamado capricho ó interés, que es variable porque es singular, para el gobierno debe haber su regla de proceder que es inmutable porque es armónica, y que es armónica porque ha de ser para todos. Si no se hace esta distinción, que es natural, que está indicada por la verdad de las cosas, individuo y gobierno se confunden en una misma idea;

y de existir alguna diferencia, sólo se halla la de que el uno es un individuo débil, y el otro un individuo fuerte: ó de otro modo, la sociedad de los hombres sería la sociedad de los peces, peces pequeños y peces grandes, ó sardinas y ballenas. Desafiamos al que lo ose, á que nos pruebe que la lógica es una cosa diferente de lo que está escrito.

« ¿Y dónde », contestará *Omega*, « dónde está el error? ¿dónde la caída? y á qué esa red de raciocinio cuando no me alcanza? » — Si os alcanza, estáis cogido, y lo vais á ver. Observad en los grupos de los números 2.^o y 4.^o donde hay tanta creencia vuestra manifestada, tanta y tan uniforme y claramente repetida, que el gobierno no debe tener regla, ni restricciones, ni limitaciones en la constitución: que cuando las tiene, debe sacudirlas, ó entenderse con sus gobernados por el jueguito de tira-y-encoge « á ver si sale el mal bicho (decimos nosotros) en uno de los tirones »: que hacer todo lo que no está prohibido no es violación: que el desco de obrar con regla es santo, pero inútil; y que donde quiera que la autoridad no ha estado cohibida por restricciones, todo ha marchado á maravilla.

CONSECUENCIAS:

1.^a Que para *Omega* la regla no es regla, porque puede prescindirse de ella.

2.^a Que para *Omega* constitución no es constitución, porque no liga; sino que es como zapato estrecho, que cuando mata se bota.

3.^a Que cuando se ha atentado, no á lo que ella manda, sino á lo que *conviene*, ó á lo que exige la seguridad — que

no estando por la cuenta de *Omega* en la constitución, única regla de conveniencia general, no puede estar sino en el capricho, regla ésta de la conveniencia individual — todo va á pedir de boca.

4.º Que el principio y la justicia de la acción gubernativa, como no está en la ley, como no está en la constitución según *Omega*, y sin embargo debe estar en alguna parte, y se dice que está en la autoridad, viene á resultar que para *Omega* la autoridad no es ni la constitución ni la ley, sino el individuo.

Y 5.º Por último, que como el predominio del sér fisiológico sobre el sér moral, la absorción de la regla por el interés, de la justicia por el egoísmo, del gobierno por el individuo, es lo que se llama radicalismo, y como para *Omega* la autoridad es el hombre, y eso se llama también radicalismo; *Omega* aparece como radical, tanto más también, cuanto que pone la suerte común en manos de un individuo resuelto á todo, y, sobre esto, poderoso.

Omnia supercilio moventis.

Esto es así, esto resulta de la discusión que entabla y de la tela qué teje *Omega*, ó una castaña no se parece á otra castaña. Sin embargo, tal es nuestra lealtad, que le dispensamos del radicalismo : que no tenemos inconveniente en confesar que él no es ni quiere ser radical : que por apretar mucho de un lado aflojó del otro lado, y aun lo dejó descubierto : que en juego de discusión, como en juego de manos, quedan algunas veces vacíos algunos cubiletes; y que en ocasiones cabe decir en tono de urbano chiste, que nunca ofende :

Perdona, Fabio, que ensayé la pluma.

Hallamos alguna dificultad de sostenernos en nuestra natural templanza, cuando saliendo de esta argumentación, y estudiando la causa que ha ya podido obrar en *Omega* para provocarnos á ella, sospechamos que él sospeche (no sabemos por qué) que hay algún tinte de radicalismo en nuestros escritos. Hasta esto mismo, hasta esta sospecha de sospecha nos hace salir los colores á la cara : para el radicalismo, hisopo y caldereta, ó zurra y zurra : no paz con él. A menos que *Omega* llame radicales á los defensores de la constitución, y radicalismo el sistema regular, justo, previsivo y durable de la ley; á menos que las revoluciones no sean condenables porque quieren el desorden, ni los revolucionarios sean punibles porque apelan á los hechos; á menos que los que hoy azotan el país no sean tal azote porque invocan la fuerza como sustituto de la regla; á menos que el orden no sea fin social, ni el derecho enseñanza, ni la experiencia lección, ni la paz buena, ni la justicia santa, ni la historia cierta, — no hay ninguna, ninguna disculpa para *Omega*.

En cuanto á nosotros, hemos dicho, circulado y profesado lo contrario de lo que se nos atribuye. Que *Omega* vuelva á leer, que pregunte, y verá que es así. Nunca, ni por equivocación, ni por desliz, hemos incurrido en ese error. Hemos sostenido que el mal entre nosotros, viene más de abajo que de arriba; y con relación á las repúblicas de la América española, á quienes hemos aludido especialmente, hemos agregado : « No olvidéis que conviene *fortificar* el principio de autoridad. No olvidéis que la libertad es medio y no fin; y que el que dice « yo soy libre », nada ha dicho si no dice « yo vivo en paz ». No olvidéis por último, que de lo que necesitamos es de gobiernos

permanentes, de constituciones respetadas, de escritores morales y de pueblos industriados. » No, no hemos pensado nunca lo que suponías, Omega : es al revés. El *radicalismo* y el *espíritu* de nuestros escritos, como decía Mirabeau, aunque en ocasión muy otra y con diferente motivo, son dos cosas que *luchan* entre sí al verse juntas.

Aquí respiramos un poco : está contestado el cargo, disculpado Omega y él y nosotros pata, como debiera ser, ni el radical, aunque lo prueba, ni nosotros disgustados, aunque se nos ha dado motivo. El camino está ahora seguro y llano, y puede uno llegar al fin sin tropezar con la persona. ¡Qué nos gusta ! Cuando se toca en las cosas y no en los hombres, la verdad se halla más, porque se oculta menos ; y después, aquella ventaja de no tener que entenderse con el amor propio, tan descontentadizo, ni con las pasiones, tan tiranas como tan ciegas !

Ya dejamos á Omega, y nos vamos á lo que él llama sus doctrinas.

Echaremos á un lado aquello de que sería menester (para que el radicalismo pudiese gobernar) que la razón fuese un espíritu puro ; porque, aunque la razón no es ni espíritu ni materia, sino la facultad del alma, que juzga, conoce, generaliza y ordena ; al fin éste es un hilo que no hace trama con lo demás, y que no importa dejar perdido y suelto. Pero lo otro — de que los hombres han vivido alguna vez libres é independientes en un estado meramente natural, como la bestia en el bosque, ó el pájaro en el aire ; — lo otro de que el único fin de la asociación es la seguridad ; lo otro de que para llegar á formarla ha habido pacto ; lo otro de que para este pacto, y para conseguir el fin social es menester *ceder* de sus derechos, y *sacrificar*

ni poco ni mucho de la independencia y libertad... hum ! nos huele mal, y estamos por decir que nos liede á pergamino viejo. Diferimos de la idea de contrato social de Juan Jacobo, que tenía mucho talento, pero que en esto, como en varias otras cosas, no dió en el blanco. Después acá se ha errado menos, porque se ha pensado más.

Nunca ha existido esa vida mostrenca en que cada uno ha andado desgarrado. Sería ciertamente muy difícil, imposible, señalar los varios matices y sombras de la tela social desde que aparece el rudo diseño hasta que se ve el retrato perfecto de la sociedad. Pero desde la tribu á la nación, desde el adnar al palacio, desde el nómada al ciudadano, el espíritu de asociación se ve crecer como se ven surgir al venir el alba los montes desde lejos : bultos informes primero, copas verdes después con asientos sumergidos, por último las mismas moles saliendo de un mar de tinieblas á un mar de luz con sus tendidas faldas que van á buscar su apoyo á los valles. En Lot la sociedad es de rústicos pastores, en Sansón ya el pueblo hebreo es una sociedad que tiene jueces, en tiempo de David ya es una nación que crece y prospera bajo el solio de sus reyes ; pero en ninguna de estas épocas ha habido esos hombres desprendidos y totalmente independientes. O el espíritu de conquista que es base de un gobierno de convencimiento, ó el talento superior, ó la fortuna reconocida, ó las riquezas extensas, ó la fuerza corporal, ó el interés mutuo, han acercado á los hombres para el trato, los han ligado para la obediencia, los han interesado para el comercio, los han alentado para el progreso, los han hecho miembros de una misma comu-

nación; y, ó como poblada ellos, ó como pueblo, como clan ó como nación, siempre ha habido quien obedezca y siempre quien mande. llámanse éste Cacique ó Rey, Presidente ó Hospodar, Zar ó Dictador, Caimucán ó Consejo, Emperador ó Gobierno de Inglaterra.

El modo con que se organizó á los principios la sociedad, es muy fácil comprenderlo, cualesquiera que sean las diferencias específicas que hayan presidido á su varia formación en varias partes; diferencias que habrán provenido ora del clima, ora de las costumbres, ora de las propensiones y tendencias locales, y siempre de un accidente que no destruye en nada lo substancial. El hombre se encontró desde que se estudió á sí mismo con la propensión del amor, que había menester objeto, con el impulso de las necesidades de la vida, que habían menester recursos, con el anhelo de la propiedad, que había menester protección; y de aquí la familia primero, el comercio luego, y más luego el gobierno. Luego, decimos, no porque estén divididas las épocas en el tiempo, sino porque lo están en la especulación; no ha habido en la realidad esa sucesión de acontecimientos sino para el desenvolvimiento y la mejora; pero lo que es en germen, han existido siempre simultáneamente familia, comercio y gobierno. Ese estado natural y primitivo, esos hombres ariscos que huyen de todo trato, hasta de la seductora mujer, esas mujeres, muchos como las Amazonas, sólo han servido alguna vez de alimento de la fábula, de materia á historiadores cándidos, de adorno á la poesía y de risa y fiesta al genio observador. Ya nadie disputa sobre esto. Ya todo el mundo sabe que las necesidades communes se tradujeron luego en conveniencia recíproca, la conveniencia recíproca

en orden, y el orden en una especie de regla fija, escrita ó no escrita que ha llevado siempre el nombre de ley.

*Jura inventa metu injusti fultere necesse est,
Tempora si fastos que velis evolvere mundi.*

Y aquí nos entramos ya de rondón por las doctrinas de Juan Jacobo, á quien no le libertará ni su profundo talento, ni la defensa de Omega, del fallo que la posteridad ha dado de su Contrato social. La filosofía es muchas veces como un viajero, que habla por lo que ha visto, y es ciega é ignorante en lo que queda por ver. La verdad, como si tuviese pudor, se deja estudiar modestamente, y la cortina del mundo la levantan muy poco á poco los siglos. Detrás de ese escritor se veía aun la ley suprema como una concesión, y se llamaba carta por lo mismo. Carta se llamó la de Juan Sintierra en 1215. De carta habla el Rey Fernando IV en el juramento que hizo á la nación en las primeras Cortes celebradas en Valladolid en 1295. De franquezas, equivalentes á cartas, Don Juan I en las Cortes de Burgos de 1370. De carta Doña Juana la Loca en 1506. De carta Carlos I y la dicha reina su madre, en las Cortes de Valladolid de 7 de febrero de 1518. Y sería fácil citar muchos más ejemplos.

Tal era el derecho público entonces, tales las ideas recibidas. En tiempo del Consulado, como habían precedido las varias Constituciones de la Revolución, con ser Napoleón Napoleón, la variación se redujo á decir *Senado consulto orgánico de la Constitución*, y Luis XVIII y Carlos X no se atrevieron á más que á *Carta constitucional*.

Lo que hay de cierto es, que no hay tal carta: que no existe contrato ninguno entre gobierno y nación; y que

la nación elige, señala ó consiente el modo de ejercer la autoridad pública que se llama *distribución é información de poderes*, el medio que ella cree más adecuado para este fin, que se llama *forma de gobierno*, y ciertos derechos matrices llamados *garantías*. Forma de gobierno, distribución é información de poderes, y algunas veces garantías, (*bill of rights*) son las partes integrantes de una constitución. Decimos algunas veces, porque en esto ha habido variedad. Los Lores y los Comunes de Inglaterra pidieron estos derechos matrices al Príncipe de Orange en 1688 : la Constitución federal de los Estados Unidos no los contenía primitivamente, y si al cabo se pusieron, fué por petición é insistencia de algunos Estados; y por último, no faltan constituciones particulares de la misma República que carezcan de ellos absolutamente.

Todavía en un punto, muy relacionado con el anterior, tenemos cuentas que arreglar con el filósofo de Ginebra, y por consiguiente con *Omega*. En la formación de los lazos sociales y en las relaciones de nación á gobierno, *no se cede ni se sacrifica* libertad, ni independencia, ni cosa que se le parezca. Eso era lo que sabían, y lo que predicaban, y lo que intentaban los que daban las cartas para que se las recibiesen bien. Hoy ya se sabe otra cosa : la doctrina sobre esto es más moral, más religiosa, más conservadora. El hombre como sér fisiológico, no tiene sino pasiones : es avaro, cruel, vengativo, rapaz, disoluto, asesino, no tiene sino deseos inquietos, tendencias criminales, impulsos indefinidos, arranques ciegos, como una bestia feroz. Pero además es un sér de razón : si daña ve que lo dañan, si no cumple sus obligaciones, pueden faltarle mañana á sus derechos, si salta el cercado ajeno

ya puede contar con que el propio no guarda seguro su miés.

Desde entonces se contuvo el hombre en su camino, moderó sus deseos, enderezó bien sus tendencias, puso freno á sus impulsos; de esta manera los arranques fisiológicos se convirtieron en una acción previsiva, regularizada por el provecho común; y nació con esto la idea de *libertad*, que por lo visto tiene un origen moral. La acción fisiológica se encamina á destruir porque trae la guerra; la libertad, á conservar, porque es armónica. Pero como no basta el sentimiento de ella para que exista en el hecho, ni basta la especulación para la práctica, porque el mismo hombre es moral y fisiológico, y el interés ahoga algunas veces la justicia, se hizo necesaria la existencia de una regla divina llamada religión, y de una institución civil llamada gobierno, con el objeto la primera de señalar los límites de la libertad, y con el objeto la segunda de hacer efectivos esos límites. Ahora bien, dichos límites están en el derecho ajeno, para que no lo turbe el mío, en la obligación mía, para no faltar á lo que debo; en una palabra, en dar íntegramente, pero también en recibir con la misma integridad.

Ya lo veis, *Omega*, nada se cede, ni se sacrifica : el impulso fisiológico no es libertad : nadie cede el poder de matar, de robar, de incendiar, porque no hay justicia para ello. El gobierno se hizo, entre otras cosas, para asegurar los derechos, no para menescabarlos; para hacer efectiva la libertad, no para destruirla. Juan Jacobo no tenía razón, no la tenía. Los grandes hombres también yerran.

No quisiéramos haber leído, quisiéramos borrar lo que

Omega ha escrito de que « hacer lo que la constitución prohíbe, no es violación... Todavía es tiempo de arrepentiros, *Omega*. ¿Sabéis lo que es eso? El caos como regla, y el argumento que sirve como lema á la bandera de todas las revoluciones.

No quisiéramos que hubierais escrito y defendido otra vez que lo que es malo moralmente puede ser bueno políticamente, citando para ello la religión. ¿Sabéis lo que decía el P. Ventura en un elocuente sermón de hace poco tiempo con relación á nuestra Religión Santa? Que ella nunca necesitó del amparo de un pedazo de púrpura entre los romanos, sino que subió por sí misma, y se sentó en el solio de los Césares. ¿Sabéis lo que reclamaban los mártires? Libertad para predicar que el triunfo de la verdad lo creían seguro.

No quisiéramos... Pero en fin, siempre os salva, *Omega*, vuestra sana intención y vuestro amor patrio; y nosotros debemos ya cerrar este artículo. No hemos reñido con armas prohibidas, ni nos parece que habremos de quedar reñidos los dos. La discusión ha sido muchas veces tímida, siempre cortés, como es cortés vuestro modo, como es cortés vuestro lenguaje : ha sido dar tanto por tanto. Si se ha caído alguna expresión que os suene mal, si ha habido algún desliz impropio, que ignoramos, esperamos que perdonaréis. Por lo que toca á nuestra conciencia, os aseguramos que hemos procurado corresponder, con nuestra templanza á lo menos, á lo que merece vuestro carácter, á la gravedad de la materia y al respeto del público.

1869.

XI

CRÉDITO MUTUO

El señor Esteban Ponte ha dado á luz en los números 516, 517, 518 y 519 de *El Porvenir* de Caracas, una bella teoría sobre *Asociaciones de Crédito Mutuo*, desenvuelta en cuatro largos artículos; y se halla tan buena doctrina en ellos, y han sido tan bien acogidos por la parte pensadora, que la mención aquí del trabajo para darlo á conocer más, es al propio tiempo bien común, y justicia hecha al autor.

Desde hace tiempo viene el señor Ponte, tan joven como es, y con todo dedicado á este linaje de lucubraciones áridas, recogiendo sus frutos, y procurando, con poner la semilla, que aprovechen á una sociedad como la nuestra, incipiente en sus industrias, y que necesita, para verlas florecer, del alimento del crédito.

Es solaz del ánimo que se dé tal ejemplo : así se sabrá, siquiera con uno, ó con algunos, aunque pocos, que los estudios serios son los que nutren, que la frivolidad, por brillante que sea, modifica el alma, pero no da nervio á las fuerzas sociales. En esto nuestros padres (y sea dicho de paso, como honra de familia) fueron muy superiores á nosotros : labraron el metal que tenían á la mano : fueron publicistas, porque habían de ser libertadores; y ahí están

los monumentos de sus escritos como de sus virtudes. Nosotros, al contrario: con derramar el mundo á nuestros pies tanto útil, escogemos lo liviano; y teniendo á nuestro servicio tanto oro, hacemos moneda de vellón: somos mas poetas que industriales, mas hombres de fantasía que de negocios; de donde viene á ser, que falten carreras, que falten especialidades, y que se sienten menos aquel alto influjo, que es profesorado en las ciencias, que es magisterio en las artes, y que da vida y tono al orden social. Hasta la política se resiente de este mal: inutilizado el talento por la malicia, viene otro genero de acción y conquista el poder, porque el poder es del que obra.

El que esto escribe, tenía esta queja dentro del pecho, y debía derramarla. No es una cenara amarga; es una apelación á la inteligencia, para que despierte, para que se ponga á la obra, para que salga á la escena, para que desempeñe su papel. Si hay culpas, ella es la culpable; porque la responsabilidad es del que tiene el deber, y el deber del que tiene el encargo. Tome el pensamiento su altura, y entrará el país en el camino del progreso.

El amor de él, y el ser la obra por lo menos una aspiración á lograrlo, es lo que ha hecho estimar tanto los artículos del señor Ponte, en los cuales se encontrará, bajo una exposición sencilla, una frase clara, y un estilo propio y elegante, cuanto se apetecza saber en la materia. Todo intento de darle más luz, de hacerla más trasparente y más asequible con comentarios, sería tan inútil como ridículo. Se llega á tal grado de orden, á tal grado de simetría en un asunto, que se logra por fin como la cristalización de la verdad.

Una prueba de esto es, cuando los menos entendidos,

los que no han hecho tantos estudios, y aun los que nada saben, ven sin sombras lo que se enseña, y aun llegan á creer que aquello lo sabían antes, y hubieran podido escribirlo con la misma precisión. Es que la teoría, expuesta así, es un vidrio plano que pone detrás el panorama.

Principian los artículos por la definición del *capital*, como medio de producción, y como fomento del trabajo. Pero como el capital no puede ir á manos del que lo necesita, sin confianza del reembolso del principal, y de que se haga efectivo el pago de los servicios que presta, de aquí la necesidad del *crédito*, abonador eterno en la industria para no hacerla cautelosa ó tímida, intermediario de buena fe entre el que da y el que recibe, y rueda perpetuamente giratoria que hace que los valores recorran toda la escala social, para que la nutran, y no estén nunca quietos, para que la enriquezcan.

El crédito, sin embargo, tiene historia: no fué siempre uno mismo, ni se comprendieron sus leyes de un golpe. Presa unas ocasiones de intereses confederados, víctima ótras de clases opulentas, acá trabado por la avaricia, allá obscurecido por la ignorancia, ha ido, como toda institución, ganando terreno con el tiempo, conquistando derechos con la lucha; hasta que al fin, hecho mas amplio el reinado de los principios, y más efectivas las esperanzas de los intereses comunes, han podido crecer á su sombra, y con menores embarazos del crédito mismo, sus aspiraciones legítimas y sus tendencias universales.

Esta larga jornada que él ha rendido, la sigue el señor Ponte con notable sagacidad, desde el banco de depósitos, cuyo primordial objeto fué la fijación del valor de la

moneda, hasta el banco mercantil, que hace todas las operaciones del giro en las altas esferas y entre los grandes capitales.

Fué un paso de progreso : el papel garantizado, la circulación de los valores, el ahorro del tiempo, la economía de un agente barato y á la mano para las frecuentes transacciones, la oferta y la demanda mas cerca, el capital más movilizable, las esperanzas más halagadas, el trabajo más provisto, las industrias más favorecidas, más acción, más reproducción : hé aquí una cosecha de bienes que alcanzó á mayor número de clases; y la riqueza pública se vió, con esto, lanzarse á las manos de los que la buscaban, para premiarles su afán, y correr por canales desusados, pero más anchos y más ricos.

Este era un problema económico resuelto : pero faltaban otros tan principales por resolver. La clase agricultora combatía con industrias de rendimientos tardíos y créditos de plazos cortos. Se remedió el mal, ó se satisfizo la necesidad.

La clase pobre, la obrera, la que no puede hacer sino pequeños ahorros, cuando los hace, no alcanzaba los beneficios del crédito, porque apenas lo tiene personal. No pudiendo dar garantías, tenía que morir al pie de la cigüeña, ó con el martillo en la mano, ó contar, como triste recurso, con el lecho de un hospicio.

Así pasaron siglos, bajo cuyo velo se han ocultado tantas lágrimas, para dar lugar á, ó para hacer más patentes, los famosos crímenes. Conforme se remonta el tiempo, la historia no ha sido más que el archivo del orgullo humano; y si el tiempo que corre es mejor, es porque los intereses son más de familia, y la civilización, no fantasías ó esfuer-

zos de filósofos, sino derecho y goce de todos los gremios sociales. En eso consiste la democracia : en abrir camino á todas las aspiraciones, en hacer comunes en lo posible, sin daño ajeno, los dones de Dios; no en falsificar su obra, queriendo igualar el cedro con la caña, y destruyendo aquella escala de la virtud y del mérito, que es derecho propio é igualdad de la justicia.

Para que ésta alcanzase al mayor número, pensaron los filántropos en el establecimiento de las *Cajas de Previsión y Ahorros*. Colmaron en efecto un gran vacío, y hoy son consuelo y recurso de la clase menesterosa. Estas cajas fomentaron la economía, crearon hábitos honestos fueron escuela del trabajo por la esperanza de verlo acumulado; y el pequeño obrero tuvo, con esto, mejor suerte y más serenos días.

Pero aun así, esta institución era deficiente. Llenaba unas necesidades; pero dejaba otras sin llenar. El señor Ponte pone de bulto los defectos, y pasa en seguida á buscarles el remedio, que halla en la idea de Schulze-Delitzsch.

El crédito no se presta sino á la confianza, y no hay confianza sin garantía efectiva; ¿cómo habilitar el crédito personal de una parte notable del género humano, de todos los gremios trabajadores en pequeño? La resolución de este problema era de imperiosa necesidad, por las que había que satisfacer, y al mismo tiempo de inmenso provecho, porque lanzaba al torrente de la circulación en forma reproductiva un cúmulo grande de ahorros, perdidos para sus dueños, porque no los colocaban, y perdidos para la riqueza pública, porque no llegaban nunca á aumentarla con la condición de capital.

Se estudió mucho, se pensó más, y al fin se halló la ley. *Asociación, mutualidad y solidaridad*, hé aquí los tres principios de los institutos de crédito mutuo.

El capital social de ellos se forma de dos maneras: de una cuota de entrada, y cuotas mensuales y anuales, que dan acción á los contribuyentes y socios, y derecho á dividendos; y de los préstamos que hace la sociedad con la responsabilidad solidaria de los asociados, sea porque al principio aquel fondo no alcance á las operaciones y objetos del instituto, sea porque se les quiera dar mayor ensanche.

Se ven asomadas ya de bulto sus ventajas. Se tiene un banco popular, una institución de crédito propio de la clase obrera y pobre. Se ve que ya no es sólo banquero el rico, sino el que ahorra. Se logran los bienes de las cajas de previsión; depositando economías sin el temor de que lleguen los casos frecuentes de retirarlas, porque la solidaridad, compañera del bien común, vincula al contribuyente á un negocio en que la responsabilidad es infinitesimal, y el provecho grande. Se forma una familia de lo que no lo era, y un capital considerable de picos condenados á perderse. Se alcanza en la reunión de los valores el beneficio que resulta de la reunión de las personas: la multiplicación de las fuerzas y las fuerzas del capital. Se siembra el estímulo, se alimenta la esperanza, se alienta la virtud, se educan los hijos, se ama el trabajo, se forman las buenas costumbres, y por último se ahorran lágrimas á la humanidad, que es el gran tema de la religión como de la filosofía social.

El asociado tiene además abierto el crédito para pedirlo hasta el monto de su depósito bajo su sola firma; en canti-

dad mayor, y en proporción, con la garantía de ciertas firmas de consocios.

De esta manera pueden proveer los obreros y los pobres á sus necesidades extraordinarias, á las exigencias de sus pequeñas industrias; y disponiendo de capital con relación al que tienen; continuar en sus oficios y carreras, sin perjudicar los intereses del instituto.

Se puede también atender á sus enfermedades y á otros accidentes de su vida; y no falta alguna institución de esta especie en que se han buscado medios de proporcionar alojamientos á los asociados pobres.

El señor Ponte teje la trama, y forma la organización de estas casas, con tal arte, que uno ve los hilos y los nervios. No cabe otra cosa que remitir, al que quiera conocer la materia, á estos artículos.

Damos al autor la enhorabuena por ellos, porque le honran; al público, porque los ha honrado y le honra este juicio; y á la clase pobre y obrera, porque, si se llega á la realización entre nosotros, tendrá un depósito para sus ahorros y un instituto para su crédito.

1866.

XII

MONEDA

Voy á dejar caer sobre el papel algunas ideas que me ocurren sobre esta materia, las cuales pueden ser ampliadas, reformadas ó modificadas por personas competentes; y aun es bien mirado que lo sean, ya que siendo el bién público, por el cual se escriben, un *testato* común, es justo que *tólos*, cual más cual menos, lleven á él su mano, su cooperación, ó su ayuda. De esta manera, hasta se logra que olvidadas ó desacreditadas las cuestiones personales, de tanto escándalo en los que las promueven, tódos vuelvan los ojos á las de organización administrativa, para ver así de consolidar más la armonía común y la paz pública, voto ferviente de cuantos aman la patria.

La moneda por su doble carácter de mercancía que es y de signo de los cambios de que se sirve, ejerce un grande influjo, mayormente por el último respecto, en la circulación de la riqueza, haciéndola más ó menos provechosa ó perjudicial, más ó menos sana ó enfermiza en el trueque con los demás valores; todo ello según el equilibrio que exista y la relación que se observe entre el valor intrínseco de las piezas de metal amonedado y los servicios ú objetos que puedan adquirirse, comprarse ó cambiarse por aquéllas. Tan pronto como se nota el desnivel, que á

nadie se oculta cuando existe, ó entra la desconfianza y la circulación se perturba con grave perjuicio de los intereses, que sólo viven moviéndose, y sólo se mueven en canales sin estorbos; ó si ha de prevalecer el mandato del Soberano, como regularmente sucede, que establece el tipo, el peso y la ley de la moneda y la hace de recibo obligatorio (*legal tender*), va y viene, es verdad, y continúa siendo el alma de las transacciones; pero como en cada una de ellas hay un pago, en cada pago habrá una pérdida, y multiplicadas éstas según el número de negocios, serán al fin de un monto enorme en el balance de cuentas con el comercio exterior, que con su moneda viene á ganar y absorberse el descuento — no representativo de trabajo sino de ineptia — que produce el tráfico con el país que tiene en circulación moneda mala.

Mucha es la atención que se presta en los países cultos en que son tan caros los intereses comunes, á una materia tan grave como ésta, que puede, bien dispuesta y organizada por las leyes, ó promoverlos eficazmente, para promover así la reproducción sucesiva de los valores y la remuneración justa de los servicios, blanco, afán y anhelo de la vida social; ó en caso contrario, servir de cebo para la codicia, de motivo de especulaciones para el agio, de tentación para cálculos ruinosos, y de medio para que vaya desapareciendo la riqueza pública, que como el tonel de las Danaídas, no bien se llena cuando se vacía.

Aquí la aritmética no engaña. No debiendo tener la moneda más valor que el del metal que se emplea en ella y el de los gastos de acuñación, que es todo ello lo que se llama su valor intrínseco, cuando se le da uno mayor en un país, indudablemente representa ella en él el atri-

buido, y compra en la misma proporción los servicios hechos; pero entonces sucede, y sucede necesariamente que la moneda que llega del extranjero, con menos pero con legítimo valor, viene á obtener ganancias que no representan servicios ó que son servicios arrancados, sin equivalente dejado en cambio, á la Nación que da lugar á este tráfico ruinoso. Las telas que se compran ó se venden para el exterior, las mercancías y artefactos que entran, los frutos que se exportan, en suma, todas las transacciones, que no son más que trueques de servicios por servicios y en las cuales viene á reflejarse el tipo y la naturaleza de los valores que los representan, tienen que resentirse del desequilibrio cuando existe, y del temor que hay y del mal que se experimenta con cambios en que la mejor parte toca al dinero, por cuya pendiente corre la especulación previsiva y el interés ávido, debilitándose el espíritu de empresa, y postrándose la industria en el país que tiene un mal signo de valores.

Entre nosotros es todavía mayor, si cabe, el perjuicio que se experimenta con la moneda que tenemos. Siendo aquí pequeña, expuesta y transitoria la renta territorial en los lugares en que la hay, precario el provento de las propiedades urbanas y de llano, puede decirse (debido esto á nuestra situación principiante, nuestras guerras y nuestra mala organización económica), que la única riqueza que tiene renta fija es el dinero; y como la saca ó la impone con arbitrariedad, puede llamarse el déspota de los demás valores. De donde resulta que los que por sus medios son capaces de adquirirlo ó acumularlo, tendrán al colocarlo, la doble estupenda ganancia, del valor que él tiene de suyo y del que acrece el poseedor con la

diferencia que hay entre la moneda buena que trae del extranjero y la mala circulante en el país.

Esta generalización de principios conocidos y de verdades prácticas fué necesario hacerla anteceder á la materia concreta que me va á ocupar en lo tocante á nuestra actual circulación monetaria; para lo cual expondré de paso las principales disposiciones legislativas y administrativas referentes á ella.

Aunque en 13 de mayo de 1834, en 28 de marzo de 1835, en 2 de mayo de 1840 y en 29 de marzo de 1842 se legisló sobre moneda, la ley sancionada en 28 de marzo de 1848 fué la que habiendo autorizado al Poder Ejecutivo para formar y circular la tabla de los valores comparativos, vino á establecer así *el premio de las monedas extranjeras* comprendidas en aquellas que se introdujesen para circular en el país. Este premio es el que todavía subsiste; y sobre el cual es que principalmente se va á llamar la atención en este artículo. En 1857 se determinó que durante un año contadero desde el día en que se pusiese en circulación la moneda de oro nacional creada por la ley de esa fecha, no se pudiesen alterar los valores de las diversas monedas admitidas al curso legal, y que fuese el Poder Ejecutivo el que pudiese fijar periódicamente el valor de cada pieza. Se legisló igualmente en 1859 y en 1865 hasta tener la ley actual vigente sancionada en 11 de marzo de 1871 por el general Guzmán Blanco, Presidente Provisional de la República, la cual es una buena disposición, sin más defecto — bien que éste tan grave — que la tabla que se le agregó como complemento, en la cual continúa el premio primitivo para las monedas extranjeras.

No hay para qué hablar aquí de las diferentes acuñaciones que se han hecho en el extranjero, entre otras, la que proximo del amplexo de seis mil libras esterlinas que por medio de la Compañía de Crédito fué llevada á cabo por el órgano de los señores Tulkien y Damién, ni de la que por resolución fecha la el 28 de junio del año próximo pasado se encargó á los señores J. Ruhl y C.^{as}, los cuales contrataron traer ochocientos cuarenta mil venezolanos, con el tipo y las demás condiciones prescritas por la ley de 11 de mayo de 1871, en porciones mensuales de cuarenta mil venezolanos; porque lo que es la acuñación de la moneda de plata venezolana que hoy anda en el comercio, tiene el peso y ley que debe tener, es por lo mismo un excelente signo de circulación, y en el extranjero es admitida á la par que la moneda del tipo francés.

Lo que sí importa observar es, que el decreto de la propia fecha 28 de junio del año último — que prohíbe la importación de la moneda extranjera de plata, ordena su reexportación y obliga al importador, bajo fianza, á probar con certificado del Cónsul respectivo, que aquella llegó al lugar de su destino — aunque justificado entonces con razones que se creyeron ser sólidas por el momento, ni es económico en sí, ni puede remediar el mal que se propuso.

No es económico: primero porque siendo un principio el libre cambio, es irracional sobre ser absurdo — puesto que los intereses rompen toda valla — el poner una al signo principal de aquéllos. Esto equivale, ó á pretender una iniquidad, ó á erigir en dogma un desafuero. 2.^o Porque la circulación de los valores está expuesta á vaivenes

con que sube y baja, á pánicos que la perturban, á necesidades que la aumentan, á los efectos del acrecentamiento de la riqueza y del tráfico que la hace mayor aún; y siendo el principal valor de los que circulan el dinero, no es posible poner coto al que éntre ni al que salga en un país, sino dejarlo á que tome el impulso de la corriente y el nivel de las tendencias industriales. 3.^o Por último, porque en este caso la regla es que el Soberano establezca su moneda nacional con la ley y el peso propios, sobre la cual ejerce inspección y autoridad (*control*), y la cual circula sin inconveniente, porque tiene el valor que debe tener; pero como no puede ser juez del dinero ajeno ni prohibir su entrada al país que puede haberlo menester para las necesidades de las transacciones, se contenta con admitirla como mercancía, según lo dispone sabiamente nuestra legislación, y como parte de ella el mencionado decreto de 11 de mayo de 1871. No logra remediar el mal el decreto referido de 28 de junio; porque ¿quién puede asegurar que no se ha introducido ya y se está introduciendo mucha moneda extranjera, especialmente de la que tiene el estímulo poderoso del alto premio? ¿No son nuestras costas abiertas, muchos lugares de ellas despoblados, y grande la tentación de introducir furtivamente un artículo de tan pequeño volumen y tanta ganancia en el momento? ¿No se puede ocultar hasta en las faltriqueras, de las cuales penetran por nuestros puertos millares todos los días?

Véase: en la libra esterlina pagamos de premio un cuatro por ciento, en el peso fuerte boliviano, llamado vulgarmente del arbolito, 34 1/2 por ciento, en el dólar de oro norteamericano 5 0/0, y así más ó menos en pro-

ponción respecto de otras piezas extranjeras. Supóngase que un contrabandista se resuelve á ir á Lima, donde se encuentra la cantidad de plata boliviana que se quiera, que le oculta hacer un pago de clandestino é introducir aquí en diferentes partidas cien mil pesos tomados allá á cuatro francos, ¿cuál es el que con esta operación sencilla, sin más trabajo, que el de ir, al más peligro que el de buscar una playa solitaria, realizar como ganancia 34.500 pesos? ¿Esto es comparable con el silencio, á el desierto, á el aislamiento? ¿que será si se va á la tándén con funcionarios subalternos ínticos que pueda existir, y con la tentación de proventos tan altos que con arreglo de la codicia?

No hay para qué alargarse en materia como esta que se presta á tantas reflexiones tristes, ni para qué mirar el fondo de un abismo tan profundo, si no tratamos de cerrarlo. Los males que generalmente resultan de tal organismo vicioso, ya se conocen; y basta agregar á los ya dichos atrás, el hecho de que ya la moneda venezolana principia á abandonarnos, como buena que es, y empezamos á verla suplida con la moneda de premio: prueba esta última de que no se le pueden poner puertas al mar: ni para el movimiento de sus olas, ni para la circulación libre del dinero. Muchas cosas más podría decir: pero me contento con éstas para llamar la atención sobre la materia y excitar á mejores jueces á que la illustren.

Si parece bien lo que he expuesto, me gustaría que el actual Ministro de Hacienda, señor Vidal, tan digno de desempeñar el puesto por su ilustrada experiencia, y á quien yo tanto amo y respeto por aquella habilidad y sus altas

virtudes públicas y privadas, presentase estas reflexiones más al Ejecutivo Nacional, para ver si él se digna hacer lo que conviene y lo que está además ordenado en la ley respectiva (1).

1877.

(1) Este artículo es de 1877. La moneda venezolana, desde entonces, vale tanto como la francesa, á la cual equivale. El bolívar vale un franco. La división por el sistema decimal es el que rije. La república ha mantenido y mantiene su patrón de oro. (1913.)

EL NAZARENO DE SAN PABLO

Híde ahí, cristiano, va cargando con el peso de nuestros pecados, va al Calvario á consumir la redención, clavado en la misma cruz que lleva; y sin embargo esa víctima propiciatoria es nada menos que el Hijo de Dios, que se ofrece Él mismo en sacrificio.

Desde este acto sublime en que nuestro Señor empenó su grandeza y sus dolores para rescatarnos de la mancha original, el mundo cambió de faz: se fueron las tinieblas, se fué el error, cayeron sobre su pedestal mismo los ídolos del Imperio romano, y los Césares tuvieron que abjurar su superstición y abrazar la religión del Galileo.

Ese que ves estampado, cristiano lector, es el propio que nació sobre humildes pajas en Belén, y había de inundar con su luz el universo.

Nada más grande tiene la historia en sus anales. Figúrate á San Pedro, carácter rústico en maneras, ignorante, pero al cual había de llenar el espíritu de Dios, en viaje de las orillas del lago de Galilea, con sus sandalias, su bordón en la mano y su sencillez de campesino; que tú le encuentras en el tránsito, que le preguntas á dónde va, y que él te contesta: voy á la capital del mundo á hacer variar de manera de pensar á ciento veinte millones de

almas, á quebrar el cetro á los Césares en sus propias manos, á hacer callar las sibilas, á echar abajo el Capitolio, y á levantar mi silla, que algún día estará en la basilica que lleve mi nombre, desde donde, como Vicario de Dios sobre la tierra, diete fallos inapelables de las reglas de las costumbres, sea el primer Pontífice de la nueva religión, y logre que las naciones todas vuelvan la vista á mí y á mis sucesores para encontrar la luz y practicar la justicia. Tal respuesta, cristiano lector, parecería un delirio, si la experiencia no hubiese venido á comprobar la profecía. Conforme corrió el tiempo, el orbe latino empezó á cambiar, cesaron los combates de gladiadores, cesaron las luchas con las fieras, se desacreditaron las *tupercules* y *saturnales*, los hábitos se hicieron más saúves, las tendencias más generosas; y tomando la legislación el tinte de la nueva doctrina, se humanizaron los códigos, subió la mujer á la categoría de señora, llegaron los hijos á estar más cerca del amor de sus padres, llegó á dulcificarse el horror de la conquista, y todo tomó un aspecto nuevo en el sentido de la civilización y la cultura.

Pues bien, San Pedro, que al fin fué el Jefe de la Iglesia militante, y los demás Apóstoles, fueron los pescadores, primero de peces y después de almas, que eligió Jesús para divulgar su evangelio.

Este evangelio es la revolución más grande que han presenciado los siglos, y la piedra angular que permanecerá intacta hasta el último día de ellos.

La religión de Jesús, no sólo ha sido productora de milagros, sino que ella es un milagro continuo: desafía al tiempo, que no puede nada sobre ella; desafía á la filosofía á la cual vence en su propio campo, ó la obliga á abjurar

sus errores: y sobreponiéndose á todas las adversidades y siendo más poderosa que todas las borrascas juntas, después que el mar agitado por ellas ha sepultado todas las flotas y armadas, la nave de Jesús es la única que se ve empavesada con gallardetes y banderas, quedar inmune, y cortar las olas con su misma marcha triunfal.

Pasó el imperio griego, que duró más de diez siglos; pasó el imperio de Occidente: pasaron todas las monarquías formadas por los enjambres del Norte. ¿Qué queda de los godos, suevos, normandos, vándalos y hunos, que atronaron un tiempo la tierra con sus victorias? ¿Qué queda del imperio de Carlo-Magno?

Pasó Alejandro, del cual sólo queda la tiniebla que cubre el rastro de esplendor que deja el rayo, sin más recuerdos que nombres vanos ó ejemplos tristes, como las embriagueces del héroe, y la memoria de Arbela y del Granico como teatros de matanza. Pasó César, que fué de de sus *Comentarios* y su genio labrado para hacer su grandeza personal, nada ha legado al mundo que lo mejore y lo haga progresar. Pasaron las Repúblicas italianas, entre ellas Venecia, que nació cuando el cristianismo era ya viejo y que duró más de mil años para desaparecer y dejar al cristianismo en pie.

Todas esas grandezas, todas esas naciones poderosas, á lo más tener, tienen la majestad de las tumbas, adonde va uno á conocer el imperio de la muerte y á tomar entre sus dedos el polvo de la nada. Lo único que está fuera de esta ley de destrucción, lo único que se liberta del huracán que derriba cuanto nace, es la religión de Jesús. En el espacio de más de mil ochocientos años, generaciones innumerables, pueblos poderosos, instituciones célebres,

sistemas, costumbres, legislaciones, tendencias, usos, modas, conquistadores y reyes, héroes y caudillos, han aparecido sobre la tierra para pasar uno tras otro como las nubes. Las nubes siempre pasan: lo que nunca pasa es el cielo azul, que es la religión del NAZARENO.

¿Qué religión ésta! ¿Qué bella! ¿Qué consoladora! Ella es la que dice al oído del que sufre, que hay quien cure el mal. Ella quien está en el punto de todo extravío y en el fondo de toda desgracia, para conducir de la mano al caminante y convertir en miel el acibar. Ella quien pone en boca de la madre aquellas palabras autoritativas que labran en el corazón del hijo la propensión al bien. Ella quien toma el traje de la caridad y llena su cesto de panes para llevarlos á la casa de los que han hambre. Ella quien toca á la puerta del que llora para llevarle el paño que enjuga. Ella la que no nos desecha por pobres ni nos envanece por ricos, y no teniendo en cuenta la desigualdad de la fortuna, promete que todos, si son buenos, tendrán por gala la vestidura blanca de la justicia, y por premio el asiento excelso de la gloria. Ella quien lleva al hogar la paz, quien crea los lazos de familia, quien santifica el amor, quien enseña la sociedad, y quien predica que el dolor es un sacrificio que cuando se sufre con ánimo resignado, es merecedor de la tranquilidad del espíritu y la gracia. En suma, el cristianismo es todo, y la verdad es que si no nos entregamos en sus brazos, tendremos que caer en los brazos de la desesperación.

Es una cosa digna de notarse la impresión profunda que causan todos los *pasos* de la Pasión, y nada es más hermoso por ejemplo, nada cautiva más el espíritu, que la figura del Nazareno ó de un Crucificado. Esta impresión

está fuera de la estética, y sólo puede explicarse por la religión, que es la que obra más sobre los sentimientos. La paleta del pintor es la naturaleza : la bóveda celeste que pintaban Miguel Ángel y Rafael, los estremecimientos del dolor que pintaba Ribera, el aura de la mañana que pintaba Murillo; pero las líneas y colores que dan la figura de Jesús son los que se toman en la redención humana, en los designios de la Providencia y en los tintes místicos del cielo. No es Tintoretto quien ha hecho esa imagen, Leonardo de Vinci : son los ángeles, que fueron al hervidero donde se cria la luz para tomar el rayo más fino y el matiz más delicado.

XIV

A CLODIUS

BEBERES DEL PATRIOTISMO

I

Aparece de nuevo *Clodius* en el campo; esta vez ya descubierto, y como otras, y como es usanza suya, gentil, gallardo y fuerte : caballero novel de pocos años, pero así, probado en lides. Él nos halla en nuestro puésto, siempre apercebidos al combate, las armas las de ley, la visera quitada, el sol partido. No será menester darse de tajos, reveses y mandobles, porque la cuestión es de principios, que él comprende, y la demanda el derecho, que él proclama. Así cerraremos un poco, como quienes se entienden ó deben entenderse, como quienes no aparecen ya muy encontrados; y á vueltas de un simulacro de justa, en éste ó en otro lance, nos parece que llegaremos á estar de acuerdo por fin, y que hasta podremos salir juntos, platicando entre chistes, del palenque.

Nos gusta eso; nos gustan esas luchas : después de ellas halla uno que la razón es algo, y el acatarla más, y lo que es mejor que esto, que se ha conquistado una idea, que entra luego en el tesoro que las guarda. Así, el pensamiento va, y la convicción viene, y la luz se esparce como una

atmósfera que inunda. Así, la prensa es arma, la discusión recurso, la libertad derecho y la ciudadanía un título preciado. ¿Qué queda de esas disputas inmoviblemente apasionadas, después que tienen fin, más que el ruido de las palabras y la huella profunda de los odios? ¿Qué son la aleva injuria y la personalidad vulgar escritas, sino impotencia confesada y sacia hiel vertida? Describir de esta manera es abandonar la tribuna por la plaza, la réplica por el insulto, la doctrina por los hechos, y el colorido espléndido por el vil lodo.

Clodius está sobre todo esto, sobre todas esas pequeñeces, en la elevada región que es la suya por su elevado talento. A cada cual lo que le toca, y nosotros se lo reconocemos. Fácil, terso, rico, brillante, apasionado é ingenioso en su lenguaje, en su estilo y en su lucha, asiste uno á ella como á un torneo antiguo. Pelea por su dama, por su armés, por su divisa y por un mote de gloria ó un emblema de escudo. Con razón convence, aun sin razón admira. Es noble el contendor.

Entramos ahora á contestar.

Sobre algunos puntos diremos poco, ó hablaremos de paso. Los unos convenidos, los otros pequeños, apenas merecen una observación ligera ó un rasgo de pluma.

Admitimos con gusto la explicación de *Clodius* sobre el uso que hizo de la palabra *partidario*, sólo que no nos dice, después que expusimos nuestro credo político, en qué difiere de nosotros. No hemos tenido culpa de la interpretación que dimos al vocablo, así porque lo creímos en aquella circunstancia un tanto enfático, como porque lo hallamos contrapuesto á la confianza que inspire una opinión como imparcial en boca de quien se encuentre

alistado á un partido. Comprendida la excusa; pero que se comprenda asimismo la defensa. Alertados en nuestro campamento, dímos el *¿quién vive?* — y eso es todo.

Por lo demás, y ya que la ocasión lo trae, no será mal visto agregar dos palabras sobre esto. Nuestro credo no es abstracto. En política se pertenece á alguna comunión, y nosotros pertenecemos á la nuestra, por ideas, por sentimiento y por entusiasmo patriótico. Es derecho nuestro y es cariño nuestro, legítimo el uno, inocente el otro. De los dos partidos de Venezuela, el uno data desde el año de 1830. Con todos sus errores y pecados, más políticos que administrativos, ha dado días serenos, paz sabrosa y bellos anales. El otro partido principió propiamente en 1846, desde cuando para acá la serie de revoluciones que se han sucedido, no le han dado ni vagar ni tregua para que precise sus doctrinas como opuestas á las otras, ni para que consolide sus instituciones. El tiempo nos lo hará ver. En Venezuela, por otra parte, no hay entre ambos bandos diferencia característica de doctrina, como en la Unión colombiana, que citamos como más vecina, y como sucede en otras partes: hay dos tribunas, pero no hay dos evangelios; y si se va á examinar bien todo, y se ponen á un lado pasiones, se hallará que las doctrinas proclamadas son las mismas, y que la diferencia y la dificultad se han puesto en la clase de los hombres para llevarlas á la práctica. Esto ha agriado la lucha, esto ha traído las guerras, y ésta es la cuestión todavía. Lo que ha hecho falta hasta ahora, ó lo que falta, es un gobierno que para la similitud de las ideas busque la alianza de las aptitudes, que acerque los elementos, los una, incorpore y aproveche, y que no mantenga esas distancias estú-

pidas que alejan las voluntades y hacen imposible la labor común. Los grupos sociales, por la misma fuerza del progreso, se mezclan, se confunden, se modifican, se transforman, como sucede en el proceso de las asimilaciones químicas. Entre nosotros nada va de abajo por la parálisis; todo debe venir de arriba por la plétora. El día que haya paz, una cabeza hábil y una mano bien dirigida, que se dejen donde están los despojos corrompidos porque lo están, y los elementos desacreditados porque no sirven, y se pongan en un mismo cuerpo de ejército todas las ideas militantes nobles y todos los intereses generosos que aspiran y forcejan, la lucha del progreso será magna y el triunfo espléndido.

Tal es sobre esto nuestro juicio, que no hemos dado imparcial, á pesar de ser partidarios. Nosotros diríamos al uno y al otro bando, saliendo de nuestras filas: « Partido de los hombres, pensad en las ideas. Partido de las ideas, pensad también en otros hombres. » Á los unos: « más costumbres »; Á los otros: « más ensanché. » Á los primeros: « no sois más libres por más palabras »; Á los segundos: « no desmejoráis vuestra obra por poner para ella más obreros. » Esto sucederá, esto vendrá, porque éste es el impulso de las necesidades, y la corriente que al fin han de tomar los intereses. Á otra cosa.

Cuando pusimos á *Clodius* cerca del poder, como contraponiéndole á nosotros, que estamos á distancia, fué porque él dió colorido á nuestros cuadros y halló personificaciones que no habia. Todo nació de un desliz de pluma suyo: nos creímos desmejorados en la posición, y tomamos para igualarla, el escudo de las ideas. Él nos comprende. De resto, y por otras consideraciones, es exacto lo

que él dice, que es lo mismo que decimos nosotros, á saber: que aquí no hay alto ni bajo, porque no persuade, quien puede, sino quien tiene la razón. Y con esto, y por estar de acuerdo ambos, le extendemos á *Clodius* la mano, para pasar á otros capítulos.

Hicimos mención de no haber nosotros estado nunca en el poder, y es preciso que sepa *Clodius* el motivo de esta referencia. Se trataba de un pasado ilustre, se trataba justamente de nuestra historia patria, de lo que más puede envanecernos, que ha sido muchas veces llamado á juicio por jueces no parciales, y otras por jueces incompetentes; y era justo, al hablar nosotros de ello, y mucho más siendo verdad, que nos presentásemos, para ser creídos, si con la clarificación de las ideas, que son de suyo reflexivas, libres del compromiso de los intereses políticos, que son de suyo apasionados.

Clodius sabe esto; y sabe también que hemos tenido causa, aunque sólo ocasional en sus escritos, para volver á los recuerdos de la infancia y á las impresiones generosas de la escuela. No fué un canto elegiaco éste: son lágrimas que hemos derramado; sabéis por qué? Porque se ha calumniado mucho, y nosotros amamos mucho esa historia, y porque se ha querido poner fea mancha en lo que debemos más bien conservar puro; por vos no, *Clodius*, por otros sí, que hacen muy mal, porque al fin es lo suyo lo que afean.

Brillante es la pintura y magnifico el programa que pone *Clodius* ante los ojos de la imaginación, cuando traza el curso de ríos de leche y miel, forma festín para todos, y alza sitio para el mendigo. Esta doctrina es buena como aspiración, y mejor como camino, y mucho

mejor como aliento para marchar; pero muy peligrosa cuando se da como promesa, y sobre todo falsa cuando se aplica á estos tiempos.

Esa doctrina es una especie de enfermedad hoy, tanto más lamentable cuanto más ilustres son sus apóstoles. Con la palabra del bien en la boca, y el martillo destructor en la mano, todo les parece mal, menos los escombros que hacen. Siembran la eizaña en el pueblo para amenguar el trigo de buena semilla, van al templo y lanzan á Dios, van á la silla del juez y sientan al criminal; y sacudiendo todo freno, no quieren más ley que la anarquía, ni otro reinado que el del desorden. Sueñan, y escriben sus sueños; deliran, y dan sus delirios por reglas; y figurándose un mundo aparte, quieren modelar el suyo por su capricho.

Se permitirá á nuestra pequeñez decir dos palabras sobre esto. Los adversarios son terribles, pero no nos faltan armas. Aunque se descarguen todas las artillerías juntas, aunque sea Armstrong quien dispare, hay un muro que no cae ni suelta piedra, el que divide el error de la verdad. Todos los argumentos del sofisma caen ó se extinguen á la luz de la razón: son mariposas que dan vuelta á la llama y se consumen. El ingenio también se extravía, y es propiamente quien se extravía más, porque es el que más vuela.

¿Qué quieren esos escritores? ¿Qué pretenden Proudhon, Victor Hugo, Emilio Girardin y Raspail? Que la sociedad no exista organizada, que no haya gobierno, que no haya prestigios, que no haya riquezas acumuladas, que el reparto del robo tenga el nombre dorado de comunismo, que el taller del que se afana sea propiedad del que lo envidia, que la religión es mentira, que la virtud es

hipocresía, que la propiedad es despojo, que las leyes son cadenas, que el número es razón, que la razón es individual, que el individuo es más que el todo, y que el todo de lo que ha habido hasta hoy es un todo corrompido. Vamos: Dios ha estado en el error durante seis mil años, ó lo que fuere de la edad actual del mundo: Dios había hecho mal en no haber consultado á estos nuevos maestros que vienen á enmendarle la plana. Estemos con ellos, seamos sus operarios, y ayudémosles á levantar su edificio de barro, que perdura, en vez del edificio de granito, que amenaza.

No negamos sus talentos prodigiosos. De su boca sale un río de oro, pero un río de oro derretido que quema. Son volcanes que dan luz, pero que van delante, pero que echan abajo lo bueno como lo malo. Quedará mucho de su doctrina, pero son autores peligrosos. Con ciertos escritos sucede como con el fuego, que es preciso tomarlos con cuidado.

El gran tema de la filosofía social, es el mejoramiento y adelanto de las clases pobres, y su ascenso al terrado de la alta vida social y política, y el sacudimiento de toda traba que pueda embarazar la legítima libertad física, moral, económica, intelectual y de derecho, en su más amplio desarrollo. Tal es nuestra escuela, y tales nuestras tendencias. Siempre se nos hallará en ese templo, como creyentes fervorosos, como apóstoles desinteresados.

¿Y qué es todo esto? ¿Qué significa ese programa? Ese es el programa de la humanidad, lo que se verificará en toda su carrera, la última palabra que se diga al fin de la jornada, lo que resultará como saldo al cerrarse el balance de cuentas de la vida universal. Esa es la perfecti-

lidad, ésa es la lucha, ése es el rumbo, y ésta la condición de la existencia. La perfectibilidad humana es como las asíntotas y las ramas de la hipérbola que se acercan cada vez más, sin que se corten nunca sino en el infinito. Quien aspire á otra cosa, aspira á una imposibilidad social ó á un absurdo matemático.

Tal es el error de esos escritores. Pretenden, como Breno, tomar á Roma en un día, y usan de pesos falsos para engañar; pero allí está el Capitolio que resiste, y Camilo que triunfa de los galos. Los muros sagrados quedan libres otra vez, y la ciudad eterna continúa siendo la señora.

La doctrina de esos autores es altamente perjudicial; es un alimento que tiene, hasta cierto punto, la forma de pan y la masa de veneno. Con un poder inmenso de generalización, traen hilos que no ve el observador vulgar de dónde vienen, aunque están fuera de trama, usan de metáforas brillantes, de imágenes espléndidas, de contrastes terribles, de lenguaje ardiente, de estilo tan terso y limpio como las inscripciones artísticas hechas en mármol de Paros: llevan la estética á las letras para embellecerlas, la luz al pensamiento para iluminarlo; ponen pérfidos el harapo cerca del chal, el cáñamo cerca de la seda, las lágrimas cerca del banco; se encantan con los ricos para residenciarlos, se acercan á los pobres para compadecerlos ó irritarlos; y contentos con aplausos locos, como son los aplausos de una orgia, creen que han hecho mucho con arar una tierra que no da, y dejar un nombre que se eclipsa.

Ya terminamos lo que teníamos que decir de esos escritores. Les hacemos una inclinación respetuosa, y nos

volvemos. No haya qué hacer con ellos, sino generalizar nuestras doctrinas. Delante de ellos estábamos tímidos por su propia grandeza. Ya la sombra de Banco no está, delante, y nos sentimos crecer, y nos empinamos, y tiene la indignación al pecho generoso. ¿Por qué venir á alterar la paz de Dios, á romper la lazada de la ley, á cortar hilos preciosos de la trama, y á hacer de la sociedad un conjunto de artificio? ¿Á quién se ofende, ni á quién se provoca, con seguir una marcha regular, con estimular intereses en vez de pasiones, y con tener encerradas las tempestades que turban el océano? ¿Qué vale más, agregar nuevas piedras al edificio, ó estar echándolo siempre abajo para construirlo otra vez con los escombros?

Aquí nos volvemos á *Clodius*; y aunque sobre él no caigan directamente estos cargos, por la buena fe de su doctrina, y porque esa doctrina, no obstante ser la misma condenada, no es sistemática sino expansiva, ni arma sino tendencia; siempre tendremos que hacer algunas observaciones, que si le vienen como de molde y en tiempo.

Siempre con nuestro tema, sembrando la sana simiente, para ver si germina: siempre con la América, para verla crecer más: siempre con nuestra querida patria para que continúe siendo nuestro orgullo. Tenemos el mal hábito de creer que las constituciones están en los libros, cuando las constituciones no tienen más raigambre que las costumbres. Escribimos frases hermosas, garantías preciadas, principios santos, y juzgamos haber hecho todo con esto. El pobre ya es rico, el ignorante sabio, el labriego presidente, corre el oro, florecen las industrias, vuela el comercio, se abre el crédito; y todo es ventura, y gozo, y bienandanza; y lo peor es que se dice, aunque

no se crea, y se finge creerlo, por traza ó por lo que fuere, aunque el espectro de la miseria pública y privada se cierna sobre los campos y poblados. Algo más hacemos, hacemos cada rato constituciones como quien sopla pompas de jabón, y la última es la mejor, de donde resulta que ninguna es buena, porque al fin viene otra que la fulmina. Es un sintoma fatal en algunos pueblos el estar siempre en fábricas de leyes: resulta al fin que ninguna tienen, o que ninguna acatan, ó que ninguna se consolida. El tiempo, el tiempo entra por buena parte en la formación como en la conversación de las instituciones humanas.

No, nada de eso es así, así como se enseña, así como se predica comúnmente. Lo que importa, lo que debe ser es, que el pobre tenga pan, que la industria tenga trabajo, que el trabajo tenga remuneración, que haya garantías para la propiedad, que la propiedad no sea consumida por las contribuciones, que las contribuciones ingresen al erario, y que el erario sea la caja inviolable del que administra intereses ajenos. Esto, y comer bien, y vivir mejor, y estar en paz, y sentirse contento, y gozar por el fruto del sudor de la patria como de un bien propio, vale más que cláusulas pomposas y discursos huecos. Que se custodie, que se vigile, que se promueva, que se guarde el tesoro de todos como de todos, ésa es la administración: que no se hieran intereses fuertes, que no se siembre semilla de odios, que no se desentierren rencores muertos, que no se combata nunca la opinión; ésa es la política. Y de esta manera, seguro el gobierno, y alegre el pueblo, el uno porque no teme y el otro porque goza, si no viene toda la felicidad en un día para la nación, vendrá la mayor

posible á que alcanza el esfuerzo humano y la economía sabia de la vida política y social.

Tampoco es cierto lo otro que dice *Clodius*: que tal forma es más absorbente, que tal otra es más expansiva que en la una el círculo se torna en punto, y en la otra en infinito. Valga esto como teoría, y nada más: será cierta en el terreno donde prenda, aquí nó; aquí es todo lo contrario. En naciones como la nuestra no son sólo de centralismo las tendencias son algo más, son personales. Pues qué! ¿Viene á saberse ahora que en un pueblo hace ó lo su voluntad el prefecto porque es prefecto, el general porque es general, y el otro por presidente, y siempre la persona que tenga la credencial del poder ó la divisa de la fuerza? ¿Es esto nuevo en la indole de las costumbres? ¿Es de ahora no más?

Decimos esto no por hacer cargos, sino para combatir un error. *Clodius* no lo tiene, pero *Clodius* combatia. Á veces es lícito en la lucha de los principios, y hasta se ve como una gala, montarse en alas de lo abstracto para atravesar el éter y la luz.

Entramos ahora en una materia de muy delicada, pero en que no emplearemos largo tiempo. Bastan algunas pinceladas, con tal que sean ingenuas, y sobre todo, con tal que tengan el color de la verdad. Escribimos de carrera, el tiempo urge y no podemos decir sino lo necesario sobre un artículo salido ayer, de grandes dimensiones, y en que se ha acumulado tanta doctrina como habilidad.

Clodius nos llama al campo de la historia. Dejémosle en él: allí está en su lugar, porque ella talvez le trata como amiga, y le sirve como apasionada. Las cuestiones históricas son muy complicadas: hay tanto interés, tantas

faces, tantos resortes, tantos impulsos, la religión, las costumbres, los hábitos, las creencias, la política, las industrias, las ciencias, las artes, que es menester que el pincel sea muy fino para pintar, o el escalpelo muy cortante para la disección. Con la historia sucede como con el prisma, que divide y reparte los colores á voluntad y dándoles la dirección del que imprime el movimiento. Ese es un camino muy difícil por escabroso, y talvez extraviado por obscuro. Es un enigma que no dice nada y dice todo : calla y habla, convence y contradice. Es preciso mucho ingenio para llegar allí y hacer vendimia. Tácito descubre el crimen, Macaulay las revoluciones, Guizot el progreso, Bossuet á Dios; pero es preciso ser ellos para penetrar tan adentro con la sonda, ó para subir tan alto con las alas.

Nos excusamos por lo mismo de entrar en esta discusión en general, así porque nos sobra conciencia de lo que somos, aunque hayamos estudiado, como porque, aun confiando en nuestras fuerzas, nos faltaría tiempo para ensayarlas. Con todo algo diremos.

Asentamos que es mejor y más seguro el progreso regular, que el progreso que dan las revoluciones. Este es un aserto de fácil prueba, y que hemos ya probado. Es verdad que las revoluciones llevan y dejan inculcadas ideas nuevas; pero también lo es que echan abajo lo antiguo é imponen el trabajo de reconstruir. Son admisibles como providenciales, son justas como derecho; pero en uno y otro caso, son una convulsión que trastorna, aunque sean un remedio que regenera.

El ejemplo de Alejandro nada prueba : á su muerte sus tenientes se dividen sus conquistas, y su vasto imperio

es presa de anarquía, de guerras y desastres. La sangre no produce más que sangr. De Roma puede decirse que aunque fué muy grande por las armas en tiempo de la república, fué más grande por las letras en tiempo de Augusto. Jesucristo no fué conquistador : ¿ á qué citarlo? El vino á traer la paz del Cielo, y á hacer habitar juntos, por el encanto de su doctrina, las águilas y las palomas, los corderos y los leones. En cuanto á la Iglesia, ella nunca ha peleado sino predicado, y justamente es la institución que ha hecho más conquistas sólidas porque son las conquistas del derecho : la palabra, la palabra es su arma. Vasco de Gama y Colón no fueron sino geógrafos y viajeros : ¿ quién no sabe que llevaban como pendón de su cruzada la Cruz y el Evangelio? La Revolución Francesa fué grande, sin duda, pero tuvo la grandeza del incendio; y en cuanto á los frutos que dejó, sin duda benéficos para la humanidad, la grandeza le vino de la labor pacífica de los siglos anteriores. Convenido : es un acontecimiento extraordinario; y si no se hubiera destruido tanto, más quedara de lo pasado. La gran revolución inglesa del siglo anterior tuvo menos desastres, y siendo tan justificada como la de Francia; tuvo mejores resultados para el país.

Ya ve *Clodius* : sus citas no le ayudan. Las revoluciones son lo que dejamos explicado : buenas para derecho, malas para reconstrucción.

No halla bien *Clodius* que nosotros hallemos mal que se éntre en estas circunstancias á hablar del tiempo que pasó. Volvemos á decir que comprendemos que se habla desde el año de 1830. Hay campos, como sucede con el de ese tiempo, que son un campo vedado, cuyo seto es ciprés funerario y amarga adelfa, y en cuyas tumbas

reina la majestad del silencio. Esas losas guardan una grande historia. A su alrededor hay coronas cívicas, emblemas patrios y cantos mudos, porque guardan el pudor de lo presente. De Venezuela se habló un tiempo mucho, y se habló muy bien; virgen hermosa y de hermosos atavíos: hoy todo muerto, frío, inmóvil. El manto de la virgen por el suelo, pero manto de estrellas; la corona pendiente, pero corona de siemprevivas; la fama de pie, y callando, pero la fama de la historia.

Esto no lo decimos, ni lo hemos dicho por *Clodius*, sino por no mortificar pequeñeces y susceptibilidades enfermizas.

Y aquí terminamos, *Clodius*, no haciéndolo sin pagar de nuevo con gratitud vuestra fineza, y rendir homenaje sincero otra vez á la verdad de vuestro claro talento.

1868.

DEBERES DEL PATRIOTISMO

II

Un lance más, y Dios con todos. *Clodius* vuelve á la carga, y nosotros también. Hemos jurado bandera, puésto de honor y divisa, y aquí estamos para defenderla, contra uno, contra mil. Tenemos el valor de la conciencia, y la conciencia de la causa. La causa es la del pueblo, del cual nos hemos hecho apóstol, por el cual abogamos y al cual queremos ver dichoso, grande y libre. Que en el taller suene el martillo, que á la tierra abra el arado, que en el hogar se hable ventura, que la paz sonría á todos, que la familia tenga holganza, que el sol no alumbre lágrimas, que la propiedad no esté en zozobras, que la justicia no sea favor, que el favor no sea la ley, que la ignorancia no sea un título, que la ciudadanía no sea una burla, que la virtud y el saber no se encuentren sospechados; hé aquí nuestro gran tema, y hé aquí nuestra república. Naturalmente se alcanza que en este momento debe venir á nuestra memoria Venezuela, y que le deseamos que coseche tales bienes. ¿Y por qué no, si es nuestra patria? ¿Y por qué no, si es tan digna? Aquí, aquí en esta tierra habló Dios: aquí él, por gracia pura, derramó una parte de la redoma de sus bálsamos y de la urna de sus dones; y aquí fué magníficamente espléndido dando á la tierra toda su fecundidad,

al clima toda su dulzura, á la indole toda su miel, á la vegetación todas sus galas, al cielo todos sus tintes, y haciendo dudoso si fué éste u otro el asiento del Edén. ¿Por qué no ser felices? ¿Qué falta? ¿Quién turba?

Fué éste un voto salido de lo hondo del pecho, con su sabor inocente de queja, que no ofende á nadie, ni impide continuar la discusión, ni atar de nuevo el hilo de lo abstracto. *Clodius* es justo: *Clodius* dictando, nos hubiera dictado lo mismo, y nosotros lo hubiéramos escrito con nuestra pluma.

Hay en la vida de los pueblos épocas enfermizas, porque no está sano el cuerpo: cualquier alicillo altera, cualquier accidente indispone. El cuerpo parece el mismo en la forma, pero no es el mismo en sus funciones: hay delicadeza, hay debilidad, y hasta puede haber exaltación. La medicina tiene que entrar medida, y la mano del médico avisada; y todo para no hacer más mal que bien. Cuando el contento (y dejamos ya la metáfora) no es el estado universal, ni la armonía de los intereses la única ley del conjunto, el oído está atento á todo ruido á ver si murmura, y á toda frase que no venga de lo alto á ver si malpone ó si denigra; y con ocasión del malestar, ó tomando de él pretexto, para los que tienen miedo ó que lo inspiran, la constitución se torna en carta, y el derecho en concesión. Se ve entonces la prensa andar como entre espinas, la palabra ir como por entre quiebras, la libertad estar como indulta, y oírse sólo la voz del que permite, y poco, ó con recortes y reservas, la voz del que reclama. La sociedad así está enferma, y es preciso tratarla como á tal; pero siempre procurándole el remedio.

Y ¿por qué no procurárselo? Además de ser necesidad

social, es deber patrio. A cada uno toca, y por lo mismo toca á todos, pues que de todos es el bien, el intentarlo, pues que la justicia es común, el defenderla. En el foro de la discusión pacífica no hay juez que no oiga atento, y dentro del círculo de la santa libertad, no hay radio que no vaya á confundirse en el centro del derecho. Si hay partes ulceradas, se tocan blandamente, pero se tocan: si hay malestar, se mejora; y si se ve que cunde la parálisis, se despiertan las fuerzas con reactivos poderosos.

Así debe ser, y así es, porque está escrito, porque las sociedades no mueren, porque la inteligencia es poder, porque la virtud es fuerza, porque Dios vela. Si se echan tinieblas para ocultar, salta la luz por en medio; si se hace silencio para imponerlo, estalla á poco el trueno. Debajo de todas las capas que se pongan, al través de todas las tramas que se urdan, está la Providencia, oculta á veces, y á veces clara y terrible. Quien estudie la historia de la humanidad, verá la propia cifra, la propia ley fatal: al fin se cumple. Es engañarse estultamente el creer otra cosa, ó el contar con diversa economía.

Nosotros diríamos á los gobiernos extraviados: vais mal; por ahí vais á resultados tristes, á ganancias torpes, ó á duros desengaños. La noche pasó, y ha venido el día; la fuerza se fué, ó se va, y reina el derecho. Ved ese torrente de luz que da la prensa del orbe: no se estaciona, sino que se precipita, y se desborda, y forma al cabo una atmósfera que inunda. Ved los intereses como en torbellino, yendo y viniendo: observan. Ved los millones de voces que forman un solo acento: reclaman. Poned el oído á las quejas de los oprimidos despojados: gritan. La violencia está casi derrotada, ó está ya sin campamento, y el dere-

cho lo toma, la tribuna se alza, la doctrina trueno y el tipo de imprenta, que es el emblema de la paz y del progreso, y la encarnación de la luz, atraviesa los océanos para ir á fecundar los continentes. Es un espectáculo espléndido, sublime: las ideas echen la tierra como el mar, la libertad sopla en todas partes como viento, el periodismo va á dar á todas las playas como oleaje, y las sombras de Gutenberg, de Fulton y Jouffroy se ciernen de un cabo al otro como complacidas y enamoradas de su obra. Un paso atrás, un paso atrás, gobiernos, y tomar otro camino; que ya no hay sombra amiga para la mengua, y si hay por fin sanción para el pecado.

A los pueblos diríamos: Vuestro hogar es inviolable, porque es el templo de la familia y el santuario del amor y de la paz. El uso de vuestras facultades no tiene más trabas que el deber, que es la ley de Dios, y el pacto que hayáis sancionado, que es la constitución escrita ó de costumbre. Son vuestros el pensamiento, la palabra, la locomoción y todos los derechos civiles y políticos. Tenéis derecho á la instrucción, que informa en las costumbres, al trabajo, que paga los desvelos, á la propiedad, que es seguro de la vida, y al uso inocente y legítimo de la libertad en todos sentidos y para todos los objetos. Sois soberanos sujetos al deber; pero el deber liga también al gobierno, que sólo tiene por título el mandato. El sudor de vuestra frente no hay por qué no os produzca, el sudor en el campo, en el taller, en el escritorio y en el bufete; y si no, es que viene la esponja de la extorsión y lo absorbe, ó el viento del malestar y lo seca. Si no se os quita, sino que se custodia y se promueve lo que os es propio, tendréis siempre pan de año y hartura de abundancia; siem-

pre! Si el impuesto oneroso no salva vuestras cercas, la codicia fiscal no espía vuestros sembrados, el fiscalismo no hace de las aduanas factorías, el gendarmerie no os quita el libre paso, las leyes no son redes, ni la administración de justicia sistema de estafa ó opresión, no veréis turbado nunca vuestro reposo, ni violados vuestros derechos, ni tornado en infierno el asilo de vuestra familia, donde es tan dulce el sueño; nunca; Oh pueblos! Ved esto, que os toca: defended esto, que es vuestro tesoro. Contad vuestro afán: á la noche debéis verlo convertido en moneda que corre, ó en substancia que alimenta. Contad vuestros derechos, son todos, todos los derechos, porque la constitución no es más que su traba armónica ó su abreviada cifra; y en el ejercicio de ellos debéis encontrar por lo menos, si es que no os lo arrebatan, honesto pasar, paz sabrosa y días serenos. El comunismo, los falansterios, las organizaciones artificiales, son sueños dorados, ó doctrinas falaces, ó estúpidos sofismas; pero no es sofisma la aspiración al bienestar y el derecho á él, como ley que es del hombre, promesa de Dios y deber de los gobiernos. Cuando falta el todo ó parte de eso, es que falta algo muy importante, que las leyes callan, que las reglas quiebran, que los intereses sufren, que se administra mal, en fin. Y entonces; oh pueblos! oidme bien, el remedio es el uso de la palabra, de la imprenta y del derecho: ese remedio y no otro. Ese remedio es poderoso, mágico, y de efecto tan grande é inocente, que más puede verse que explicarse. La palabra no es el martillo que desmorona, sino el aliento que insufla; no es cañón, sino verbo; ni derrama sangre, sino luz. La palabra, por último, es en un sentido, el pararrayos que descarga la nube, por los

males que evita, y en otro, la electricidad del espíritu, por la vida que siembra y que difunde.

Natural es que vea *Clodius*, al llegar aquí nosotros, como traidos de la mano, que tocamos la orla de vestido de una cuestión que ya se iba, la cuestión de las revoluciones. La habíamos despedido por resuelta, y la volvemos á llamar para volverla á resolver. La lógica tiene eso: que es camino llano, y que por donde quiera que se marche, se marcha bien. La cuestión de las revoluciones es una esfinge de enigmas múltiples, un nudo de diversos hilos, una palabra oracular, difícil por oscura, y oscura por complexa. Sin embargo, cabe interpretarla; y eso hemos hecho, y á eso vamos de nuevo.

La revolución y la paz, el hecho y el derecho, se miran de reojo, y constituyen, en su desenvolvimiento progresivo la trama de la historia, la condición del hombre y la ley eterna de la humanidad. La humanidad, es cierto, marcha como un zapador por entre la paz y la guerra, por entre el hecho y el derecho; pero nótese que el fin legítimo de la lucha, así como el progreso, consiste en hacer prevalecer la paz sobre la guerra, y el derecho sobre el hecho. Esa lucha ha dado siempre triunfos que cada vez son más notables. La matanza en masa de los combates antiguos, da horror: quien quiera conocer á Roma por este respecto, lea á Tácito y á Livio. Más luego, en la Edad Media, y para copiar aquí palabras que hemos escrito otra vez, *tuvo la ferocidad códigos, el asesinato blasón, el odio de raza defensa, y los combates diarios y frecuentes el aplauso de las costumbres*. En Shakespeare está escrito lo que fué Inglaterra antes de la célebre Isabel: Ricardo III pone espanto, y Macbeth hace erizar los cabellos. Conforme corre el tiempo,

la difusión del cristianismo, el derrame de la imprenta, el vapor, el telégrafo, los viajes, el comercio, y otras mil instituciones, han ido mejorando la condición del hombre más y más, y haciendo más armónica la vida política y social. Se acortan las distancias, desaparecen los aldeaños, se acercan las naciones, se abrazan los hombres en las fronteras, se ajustan los intereses en los mercados; y en este trato íntimo, que cambia necesidad por necesidad é idea por idea, y que da á todos los hombres el contacto, ya que no el amor de la familia, la guerra se va ó se atenúa, la paz se consolida, las cuestiones llegan á hacerse menos de campamento que de gabinete y diplomacia, y el derecho público, que siempre es el reflejo de la civilización contemporánea, y la atesora, toma tintes más suaves en sus leyes, y prepara poco á poco para la paz misma una jurisdicción más extensa y un imperio más seguro.

La conclusión de todo lo que antecede es: que siempre habrá guerras, pero cada vez menos comunes y cada vez más incruentas; y el principio en que resumimos nuestra convicción en la materia, el siguiente. Las revoluciones es verdad que inoculan ideas, porque las representan ó las desenvuelven; pero también lo es que acaban con otras; que alzan nuevas instituciones, pero echan abajo las antiguas: que toman mucho el derecho y paralizan la ley; y que desbaratan para crear y deshacen para rehacer siendo unas veces el tormento de Sisifo, otras la tela de Penélope, y pocas la tela que no pierde hilo. En suma, las revoluciones son explicables como un hecho de la Providencia, y como una ley *ex post facto* de la historia, pero no como un sistema *a priori* de progreso calculado.

Clodius nos entiende.

Quedan algunos hilos desprendidos de este torzal, que conviene recoger. Hemos contestado á *Clodius* este punto en general, pero tenemos que hacer algunas observaciones sobre sus citas. El, como todo hombre de talento, sabe aprovechar la historia para su causa; pero es necesario quitar con el tamiz la paja á la historia, para que dé el polvo fino.

Empecemos por Jesucristo. Lo citamos para la paz porque *Clodius* lo citó para las revoluciones; á El, al Dios Hombre, al que dijo por su divina boca: *Regnum meum non est de hoc mundo*. Sabemos bien que nuestro ilustrado adversario no ignoraba esto cuando lo escribió, y que quiso señalar ésta como una causa de civilización, y la más poderosa de todas; pero tratándose de si hay ó no, y cómo, progreso derivado de las guerras, se ganaba poco con la cita del fundador de una institución que las condena, y de una ó de la otra manera era un arma inútil para el combate.

Hablaremos ahora de Gregorio VII, el famoso Hildebrando, el célebre monje de Cluny, el ardiente cardenal de los papados de León IX y de Alejandro II, y el soberano Pontífice que ilustró tanto después la Silla Romana. Le trataremos con la veneración que merece un santo de la Iglesia, y con la estima á que es acreedor un príncipe de genio y un hombre extraordinario.

Por la cuenta, *Clodius* trae ese ejemplo, ó para probar que la Iglesia es guerrera, ó en apoyo del tema favorito de algunos de que las revoluciones son sistema seguro de progreso. No se puede juzgar lo pasado sin atender á las ideas reinantes, á las costumbres corrientes y al derecho contemporáneo: para cada cuadro su luz. El imperio de

Alemania, en el siglo XI, era un manojo de feudos, con una espiga saliente, llamada el Emperador: estado caótico y en formación, en que la autoridad no estaba segura, y la obediencia era incierta. Reinaba ya en Alemania Enrique IV, príncipe corrompido, ambicioso y de costumbres depravadas, cuando fué exaltado Hildebrando á la Santa Sede, carácter enérgico, pensamiento fijo, y hombre de mando y de gobierno. Desde algún tiempo antes los emperadores, para atraerse por el ejercicio de un derecho feudal que creían pertenecerles, la adhesión de los príncipes, así seculares como eclesiásticos, empezaron á dar á los unos la posesión ordinaria de sus Estados según el medio que prescribía el derecho común, y á los otros lo que se llamó *Investidura*, por medio del anillo, el báculo y la cruz, la cual por haber sido desde el principio disputada, constituyó lo que se llamó á poco *querellas* de ese nombre.

Después que habia reclamado Alejandro II, reclamó con más fuerza Gregorio VII este despojo violento que se hacía de los derechos de la Iglesia. Insiste y resiste Enrique: le excomulga el Papa: apela entonces el Emperador al medio de deponer á su antagonista en la dieta de Worms, y al recurso triste de mandarle prender y vejarse por un miserable á tiempo que celebraba los divinos oficios; después de todo lo cual fué que Gregorio desligó, en un concilio de Roma, á todos los subditos alemanes de la obediencia á su soberano. Para ese tiempo el Imperio, ó lo que se llamaba así, era un tódo confuso: los sajones sometidos, pero no contentos, los príncipes en lucha de intereses opuestos á la unión, la autoridad sin resortes, el gobierno sin traba, y los señores feudales y los Estados

con la cara vuelta al Pontífice como á un juez de controversias y á un centro de asilo; así es que, y visto todo lo cual, la resolución de la Santa Sede, ni era más que una declaratoria del estado que existía ya de hecho en Alemania, ni era nuevo que el ejercicio de una jurisdicción reclamada y la práctica del derecho contemporáneo consentido. La historia así es que se ve, desde lo alto, porque los grandes acontecimientos tienen líneas grandes y grandes contornos.

Es inútil seguir á Enrique á Espira, donde le hicieron prisionero sus propios vasallos, después al palacio de Canosa de la princesa Mathilde, donde, abandonado de los suyos, se prosternó á los pies del Papa, más después á Roma, que sitia y toma á sangre y fuego; á hablar de sus guerras con Rodolfo, ni de sus intrigas para el nombramiento de Guilberto, ni de la defección proditoria de sus hijos, ni de la espantosa anarquía en que encontró, mantuvo y dejó á la Alemania. Príncipe turbulento que tuvo más pasiones que seso, y tanta disolución como perversidad.

Y bien, ¿qué hay en todo esto? Un Papa que se defiende y que reclama espiritualmente y que no hizo guerra; y un príncipe que por haberla hecho, y por tener siempre el arma al hombro, provocó lágrimas que no pudo enjugar, y sembró quebrantos que hicieron su reinado infeliz y sus días amargos.

Ya ve *Clodius*: aquí, ni la Iglesia conquistó, ni la guerra dió cosecha.

Debemos tocar, aunque sea de paso, las Cruzadas, así para saber lo que fueron, como para hablar de los frutos que dejaron. Este movimiento extraordinario, que duró

casi dos siglos, fué excitado, así por un sentimiento piadoso en favor de la libertad de los lugares santos, oprimidos por los turcos, como por el espíritu aventurero de una gran parte de los príncipes de Europa. La Europa secular estaba conmovida aun antes de la vuelta de Asia de Pedro el Ermitaño, que predicó por su cuenta contra la tiranía de los turcos: Clermont fué uno de los lugares donde se alzó este clamor y principió el entusiasmo religioso: los turcos eran un pueblo fuera del derecho de gentes; y el Papa, al dar calor á la idea, que era ya propósito y el lema de medio continente, ni provocaba la guerra de suyo, ni hacia otra cosa que bendecir armas ya tomadas para defender la religión y el derecho.

Pasaron esos dos siglos, ¿y qué queda? Queda ver que los tiempos que se sucedieron fueron muy inferiores á los precedentes. Salvo algunos cambios en el sistema de la propiedad territorial, el engrandecimiento de algunas ciudades marítimas de Italia, como Génova, Venecia y Pisa, y la perfección del espíritu caballeresco, todo lo cual no es otra cosa que desborde y aluvión; por lo demás, y en el espacio de más de un siglo, no ha habido un tiempo en que la Europa haya sido más bárbara ni más iliterata. Después que los turcos tomaron á Constantinopla en 1543 y destruyeron el imperio de Oriente, fué que las ciencias y las artes, espantadas de la barbarie, buscaron asilo en otras partes, como en Francia, y en especial en Italia, donde principió el renacimiento de las letras.

Y baste de esto, porque está probado que después de las Cruzadas envolvió á la tierra por largo tiempo negra sombra.

Aquí *Clodius* procedió con mucha habilidad: tomó el

prisma, dividió los colores, y se aprovechó del que quiso y le convino. Era un abogado de talento que aspiraba á defender su causa, y un pintor ingenioso que buscaba hacer su retrato. *Clodius* : muy bien; pero dejadnos los demás colores que hacen falta á la verdad.

Estamos convenidos con *Clodius* en las conquistas del derecho que él alega. Esa es nuestra doctrina. Que no haya reclutamiento forzado, pero que no lo haya efectivamente : que no haya ejércitos permanentes, pero que no los haya en realidad : menos papel y más práctica. Vamos *Clodius*, os tomamos la prenda y os alargamos la mano.

Por eso hemos defendido la discusión pacífica, y condenado la guerra en el sentido expuesto; para cortar el curso á tales medios. *Clodius* en esto al fin está con nosotros y nosotros con él.

Nos parece magnífico el pensamiento de formar cuanto antes la alianza de la inteligencia, de la honradez y del progreso, con la cooperación y concurso de cuantos posean las unas y tengan al otro como un bien. El día que desaparezcan pequeñeces, el día que botemos vestidos viejos á la calle, y pensemos sólo en lo que sirve y en lo que vale, eso sucederá. Nos gustan mucho esos nombres que menciona *Clodius*, todos apreciables y dignos, todos representantes de alta capacidad y de ideas expansivas; y quisiéramos que con ellos, con todos ellos, con todos los que se les parezcan, y con Eduardo Calcaño, espíritu bañado en luz y luz de arco iris, con Aristides Rojas, tan poéticamente enamorado de las ciencias y tan versado en ellas, con Revenga, el sabio joven, con Avelledo, el analizador profundo, á quienes mencionamos especialmente, porque les estamos unidos en el trato, entraseis vos, *Clodius*, á formar

en el mismo cuerpo del progreso, y en la misma causa de civilización. Tenéis reconocido derecho á ello.

Vamos á terminar con tres confesiones :

Primera. Cuando os queremos contestar mejor, nos entregamos al desenvolvimiento de nuestras propias ideas, sin miraros á la cara, y entonces la pluma corre fácil : cuando os tenemos delante, aunque jamás flaquean las fuerzas, habemos menester de emplearlas todas. Sois un adversario terrible.

My genius is rebuk'd; as, it is said,
Mark Antony's was by Cesar.

Segunda. Que estamos enamorados de vuestro talento y vuestra cultura.

Tercera. Que escribimos llenos de amor por nuestra patria, y con el propósito más sano de verla vivir y florecer á la sombra de la paz.

1868.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR CECILIO ACOSTA AL TERMINAR EL CERTAMEN LITERARIO QUE LA ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES Y BELLAS LETRAS DE CARACAS CELEBRÓ EL 8 DE AGOSTO DE 1869 EN EL SALÓN DEL SENADO EN OBSEQUIO DEL ORADOR Y EN CORRESPONDENCIA Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA POR HABERME ESTE CUERPO NOMBRADO SOCIO SUYO EN LA CLASE DE ACADÉMICO « CORRESPONDIENTE EXTRANJERO ».

(El tema del certamen fué : *Las bellas letras son en el pueblo que las cultiva el cultivo de su espíritu.*)

El orador antes de principiar pronunció estas palabras :

« La Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras ha tenido á bien celebrar este acto en obsequio de la Real Academia Española. En cuanto á mí, me toca por gratitud hacer la propia ofrenda, la cual es mi voluntad extender á la memoria de mi buen padre y á mi excelente madre — á quienes tanto debo — como un pequeño tributo para ambos de mi inmenso amor filial; y además para que me bendigan en este trance. La bendición de los padres (lo sé por experiencia) allana todos los caminos y fecunda todas las obras. Vosotros no vais á hallar mal el haberme visto pagar así esta deuda del corazón. »

Y luego dijo :

Señor Director :

Me siento profundamente conmovido. Al subir á esta tribuna, osé contar con algunas fuerzas para este instante solemne y noto que me faltan todas. Las grandes impresiones descargan todo su peso sobre el alma, y algunas veces hasta la oprimen. Esta Academia venezolana, compuesta de tantos amantes del saber, identificados todos en el propósito de rendir el presente culto á las letras; este concurso que se congrega como para un objeto nuevo; este certamen de ingenio que acabamos de presenciar, como una especie de aspiración á la gloria; el sexo encantador asistiendome como un juez llamado á distribuirla; la reunión especial de hoy, hecha con el fin de tributar un homenaje de respeto y reconocimiento á la Real Academia Española, y el ser la causa de ello el haberme ese Cuerpo, de tradiciones tan gloriosas, distinguido con la altísima honra de Socio suyo en la clase de Académico Correspondiente extranjero : todo esto tiene para mí tanto de extraordinario, que (si he de decirlo con llaneza) me busco á mí mismo y no me encuentro.

¿ Por qué no tengo yo á mi disposición la elocuencia varonil de Jovellanos, que supo siempre encerrar en cláusulas de oro tanta rica joya de pensamiento sublime, ó la palabra fácil, abundante y tersa de nuestro malogrado Baralt, abeja querida de todas las flores, cuando ambos en su recepción llenaron el recinto de aquella misma ilustre Real Academia con su voz, para llenar yo ahora este salón con la mía y poder así dar noble hospedaje al noble obsequio académico?

Ah! si tal fuese! Hallara yo entonces manera, con mano ya más firme y acertada, de derramar aquí y exponer á vuestra vista nuestros más ricos tesoros. Presentaría á Bello, el que lo supo todo, Virgilio sin Augusto y pintor de nuestra zona. Presentaría la Zona maya bañada en luz y en rocío, émula de la del cielo. Presentaría á Vargas y á Cajigal, sumos sacerdotes de las ciencias. Presentaría á Bolívar, la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas; á Peña, rival de la elocuencia antigua; á Manuel Felipe de Tovar, varón ilustrado que llevó puesta siempre a armadura para el honor y el honor sin mancha como fianza del deber; á Gual, inglés por escuela y americano por sentimiento; á Angel Quintero, hombre de líneas rectas, de voluntad incontrastable, y figura sublime de estadista; á los dos Limardos, padre é hijo, ornamentos ambos de la Patria, de las ciencias y de las letras y ambos pertenecientes (yo puedo decirlo) á una familia predestinada para la gloria; á Juan Vicente González, escritor de brillante colorido, el Tirteo de nuestra política y el Hércules de la polémica; á Avila, nuestro Basilio, especie de ángel con don de lenguas; á Toro, el gran pensador artista y el poeta filósofo; á José Hennenegildo García, pluma encarnada en el carácter y alma de romano con epidermis de acero; á los dos Fortiques los talentos de la diplomacia y de la estética; á los obispos Méndez y Talavera, controversista el uno y orador brillante el otro; á José María Rojas, generalizador profundo y publicista; á Andrés Eusebio Level, especie de urna donde cabía todo lo bello; á Espinal, bizarro paladín de parlamento y político con el oído puesto siempre á la opinión; al doctor Arvelo, médico sagacísimo y oráculo del diagnóstico; á Porras, que

por su inmensidad no podía reducirse á ninguna esfera científica y las invadía todas audaz; al doctor Cristóbal Mendoza, ilustre abogado, gran patricio y grande administrador; á José Luis Ramos, humanista como pocos; á Revenga, Santos Michelena y Francisco Aranda, vaciados en molde para el gabinete, y el último de ellos además nacido para hablar en libro siempre; á mis maestros todos, sobre quienes por la modestia que de ellos me alcanza como á su alumno, me contento con echar un mismo manto de gloria. Por último, presentaría á la inmortal Teresa Carreño, que tiene hoy suspenso al mundo, hasta oír de su boca la misteriosa palabra del arte y ver salir de sus manos, convertido en armonías, el magnífico drama social contemporáneo. Más: evocaría en masa á la antigua Colombia, que nos pertenece; haría ostentación de sus hombres, su historia y su esplendor; levantaría en alto todo ese conjunto, como para colgar en el espacio la gran vía láctea de nuestro espléndido cielo; y ya así y hombreándose hasta donde me fuese posible con la Real Academia Española, podría decirle con justo orgullo patrio: « El orador es pequeño, pero Venezuela es grande, y puesto que para ella es esa condecoración con que se me ha distinguido, bien cabe en su pecho. »

Pero está visto: yo no puedo hacer tanto y la ofrenda viene ahogarme con su magnificencia. Reconozco el deber contraído, la responsabilidad abrumadora, el peso enorme echado sobre mis débiles hombros. ¿Dónde hallaré yo fianza ó caudal bastante para la paga? ¿Cómo ha podido ser que el último de los venezolanos haya sido candidato y luego favorito de tal gloria? Vamos, ya adivino: los pueblos de un mismo origen al fin lo reclaman: las razas

se unifican por el espíritu; y yo, en el proceso de la actual civilización hispano-americana, no soy más que un accidente, un punto de mira, como hubiera podido serlo cualquier otro compatriota mío, en este último lazo que hoy estrecha la patria de Pelayo y de Isabel la Católica con la patria de Bolívar, de Mariño, de Miranda, de Ribas, y de Sucre.

Este acontecimiento lo considero yo feliz, no sólo porque multiplica nuestros puntos de contacto con el gran mundo, sino porque, si la civilización va bien por todas partes, va mejor y gana más por el camino de las letras.

Las letras lo son todo. Las letras viajan, son la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora, la arista que lleva el grano de la idea y que es arrebatada por el viento de las edades, para llevar á todas partes germen árbol, flor y frutos. Las letras crean; Homero ha dado origen á mundos en que él no sonó y que hoy ruedan en el vacío de la gloria; sin la palabra de Demóstenes la suerte de Grecia no llega á Queronea; sin la de Cicerón, Catilina suplanta á César y precipita el tiempo de Parsalia; y el siglo de Julio II y León X es grande, y Canova hubiera podido poblar el museo Pio-Clementino de obras suyas porque había libros santos que hablan maravillas, é historiadores y poetas que son dechados. ¿Qué siglo éste! Las galerías del Vaticano son historias del cielo; y se alcanzó á poseer, entre otros genios, á un Miguel Angel, que pudo desbaratar el orbe para llamarlo á juicio, y á un Rafael, que por la fuerza sola de su mano, hizo encarnar la Virgen en colores, tras de los cuales ve uno su misma gracia divina. Las letras han engendrado el canto y la armonía: Beethoven, Haydn y Mozart, los maestros

profundos, y Rossini, Bellini y Donizetti, los maestros melodiosos, creadores todos ellos de un poder incontrastable que va derecho al alma y la cautiva, y después que la cautiva, la enseña, han caído en su mayor parte las obras maestras que los ilustran, en las obras maestras de la poesía y de las letras; la poesía precede siempre á la música, como el rayo de luz al arco iris. Las letras son el tesoro inagotable de las bibliotecas, que ocupan hoy los palacios mudos del saber, así como son el oleaje incesante del periodismo, que baña, agita y fecunda industrias, opiniones, costumbres y creencias. Las letras han producido en las artes la estética, ciencia que encanta, naturaleza que rie, especie de creación, donde no hay sonidos sin acorde, ni formas sin belleza. Las letras son en la amargura de la vida miel, en la vida de los pueblos aliento, en el espíritu cultura, en los anales del género humano la única página sin mancha, y en la corriente de los siglos el único bajel que no hace estadia ni naufraga. Las letras son las que han venido labrando este progreso que tenemos, esta civilización que nos honra, esta libertad que es nuestro orgullo. Las letras, por fin, han necesitado del fosforo para domesticar y poner á logro el fuego, del ferrocarril para trasportar el fruto que da el tipo de imprenta, y del alambre para poner á su servicio la electricidad, el único órgano capaz de transmitir, con la rapidez que él tiene, el rayo fecundador del pensamiento.

Y aquí, señores, me siento como con alas, como llevado por el hipogrifo de Astolfo, para recorrer de un vuelo los siglos. ¿Qué queda de Roma? — Sus libros. ¿Qué de la Edad Media? — Sus crónicas. ¿Qué del siglo XV? — El Renacimiento. ¿Qué de la edad horrible de César Bor-

gia? — Maquiavelo. ¿Qué de la Italia humillada del siglo XVI? — Ariosto y Tasso... Ved : hay en la larga jornada de la humanidad — como se nota ahondando un poco, y á veces sin ello — una estrella que siempre va, un rastro que siempre queda; de luz todo. ¿Será esta la aguja misteriosa que marca sin cesar el rumbo del viaje, la voz de alerta dada á la peregrinación del porvenir, ó el hilo de la Providencia, que, oculto á veces, á veces ostensible, burla todas las lógicas para hacer triunfar la suya, y hace precipitar la corriente de los sucesos hacia sí, como hacia un centro absorbente? Mirad el siglo de Pericles : la musa del drama y de la historia deja más para la Grecia y para el mundo, que las batallas de Maratón y Salamina; Tucidides casi fué el maestro de Tácito, y Eurípides fué tan grande, que había de ser corona histórica suya que el adusto Sócrates asistiese á la representación de sus obras, y que más tarde hubiese de inmortalizar sus páginas la sangre preciosa de Tulio, que las leía, derramada sobre ellas por los sicarios de Antonio. ¡ Hermosos días ésos, en que los juegos olímpicos fueron también palestra á ingenios lidiadores, hubo en ellos susurro de aplauso en el concurso, voz de grata fama corriendo de boca en boca, y en el autor afortunado, rubor de gloria bañando sus mejillas !....

Oh! me siento transportado! Quisiera hacer alto delante de esa edad florida, y que levantásemos aquí tres tabernáculos, para contemplar de nuevo esa transfiguración del espíritu que todavía, después de más de veintidós siglos, se ve pasar por sobre nuestras cabezas como un meteoro brillante. ¿Qué dirá ahora la barbarie (yo la interpele para que comparezca á este lugar), qué dirá

cuando, en presencia de ese espectáculo espléndido, vea ella por sus propios ojos, que la sangre no deja sino sangre; las tinieblas sino olvido, y que en la posteridad, sólo para la virtud hay honra y para el talento laurel?...

Mi conmoción es extrema, pero prosigo. Augusto, soberano astuto y frío, para cuyo gobierno sensual y despótico no hay más explicación que el haberse encontrado al fin sin rivales ó el haberse deshecho de ellos en tiempo halló su ilustración en los varones de letras de su época, y su mejor título á la vida póstera en la inmortal lisonja de Horacio y de Virgilio. El reinado de Isabel de Inglaterra se nombra menos por su infame conducta con María Estuardo, que por Spencer, Bacon y Shakespeare. El de Luis XIV es célebre por el esplendor del espíritu, que iluminó más su gusto regio que sus triunfos; todavía, después de casi dos centurias, ese faro se alcanza á ver lo mismo : la soberbia pasó, el rastro de luz se mira aún; y si el gran monarca hace gran figura en la historia, es porque le lleva de la mano el gran Bossuet. Ese mismo siglo XVII fué el siglo de las ciencias, así como lo fué también el siglo XVIII, siendo éste además, por lo que hace á la religión y á las ciencias sociales, el de los *espíritus fuertes*, el de los libres pensadores. Del fondo del último saltó la chispa que produjo el incendio de la Revolución francesa, el acontecimiento más grande del mundo político, bautismo ése de todas las ideas, piscina probática para todos los errores, gran biblia donde hay para la libertad anales, para el derecho enseñanzas y para el progreso humano advertimientos.

España fué un tiempo la monarquía universal; no estaría mal dicho de ella que el sol se fatigaba para reco-

rrerla. De Carlos V, en quien recayó por muerte de su abuelo materno, pudo escribir en significativa frase Montequieu, aunque comprendiendo la Alemania también que *la tierra se había ensanchado para dar espacio á su grandeza*. Felipe II, su hijo, salvo la dignidad imperial que tocó á Fernando su tío, todo lo demás lo heredó: dominios colosales que se extendían á la Península, aumentados éstos después en vida suya por la adquisición de Portugal, á Holanda, Bélgica, Occania, Asia, Africa y América. Este monarca poderoso pudo en su reinado hacer oír su voz de las islas Chiloé á las islas Filipinas, hacer hablar por gala su lengua en casi toda: las cortes, poblar los mares con sus flotas, obtener la mano de Maria, triunfar en San Quintín, poner espanto á Inglaterra y colmar á España con el oro del Perú. ¿Qué queda de todo eso y de lo demás del poderío español? Queda sólo (por no hablar más que de esos tiempos) la abundantísima cosecha de las letras en los siglos XVI y XVII, y en parte del XVIII, llena, rica y varia, de rubios granos y jugosos vinos, cosecha que casi no cabía en las trojes y que rebosaba en los lagares; quedan las obras de erudición é inventiva, muchas de ellas inimitables, que llenaron las bibliotecas y los teatros. Quedan los escritores distinguidos y los ingenios de primer orden, algunos de ellos, puede decirse, únicos: Santa Teresa de Jesús, que habló de la santidad en formas tan castas como castizas; Hurtado de Mendoza, de frase atildada, si bien concisa por extremo á fuerza de recortes. Melo, como historiador cultísimo y capaz de asuntos más va tos, como si dijéramos Roma; Garcilaso, cuyos versos deben leerse en medio de un jardín de tomillos, que tenga nardos por cerca; Solís, estilo de fili-

grana; Brcilla, que componía bajo el pabellón del campamento el libro que le dió inmortalidad; Herrera, águila siempre entre las nubes; Fray Luis de León, rival de Horacio hasta en la lengua; Fray Luis de Granada, escritor de epítetos espléndidos y enamorado del amor divino que él sabía encerrar siempre, como dentro de cajas de música, en sus cláusulas cantantes; Calderón, un río de cascadas sonoras, por la armonía; y Cervantes, cuya creación es un mundo, porque la sacó de la nada, y cuya inmortal obra será siempre la desesperación de los demás, porque casi no puede tener imitadores. ¡Tesoros todos éstos preciosos, que forman como un museo en los anales de las grandezas humanas!

Héme aquí, Señores, de vuelta ya de mi largo, si bien rapidísimo viaje por el ancho campo de la historia. Vengo contento, muy contento, porque os traigo lo que buscaba. Os traigo, que eso que hemos aprendido y leemos diariamente en los libros del progreso, es todo cierto: que la civilización marcha; que la conciencia humana es tribunal; que la justicia es código; que la libertad triunfa y que el espíritu reina. He interrogado á los fastos de todos los siglos y todos me han respondido lo mismo. He atravesado la espesa noche de la barbarie y sólo silencio he hallado allí: la historia misma calla. He extendido á la humanidad delante de mí, como si fuese un mapa de estudio, para examinar lo que contiene, y he visto, de un lado fósiles sólo, osamentas, las petrificaciones y cenizas del error, que no sabe dejar por donde pasa sino escombros, cementerios, osarios; y del otro, el panteón de la inmortalidad, donde se ven viviendo en galerías espléndidas todas las conquistas del trabajo y del

talento: la industria que independiza, la riqueza que sustenta, las ciencias que ilustran, las artes que adornan, el libro que enseña, el periódico que difunde, el vapor que viaja, el rayo que obedeco, y el derecho, que va siendo ya, por los triunfos que cuenta, patrimonio común, y, lo que es más, blasona acariciado de las clases oprimidas: ¡Qué porvenir, señores! ¡Qué gloria!

Este es el punto adonde yo deseaba llegar para apostrofaros; ahí lo tenéis: esas son *las letras, que representan realmente en el pueblo que las cultiva, el cultivo de su espíritu*. Aunque con desmaña, que debe perdonárseme en gracia siquiera del noble empeño que he puesto, no me ha sido difícil el haber logrado confirmar, si bien por modos diversos, el tema del certamen. Yo hubiera querido otra cosa. Hubiera querido tener voz de hechizo para evocar de sus tumbas los muertos ilustres, ojos de águila para penetrar desde la altura en los abismos del tiempo, y alas de fuego para atravesar sin fatiga la prolongadísima extensión; hubiera querido ser Plutarco, que cuenta con candor, Tito Livio que pinta con elegancia, Tácito que castiga con azote, Bossuet que crea y magnifica, y Guizot que generaliza y abarca; hubiera querido recoger hecho, deducir leyes y amontonar fastos, para de esta manera, y con tal mundo grandioso á nuestra vista, poderos decir: esa luz, que deja como un rastro de estrellas detrás y lleva como un camino de estrellas delante, es la luz de la civilización: ved, no se extingue; ese esplendor de las ciudades, ese afán de los mercados, ese hervir de los caminos, esa facilidad de tener cada uno, por su salario, pan y goces, es el aprovechamiento de la naturaleza por la industria y el rescate del hombre infeliz por

el trabajo: ved, ni la una se cansa, ni el otro cede; ese espíritu que va es la libertad; este concierto que queda es el orden; esa justicia que se distribuye es el derecho. Después de todo lo cual, si me alcanzaran las fuerzas para tanto, salvando el tiempo presente y ahondando más, dividiendo más y viendo abrirse en sucesión continua, como para dar paso al progreso, horizonte tras horizonte y bóveda tras bóveda, hasta tocar con el linde temporal de lo futuro, podría agregaros por último con voz de aliento y esperanza: ese camino, inmenso, casi infinito, que recorro sólo en idea, es el camino de la humanidad, y este palacio de cielos el palacio de las letras.

Esto hubiera yo querido; pero mis fuerzas son flacas, me encuentro además por las impresiones un tanto cansado, sobre que no quiero cansaros á vosotros, y hago alto aquí. Por una razón tan principal como la dicha me gusta esta posa; porque con haberla hecho, he podido tropezar de nuevo con mi patria, con mi querida patria. He dicho mal: éste no es un accidente, sino un hallazgo voluntario y feliz, porque yo la buscaba adrede, á fin de decir sobre ella algunas cosas que siento aquí, aquí dentro del pecho. ¿Cómo, en el gran festín del espíritu, quedarse ella sin entrar, cuando tiene cubierto y silla? ¿Cómo, en la gran parada de la civilización, no formar en fila ella, cuando tiene honra ganada y prez que lleva al pecho? Yo la amo con ese cariño que se tiene al lugar donde uno nació; donde atravesó en infantiles juegos el verde alfombrado de la menuda yerba; donde corrió tras las pintadas mariposas; donde se ve subir el humo del hogar y le sale á uno al encuentro el perro de la familia, que le halaga y le conduce donde está el árbol, el río, la cascada, la loma,

á que subió de niño uno para ver despuntar el sol de la mañana; donde oyó por la primera vez la voz del amor materno, tan dulce y al mismo tiempo tan desinteresado, historia ésta la única que se lee todos los días y que jamás se va del corazón. Amo además á mi patria, porque es un patrimonio espléndido. ¿Sabeis, señores, lo que existe de una manera casi visible en este lugar donde hablo? Dios, que levantó su trono de regalo y pasatiempo sobre esta naturaleza colosal. Aquí son los cielos palacios de luz y de zafir, tienen los mares por asiento perlas, pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos. ¿Sabeis lo demás que tenemos? Casi todo: aquí se conocen las cosas sin los libros, se escribe sin modelos y se va adelante sin vapor; aquí hay una precocidad que adivina, un gusto que pule, un entendimiento que abarca, una imaginación que pinta y un espíritu que vuela.

Pero todo está en bruto aún, y es preciso desprender el cuarzo para dejar el oro fino, llamar la industria con garantías, que es como viene, llamar el capital con halagos, que es como viaja, y traer á la civilización *de pilón* que es como crece, para de este modo aprovechar en nuestro suelo tanto tesoro oculto y tanta riqueza natural. ¡Oh! este será con el tiempo un gran pueblo, y yo asisto en idea al espectáculo. Entre tanto, y en cierto sentido, el genio nacional duerme, las alas plegadas, el aliento ansioso, aguardando sólo aire en que sostenerse y espacio que devorar.

Hé aquí por qué debemos estrechar alianzas y cultivar relaciones y por qué celebro yo, y debemos celebrar todos, este nuevo vínculo que por medio de la Real Academia Española nos une ahora de un modo más estrecho con

España. Causas ya olvidadas nos pusieron un tiempo en desacuerdo; pero ahí está la historia para decimos que somos una misma raza, y el destino que nos promete que seremos una misma familia.

Ha llegado ya el momento de poner punto. Este mío no es un discurso de incorporación, ni es tampoco el discurso de orden, que ha tocado hacer con tanto brillo y sabiduría á mi digno é ilustrado colega y amigo el señor doctor Rafael Seijas, en los cuales cabe materia más amplia, tela mejor urdida y compromisos más serios, sino meramente una expresión de gratitud, en que las palabras deben ser sencillas el tiempo de que se disponga modesto y los sentimientos candorosos. Esta gratitud es la que me empuja, por una parte, con la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, que se ha dignado tan generosamente dedicarme en parte este acto; y por otra, con la Real Academia Española, que tanto me ha distinguido por haberme incorporado á su seno. Dos cosas he notado: la una, que en esta oírenda solemne que acabamos de hacer á los estudios, todos los dones han sido ricos, y el único óbolo el mío; sólo que es puro y el único tesoro de mi casa: no tengo más; la otra, que en los magníficos discursos que acaban de pronunciarse, he oído á mi favor muchos é inmerecidos elogios, que yo quiero considerar como esos ramilletes de flores que algunas veces se dan por obsequio ó porque hay de sobra en los jardines. Á mi no me toca otra cosa que tejer con esas flores guirnalda, para colgarlas en los muros de este que yo quisiera llamar templo del saber, á fin de que mañana, cuando venga la posteridad, pueda decir con justicia, que, si no hubo quien las mereciese, si hubo quien las prodi-

gase, por generoso culto del espíritu. Y ya al descender de esta tribuna, he de expresar un voto que me sale de lo hondo del pecho : que las ciencias y las letras se difundan tanto en mi país, que formen como una atmósfera social; que mis conciudadanos respiren por todas partes el aire de la civilización; y que sobrevenga por fin el reinado de paz, dicha y gloria á que está llamado, por índole y por suerte, un pueblo tan espiritual como Venezuela.

FIN